

21
CCIÓN

80

OBRAS
POÉTICAS
DE
M. DE ESPINOSA

PQ6521
A1
C.1

010380

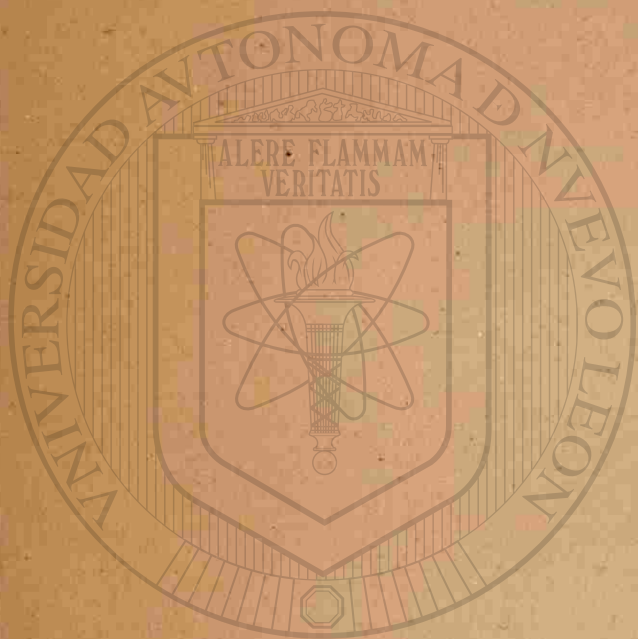


1080021943

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



COLECCION

DE LOS MEJORES

AUTORES ESPAÑOLES

—
TOMO XLVI.

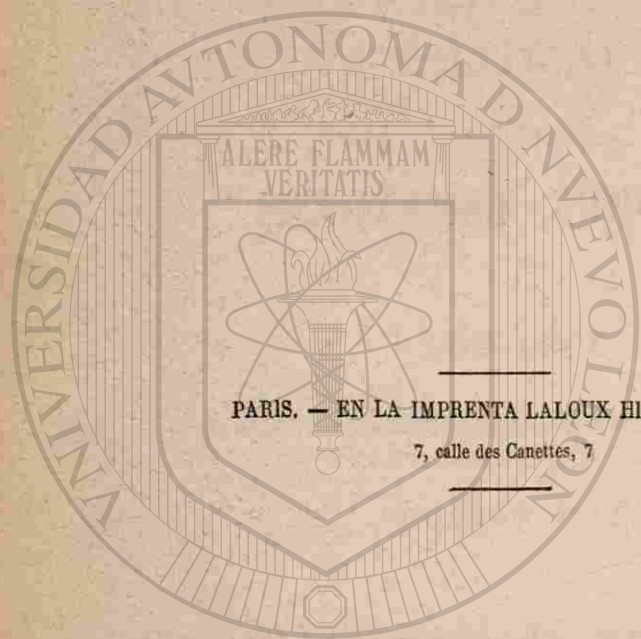
OBRAS POÉTICAS

DE

DON JOSÉ DE ESPRONCEDA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



PARIS. — EN LA IMPRENTA LALOUX HJO Y GUILLOT
7, calle des Canettes, 7

∟ OBRAS POÉTICAS ∟

DE

D. JOSÉ DE ESPRONCEDA

ORDENADAS Y ANOTADAS

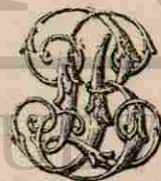
POR J. E. HARTZENBUSCH

A SABER :

EL PELAYO, ensayo épico.
POESIAS LIRICAS. — EL ESTUDIANTE DE SALAMANCA, cuento
EL DIABLO MUNDO, poema.

NUEVA EDICION

AUMENTADA DE POESIAS PUBLICADAS POR LA PRIMERA VEZ



Cecilia Alfonso
Biblioteca Universitaria

PARIS

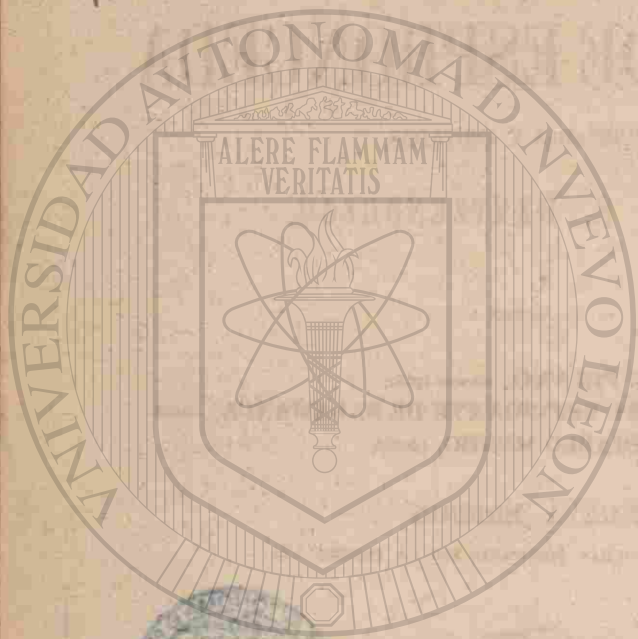
BAUDRY, LIBRERIA EUROPEA

M^{me} **DRAMARD-BAUDRY, SUCESORA**

3, QUAI VOLTAIRE, 3

46658

PQ6521
A1



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

ADVERTENCIA

DE LA SEGUNDA EDICION.

Sale por segunda vez á luz esta corta, pero preciosa colección, de las composiciones poéticas publicadas por el malogrado ESPRONCEDA seis años ha.

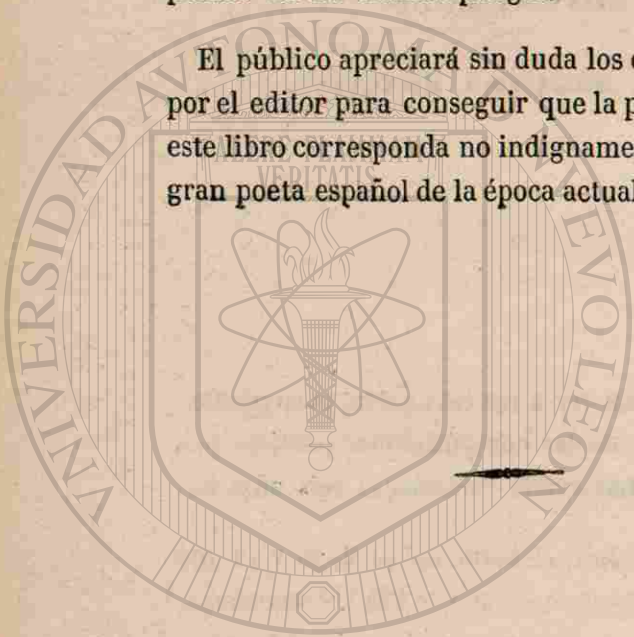
El autor de la obra, el autor del prólogo y el que dirigió la edición hecha en el año de 1840, ESPRONCEDA, VILLALTA y ENRIQUE GIL, tres amigos inseparables, tres nombres ilustres en la historia de las letras españolas, ¡ se hallan ya reunidos en el seno de la eternidad!

Las dudas que ofrecia el texto viciado de algunas composiciones no podian ya consultarse con el autor ni con el amigo que tuvo en su poder los borradores ú originales. Otro amigo del Sr. D. José ESPRONCEDA, el Sr. Hartzenbusch, que le oyó leer un buen número de sus obras, ha querido encargarse de reparar en

010380

esta segunda impresion los defectos de la primera : sin embargo, una ausencia de algunos dias le ha impedido ver los últimos pliegos.

El público apreciará sin duda los esfuerzos hechos por el editor para conseguir que la parte material de este libro corresponda no indignamente al mérito del gran poeta español de la época actual.



PRÓLOGO

DE LA PRIMERA EDICION.

Pocos libros se han publicado recientemente en España con menos necesidad de prólogo, que el de las elegantes poesías del Sr. DON JOSÉ DE ESPRONCEDA, que ahora sale á luz. Mientras, ausente el poeta, nos afanamos sus amigos en completar la coleccion, mas por honra de nuestra época y de la musa y del habla castellana, que por obsequio al autor, cuya modestia y abandono generoso, proverbial entre cuantos le conocen, habria hecho su cooperacion dificilísima, anímanos en nuestra halagüeña tarea la certidumbre de que es verdaderamente popular este trabajo, y de verdadera importancia para la literatura española reunir en un solo cuerpo esos preciosos fragmentos y composiciones sueltas, perlas de nuestro Parnaso, que ya en manuscritos, ya en incorrectas publicaciones, han circulado con aplauso universal, y en nuestros dias inaudito.

No se ofrecen, pues, al público, las poesías de ESPRONCEDA con ánimo de explorar su juicio, ni de merecer una sentencia favorable que pronunciada ya, por unanimidad, hace muchos

años, en el entusiasmo que las sublimes composiciones del *Pirata*, el *Mendigo*, el *Verdugo*, el *Himno al Sol* y otras muchas excitaban en los liceos y academias, en la prensa periódica de la capital y de las provincias, en los salones mas cultos y de mejor tono, así como en las turbas del pueblo, último y supremo juez, por mas que muchos lo ignoren ó lo nieguen, en materias de buen gusto, fuera impertinencia pedirle que ratificase un fallo nunca desmentido ni puesto en duda. Pero la misma benevolencia del juicio exige de los amigos del poeta que presenten al público todo el ramillete, ya que varias de las joyas y de las suavísimas flores que le componen, le han deleitado con su viva luz, con su dulce y delicado aroma, con sus espléndidos matices, ora ilustrando su mente, ora depurando sus afectos, ó reanimando la llama de sus virtudes.

No es de este lugar el exámen crítico de las poesías de ESPRONCEDA, ni convenientes nunca los esfuerzos que se dirigen á prevenir el juicio de los lectores. Y aunque así no opinásemos, todavía nos abstendríamos de entrar en calificaciones acerca de su mérito, pues de seguro no las necesitan. Los libros de los grandes ó de los inspirados escritores pueden presentarse sin explicacion ni apología : cuando estas se intentan, llevan, por lo comun, la mira de demostrar que lo frio, lo vulgar ó insípido es bueno, y que debe leerse; á lo cual suele responder el público, por evitar debates, que bueno será, pero que no lo lee. Imaginamos, empero, que aunque nos cumpla renunciar al análisis de los bellos cantos que á la par del público admiramos, no nos será ilícito emitir la opinion de que están, mas que ningunos otros que en nuestra lengua conozcamos, exentos de aquella inanición de que adolecen las producciones de quienes no saben ó no sienten mas que sienten ó mas que saben los que las contemplan. Cada poema de ESPRONCEDA es una revelacion; cada estrofa un cuadro en que se retrata á la na-

turalidad con tanta verdad, que la vemos allí fecunda, viva y en movimiento, tal cual en el mundo ideal ó el físico la sentimos; descubriendo, además, bajo el pincel del artista, nuevas formas, y hermosuras y armonías nuevas, que por nosotros mismos jamás hubiéramos echado de ver. Todos los vivientes somos susceptibles de impresiones, y en nuestro pecho, es cierto, yacen los gérmenes de la inspiracion; pero el libro del poeta es el mágico espejo, adonde se descubren los arcanos y misterios profundos de la beatitud que á veces dulcifica el alma, del dolor que con mayor frecuencia la inunda. Profundo psicólogo nuestro autor, tomó las formas de la mística belleza del orbe; arrancó sus secretos al mas puro y recóndito sentir del espíritu humano; y en una lengua castiza, armoniosa, fácil, digna del alto asunto que explicaba, describió los raptos del corazón, el vuelo de la fantasía, arrebatándonos consigo, ya hasta el zénit dorado desde donde apostrofa al sol....

Vivido lanzas de tu frente el día;
Y alma y vida del mundo,
Tu disco, en paz, majestuoso envía
Plácido ardor fecundo;
Y te elevas triunfante,
Corona de los orbes centellante;

ya á las remotas playas desde donde dirige á su patria el melancólico y tierno cantar que comienza así, y cuya inimitable unción crece en cada estrofa :

¡Cuán solitaria la nacion que un día
Poblara inmensa gente!
¡La nacion cuyo imperio se extendía
Del ocaso al oriente!

Permítasenos, antes de concluir esta brevísimas introduccion, tributar el homenaje de nuestra gratitud al hombre cuyo profundo saber, delicado gusto y complaciente benevolencia han contribuido tanto á cultivar el alto ingenio de nuestro amigo.

El Sr. DON ALBERTO LISTA cuenta á ESPRONCEDA como á uno de sus mas aventajados alumnos; y entre las octavas del *Ensayo épico* que se publican, hay algunas de aquel eminente profesor, á quien la mano de la política puede separar momentáneamente del trato, pero no del corazon, de los que le debemos atenciones ó enseñanza.

Madrid, junio de 1839.

JOSÉ GARCIA DE VILLALTA.

BIOGRAFIA

DE

DON JOSÉ DE ESPRONCEDA.

Triste, muy triste es ver al cristalino y murmurante arroyo trasformado en impetuoso torrente, que cae y se quebranta de peña en peña hasta arrastrarse en el llano, cuyas arenas lo absorben antes de convertirse en espaciosa laguna para retratar en su diáfana superficie todas las bellezas que la creacion hacina en sus márgenes privilegiadas. Triste, muy triste es ver cómo desciende al sepulcro en la flor de sus años el hombre que se eleva en alas del genio y de la poesía á excelsas regiones y habita mundos desconocidos, á que da animacion su mente y donde le sustenta su imaginacion de fuego; así cede el robusto roble al soplo de los vendavales y se derrumba con hórrido estruendo; no de otro modo se sumerge deshecho por las tormentas el empavesado buque, gala y orgullo de los mares.

Tal es en bosquejo la vida del cantor del *Diablo Mundo*: pasaremos con la celeridad posible por los sucesos que mas la caracterizan, temerosos de que se apodere de nuestra alma la amargura, y de que el llanto anuble la luz de nuestros ojos.

A uno de esos acasos de la guerra debe la gloria de contar entre sus ilustres hijos á don José de Espronceda la patria de Francisco Pizarro y de Diego Paredes. Seguia su padre la honrosa profesion de la milicia, se hallaba empeñado en la memorable campaña de la independenciam como coronel de un regimiento de caballeria en la provincia de Extremadura; acompañábale su esposa, ya en cinta, y en una de las continuas y penosas marchas de la tropa, hubo de quedarse oprimida por

El Sr. DON ALBERTO LISTA cuenta á ESPRONCEDA como á uno de sus mas aventajados alumnos; y entre las octavas del *Ensayo épico* que se publican, hay algunas de aquel eminente profesor, á quien la mano de la política puede separar momentáneamente del trato, pero no del corazon, de los que le debemos atenciones ó enseñanza.

Madrid, junio de 1839.

JOSÉ GARCIA DE VILLALTA.

BIOGRAFIA

DE

DON JOSÉ DE ESPRONCEDA.

Triste, muy triste es ver al cristalino y murmurante arroyo trasformado en impetuoso torrente, que cae y se quebranta de peña en peña hasta arrastrarse en el llano, cuyas arenas lo absorben antes de convertirse en espaciosa laguna para retratar en su diáfana superficie todas las bellezas que la creacion hacina en sus márgenes privilegiadas. Triste, muy triste es ver cómo desciende al sepulcro en la flor de sus años el hombre que se eleva en alas del genio y de la poesía á excelsas regiones y habita mundos desconocidos, á que da animacion su mente y donde le sustenta su imaginacion de fuego; así cede el robusto roble al soplo de los vendavales y se derrumba con hórrido estruendo; no de otro modo se sumerge deshecho por las tormentas el empavesado buque, gala y orgullo de los mares.

Tal es en bosquejo la vida del cantor del *Diablo Mundo*: pasaremos con la celeridad posible por los sucesos que mas la caracterizan, temerosos de que se apodere de nuestra alma la amargura, y de que el llanto anuble la luz de nuestros ojos.

A uno de esos acasos de la guerra debe la gloria de contar entre sus ilustres hijos á don José de Espronceda la patria de Francisco Pizarro y de Diego Paredes. Seguia su padre la honrosa profesion de la milicia, se hallaba empeñado en la memorable campaña de la independecia como coronel de un regimiento de caballeria en la provincia de Extremadura; acompañábale su esposa, ya en cinta, y en una de las continuas y penosas marchas de la tropa, hubo de quedarse oprimida por

vivísimos dolores en la villa de Almendralejo, donde dió á luz al que mas tarde habia de ser honra y prez de la poesía castellana. Corría á la sazón el año de 1810 y era la estación de los céfiros y las flores.

Acabada la guerra, se establecía en Madrid la familia de Espronceda, y ya tenía este algunos rudimentos de enseñanza al abrirse el colegio de san Mateo. Discípulo de Lista, y tempranamente afecto al cultivo de las musas, su primera oda se dirigía á celebrar la jornada del 7 de julio; enseñósele á su buen maestro: á cada verso que constaba, á cada imagen medianamente descrita, exclamaba Lista regocijado: — Oyes, ¡esto es magnífico! A cada locución trivial, á cada frase impropia é incoherente, decía sin fruncir el ceño: — Mira, esto es de mal gusto. Ponderaba las bellezas, corregía los defectos y animaba el naciente númen del vate: así para llevar por un sendero á sus alumnos nunca empleaba la rígida autoridad de maestro, pues sabia granjearse su infantil cariño, y las blandas insinuaciones hacían el oficio de expresos mandatos. Espronceda estudiaba privadamente con Lista después de cerrado el colegio: también figuraba entre los que, aplicándose poco, lucían mucho: miembro de la academia del *Mirto*, progresaba en la poesía: con vocación á la política y liberal por el convencimiento de que es capaz un jóven de catorce años, pertenecía á la sociedad de los *Numantinos*, en clase de tribuno. Preso como Vega y otros compañeros suyos al recaer en aquella causa el fallo de los tribunales de justicia, salía de Madrid con destino á un convento de Guadalajara, ciudad donde residía á la sazón su padre.

Allí en la soledad del claustro se enaltecía su mente juvenil y lozana por las regiones de la epopeya. Alentado por su inspiración vigorosa, no se detenía á indagar si los sonidos de la trompa épica hallarian eco en la sociedad de nuestro siglo. Recorriendo la historia de España y fijándose en el adalid de Covadonga, le parecía asunto grande, sublime y capaz de interesar á un pueblo, la restauración de la monarquía de los Godos en pugna con la civilización floreciente y el guerrero empuje de los sectarios de Mahoma. Ofrecía este magnífico cuadro el contraste de dos creencias, de dos civilizaciones, de dos enseñanzas, la cruz y la media luna: cabían excelentes episodios en que alternaran las rudas costumbres de los esforzados montañeses luchando por su independen-

cia, y la muelle vida de los orientales soñando amores en sus gabinetes embalsamados con olorosas esencias y enriquecidos con sedería y oro, ó arrojándose á las lides para propagar la ley de su profeta á sangre y fuego. Acertado anduvo Espronceda en elegir á *Pelayo* por héroe de su poema, argumento tan digno y grandioso como la *Conquista de Granada* y el *Descubrimiento del Nuevo Mundo*. Si hubiéramos de calificar el mérito de su epopeya por los cantos insertos en la colección de sus poesías, nuestro voto le sería favorable; pues hay allí pasajes que admiran por la verdad y atrevimiento de sus pinturas, como el *Cuadro del hambre* y el fatídico *Sueño del rey don Rodrigo*. A don Alberto Lista le agradó sobremanera el pensamiento, y aun son suyas algunas octavas en los fragmentos contenidos. No habia renunciado Espronceda á terminar *el Pelayo*, y constantemente poseído de la belleza del asunto, es probable que al darle cima hubiera variado de metros á fin de amenizar mas el conjunto de la obra.

Cumplida su condena vino á la corte: bajo la rezelosa mirada de la policía le amagaban persecuciones, y ansioso de sacudir tan cruel desasosiego, no menos que de correr mundo, determinó salir de España, y encaminándose á Gibraltar puso su planta en el primer país extranjero sin apartarse de nuestro territorio. Cómo se trasladó desde allí á Lisboa, nos lo ha referido con jovial tono y fácil gracejo, distante ya de los peligros y miserias que le acosaran entonces. Por no eclipsar la brillantez de su relato reduciéndolo á mas estrechos límites de los que ocupa en el *Pensamiento*, nos basta deducir de aquel artículo un dato importante. Después de echar el ancla en el puerto de Lisboa el desmantelado falucho que conducía al jóven emigrado, lo abordó la falúa de sanidad: exigieron á los pasajeros el pago de una gabela: cuando á Espronceda le llegó su turno, sacó del bolsillo un duro, única moneda que componía todo su erario; le devolvieron dos pesetas y las arrojó desenfadadamente al agua, porque *no quiso entrar en tan gran capital con tan poco dinero*.

Para el que al anochecer de un día nebuloso ó sereno vaga por las calles de una ciudad extraña, sin pan que le sustente, ni techo que le abrigue, ni amigo que le tienda una mano, no

son todas penas y angustias como acaso imaginan los que en sedentaria vida vegetan ó con la comodidad de la opulencia viajan. Un espíritu henchido de fuego y ávido de aventuras, un corazon resuelto y una voluntad firme triunfan siempre de este trance, congojoso y amargo para los que se anegan en poca agua. No pertenecía Espronceda á esta clase : pobre como Homero desembarcaba en el pais del cantor de Vasco de Gama : allí entre privaciones y escaseces tuvo origen esa pasion amorosa, violenta, vehemente y profunda, pasion embellecida por su imaginacion ardorosa, y que con sus goces y penalidades, sus dichas y contratiempos absorbe gran parte de su existencia. Propio de una novela seria narrar las diversas alternativas de tan ardientes amores : omitiriamoslas nosotros aun cuando se adaptasen á la índole de esta obra, porque acaecen lances en la vida de los hombres que deben envolverse en el sudario del olvido, y hay secretos de amistad sobre los cuales cae de repente y á perpetuidad la losa del silencio.

Eran por aquella época los emigrados la continua pesadilla de los consejeros del rey de España, y no los consentian á la puerta de casa : por eso Espronceda y otros se vieron en la necesidad de trasladarse á Londres, cuyo suelo fué para todos mas hospitalario. Dividia el poeta extremeño las horas entre sus desvarios amorosos y sus estudios : leía á Shakspeare, á Milton y á Byron, y si consultamos sus inclinaciones, sus costumbres, sus poesías, no sería difícil demostrar que Espronceda se propuso por modelo al último de estos tres escritores : entonaba cánticos de apasionada ternura á su dama y dedicaba á su pais acentos, no lánguidos y pobres de valentía como los de Martinez de la Rosa en ocasion semejante, sino bien sentidos y expresados á estilo del profeta de las Lamentaciones, deplorando el abatimiento de la nacion que habia dictado leyes al mundo, y en cuyas posesiones nunca descendia el sol á su ocaso.

Tal vez en Londres gozaba Espronceda el período mas feliz de su vida aun cuando no abundase en recursos. Cruzaba despues el canal de la Mancha, fijando en Paris su residencia : entusiasta por la libertad de los pueblos se batia en el puente de las Artes y detrás de las barricadas durante los tres dias de julio. Venia mas tarde entre aquel puñado de españoles que

mas acá del Pirineo dieran estériles señales de bizzarria, asistiendo á la infeliz jornada en que sucumbiera heróicamente don Joaquin de Pablo. Vuelto á Paris se inscribia en la gloriosa cruzada que espíritus nobles imaginaron por salvar á la oprimida Polonia, sublime y heróica empresa contrariada por Luis Felipe con la voluntad inflexible de un soberano bien quisto de su pueblo. A la mágica voz de amnistia regresaba Espronceda al suelo patrio, y dirigiendo ya los negocios el ministro Cea, entraba en el cuerpo de guardias de la real persona. Amado de sus compañeros y querido de sus jefes, sin duda hubiera sido uno de los mas pomposos vástagos de aquel rico plantel de la milicia española, si un imprevisto suceso no viniera á cortar en flor sus esperanzas. Hubo de escribir unos versos alusivos á la política militante, y aplaudidos en un banquete, deslizándose de mano en mano es fama que llegaron á las del primer ministro, quien no se descuidó en mostrárselos al monarca : llamó este al capitán del cuerpo, y aunque al principio abogó con energía por su subordinado, apoyándose en su puntualidad para el servicio y en sus felices disposiciones para la milicia, doblóse al fin á las exigencias ministeriales y el poeta dejó de ser guardia. Desterrado á la villa de Cuellar, reunió materiales y compuso una coleccion de bellos cuadros, á que dió el nombre de novela : si corresponde al título que tiene, dista mucho de figurar *El Sancho de Saldaña* en primera linea entre esa clase de producciones.

Apenas apuntó en España la aurora de libertad con la promulgacion del Estatuto, se hizo Espronceda periodista ; su activo pensamiento no podia soportar el yugo de la previa censura. Contábase entre los redactores del *Siglo*, de que era director don Bernardino Nuñez Arenas, propietario el señor Faura y censor el señor Gonzalez Allende. Prohibidos por este los materiales destinados al número 44 del periódico mas caliente de entonces, no sabian los redactores cómo salir de aquel apuro. Espronceda tuvo la oportuna idea de proponer que se publicara el *Siglo* en blanco : asintieron todos sin dificultad á la propuesta y al dia siguiente se repartia su diario con los epígrafes de : *La amnistia. — Política interior. — Carta de don Miguel y don Manuel María Hazaña en defensa de su honor y*

patriotismo. — *Sobre cortes.* — *Cancion á la muerte de don Joaquin de Pablo (Chapalangarra).* De resultas fué vedada la publicacion del *Siglo*, y sus redactores tuvieron que andar á salto de mata para desorientar á los que de órden del gobernador civil iban en su busca.

Tuvo Espronceda gran parte en los movimientos de los años de 1835 y 1836, haciendo barricadas en la Plaza mayor de esta corte y pronunciando fogosas arengas. Como en ambas ocasiones pudo la autoridad militar contener por pocas horas el fuego que habia cundido de provincia en provincia, se vió obligado á esconderse el poeta revolucionario. Hallábase en los baños de Santa Engracia cuando el ayuntamiento de Madrid dió en 1840 el grito de setiembre, que forzosamente habia de prevalecer secundándolo el caudillo de los ejércitos nacionales á la cabeza de cien mil combatientes. Luego que lo supo tomó la posta y vino á incorporarse á la octava compañía de cazadores de que era teniente. Sonaba su voz en el jurado, defendiendo un artículo del *Huracan* denunciado por aquellos dias. Del modo mas explicito hizo alarde de sus opiniones republicanas; temia que del pronunciamiento no se obtuviesen grandes resultados y exclamaba: « Yo bien sé que despues de violentas borrascas quedan insectos sobre la tierra que corrompen la atmósfera con su fétido aliento. » Justificando aquel trastorno y recalando la precision que habia de variar de rumbo, decia: « Hasta ahora ha visto la nacion que sus representantes se han arrojado sobre ella para devorarla como una horda de cosacos. » Creia que si todos se persuadieran de la excelencia del gobierno republicano y se tratara luego de imponer castigos á sus defensores, habria que *fusilar á la humanidad entera*. Abundaba su discurso en frases de esta especie: obtuvo diversos aplausos y el artículo del *Huracan* fué absuelto.

Por el mes de diciembre de 1841 se dirigia á El Haya á desempeñar la secretaría de la legacion española: regresaba poco despues á Madrid como representante de Almería en el congreso. Ya decaida su salud en gran manera por lo azaroso y desordenado de su vida, habia sufrido doble quebranto con el viaje hecho á la fria Holanda en lo mas crudo del invierno.

Bien conocian sus admiradores que no cubririan canas aquella

erguida frente, y sus temores se realizaron mucho antes de lo que imaginaban. Atacado de una inflamacion en la garganta, expiró á los cuatro dias de enfermedad á las nueve de la mañana del 23 de mayo de 1842, en los brazos de sus predilectos amigos. Profunda sensacion causó tan temprana muerte: numeroso cortejo seguia el ataud del poeta acompañándolo hasta el cementerio de la puerta de Atocha; y nuestro amigo don Enrique Gil conmovia á todos los concurrentes con la lectura de una tierna elegia recitada entre sollozos.

Poeta de esplendorosa fantasía, de númen potente, de entonacion robusta, osado en las formas, elegante en las locuciones, daba lujo, facilidad y elocuencia á su nervioso estilo. Dotado de singular arrojo, capaz del mas férvido entusiasmo, amaba los peligros y se esparcia su ánimo imaginando temerarias empresas. En la edad antigua y en la patria de Sócrates hubiera sido rival de Alcibiades ó hubiera muerto en las Termópilas con Leonidas: en la edad media hubiera merecido la inclita gloria de que se leyese sus hazañas en el poema del Taso: al principio de la edad moderna le hubiera visto Cristóval Colon á borde de su carabela. Mas no simbolizan por cierto la virtud sublime y la fe religiosa el siglo de Espronceda, siglo en que de todo se hace mercancía, en que todo se reduce á guarismos y se pesa y se quilata; siglo en fin de mezquindad y prosa. Impetuoso el cantor de Pelayo y sin cauce natural á su inmenso raudal de vida, se desbordó con furia gastando su ardor bizarro en desenfrenados placeres y crapulosos festines: á haber poseido inmensos caudales fuera el *don Juan Tenorio* del siglo diez y nueve.

Una de las canciones mas celebradas de Espronceda es *El Pirata*, donde pinta admirablemente al hombre que tiene el *mar por patria*. Nosotros hemos hecho largas navegaciones: bella es la perspectiva del sol brotando en chispas de oro del seno de las aguas, ó escondiéndose al término de su triunfal carrera entre grupos de caprichosas nubes que semejan la mole de almenado castillo ó el contorno de pirámide gigantesca, ó la arcada de macizo puente, ó el muro de ciudad antigua. Magnífica de encantos descende la noche, ya se ostente tranquila con su fúlgida cohorte de estrellas, ya aparezca entre nubes de negro celaje, que desvanece la primera luz del alba ó rasga á deshora el res-

plandor de la luna, surgiendo roja de las tinieblas y mostrando su disco como el cráter de un volcan preñado de ardiente lava. Recrean al navegante el fosfórico brillo de las ondas estrellándose en el costado del buque, la luminosa estela que se dilata por la popa, y el ruido de la quilla hendiendo las aguas, semejante al fragor de umbroso bosque agitado por el viento ó al soberbio hervir de majestuosa catarata quebrantándose de roca en roca. Todos esos goces los habíamos concebido antes de surcar los mares: nos lo revelaba la cancion de Espronceda: muchas veces la hemos repetido sobre cubierta á tiempo de rielar en el océano la luna y de gemir en la lona fresca brisa alzando olas de plata y azul en blando movimiento: ni nos ha faltado ocasion de recitarla teniendo por música los huracanes y el estrépito y temblor de los cables sacudidos. Espronceda blasona de su amor á los peligros en la cancion del *Pirata*. Su espíritu belicoso se halla patente en el *Canto del cosaco*; lo acrisolado de su patriotismo en la *Despedida del joven griego de la hija del apóstata*: sus delirios de socialista en el *Mendigo* y en el *Verdugo*: en el *Himno al sol* su elevacion de ideas: cuando canta *A un Lucero* llora la pérdida de sus ilusiones: cuando en una *orgia* se dirige á *Jarifa*, el hastío le devora: cuando compone *El estudiante de Salamanca*, dibuja en don Felix de Montemar su propio retrato. Con leer ese precioso tomo de poesías publicado en 1840, estudia uno al poeta y se familiariza con el hombre: sus versos vienen á ser un exacto compendio de su historia.

Existen en los periódicos algunas de sus poesías sueltas: en el *Español* dos fragmentos de una leyenda *El Templario*: en el *Pensamiento* un romance á *Laura*: en el *Iris* estrofas de una oda á la *traslacion de las cenizas de Napoleon* y un fragmento de *El Diablo Mundo*, titulado *El ángel y el poeta*: en el *Labriego* una composicion al *Dos de Mayo*. De esta parece oportuno indicar alguna cosa.

Desde que el general en jefe de las tropas de Isabel II escribió su célebre manifiesto sobre la cureña de un cañon en el Mas de las Matas, no se avenian los hombres del progreso á agitarse sin fruto entre el polvo de la derrota, y no desperdiciaban momento de maquinarse contra sus triunfantes adversarios. Abiertas las cortes de 1840, eligieron por campo de batalla la discusion de

actas electorales impugnándolas una por una con prolijidad enfadosa, y repitiendo hasta la saciedad unos mismos cargos, como para dar tiempo á que madurase algun proyecto de trastorno. Ya muy avanzada la sesion del 23 de febrero hervia la multitud á las puertas del congreso; descansaba sobre las armas un piquete de infanteria en el solar de las monjas de Pinto: pedia la palabra don Joaquin Maria Lopez, y al decir en el exordio de su arenga incendiaria, que iba á *arrancar muchas máscaras* y á *llamar las cosas por sus verdaderos nombres*, estallaba en las galerías y en las tribunas ruidoso y universal aplauso: percibíase dentro la gritería de las gentes agrupadas en torno de la parte exterior del edificio: se refugiaba el jefe político de Madrid al salon de columnas. Continuando la sesion aseguraba el gabinete que habia adoptado las medidas convenientes para restablecer el público sosiego; algun diputado replicaba: *todavía no oigo el estampido de los cañones*; uno de los alcaldes constitucionales se sonreia con calma sin moverse de su escaño, y se hacia de nuevas tal individuo que habia intervenido en los preliminares del alboroto. Mientras se representaba en el salon de las sesiones tan pobre farsa, ocurrían escenas mas tristes en la calle: en medio de infinitos grupos la segunda autoridad militar de esta corte les invitaba al órden hablándoles afectuosamente y con el sombrero en la mano. — Respetad la ley, hijos. — Vd. es el que ha de respetar al pueblo, — le decia alguno. — Orden, señores, repetía el gobernador de la plaza. — ¡Miren quién proclama el órden! reponia otro, el segundo de Bessieres. — Pálido como la cera y siguiendo sus amonestaciones, contestaba el general: — Sí, señores, he sido segundo de Bessieres; pero ahora sirvo á la causa de Isabel II y he derramado mi sangre por ella. — Con la misma lealtad servirá vd. esta causa que la otra. — Tan escandaloso diálogo no se podia prolongar mas tiempo. A la llegada del capitán general empezaban á llover piedras sobre la tropa: aquel jefe declaró á Madrid en estado de sitio al son de trompetas: como el pueblo no despejase la plazuela de Santa Catalina, mandó cargar á algunos caballos: lo hicieron á media rienda y lanza en ristre: salváronse con la fuga todos, menos un miliciano, que por lucir su serenidad ó por no haberse metido en nada, quiso aguardar á pié firme y cayó al suelo sin vida.

Al día siguiente fué también la sesión borrascosa: hubo otras parecidas antes y después de constituirse el congreso con motivo de la discusión de la ley sobre ayuntamientos y especialmente del artículo relativo al nombramiento de alcaldes. No perdonaba medio la minoría de concitar el descontento de las masas y de provocar disturbios: ofrecióle aquel gobierno poco previsor ó sobradamente temerario una propicia coyuntura al designar para inspector de la milicia ciudadana al capitán general de Castilla la Nueva, y debía presentarse al frente de sus batallones, escuadrones y brigadas el día dos de Mayo. Entonces iba á reventar la mina cargada de combustible hasta la boca, y para que la explosión fuera más terrible y espantosa compuso Espronceda la poesía que hemos citado. Allí describía con mágica vehemencia el afrentoso espectáculo de la corte de Carlos IV vendida á los franceses, como se creía en 1808, y la heroicidad del pueblo madrileño como la reconoce la historia. Para significar el esfuerzo de España en la lucha de la independencia decía arrebatado por su inspiración vigorosa:

Del cetro de sus reyes los pedazos
Del suelo ensangrentados recogía,
Y un nuevo trono en sus robustos brazos
Levantando á su príncipe ofrecía.

Tronaba después fieramente indignado, por el triste galardón otorgado á tanto sacrificio y ardimiento, de este modo:

El trono que erigió vuestra bravura
Sobre huesos de héroes levantado,
Un rey ingrato de memoria impura
Con eterno baldón dejó manchado.

Aludía á la segunda época constitucional, y bramando de ira exclamaba con solemne acento:

¡Ay! Para bollar la libertad sagrada
El príncipe, borron de nuestra historia,
Llamó en su auxilio la francesa espada
Que segase el laurel de vuestra gloria.

Ni perdonaba en sus violentos arranques al rey de los fran-

ceses: ni omitía señalar los enemigos á quienes era fuerza combatir para obtener el triunfo; sus palabras eran estas:

Hoy esa raza degradada, espúria,
Pobre nación, que esclavizarte anhela,
Busca también por renovar tu injuria
De extranjeros monarcas la tutela.

Tras de la voz enérgicamente dolorosa al recordar las antiguas glorias y la supuesta servidumbre del momento, venía el apóstrofe desdeñoso y el tono de menosprecio para herir el amor propio y azuzar el coraje del pueblo impeliéndole al combate; así concluía su inspiración volcánica y tremebunda:

Verted, juntando las dolientes manos,
Lágrimas ¡ay! que escalden la mejilla;
Mares de eterno llanto, castellanos,
No bastan á borrar vuestra mancha.

Llorad como mujeres, vuestra lengua
No osa lanzar el grito de venganza;
Apáticos vivis en tanta mengua
Y os cansa el brazo el peso de la lanza.

¡Oh! en el dolor inmenso que me inspira
El pueblo en torno avergonzado calle,
Y estallando las cuerdas de mi lira,
Roto también mi corazón estalle.

Esta composición, expresamente escrita para producir efecto, no lo alcanzó por la circunstancia de no haberse presentado en la formación del capitán general de Castilla la Nueva como inspector de la milicia, y aun es fama que semejante conducta le costó su empleo. De estos incidentes hemos hablado no de oídas, sino como testigos presenciales.

A la muerte de Espronceda nos quedaron seis cantos del *Diablo Mundo*: según el plan de este poema, elástico sin medida, aun cuando el cielo hubiera concedido largos años de vida al bizarro vate, nunca el fin coronara su obra, grandioso engendro de una imaginación fecunda y de un desgarrador escepticismo. De esta suerte exponía su pensamiento en el primer canto:

Nada menos te ofrezco que un poema
Con lances raras y revuelto asunto,
De nuestro mundo y sociedad emblema,
Que hemos de recorrer punto por punto.

Si logro yo desenvolver mi tema,
Fiel traslado ha de ser, cierto trasunto
De la vida del hombre, y la quimera
Tras de que va la humanidad entera.

Conociendo lo escabroso de tan triste senda, queria alforbrarla de flores, por eso prometia desenvolver su asunto :

En varias formas, con diverso estilo,
En diferentes géneros, calzando
Ora el coturno trágico de Esquilo,
Ora la trompa épica sonando,
Ora cantando plácido y tranquilo;
Ora en trivial lenguaje, ora burlando,
Conforme esté mi humor, porque á él me ajusto,
Y allá van versos donde va mi gusto.

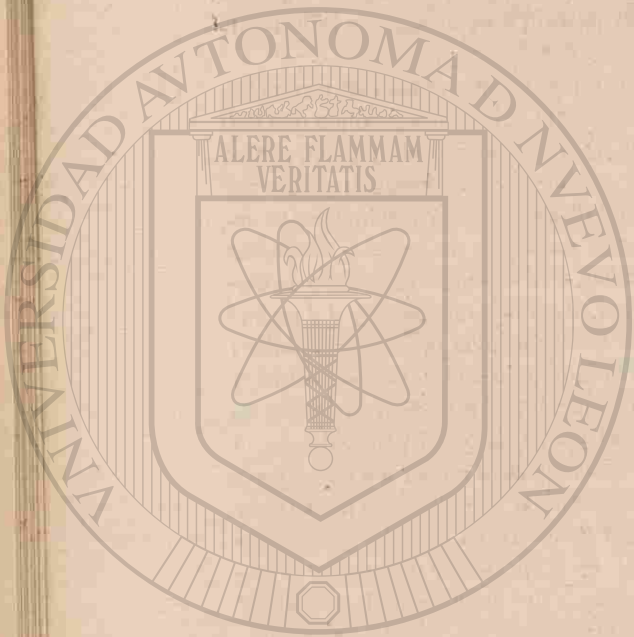
Su héroe con cuerpo de hombre y alma de niño debia pasar por situaciones altamente originales entre las diversas gerarquías de vivientes. Preso al amanecer rejuvenecido, cuidado con esmero en la cárcel por una mujer del pueblo bajo, instruido por su padre con máximas propias de un presidio, arrastrado sin saberlo á un robo y embelesado en contemplar la hermosura de una dama reclinada en su lecho, mientras sus camaradas saquean joyas en aquel palacio; fugitivo y oculto en una morada donde se compran placeres, y cuya dueña llora la muerte de una hija; ansioso por restituirla á la existencia, *Adan* es un personaje de interés sumo. Exactitud y tono conveniente resaltan en los diferentes cuadros de este poema, que por su índole no hubiera alcanzado popularidad sino en un pais de filósofos y pensadores. Espronceda habia intercalado un canto *A Teresa*; segun su expresion propia puede saltarlo el que guste, pues es un desahogo de su corazon y nada tiene que ver con el poema; pero tiene que ver mucho con sus amarguras y con el desgarramiento de sus entrañas y con su desencanto y su hastío. Obra maestra es en el género fantástico el prólogo del *Diablo Mundo*. Espronceda lo leia de una manera admirable y en tono de grata y solemne canturia.

Atribuyeron algunos á falta de costumbre su escasa brillantez oratoria en la tribuna del parlamento. Verdad es que ya no tenia fuerzas físicas, y solo su portentoso espíritu le alentaba; sin em-

bargo, Espronceda no hubiera sobresalido en el curso de las discusiones; tal vez en momentos dados fascinara á sus oyentes mezclando agudezas y sarcasmos en su decir, de ordinario balbuciente y mal seguro, y solo por intervalos nervioso y prepotente: nunca hubiera sido paladin muy temible en la liza parlamentaria.

Gallardo de apostura, airoso de porte y dotado de varonil belleza, le hacia aun mas interesante la tinta melancólica que empañaba su rostro: cediendo á los impulsos de su corazon, centro de generosidad y nobleza, pudiera haber figurado como rey de la moda entre la juventud de toda ciudad donde fijara su residencia; mas abrumado por sus ideas de hastío y desengaño pervertia á los que se doblaban á su vasallaje. Hacia gala de mostrarse insolente de la sociedad en públicas reuniones, y á escondidas gozaba en aliviar los padecimientos de sus semejantes: renegaba en la mesa de un café de todo sentimiento caritativo, y al retirarse solo se quedaria sin un real por socorrer la miseria de un pobre. Cuando Madrid gemia desolado y afligido por el cólera-morbo, se metia en casas ajenas á cuidar los enfermos y consolar los moribundos. Espronceda en su tiempo venia á ser una joya caída en un lodazal donde habia perdido todo su esmalte y trocádose en escoria. Se hacia querer de cuantos le trataban y á todos sus vicios sabia poner cierto sello de grandeza: hace tres años y medio que le lloramos sus amigos, desde entonces luce de continuo sobre su sepulcro una guirnalda de siemprevivas.

ANTONIO FERRER DEL RIO.



OBRAS POÉTICAS

DE

DON JOSÉ DE ESPRONCEDA.

ENSAYO ÉPICO.

FRAGMENTOS DE UN POEMA

TITULADO

EL PELAYO⁽¹⁾.

PRIMERO.

I.

De los pasados siglos la memoria
Trae á mi alma inspiracion divina,
Que las tinieblas de la antigua historia
Con sus fulgentes rayos ilumina :
Virtud contemplo, libertad y gloria,
Crímenes, sangre, asolacion, rüina,
Rasgando el velo de la edad mi mente,
Que osada vuela á la remota gente.

(1) Este poema, comenzado muchos años ha, estaba ya muy cerca de su término; pero los trastornos y vicisitudes que el autor ha sufrido han extraviado la mayor parte de los manuscritos, y solo le es dado ofrecer al público, como muestra, estos fragmentos. Sin embargo, prendado de la belleza del asunto, no desconfía de dar cumplido remate á una obra que ha ocupado los primeros años de su vida.

II.

Tornan los siglos á emprender su giro
De la sublime eternidad saliendo,
Y antiguas gentes y ciudades miro
Súbito ante mi vista apareciendo :
De ellos á par en mi ilusion respiro,
Oigo del pueblo el bullicioso estruendo,
Y lleno el pecho de agradable susto,
Contemplo el brillo del palacio augusto.

III.

Al blando son de la armoniosa lira
Oigo la voz de alegres trovadores,
El aura siento que fragancia respira,
Y al eco escucho murmurando amores ;
Al sol contemplo que á occidente gira
Reverberando fúlgidos colores,
Do la corte del godo poderío
Se alza orgullosa sobre el áureo río.

IV.

Toledo, que de mágicos jardines
Cercada, eleva su muralla altiva
No guardada de fuertes paladines,
Ornada sí de juventud festiva :
Allí entregado á espléndidos festines,
Rodrigo alegre y descuidado liba
Copas de néctar de fragancia pura,
Al deleite brindando y la hermosura.

V.

Allí con ojos lánguidos respira
Dulce placer beldad voluptuosa,
Y aroma exhala, si feliz suspira,
Del puro labio de encarnada rosa :
Rodrigo en ella codicioso mira
La que á su amor se muestra desdeñosa,
Que mas que todas es cándida y linda,
La dulce, bella, celestial Florinda.

VI.

El ruido crece del festin en tanto,
Y el grato néctar al deleite llama ;
Su pecho inunda deleitoso encanto,
Y el fuego impuro del amor le inflama :
Ébrio Rodrigo, desceñido el manto
Alza la mano trémula, derrama
El áureo vaso, y atrevido sella
Dulce beso en el rostro á la doncella.

VII.

Todo es placer : de su mansion de rosa
La primavera cándida descende,
Y en el regazo de la tierra ansiosa
El fuego animador de vida enciende :
Templa del mar la furia procelosa,
El viento en calma plácido suspende,
Y derrama la aurora en sus albores
Luz regalada y regaladas flores.

VIII.

Abre la flor naciente el lindo seno,
Y recibiendo el encendido rayo,
En la esmeralda del otero ameno
Vierte su dulce olor, gloria del mayo :
Pasa el arroyo plácido y sereno,
Solicito besándola al soslayo ;
Ella en vivos colores se ilumina
Y al dulce beso la cabeza inclina.

IX.

Y en el pensil do con rosada frente
El halagüeño abril pasa riendo,
A la sombra de un árbol eminente
Está la juventud danzas tejiendo ;
Cual á la márgen de la herbosa fuente
Canta, blando laud diestro tañendo,
Y cual del baile y del cantor se aleja,
Y á su dulce beldad tierno se queja

X.

Allí Rodrigo con incierta huella
Lascivo sigue á la fatal Florinda;
Ciego, arrastrado de ominosa estrella,
Intenta audaz que á su furor se rinda.
No oye ¡ infeliz! su mísera querella;
La ve humilde á sus piés, la ve mas linda,
Y con lascivos ojos, con desdoro
Mancha la hermosa flor de su decoro.

XI.

En tanto encubre pavorosa nube
El cielo en antes trasparente y terso,
Y relumbra la espada del querube,
Ministro del Señor del universo;
Que ya la voz de la inocencia sube
Que en llanto el gozo trocará al perverso,
Y á la luz del relámpago se muestra
Del rayo armada la divina diestra.

XII.

Súbito un trueno retumbar se siente:
« ¡ Himnos, vivas al rey! la danza siga,
Y nuestra dicha y júbilo acreciente
El mútuo amor que nuestras almas liga. »
Tal grita aquella juventud demente,
Y al rey ensalza que Jehová castiga.
« ¡ Himnos, vivas al rey! » Súbito un rayo
Heló sus pechos con mortal desmayo.

XIII.

Envuelto en noche tenebrosa el mundo,
Las densas nubes agitando, ondean
Con sus olas los genios del profundo,
Que con cárdeno surco centellean;
Y al ronco trueno, al eco tremebundo
De los opuestos vientos que pelean,
Se oye la voz de la celeste saña:
« ¡ Ay Rodrigo infeliz! ¡ Ay triste España! »

XIV.

Todo desapareció: lóbrego luto
Reina y silencio do el placer ardía,
Do el mísero monarca disoluto
En vil torpeza y embriaguez yacia.
Guerra y desolacion el triste fruto
Al fin será de su lascivia impía,
Y horrenda esclavitud: Rodrigo en tanto
Verterá entre sus hembras débil llanto.

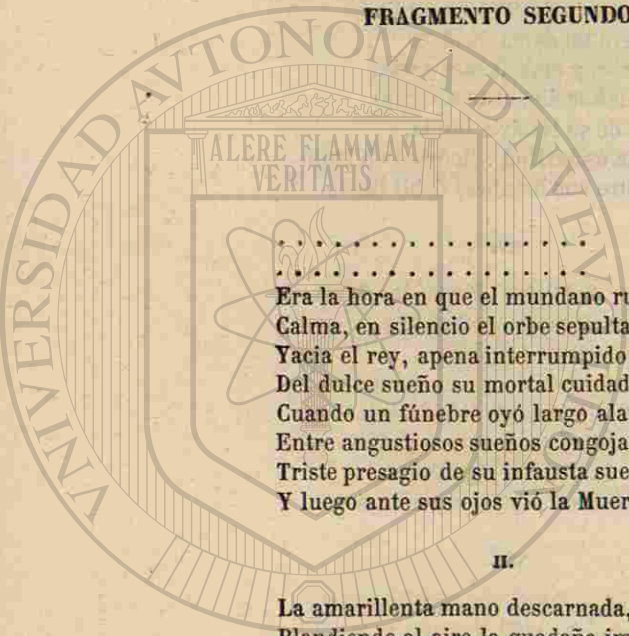
XV.

¡ Maldicion, maldicion! Vertas las flores,
Del huracan violento arrebatadas,
El alegre pensil de los amores
Verá sus hojas por do quier sembradas;
La música, el banqueté, los favores
Dulces de amor, las danzas animadas,
El canto de las damas y galanes
Trocados miro en lágrimas y afares.

XVI.

Tal otro tiempo en la soberbia cena
Donde mofaba de Jehová el impío,
Ya la medida al sufrimiento llena,
Rebosó de ira caudaloso rio;
Y el rey asirio con amarga pena
Vió en el muro de mármol con sombrío
Fuego animarse escrito sobrehumano,
Trazado allí por invisible mano.

FRAGMENTO SEGUNDO.



.....
 Era la hora en que el mundano ruido
 Calma, en silencio el orbe sepultado;
 Yacía el rey, apenas interrumpido
 Del dulce sueño su mortal cuidado,
 Cuando un fúnebre oyó largo alarido
 Entre angustiosos sueños congojado,
 Triste presagio de su infausta suerte,
 Y luego ante sus ojos vió la Muerte.

II.

La amarillenta mano descarnada,
 Blandiendo al aire la guadaña impia,
 La aterradora vista al rey clavada,
 Su cetro y su corona recogia,
 Mientras en torno extraña gente armada:
 Sus despojos alegre dividia:
 Y oyó sus quejas y escuchó sus voces
 Y sus semblantes contempló feroces.

III.

Y al ángel de tinieblas levantarse
 Súbito vió, como la inmensa cumbre
 Del alto Chimborazo, y al llegarse
 Lanzando rayos de ominosa lumbre;
 Y su mano sintió, que al acercarse
 En su frente cargó su pesadumbre,
 Grabando allí tremendo sobrescrito
 Que le marcara por de Dios maldito.

IV.

Y luego oyó rumor de cien cadenas,
 Crujir los huesos, rechinar los dientes,
 Y abísimos contempló de eternas penas
 Inmensurables, lóbregos y ardientes:
 Oyó voces de horror y espanto llenas,
 Batieron palmas las precitas gentes,
 Y oyó también por mofa en su agonía
 Bárbaras carcajadas de alegría.

V.

Mas luego el sueño se trocó en su mente.
 Y amantes dichas disfrutar figura
 En brazos de Florinda dulcemente
 Entre flores, aromas y frescura;
 Y cuando mas su corazón consiente
 Que estrecha la deidad de la hermosura,
 Se halla en los brazos de Julian fornidos
 Ahogándole á su cuello retorcidos.

VI.

Sobre él enhiesto á su garganta apunta
 Fiero puñal que el corazón le hiela:
 Procura desasirse y mas le junta
 Pecho á pecho Julian, que ahogarle anhela.
 Así fiero dragon trilingüe punta
 Vibra y se enlaza al animal que cela,
 É hincando en él la ponzoñosa boca,
 Le enrolla, anuda, oprime y le sufoca.

VII.

Los brazos alza y lleva á su garganta,
 Del bárbaro enemigo á desprenderse:
 Cuanto con mas ahinco los levanta,
 Los ve volver sin ánimo á caerse:
 Crecen sus bascas, y en angustia tanta
 Falto de aliento, sin poder valerse,
 Yerto, rendido y con mortal congoja,
 Ya con lívida faz espuma arroja.

VIII.

En medio á su delirio y agonía
Trémulo y fatigoso se despierta;
Un helado sudor su cuerpo enfria,
Su carne toda horripilada y yerta :
Siente el robusto brazo que porfia
Aun por ahogarle ; á desprender no acierta
El lienzo que á su cuello él mismo liga,
Y él cree el brazo tenaz que le fatiga.

FRAGMENTO TERCERO.

BATALLA DEL GUADALETE.

I.

En vano con prodigios espantosos
El justo cielo le anunció su ruina,
Y fúnebres ensueños milagrosos
Le intimaron la cólera divina :
Ronco trueno á los pueblos temerosos,
A deshora estallando, vaticina
Desventuras sin fin ; y el rey en tanto
Derrama entre sus hembras débil llanto.

II.

Orgullosa torrente de guerreros
Pueblos, montañas y ciudades hunde ;
Tintos en sangre brillan sus aceros,
Y el estrago y terror do quiera cunde :
Así al impulso de aquilones fieros
Llama voraz por selvas se difunde,
Consumo antiguos troncos, arde el suelo
Y amenaza abrasar al mismo cielo.

III.

Rompe el alarbe y fiero desbarata
Cuanto encuentra, y los campos rauda asuela ;
Al labrador sus mieses arrebató ;
Pavoroso terror las gentes hiela ;
La virgen triste al vencedor acata,
Y hondo suspiro de su pecho vuela
Al trono de Rodrigo descuidado,
Que en infame placer yace embriagado.

IV.

Mas al fin despertó : lució ya el día
En que á tan grandes crímenes el cielo
El merecido premio disponía :
Nublóse el sol, encapotóse el velo
Del ancha esfera : el trueno estremecía
La amedrentada tierra, y con anhelo
Rodrigo entonces, respirando apenas,
Quiere romper las bárbaras cadenas.

V.

Al deleite se arranca, el hierro viste,
Cálase el yelmo, el tresdoblado escudo
Con fatiga tal vez débil resiste,
De esfuerzo el corazón y ardor desnudo ;
Pálido el rostro, acongojado y triste,
Parte á lidiar contra el alarbe rudo ;
Vierten sus ojos lágrimas, suspira,
Y por última vez su alcázar mira.

VIII.

En medio á su delirio y agonía
Trémulo y fatigoso se despierta;
Un helado sudor su cuerpo enfria,
Su carne toda horripilada y yerta :
Siente el robusto brazo que porfia
Aun por ahogarle ; á desprender no acierta
El lienzo que á su cuello él mismo liga,
Y él cree el brazo tenaz que le fatiga.

FRAGMENTO TERCERO.

BATALLA DEL GUADALETE.

I.

En vano con prodigios espantosos
El justo cielo le anunció su ruina,
Y fúnebres ensueños milagrosos
Le intimaron la cólera divina :
Ronco trueno á los pueblos temerosos,
A deshora estallando, vaticina
Desventuras sin fin ; y el rey en tanto
Derrama entre sus hembras débil llanto.

II.

Orgullosa torrente de guerreros
Pueblos, montañas y ciudades hunde ;
Tintos en sangre brillan sus aceros,
Y el estrago y terror do quiera cunde :
Así al impulso de aquilones fieros
Llama voraz por selvas se difunde,
Consumo antiguos troncos, arde el suelo
Y amenaza abrasar al mismo cielo.

III.

Rompe el alarbe y fiero desbarata
Cuanto encuentra, y los campos rauda asuela ;
Al labrador sus mieses arrebató ;
Pavoroso terror las gentes hiela ;
La virgen triste al vencedor acata,
Y hondo suspiro de su pecho vuela
Al trono de Rodrigo descuidado,
Que en infame placer yace embriagado.

IV.

Mas al fin despertó : lució ya el día
En que á tan grandes crímenes el cielo
El merecido premio disponía :
Nublóse el sol, encapotóse el velo
Del ancha esfera : el trueno estremecía
La amedrentada tierra, y con anhelo
Rodrigo entonces, respirando apenas,
Quiere romper las bárbaras cadenas.

V.

Al deleite se arranca, el hierro viste,
Cálase el yelmo, el tresdoblado escudo
Con fatiga tal vez débil resiste,
De esfuerzo el corazón y ardor desnudo ;
Pálido el rostro, acongojado y triste,
Parte á lidiar contra el alarbe rudo ;
Vierten sus ojos lágrimas, suspira,
Y por última vez su alcázar mira.

VI.

El grito escucha de venganza y guerra
 Gozoso de su estruendo el mahometano,
 Y ansioso aguarda en la vandalia tierra
 Do baña el Lete el muro jerezano.
 ¡Ay! á la lid del ocio se destierra,
 ¡Oh cara patria! y se prepara en vano
 Rodrigo de su ejército á la frente,
 Que los vicios de un rey vician su gente.

VII.

Despareció del godo la osadía
 Y el antiguo valor: las armas ora,
 Noble ejercicio de su esfuerzo un día,
 Cansado blande y los deleites llora,
 Mientras la enseña de la luna impía
 Tremolan á los aires vencedora
 Los que el mundo, beligeros varones,
 Turbaron con sus bárbaras legiones.

VIII.

Rodrigo en carro de márfil ostenta
 Corona de oro y perlas en su frente:
 La regia pompa y galas aparenta
 Que en los banquetes le adornó luciente.
 ¡Miseró! en vano el corazón alienta;
 No ve sobre él, ¡oh Dios omnipotente!
 Tu diestra levantada; arder no mira
 Tu rayo á la palabra de tu ira.

IX.

Llegamos ya del Lete á la ribera,
 Y en su fértil llanura el campamento
 Fijamos frente á la morisma fiera:
 Resuena el campo en pavoroso acento,
 Al aire va tendida la bandera,
 La trompa agita el sonoro viento,
 Armas y carros resonantes giran,
 Y ambas huestes atónitas se miran.

X.

La noche el ciclo en su sombroso manto
 Lóbrega encapotó: tal vez brillaba
 Relámpago sombrío, que el espanto
 Y el horror de la noche acrecentaba;
 Lúgubre, sola y temerosa en tanto
 La voz de las vigias se escuchaba,
 Y en torno de los campos tenebrosos
 Volaban mil espectros espantosos.

XI.

El sol temprano cual rubí encendido
 Dejaba el golfo del rosado oriente,
 Y el rayo, de su disco despedido
 Doraba de Jerez laalzada frente:
 Quiebra entre tanto morrion bruñido,
 Dardo mortal y arnés resplandeciente
 Su luz, y cada raudo movimiento
 De ominoso esplendor inunda el viento.

XII.

La extensa vega de Jerez coronan
 El uno y otro ejército fronteros:
 Guerra las trompas hórridas pregonan,
 Y al ruido late el pecho á los guerreros.
 Armas, carros, caballos se amontonan,
 Zumba el viento al rumor y estruendo fieros:
 Los rios su curso con pavor reprimen
 Y los montes al son medrosos gimen.

XIII.

Triste Rodrigo su carroza guía
 Ligera entre sus fuertes escuadrones:
 Radiante en vano su corona envía
 El antiguo esplendor. ¡Ah! sus bridones
 ¡Cuán otro rige ya de aquel que un día
 Toledo vió entre nobles campeones,
 Augusto vencedor en los torneos,
 Coronada su frente de trofeos!

XIV.

Hoy al peligro puesto el pecho esquivo,
 El corazon anima, y su flaqueza
 Esconde ante su ejército, y altivo
 Muestra en su acenso bélica fiereza.
 Sancho, su hijo, el hierro vengativo
 Blande á su lado y rige la aspereza
 De un gallardo troton con diestra mano,
 Mancebo hermoso, intrépido y lozano.

XV.

Por vez primera la robusta lanza
 Blande su brazo juvenil, y ansioso
 Hiérvele el pecho en bélica esperanza,
 Ceñir pensando el lauro victorioso:
 Probar de solo á solo su pujanza
 Con el mismo Tarif ansia animoso:
 Párase en tanto el rey, alza la frente,
 Y así en guerrera voz grita á su gente.

.....

XVI.

Entretanto el clarín súbito suena
 En nuestro campo, y fiera corresponde
 Con trompas y atabales la agarena
 Hueste que al ruido en ronco son responde.
 Tarif su gente á arremeter ordena;
 La nuestra se adelanta; el cielo esconde
 Densa nube de polvo, el viento inflama,
 Y el suelo á nuestros piés retiembla y brama.

XVII.

Sus caballos los moros recogiendo,
 Rápidos se aperciben á lanzarse;
 Súbito á un tiempo en alarido horrendo
 Arrancan con nosotros á encontrarse;
 El ímpetu, las voces, el estruendo
 Tornan en son confuso á redoblarse;
 El acero saltando centellea,
 La sangre hirviendo en derredor humea.

XVIII.

Retumba el valle: al golpe repetido
 Sobre las armas de la hendiente espada,
 Salta el arnés al suelo sacudido,
 La cimera gentil gime abollada:
 No mas veloz, cuando el metal ardido
 Labra el martillo en la caverna ahumada,
 Sobre el fornido yunque horrendo bate,
 Y forja el fiero rayo del combate.

XIX.

Hombres con hombres con furor se estrellan
 Con golpes reciamente redoblados,
 Lo arrasan todo y todo lo atropellan,
 Hienden, rajan, destrozan irritados;
 Armas, muertos, caballos, carros huelian
 Con espantoso estruendo derribados:
 Yelmos, picas, turbantes, sangre ardiente
 Envuelve el Guadalete juntamente.

XX.

Así en recio rumor bramando el viento
 En las hondas cavernas de la tierra,
 A deshora con ímpetu violento
 Rompe la cárcel que su furia encierra;
 Retiembla al choque el duradero asiento
 En que el orbe firmísimo se aferra,
 Abre su abismo el mar, su estrago cunde,
 É imperios al no ser súbito hunde.

XXI.

En confusa revuelta la batalla,
 Todos ardiendo en ira se encarnizan,
 Vuela en pedazos la rompida malla,
 Crudos golpes los cuerpos martirizan;
 No hay ceder, no hay calmar; inmoble valla
 Cruzados hierros mil continuo erizan:
 Hiérense, á herirse tornan y desprecian
 La muerte, hirviendo en cólera, y arrecian.

XXII.

En tanto el sol en su carroza de oro
 Vibrando del zenit vívida lumbré,
 Padre y monarca del luciente coro,
 Mediaba el día en la celeste cumbre.
 Dura incierto el combate : altivo un moro
 De entre la espesa, envuelta muchedumbre
 Aguija su bridon, la lanza agita,
 Y en nosotros audaz se precipita.

XXIII.

Arrolla á Atanagildo; la pujanza
 Del fiero Teudis á sus plantas yace,
 Rinde de Ervigio la terrible lanza,
 Y su cólera en sangre satisface;
 Sobre vencidos muertos se abalanza,
 Opuestos hierros su furor deshace;
 Pavor, desolacion, muerte, rüina
 Su alfanje en alto aterrador fulmina.

XXIV.

Sancho, Sancho le ve : su pecho late
 Venturoso en hallar digna contienda;
 Tercía su lanza, las hijadas bate,
 Y al fogoso bridon suelta la rienda;
 Parte á do el moro intrépido combate;
 Llámale en alta voz á lid tremenda :
 Vuelve el árabe á Sancho, el troton pára,
 Responde al grito y su furor prepara.

XXV.

La lanza en ristre, al pecho el fuerte escudo,
 Sobre el arzon el cuerpo amenazante,
 Al héroe amaga el bárbaro sañudo,
 Fijos los ojos, lívido el semblante;
 Sereno el rostro, en ademan forzado
 Blande el mancebo el hierro contellante,
 Y envueltos entre el polvo que levantan,
 La tierra en torno al embestirse espantan,

XXVI.

No mas pronto entre humo y fuego y trueno
 Rayo veloz del cielo se desata;
 Ni así fiero en la mar de su hondo seno
 Las turbias olas Bóreas arrebatá;
 Ni montaraz torrente al valle ameno,
 Ni súbito huracan, ni catarata
 De ondisonante rio, ni lava ardiente
 Su arranque asemejara impaciente.

XXVII.

Al encuentro fatal con ruido infando
 Las lanzas saltan; la áspera coraza
 El rechinante hierro penetrando,
 La robusta armadura despedaza;
 La mitad de la lanza retemblando
 El pecho al musulman fiero ataraza;
 A torrentes la sangre humeante brota
 Por la abertura de la hirviente cota.

XXVIII.

« ¡ Maldicion sobre tí! » grítale el moro,
 Y ya su alfanje en alto resplandece;
 Desploma el golpe en el metal sonoro,
 Parte á Sancho el arnés y en furia crece.
 No así mugiendo fiero andaluz toro
 El circo en torno horrisono estremece;
 Ni iracundo leon, ni tigre hircano
 Iguala en ira al bárbaro africano.

XXIX.

Presto otra vez al héroe se adelanta,
 Suelto el veloz caballo en la carrera,
 El roto escudo impávido levanta
 Sancho, y el golpe poderoso espera;
 Descarga el musulman, rompe y quebranta
 Adarga y yelmo y barras y cimera;
 Sancho vacila, y de la herida frente
 La sangre mana en hervorosa fuente.

XXX.

Y audaz tirando de la cruda espada,
Que cual cometa cuando deja el lecho
Del mar, resplandeció desenvainada,
La esconde toda en el alarbe pecho.
De los disueltos miembros huye airada,
Dando un gemido de mortal despecho,
Aquel alma feroz, y vuela impía
Del negro averno á la region sombría.

XXXI.

Crece entonces el impetu; el rüido
Dóblase en ambas huestes : Sancho grita;
Su acento deja al moro estremecido,
Y ansia de gloria en el hispano excita.
¿ Quién dirá tu valor, ni el encendido
Ardor dirá que el corazon te agita?
¡ Oh Sancho! yo si dividí tu gloria.
Tuyo fué el lauro y tuya la victoria.

XXXII.

En medio la morisma enfierecida
Revuelve el héroe su tajante acero:
Cada golpe una herida, cada herida
Una muerte : y brioso, audaz, ligero,
Mil muertes lanza en cada arremetida;
Cede á su esfuerzo al árabe altanero,
Redobla el choque el animoso hispano,
Y gime el moro y lidia y lucha en vano.

XXXIII.

Apenas con fatiga ronca alientan,
Yertos los fuertes brazos, los guerreros,
Y en vano el bruto que animar intentan
Siéntese hincar los acicates fieros;
Ora si aun con altivez sustentan
En las cansadas manos los aceros,
No es ya valor ni esfuerzo ni osadía,
Mas requemada furia y rabia impía

.....
.....
.....

XXXIV.

Héroe del español, alta memoria
Allí alcanzaste, ¡ oh hijo de Rodrigo!
Y altivo yo las palmas de victoria
Me esforcé en vano á dividir contigo;
Astro menor, siguiéndole en su gloria
Fui de su esfuerzo y su valor testigo. —
Al eco torna del clarin que siente,
Y tardo sigue el último á su gente.

XXXV.

Cual rojo alano á las batallas hecho,
Si hubo al toro sujeto entre sus dientes,
De la fiera arrancado, su despecho
Muestra con ademanes impacientes;
Y ora pára tal vez de trecho en trecho,
Ora en torno los ojos vuelve ardientes,
O lento sigue al conocido dueño
Con oscuro murmullo y torvo ceño;

XXXVI.

Así el héroe se aparta desdeñoso,
Rotas las armas y el almete hundido,
Y descubre, marchando perezoso,
Con palabras su ardor mal reprimido.
No es ya el diestro y galan jóven hermoso,
De plumas, oro y perlas revestido;
Ora guerrero intrépido le muestra
La ajena y propia sangre y faz siniestra.

XXXVII.

De monte en monte retumbando atruena
El fragor lejos del pasado estruendo :
El campo en son confuso en torno suena,
Lamentos moribundos repitiendo;
El Guadalete férvido resuena,
Su curso entre cadáveres rompiendo,
Y entrambas huestes á la lid preparan
Las rotas armas, y el vigor reparan.

.....
.....

EL CONSEJO.

XXXVIII.

Habló apenas y presto del asiento
Cercano á la del rey la augusta silla
Sancho, su hijo, con brioso aliento
En pié y armado reluciente brilla.
« Con esta, dijo en varonil acento,
Y de la vaina alzó media cuchilla;
Al punto aquí castigaré al medroso
Que vil demande hasta triunfar reposo.

XXXIX.

« ¿ Tregua ? ¡ Jamás ! ó vencimiento ó muerte ;
Que nunca fatigó, ni impuso miedo
Continua guerra al corazón del fuerte,
Ni abatió de su espíritu el denuedo.
Quien ora intente abandonar la suerte,
Que ofrece á nuestras armas rostro ledo,
Es un cobarde y vil, y de ahora digo
Que ya me cuente á mí por su enemigo. »

XL.

Dijo, y fuego su vista derramada
En torno de nosotros despedía :
La mano en el recazo de su espada,
Ministra de la muerte, sostenía ;
Y en su ademán y vívida mirada
Al genio de la noche parecía
Sobre la tempestad, cuando destina
El mundo todo á funeral ruina.

XLI.

« ¡ O triunfo ó muerte ! » en grito altisonante
Clamé en pos de él, y á un tiempo resonaron
Los jóvenes mi voz, y en arrogante
Aspecto las espadas empuñaron :
Con muestra humilde y plácido semblante,
Cuando á la voz del rey todos callaron
Opas el labio de dulzura lleno
Abrió, exhalando su infernal veneno.

XLII.

« ¡ Con cuánto gozo, dijo, oh capitanes,
Miro en vosotros, de la patria escudo,
El noble ardor que vence los afanes
Y el pecho incita á combatir sañudo !
Tímidas ven las huestes musulmanes
Vuestro hierro fatal brillar desnudo,
Y oyendo vuestra voz que rauda vuela,
Mortal temor sus corazones hiela.

XLIII.

« Y tú, augusto monarca, el pecho inflama
Y el lauro ciñe de inmortal victoria ;
Goza, heredada al contemplar la llama
Que hará á tu hijo fatigar la historia ;
Por cuanto ardiente el sol su luz derrama
Himnos alzando en tu alabanza y gloria,
De siglo en siglo esparcirá tu nombre
La fama en voz que al universo asombre.

XLIV.

« Mas si alcanzaste nombre de esforzado,
No marchite tu honor puro y radiante
Volver acaso al riesgo aventurado
Cual bisoño adalid, si fué triunfante.
Muéstrate á par de intrépido soldado
Jefe sagaz, y el ánimo arrogante
De tus ínclitos jóvenes serena,
Y su ardimiento generoso enfrena. »

XLV.

Llegaba aquí cuando en redor se extiende
Sordo murmullo que al malvado espanta
É interrumpe su voz; que el pecho enciende
En fiera indignacion audacia tanta:
El rey, que el ruido amenazante entiende,
En la alta silla adusto se levanta,
Y acallado el tumulto y todo atento
Opas siguió con simulado aliento.

XLVI.

« No, guerreros ilustres, ora pido
Largo reposo, ni penseis siquiera
Que, menos que vosotros encendido,
Al viento dé mi espada la postrera;
Que aun no mi corazon gime abatido,
Ni tanto helado de los años fuera,
Que el alta llama que en vosotros arde
Yo desconozca misero y cobarde.

XLVII.

« Mas ¿ qué vale triunfar, qué el ardimiento,
Ni qué vale el esfuerzo y la osadía,
Si ciegos y con loco pensamiento
A cierto daño su imprudencia guia?
Cansado el brazo, el pecho sin aliento,
¿ Qué al español valdrá su valentía,
Si ni el hierro mellar podrá su espada
De tan continuos golpes fatigada? »

XLVIII.

« Volved la vista ¡ oh nobles campeones !
A ese campo de gloria, y ved tendidos
Tintos en sangre intrépidos varones
En medio de los árabes caidos;
Hollados ved del mero los pendones,
Los pendones jamás antes vencidos;
Luego decid si galardón merecen
Pechos que tanta hazaña al mundo ofrecen.

XLIX.

« Descanso os pide el esforzado ibero,
Si á moveros mi voz sola no alcanza;
Descanso sí, para despues mas fiero
Blandir su brazo la robusta lanza:
Sus acentos oid, ved al guerrero
Cansado ya de sangre y de matanza;
Os pide solo de reposo un día,
Y os promete despues nueva osadía.

L.

« Un día solo, y cuando ya mañana
El orbe el sol con su esplendor enciende,
La voz de guerra elevase inhumana
Y el sonoro clarín los aires hienda:
Gózate en tanto, ¡ oh rey ! gócese ufana
Tu heróica hueste y su furor suspenda
Y vosotros ¡ oh nobles compañeros !
Dad á la vaina un punto los aceros. »

LI.

Así robando á la virtud su acento,
Dijo el inicuo, y de su labio impuro
Encubierto espiró letal aliento,
De infausta muerte precursor seguro,
Llamas, guerras, horror, males sin cuento.
Gesó de hablar, y de su centro oscuro
Lanzó tronido horrisono el averno,
Y el rayo asolador vibró el Eterno.

LII.

Mostró Rodrigo á su lisonja agrado
Y en daño suyo consintió gozoso:
Tembló al traidor el corazon malvado,
Cumplido al ver su intento criminoso.
Todos tambien con pecho confiado,
(Que nunca rezelara el generoso)
Crédito noble á sus razones dimos,
Y el hierro en nuestra contra convertimos.

LA PROCESION.

LIII.

Abierta entonces de Jerez ofrece
 La altiva puerta el pueblo en su contento,
 Y marchando magnífico aparece
 Sacro concurso en tardo movimiento.
 El aura en ondas el incienso mece,
 Y humildes gracias al empero asiento
 Un virgen coro armónico levanta,
 Y « hosana, hosana, » sonoro canta.

LIV.

Inmenso pueblo el simulacro santo
 Atiende en pos del Salvador del mund
 Resuena solo reverente el canto,
 Reina silencio en derredor profundo.
 Sublima el pecho religioso encanto,
 Y en paz trocado el ánimo iracundo,
 La hueste sigue en muestra respetosa,
 Y desnuda la frente y humildosa.

LV.

Preceden la alta pompa los pastores
 Sacros ministros de Jesus divino,
 Parte su estola auríferos colores
 Sobre la veste cándida de lino:
 Orlas de lauro y de vistosas flores
 Penden al asta del cruzado sino,
 Y allí Rodrigo respetuoso guía
 En pos la augusta ceremonia pia.

LVI.

Las tiendas cercan y el glorioso acento
 Se siente al eco resonar sūave,
 Calma su ruido misterioso el viento,
 Suspende el canto embebecida el ave,
 Bendice el campo de la lid sangriento
 El sacerdote en aparato grave,
 Tornan y al muro majestuosos giran
 ¡ Miseros! ¡ ay! y júbilo respiran.

LVII.

El campo todo venturoso rie:
 Allí la virgen tímida y atenta
 La vista esparce, y el mancebo engrie
 Su noble pecho y animarla intenta.
 El padre anciano con placer sonrie
 Si el ternezuelo infante, cuando ostenta
 A sus ojos las armas, temeroso
 Se abriga al seno de su madre ansioso.

LVIII.

Tremolan desplegadas las banderas
 Guerreros nuestros en el campo moro,
 Y relumbran gallardas las cimbras
 Y armas y petos enmoldados de oro;
 Suenan confusas voces placenteras,
 Himnos alza tal vez juvenil coro,
 Y fiesta y triunfo y algazara y canto
 Presagios son de esclavitud y llanto.

®

FRAGMENTO CUARTO.

I.

Un alcázar de pórvido lucente
 Junto al famoso Bétis se levanta,
 Do la riqueza y esplendor de oriente
 Los muros y artesones abrillanta;
 Las puertas son de bronce refulgente,
 Y con soberbia y aparato espanta
 Fuerte escuadron en torno de guerreros
 Con sendas lanzas y semblantes fieros.

II.

Allí entre el oro y seda que atavia
 Aromática estancia y opulenta,
 Trono de bullidora pedrería
 Al moro rey con majestad sustenta:
 Torvos los ojos y la faz sombría
 Ora el monarca pensativo ostenta;
 Que arde su pecho en bárbaro coraje
 Del rey de Murcia al temerario ultraje.

III.

En torno de él respetuosa imita
 La corte toda su silencio triste,
 Y de la sombra que su raz marchita
 Su rostro cada cual cubre y reviste;
 La saña misma que al monarca irrita,
 En muchos nobles con furor asiste,
 Y oculta á otros la cristiana injuria,
 Del airado Aldaimon tiemblan la furia.

IV.

Con ceño adusto un árabe altanero
 Y de estatura y miembros de gigante,
 Junto á la silla del monarca fiero
 Fija en él su mirada centellante;
 El silencio fatal rompe el primero
 Con formidable muestra y arrogante,
 Y sin respeto y con acento airado
 Al fin prorumpe, de callar cansado.

V.

« Aldaimon, Aldaimon, ¿ adónde el brio
 Del musulman está? ¿ dónde la guerra
 Y del profeta santo el poderío
 Que á las naciones miseras aterra?
 ¡ Maldiga Alá la paz que da al impio
 Segura vida y júbilo en la tierra!
 Hunda su reino el Dios de las venganzas,
 Y adornen sus cabezas nuestras lanzas.

VI.

« Armas tus fuertes, junta tus varones,
 Que yo á su frente por Alá te juro
 En un lago de sangre las legiones
 Y el odio ahogar del nazareno impuro;
 Del profeta los cándidos pendones
 Brillen de Murcia en el vencido muro,
 Y en aquel de su Dios altar maldito
 La espada eleve nuestro santo rito. »

VII.

Dijo y rugando la ceñuda frente...

VIII.

« Mas no tú solo, intrépido mancebo,
 Irás á dar á mi furor templanza,

Que yo cual tú también el ansia apruebo
De gloria y de combate y de matanza;
Sienta ese rey, que con insulto nuevo
Mi corazón excita á la venganza,
Que si perdono al mísero enemigo,
Del rebelde también doblo el castigo.

IX.

« Ve, Soliman : las huestes agarenas
Manda aprestar, y la trompeta al viento
De Córdoba publique en las almenas
A España mi terrible mandamiento. »
Dijo, y le escucha el musulmán apenas,
Cuando por medio en ademán violento
Rompe, y á obedecerle se retira,
Y zeloso del rey se abrasa en ira.

X.

Con grata muestra entonces del tirano
Todos humildes el intento aprueban,
Y sobre el pecho al uso mahometano
Inclinando la faz, las manos llevan :
Luego un murmullo con semblante ufano
Unos con otros razonando elevan ;
Mas ya Aldaimon á hablarles se prepara,
Y el sordo ruido de repente pára.

XI.

« Campeones de Dios, ¡ descendientes
Del inclito Ismael ! la luz primera
Verá de nuestras glorias esplendentes
Al aire tremolada la bandera.
Ella guió el valor de los creyentes,
Cuando del Guadalete en la ribera
En manos de Tarif brilló aquel día,
Que extendió la agarena monarquía.

XII.

« Ella miró vencidos desplomarse
Los altos muros de la gran Toledo,

Y la altivez de Mérida humillarse ;
Y al cántabro feroz impuso miedo.
Torne al viento mañana á desplegarse,
Y al alma infunda el celestial denuedo,
Que intimida al infiel : Dios le condena
A eterna muerte ó á servil cadena. »

XIII.

Dijo, y del trono aurífero desciende
Con lento paso y ceño majestuoso,
Y á un lado y otro del salón se extiende
Y ante él se postra el séquito humildoso.
Tal si en ignota soledad sorprende
Oscura noche al labrador medroso
Si de repente ve fada divina,
En mudo pasmo la rodilla incina.

FRAGMENTO QUINTO.

DESCRIPCION DE UN SERRALLO.

I.
 De mágicos jardines rodeado,
 Se alza un rico salon, donde descansa
 El moro rey, cuando el fatal cuidado
 Y cortesano estrépito le cansa :
 En él ahora al júbilo entregado,
 Del fiero pecho la crueldad amansa
 Plácido canto que deleite inspira
 Al son de blanda, regalada lira.

II.
 Allí cercado del amable coro
 Que el de las houris célicas no iguala,
 Quemada en pipa de ámbar y de oro,
 Planta aromosa el gusto le regala;

Y mientras en hombros de su amada el moro
 La sien reclina, de su labio exhala
 Humo sũave, que en fragante nube
 En leves ondas á perderse sube.

III.

Cien lámparas de plata el opulento
 Soberbio harem con su esplendor encienden,
 Y, en partes horadado el pavimento,
 Aromas mil á derramarse ascienden :
 Las luces multiplica ciento á ciento
 El oro y alabastro en que resplenden,
 Y de cristal y azogue relucientes
 En jaspe bulleu imitadas fuentes.

IV.

Lánguida acaso mora peregrina
 En blando lecho de damasco y flores
 Allí voluptuosa se reclina,
 Y en sus ojos amor prende de amores ;
 En tanto que otra de beldad divina
 Con aguas de riquísimos olores
 Baña la negra cabellera riza,
 Que por la airosa espalda se desliza.

V.

Otra de silfas mil tropa lasciva
 Con diademas de oro y de esmeralda
 Saltando en danzas ágiles, festiva
 Gira y se enlaza entre gentil guirnalda ;
 Y deshaciendo el lazo fugitiva,
 Desnudo el pecho y lagallarda espalda,
 La leve seda al movimiento vuela
 Y sus formas bellísimas revela.

VI.

El ojo en vano penetrar desea
 La en torno casi trasparente gasa,

Y aunque nada tal vez entre ella vea,
Rápido el pensamiento la traspasa;
Y en tanto en vueltas fáciles ondea
La bella tropa y por las orlas pasa,
Al son suáve de las arpas de oro
Resuena el canto en armonioso coro.

VII.

Sonríe acaso y su aspereza olvida
Viéndolas Aldaimon, y tierno lazo
Téjele en tanto su beldad querida
Con dulce beso y con amante abrazo;
A grata calma y á placer convida
Y á deleite suavísimo el regazo
Donde reposa, y por mayor delicia
Blanca y hermosa mano le acaricia.

.....

.....

CUADRO DEL HAMBRE.

VIII.

.....

Mas todo en vano fué : bárbaro estrago
Mientras el hambre en la ciudad hacia;
La muerte ya con silencioso amago
Señalaba sus víctimas impía :
Busca en la madre cariñoso halago
El tierno infante que en su amor confia,
Seco el pecho encontrando : ella le mira,
Y horrorizada el rostro de él retira.

IX.

Gime el anciano en lecho de tormento,
Y ya sintiendo la cercana muerte,
Al hijo tiende el brazo amarillento,
Y árido llanto al abrazarlo vierte.
Quién con hórridas muestras de contento,
Feliz creyendo su infelice suerte,
A su padre su misma sangre lleva
Para que de ella se alimente y beba.

X.

Viérase allí grabada en los semblantes
La desesperación : triste suspira
Y eleva aquel las manos suplicantes;
Cual mordiendo en sí mismo en ansia espira,
Tal, clavados los ojos penetrantes,
Morir sus hijos y su esposa mira
Con risa horrible, y muere recrujiendo
Los dientes y las manos retorciendo.

XI.

Pálido, y flaco, y lánguido con lento
Paso camina el moribundo hispano ;
Sobre su lanza carga el macilento
Cuerpo y se apoya en la derecha mano ;
Los ojos con horror, sin movimiento,
Avidos fija sobre el muerto hermano,
Y hambriento goza y lo devora, en donde
Avaro cré que á los demás se esconde.

XII.

Las calles en silencio sepultadas
Solo ocupan algunos moribundos,
Las manos reciamente enclavijadas,
Despidiendo tal vez ayes profundos :
Laten en torno entrañas destrozadas
Y miembros de cadáveres inmundos,
Que forzado del hambre asoladora,
Cual como grato pasto los devora.

XIII.

Para mayor martirio les presenta
 Con recuerdo fatal su fantasía
 Los manjares tal vez de la opulenta
 Mesa que desdénaron algún día :
 Ora las aves de rapiña ahuyenta
 Avido el moribundo en su agonía
 Disputando el festín, y sus gemidos
 Se mezclan con los fúnebres graznidos.

XIV.

Cual al lanzar el postrimer aliento,
 Ve feroz buitre que sobre él se arroja
 Y en la angustia del último momento
 Lucha con él en su mortal congoja :
 Los dedos hinca con furor violento
 En la entraña del pájaro, que, roja
 La corva garra en sangre, aleteando,
 Va con su pico el pecho barrenando.

XV.

El moribundo, lívido el semblante,
 Los ojos vuelve en blanco en su agonía,
 Mientras tenaz el buitre devorante
 Ahonda el pico con mayor porfía ;
 Mas el hombre le aprieta á cada instante ;
 El ave mas profundizar ansía,
 Hasta que así, y el uno al otro junto,
 Muertos al fin quedaron en un punto.

.....

FRAGMENTO SEXTO.

I.

Era la noche : el trueno pavoroso
 Ronco estallando en torno retumbaba,
 Y en mar inmenso el cielo tenebroso
 Con violento turbion se desgajaba :
 El rápido relámpago lumbroso
 Al aire desprendido serpeaba
 Y ardiendo el rayo en la tiniebla umbria,
 Del orbe la honda base estremecía.

II.

Todo era horror, y en la comun tristeza
 Unico asilo el templo sacrosanto ;
 El muro abandonaba en su flaqueza
 El guerrero español bañado en llanto ;
 El tardo incierto paso allí endereza
 Inmensa turba con horror y espanto,
 Y ante la imágen de Jesus postrados,
 No osan alzar sus ojos aterrados.

III.

Lejos de todos solitario gime,
 Cerrado en una lóbrega capilla,
 Y negra pena el corazon le oprime,
 El noble jefe de la gran Sevilla ;
 Ya no alienta su ejército ; no esgrime
 Ya triunfador la intrépida cuchilla,
 Que embebecido en su pensar doliente
 Apenas mis cercanos pasos siente.

IV.

Yelmo y escudo aparte descuidados,
El anciano á sus piés tendidos tiene,
Y los ojos de lágrimas cargados,
Su diestra el rostro lánguido sostiene ;
Sus exánimes miembros fatigados
Contra un altar inmóviles mantiene,
Y tan solo los ojos á mi acento
Tornó hácia mí con leve movimiento.

V.

« Noble anciano, exclamé, dura es la muerte
Cuando se acerca inevitable y lenta,
Y no sirve el valor contra la suerte,
Y antes mas bien el infortunio aumenta
Mas ¿ quién resistirá si un pecho fuerte,
Como es el tuyo, desmayado alienta ? »
Dije, y en tanto el misero gemía,
Y con endeble voz me respondía.

VI.

« Triste en verdad estoy : mas ¡ ay ! no es leve
La causa de mis lágrimas : ¡ dichoso
Tú mil veces, oh jóven, que harto breve
Será tu padecer y harto glorioso,
Por mas que en tí con ímpetu se cebe
La cólera del hado rigoroso !
Tú no conoces mi dolor ¡ ay triste !
Tú nunca el hijo de tu amor perdiste.

VII.

« Misero y solo en tanta desventura,
Su dulcísima voz no oiré espirando,
Ni con trémula mano en su tristura
Me cerrará los párpados llorando ;
Inútil viejo, de la muerte dura
En mi amargo dolor el golpe ansiando,
Solo y en bien de mi ciudad confío,
Oh gran Pelayo ! en tu prudencia y brio. »

VIII.

Mi corazon de lástima llagado,
Mi rostro algunas lágrimas cubrieron,
El noble anciano al ver acongojado,
Que tantas lides animoso vieron :
Su grave rostro del dolor marcado
Do á par las penas que la edad pusieron
La mano que en frente encanecía,
Pálido aun con majestad lucía.

IX.

« Teudis, le dije, el ánimo sustenta :
Alzate y viste la luciente malla,
Y el último respiro que te alienta
Esfuércese á la voz de la batalla. »
« ¡ Oh jóven ! respondió : dime, ¿ qué intenta
Tu inextinguible ardor ? ¿ qué medios halla
De salvacion tu esfuerzo ? ¡ Ah ! ya te sigo :
Tu voz me reanimó ; parto contigo. »

X.

Y esforzándose el héroe á levantarse
Sostenido de mí marchó tardío,
Y en sus lánguidos ojos inflamarse
Se vió la llama de su antiguo brio :
Como suelen de lumbre colorarse
Las nubes de tormenta en el estío
El fuego que su espíritu animaba,
En su pálido rostro reflejaba.

XI.

Entretanto en el templo amontonados
Hombres, mujeres, niños se veían,
Y flaco el rostro pálido, aterrados,
Espantosos espectros parecían :
A la luz de los rayos apagados
De las ondeantes lámparas lucían :

A par del trueno el huracan bramaba,
Y del templo en las bóvedas zumbaba.

XII.

Los dos entonces tristes contemplando
Aquellos fuertes, míseros varones,
El llanto de mis ojos enjugando
Por alentar sus fuertes corazones;
« ¡ Noble esperanza del cristiano bando,
Exclamé, generosos campeones!
Alzad el pecho á contrastar la suerte:
Muramos, sí; pero con digna muerte. »

XIII.

« Si es fuerza perecer como valientes,
Perezcamos al pié del patrio muro:
No es tiempo, amigos, ya de ser prudentes;
La paz, la sumision nada hay seguro;
Ora mandan los hados inclementes
Morir. ¿ Preferireis al trance duro,
Que á cierta gloria y á venganza guia,
Tan dilatada y mísera agonía? »

XIV.

Dije, y aquellos héroes á mi acento
El yerto fuego renacer sentian,
Que aun no apagado el generoso aliento
Ni el entusiasmo bélico tenian:
Todos al punto luego en movimiento
Mi voz en derredor solo atendian.
« Guiad, dijeron; á morir marchemos
Ansia de perecer todos tenemos. »

XV.

« Alto, dije, á la lid: la noche oscura
Protege ¡ oh bravos! el intento mio:
O de una vez muramos con bravura,
O camino nos abra nuestro brio;

Tal vez nuestro valor logre ventura,
Tal vez venganza del alarbe impío. »
Dije, y al punto un escuadron formaron
Y en medio á los inermes encerraron.

XVI.

Con tardo paso, con silencio y calma
A la luz del relámpago partimos,
Llena de angustia y de zozobra el alma,
Y el ánimo á la muerte apercebimos.
Del martirio á alcanzar la ilustre palm
A campo abierto impávidos salimos:
En torno todo de tinieblas lleno,
Rugen tan solo el huracan y el trueno

XVII.

Entre las densas sombras temerosos
En cieno y agua hundidos avanzamos,
Y con ansia y fatiga, cuidadosos
Cerca del campo musulman llegamos,
Dóblase la zozobra, y silenciosos
Ante sus tiendas lóbregas paramos;
Prestas las armas, próximo el combate
De miedo el pecho y de esperanza late.

XVIII.

Mas á su voz por otra repetida,
Pronta su hueste se presenta armada,
Y con bárbaro ardor y arremetida
Fulmínase á nosotros agolpada:
En las cristianas lanzas recibida
Fué su improvisa cólera estrellada.
Torna al asalto y dobla la pelea:
El tercio ibero resistiendo ondea.

XIX.

Sigue el rumor, la confusion se aumenta,
Cual hunde en las entrañas del amigo,

Que apartado de él lidiando cuenta,
 El arma destinada al enemigo;
 Este, si descargar el golpe intenta,
 Por alto precipicio da consigo;
 Tal piensa allí que á su escuadron se junta,
 Y halla en el pecho la imprevista punta.

xx.

Cual allí solo contra mil pelea,
 Y al frente y al redor hiere y maltrata;
 Y en tanto que la maza aquel rodea,
 Otro le oprime el brazo y la arrebatá.
 Ya un escuadron cejando titubea,
 Y otra vez vuelve, y carga y desbarata:
 Ora cedemos ya; ya paso abrimos;
 Ya tórnanlo á cerrar, ya al fin rompimos.

POESIAS LIRICAS.

SERENATA.

Delio á las rejas de Elisa
 Le canta en noche serena
 Sus amores,

Raya la luna, y la brisa
 Al pasar plácida suena
 Por las flores.

Y al eco que va formando
 El arroyuelo saltando
 Tan sonoro,

Le dice Delio á su hermosa
 En cantilena amorosa:
 «Yo te adoro.»

En el regazo adormida
 Del blando sueño presentes
 Mil delicias,

En tu ilusion embebida,
 Feliz te finges, y sientes
 Mis caricias.

Que apartado de él lidiando cuenta,
El arma destinada al enemigo;
Este, si descargar el golpe intenta,
Por alto precipicio da consigo;
Tal piensa allí que á su escuadron se junta,
Y halla en el pecho la imprevista punta.

xx.

Cual allí solo contra mil pelea,
Y al frente y al redor hiere y maltrata;
Y en tanto que la maza aquel rodea,
Otro le oprime el brazo y la arrebatá.
Ya un escuadron cejando titubea,
Y otra vez vuelve, y carga y desbarata:
Ora cedemos ya; ya paso abrimos;
Ya tórnanlo á cerrar, ya al fin rompimos.

POESIAS LIRICAS.

SERENATA.

Delio á las rejas de Elisa
Le canta en noche serena
Sus amores,

Raya la luna, y la brisa
Al pasar plácida suena
Por las flores.

Y al eco que va formando
El arroyuelo saltando
Tan sonoro,

Le dice Delio á su hermosa
En cantilena amorosa:
«Yo te adoro.»

En el regazo adormida
Del blando sueño presentes
Mil delicias,

En tu ilusion embebida,
Feliz te finges, y sientes
Mis caricias.

Y en la noche silenciosa
Por la pradera espaciada
Blando coro

Forman, diciendo á mi acento,
El arroyuelo y el viento :
«Yo te adoro.»

En derredor de tu frente
Leve soplo vuela apenas
Muy callado,

Y allí esparcido se sienta:
Dulce aroma de azucenas
Regalado.

Que en fragancia deleitosa
Vuela también á la diosa
Que enamoro,

El eco grato que suena
Oyendo mi cantinela :
«Yo te adoro.»

Del fondo del pecho mio
Vuela á tí suspiro tierno
Con mi acento :

En él mi Elisa, te envío
El fuego de amor eterno,
Que yo siento.

Por él, mi adorada hermosa,
Por esos labios de rosa
De tí imploro

Que le escuches con ternura,
Y le oirás como murmura :
«Yo te adoro.»

Despierta y el lecho deja :
No prive el sueño tirano
De tu risa

A Delio, que está á tu reja
Y espera ansioso tu mano,
Bella Elisa.

Despierta, que ya pasaron
Las horas que nos costaron
Tanto lloro ;

Sal, que gentil enramada
Dice á tu puerta enlazada :
«Yo te adoro.»

Londres, 1828.

A UNA DAMA BURLADA.

Dueña de rubios cabellos,
Tan altiva,
Que creéis que basta el vellos
Para que un amante viva
Preso en ellos
El tiempo que vos queréis ;
Si tanto ingenio teneis
Que entreteneis tres galanes,
¿Cómo salieron mal hora,
Mi señora,
Tus afanes?

Pusiste gesto amoroso
Al primero :
Al segundo el rostro hermoso
Le volviste placentero

Y con doloso
Sortilegio en tu prision
Entró un tercer corazon :
Viste á tus piés tres galanes,
Y diste, al verlos rendidos,
Por cumplidos
Tus afanes.

¡De cuántas mañas usabas
Diligente!
Ya tu voz al viento dabas,
Ya mirabas dulcemente,
O ya hablabas
De amor, ó dabas enojos ;
Y en tus engañosos ojos
A un tiempo los tres galanes
Sin saberlo tú, leían
Que mentían
Tus afanes.

Ellos de tí se burlaban ;
Tú reías ;
Ellos á tí te engañaban,
Y tú, mintiendo, creías
Que te amaban :
Decid, ¿quién aquí engañó?
¿Quién aquí ganó ó perdió?
Sus deseos tus galanes
Al fin miraron cumplidos,
Tú fallidos
Tus afanes (1).

(1) Estos versos componen una cancion que el autor puso en boca del paje Jimeno en la novela histórica titulada *Sancho Saldaña ó el Castellano de Cuellar*.

A LA NOCHE

ROMANCE.

Salve, ó tú, noche serena,
Que el mundo velas augusta,
Y los pesares de un triste
Con tu oscuridad endulzas.

El arroyuelo á lo lejos
Mas acallado murmura,
Y entre las ramas el aura
Eco armonioso susurra.

Se cubre el monte de sombras
Que las praderas anublan,
Y las estrellas apenas
Con trémula luz alumbran.

Melancólico rüido
Del mar las olas murmuran,
Y fátuos, rápidos fuegos
Entre sus aguas fluctúan.

El majestüoso rio
Sus claras ondas enluta,
Y los colores del campo
Se ven en sombra confusa.

Al aprisco sus ovejas
Lleva el pastor con presura,
Y el labrador impaciente
Los pesados bueyes punza.

En sus hogueras le esperan
Su esposa y prole robusta,
Parca cena preparada
Sin sobresalto ni angustia.

Todos süave reposo
En tu calma ¡oh noche! buscan,
Y aun las lágrimas tus sueños
Al desventurado enjugan.

¡Oh qué silencio! ¡oh qué grata
Oscuridad y tristura!
¡Cómo el alma contemplaros
En sí recogida gusta!

Del mustio agorero buho
El ronco graznar se escucha,
Que el magnífico reposo
Interrumpe de las tumbas.

Allá en la elevada torre
Lánguida lámpara alumbra,
Y en derredor negras sombras,
Agitándose, circulan.

Mas ya el pérlogo de plata
Muestra naciente la luna,
Y las cimas del otero
De cándida luz inunda.

Con majestad se adelanta
Y las estrellas ofusca,
Y el azul del alto cielo
Reverbera en lumbre pur

Deslízase manso el río,
Y su luz trémula ondula
En sus aguas retratada,
Que, terso espejo, relumbran.

Al blando batir del remo
Dulces cantares se escuchan
Del pescador, y su barco
Al plácido rayo cruza.

El ruiseñor á su esposa
Con vario cántico arrulla,
Y en la calma de los bosques
Dice él sole sus ternuras.

Tal vez de algun caserío
Se ve subir en confusas
Ondas el humo, y por ellas
Entre-clarear la luna.

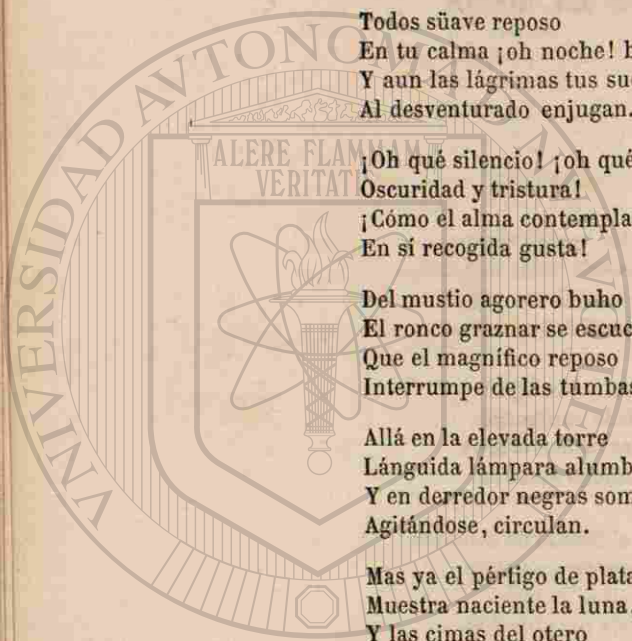
Por el espeso ramaje
Penetrar sus rayos dudan,
Y las hojas que los quiebran,
Hacen que tímidos luzcan.

Ora la brisa süave
Entre las flores susurra,
Y de sus gratos aromas
El ancho campo perfuma.

Ora acaso en la montaña
Eco sonoro modula
Algun lánguido sonido,
Que otro á imitar se apresura.

Silencio, plácida calma
A algun murmullo se juntan
Tal vez, haciendo mas grata
La faz de la noche oscura.

¡Oh! salve, amiga del triste,
Con blando bálsamo endulza
Los pesares de mi pecho,
Que en tí su consuelo buscan.

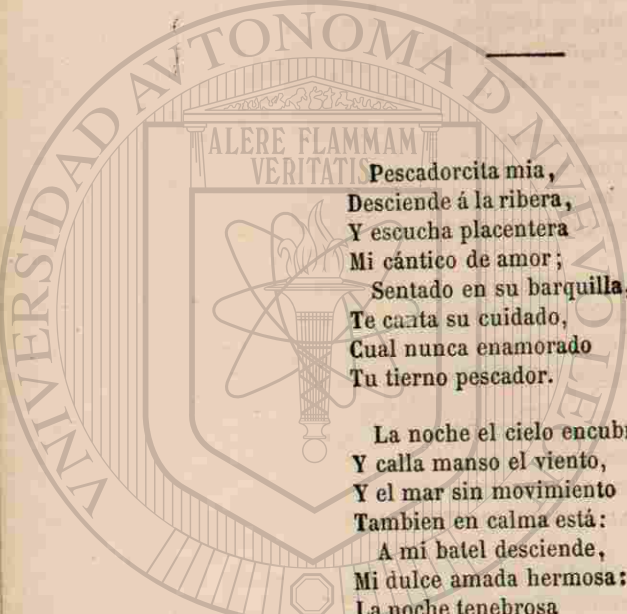


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL PESCADOR.



Pescadorcita mia,
 Desciende á la ribera,
 Y escucha placentera
 Mi cántico de amor;
 Sentado en su barquilla,
 Te cauta su cuidado,
 Cual nunca enamorado
 Tu tierno pescador.

La noche el cielo encubre
 Y calla manso el viento,
 Y el mar sin movimiento
 Tambien en calma está:
 A mi batel descende,
 Mi dulce amada hermosa:
 La noche tenebrosa
 Tu faz alegrará.

Aquí apartados, solos,
 Sin otros pescadores,
 Suavisimos amores
 Felice te diré,
 Y en esos dulces labios
 De rosas y claveles
 El ámbar y las mieles
 Que vierten libaré.

La mar adentro iremos,
 En mi batel cantando
 Al son del viento blando
 Amores y placer;

Regalaréte entonces
 Mil varios pececillos
 Que al verte simplecillos
 De tí se harán prender.

De conchas y corales
 Y nácar á tu frente
 Guirnalda reluciente,
 Mi bien, te ceñiré;
 Y eterno amor mil veces
 Jurándote, cumplida
 En tí, mi dulce vida,
 Mi dicha encontraré.

No el hondo mar te espante,
 Ni el viento proceloso,
 Que al ver tu rostro hermoso
 Sus iras calmarán;
 Y silfidas y ondinas
 Por reina de los mares
 Con plácidos cantares
 A par te aclamarán.

Ven ¡ay! á mi barquilla:
 Completa mi fortuna:
 Naciente ya la luna
 Refleja al ancho mar:
 Sus mansas olas bate
 Súave, leve brisa;
 Ven ¡ay! mi dulce Elisa,
 Mi pecho á consolar.

OSCAR Y MALVINA.

IMITACION DEL ESTILO DE OSIAN.

(A tale of the times of old.)

LA DESPEDIDA.

Magnífico Morven, se alza tu frente
 De sempiterna nieve coronada :
 Al hondo valle bramador torrente
 De tu cumbre enriscada
 Se derrumba con ímpetu sonante,
 Y zumba allá distante.
 La lira de Osian resonó un día
 En tu breñosa cumbre :
 Tierna melancolía
 Vertió en la soledad, y repetiste
 Su acento de dolor, lánguido y dulce
 Como el recuerdo del amante triste
 De su amada en la tumba.
 El eco de su voz clamando « guerra, »
 Al rumor del torrente parecía,
 Que en silencio retumba.
 Aun figuro tal vez que las montañas
 De nuevo esperan resonar su acento,
 Cual, muda la ribera,
 De las olas que tornan,
 El ronco estruendo y el embate espera.
 ¿Dónde estás, Osian? ¿En los palacios
 De las nubes agitas la tormenta,
 O en el collado gira allá en la noche

Vagarosa tu sombra macilenta?
 Siento tierno quejido,
 Y oigo el nombre de Oscar y de Malvina
 Del aura entre el rüido,
 Si el alta copa del ciprés inclina ;
 Y al resonar el hijo de la roca,
 Cuando su voz se pierde
 Cual la luz de la luna entre la niebla,
 Mi mente se figura
 Que escucho tus acentos de dulzura.
 Miro el alcázar de Fingal cubierto
 De innoble musgo y yerba,
 Y en silencio profundo sepultado
 Como la noche el mar, el viento en calma.
 ¿Do las armas están? ¿Dónde el sonido
 Del escudo batido?
 ¿Do de Caril la lira delicada,
 Las fiestas de las conchas y tu llanto,
 Móina desconsolada?
 Blando el eco repite
 Segunda vez el nombre de Malvina
 Y el de su dulce Oscar : tiernos se amaron :
 Gime en su losa de la noche el viento,
 Y repite sus nombres que pasaron.
 Oscar, de negros ojos : en las paces
 Dulce su corazon como los rayos
 Del astro bello precursor del día ;
 Y fiero en la batalla de la lanza,
 A la suya seguía
 La muerte que vibraba su pujanza.
 Llamó al héroe la guerra
 Que el tirano Cairvar fiero traía,
 Y su Malvina hermosa,
 Tierno llanto vertiendo, le decía :
 « ¿Dónde marchas, Oscar? Sobre las rocas,
 Donde braman los vientos,
 Me mirarán llorar mis compañeras :
 No mas fatigaré, vibrando el arco,
 Por el monte las fieras,
 Ni á tí cansado de la ardiente caza
 Te esperaré cuidosa,
 Ni oiré ya mas la voz de tus amores,

Ni mi alma estará nunca gozosa.
 « ¡En dónde está mi Oscar? » á los guerreros
 Preguntaré anhelante;
 Y ellos pasando junto á mí ligeros
 Responderán: « ¡Murió! » Dice, y espira
 En sollozos su acento, mas sùave
 Que del arpa el sonido,
 Al vislumbrar la luna
 En solitario bosque y escondido.
 « Destierra ese temor, Malvina mía, »
 Oscar responde con fingido aliento,
 « Muchos los héroes son que Fingal manda:
 Caiga el fiero Cairvar y yo perezca,
 Si es forzoso también; mas tú, Malvina,
 Bella como la edad de la inocencia,
 Vive, que ya destina
 Himnos el bardo á eternizar mi gloria.
 Mis hazañas oirás, y entre las nubes
 Yo sonreiré feliz, y vagaroso
 Allá en la noche fría
 Bajaré á tu mansion; verás mi sombra
 Al triste rayo de la luna umbría. »
 Y dice, y se desprende de los brazos
 De su infeliz Malvina;
 A pasos rapidísimos avanza,
 Y á la llama oscilante
 De las hogueras del extenso campo
 Brillar se ven sus armas cual radiante,
 Rápida exhalacion. Yace en silencio
 El campamento todo,
 Y solo al eco repetir se siente
 El crujir al andar de su armadura
 Y el blando susurrar del manso ambiente.
 Cual por nubes la luna silenciosa
 Su luz quebrada envía
 Trémula sobre el mar que la retrata,
 Que ora se ve brillar, ora perdida,
 Pardo vellon de nube la arrebata,
 Cielo y tierra en tinieblas sepultando;
 Así á veces Oscar brilla y se pierde,
 La selva atravesando.

EL COMBATE.

Cairvar yace adormido
 Y tiene junto á sí lanza y escudo,
 Y relumbra su yelmo
 Claro á la llamarada reluciente
 De un tronco carcomido,
 Casi despojo de la llama ardiente,
 Mitad de él á cenizas reducido.
 « Levántate, Cairvar; » Oscar le grita;
 « Cual hórrida tormenta
 Eres tú de temer; mas yo no tiemblo:
 Desprecio tu arrogancia y osadía:
 La lanza apresta y el escudo embraza;
 Alzate pues, que Oscar te desafía. »
 Cual en noche serena
 Súbito amenazante, inmensa nube
 La turbulenta mar de espanto llena,
 Se levanta Cairvar, alto cual roca
 De endurecido hielo.
 « ¿ Quién osa del valiente, »
 En voz tronante grita,
 « Ora turbar el sueño? ¿ y quién irrita
 La cólera á Cairvar armipotente? »
 « Vigoroso es tu brazo en la pelea,
 Rey de la mar de aurirolladas olas, »
 Oscar de negros ojos le responde,
 « Hará ceder tu indómita pujanza. »
 Como el furor del viento proceloso
 Ondas con ondas con bramido horrendo
 Estrella impetuoso,
 Los guerreros ardiendo se arremeten

Y fieros se acometen.
 Chispea el hierro, la armadura suena :
 Al rumor de los golpes gime el viento,
 Y su son dilatándose violento,
 Al ronco monte atruena.
 Cayó Cairvar como robusto tronco
 Que tumba el leñador al golpe rudo
 De hendiente hacha pesada,
 Y cayó derribada
 Su soberbia fiereza,
 Y su insolente orgullo y aspereza.
 Mas ¡ ay ! que moribundo
 Oscar yace también : ¡ triste Malvina !
 Aun no los bellos ojos apartaste
 Del bosque aquel que le ocultó á tu vista,
 Y del último adiós aun no enjugaste
 Las lágrimas hermosas,
 Auras de la mañana.
 Siempre sola estarás : si entre las selvas
 Pirámide de hielo
 Reverbera á la luna ;
 En tu ilusión dichosa
 Figurarás tu amante,
 Pensando ver su cota fulgorosa :
 Pasará tu delirio,
 Y verterás el llanto de amargura
 Sola y desconsolada.
 « ¡ Ay ! ¡ Oscar pereció ! » gemirá el viento
 Al romper la alborada,
 Y al ocultar el sol la sombra oscura
 De la noche callada.

AL SOL.

HIMNO.

Pára y óyeme ¡ oh sol ! yo te saludo
 Y extático ante tí me atrevo á hablarte :
 Ardiente como tú mi fantasía,
 Arrebatada en ansia de admirarte,
 Intrépidas á tí sus alas guía.
 ¡ Ojalá que mi acento poderoso,
 Sublime resonando,
 Del trueno pavoroso
 La temerosa voz sobrepujando,
 ¡ Oh sol ! á tí llegara
 Y en medio de tu curso te parara !
 ¡ Ah ! si la llama que mi mente alumbra
 Diera también su ardor á mis sentidos ;
 Al rayo vencedor que los deslumbra,
 Los anhelantes ojos alzara,
 Y en tu semblante fúlgido atrevidos,
 Mirando sin cesar, los fijara.
 ¡ Cuánto siempre te amé, sol refulgente !
 ¡ Con qué sencillo anhelo,
 Siendo niño inocente,
 Seguirte ansiaba en el tendido cielo,
 Y extático te vía
 Y en contemplar tu luz me embobecía !
 De los dorados límites de Oriente
 Que ciñe el rico en perlas Oceano,
 Al término sombrío de Occidente,
 Las orlas de tu ardiente vestidura
 Tiendes en pompa, augusto soberano,
 Y el mundo bañas en tu lumbre pura,
 Vivido lanzas de tu frente el día,

Y, alma y vida del mundo,
 Tu disco en paz majestuoso envía
 Plácido ardor fecundo,
 Y te elevas triunfante,
 Corona de los orbes centellante.
 Tranquilo subes del zenit dorado
 Al regio trono en la mitad del cielo,
 De vivas llamas y esplendor ornado,
 Y reprimes tu vuelo :
 Y desde allí tu fúlgida carrera
 Rápido precipitas,
 Y tu rica encendida cabellera
 En el seno del mar trémula agitas,
 Y tu esplendor se oculta,
 Y el ya pasado día
 Con otros mil la eternidad sepulta.
 ¡ Cuántos siglos sin fin, cuántos has visto
 En su abismo insondable desplomarse!
 ¡ Cuánta pompa, grandeza y poderío
 De imperios populosos disiparse!
 ¿ Qué fueron ante tí? Del bosque umbrío
 Secas y leves hojas desprendidas,
 Que en círculos se mecen
 Y al furor de Aquilon desaparecen.
 Libre tú de tu cólera divina,
 Viste anegarse el universo entero,
 Cuando las aguas por Jehová lanzadas,
 Impelidas del brazo justiciero
 Y á mares por los vientos despeñadas,
 Bramó la tempestad : retumbó en torno
 El ronco trueno y con temblor crujieron
 Los ejes de diamante de la tierra :
 Montes y campos fueron
 Alborotado mar, tumba del hombre.
 Se estremeció el profundo;
 Y entonces tú, como señor del mundo,
 Sobre la tempestad tu trono alzabas,
 Vestido de tinieblas,
 Y tu faz engreías,
 Y á otros mundos en paz resplandecías.
 Y otra vez nuevos siglos
 Viste llegar, huir, desvanecerse

En remolino eterno, cual las olas
 Llegan, se agolpan y huyen de Oceano,
 Y tornan otra vez á sucederse;
 Mientras inmutable tú, solo y radiante
 ¡ Oh sol! siempre te elevas,
 Y edades mil y mil huellas triunfante.
 ¿ Y habrás de ser eterno, inextinguible,
 Sin que nunca jamás tu inmensa hoguera
 Pierda su resplandor, siempre incansable,
 Audaz siguiendo tu inmortal carrera,
 Hundirse las edades contemplando
 Y solo, eterno, perenal, sublime,
 Monarca poderoso, dominando?
 No ; que tambien la muerte,
 Si de lejos te sigue,
 No menos anhelante te persigue.
 ¿ Quién sabe si tal vez pobre destello
 Eres tú de otro sol que otro universo
 Mayor que el nuestro un día
 Con doble resplandor esclarecía !!!
 Goza tu juventud y tu hermosura,
 ¡ Oh sol! que cuando el pavoroso día
 Llegue que el orbe estalle y se desprenda
 De la potente mano
 Del Padre soberano,
 Y allá á la eternidad tambien descienda,
 Deshecho en mil pedazos, destrozado
 Y en piélagos de fuego
 Envuelto para siempre y sepultado ;
 De cien tormentas al horrible estruendo,
 En tinieblas sin fin tu llama pura
 Entonces morirá : noche sombría
 Cubrirá eterna la celeste cumbre :
 Ni aun quedará reliquia de tu lumbre !!!

CANCIONES.

LA CAUTIVA.

Ya el sol esconde sus rayos,
El mundo en sombras se vela,
El ave á su nido vuela,
Busca asilo el trovador.

Todo calla : en pobre cama
Duerme el pastor venturoso : —
En su lecho sunfioso
Se agita insomne el señor.

Se agita ; mas ¡ ay ! reposa
Al fin en su patrio suelo ;
No llora en mísero duelo
La libertad que perdió :

Los campos ve que á su infancia
Horas dieron de contento,
Su oído halaga el acento
Del país donde nació.

No gime ilustre cautivo
Entre doradas cadenas,
Que si bien de encanto llenas,
Al cabo cadenas son.

Si acaso triste lamenta,
En torno ve á sus amigos,
Que, de su pena testigos,
Consuelan su corazón.

La arrogante erguida palma
Que en el desierto florece,
Al viajero sombra ofrece,
Descanso y grato manjar.

Y, aunque sola, allí es querida
Del árabe errante y fiero,
Que siempre va placentero
A su sombra á reposar.

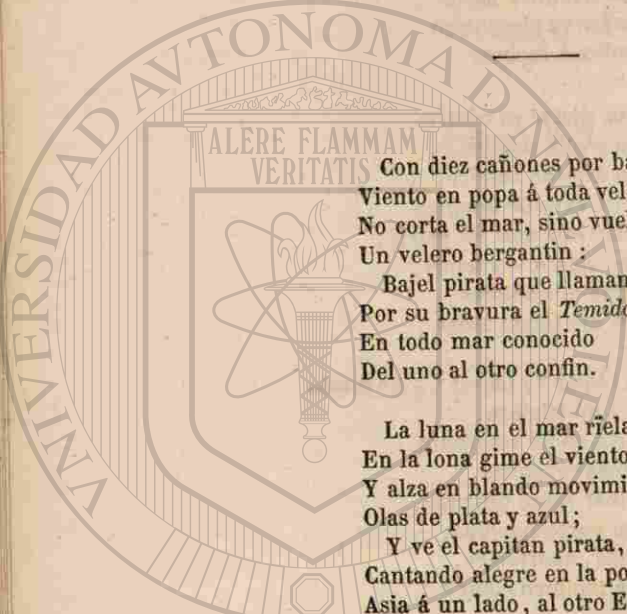
Mas ¡ ay triste ! yo cautiva,
Huérfana y sola suspiro,
En clima extraño respiro,
Y amo á un extraño también.
No hallan mis ojos mi patria ;
Humo han sido mis amores ;
Nadie calma mis dolores,
Y en zelos me siento arder.

¡ Ah ! ¿ Llorar ? ¿ Llorar ?... no puedo
Ni ceder á mi tristura,
Ni consuelo en mi amargura
Podré jamás encontrar.
Supe amar como ninguna,
Supe amar correspondida ;
Despreciada, aborrecida,
¿ No sabré también odiar ?

¡ Adios, patria ! ¡ adios, amores !
La infeliz Zoraida ahora
Solo venganzas implora,
Ya condenada á morir.
No soy ya del castellano
La sumisa enamorada :
Soy la cautiva cansada
Ya de dejarse oprimir (1).

(1) Esta canción también se insertó en la citada novela de Sancho Saldaña.

CANCION DEL PIRATA



Con diez cañones por banda,
Viento en popa á toda vela
No corta el mar, sino vuela
Un velero bergantín :
Bajel pirata que llaman
Por su bravura el *Temido*,
En todo mar conocido
Del uno al otro confin.

La luna en el mar riela,
En la lona gime el viento,
Y alza en blando movimiento
Olas de plata y azul ;
Y ve el capitán pirata,
Cantando alegre en la popa,
Asia á un lado, al otro Europa
Y allá á su frente Stanbul (1).

« Navega, velero mio,
Sin temor,
Que ni enemigo navío,
Ni tormenta, ni bonanza
Tu rumbo á torcer alcanza,
Ni á sujetar tu valor.

« Veinte presas
Hemos hecho
A despecho
Del inglés,

(1) Nombre que dan los turcos á Constantinopls.

Y han rendido
Sus pendones
Cien naciones
A mis piés.

« Que es mi barco mi tesoro,
Que es mi Dios la libertad,
Mi ley la fuerza y el viento,
Mi única patria la mar.

« Allá muevan feroz guerra
Ciegos reyes
Por un palmo mas de tierra :
Que yo tengo aquí por mio
Cuanto abarca el mar bravío,
A quien nadie impuso leyes.

« Y no hay playa,
Sea cual quiera,
Ni bandera
De esplendor,
Que no sienta
Mi derecho,
Y dé pecho
A mi valor.

* Que es mi barco mi tesoro...

« A la voz de « ¡barco viene! »
Es de ver
Como vira y se previene
A todo trapo á escapar :
Que yo soy el rey del mar,
Y mi furia es de temer.

« En las presas
Yo divido
Lo cogido
Por igual :
Solo quiero
Por riqueza

La belleza
Sin rival.

« Que es mi barco mi tesoro....

« ¡ Sentenciado estoy á muerte.
Yo me rio :
No me abandone la suerte,
Y al mismo que me condena,
Colgaré de alguna entena,
Quizá en su propio navío.

« Y si caigo,
¿ Qué es la vida ?
Por perdida
Ya la di,
Cuando el yugo
Del esclavo,
Como un bravo,
Sacudí.

« Que es mi barco mi tesoro....

« Son mi música mejor
Aquilones :
El estrépito y temblor
De los cables sacudidos,
Del negro mar los bramidos
Y el rugir de mis cañones.

« Y del trueno
Al son violento,
Y del viento
Al rebramar,
Yo me duermo
Sosegado,
Arrullado
Por el mar.

« Que es mi barco mi tesoro,
Que es mi Dios la libertad,

Mi ley la fuerza y el viento,
Mi única patria la mar. »

EL CANTO DEL COSACO.

Donde sienta mi caballo los piés
no vuelve á nacer yerba.
Palabras de Attila.

CORO.

¡ Hurra, cosacos del desierto ! ¡ Hurra !
La Europa os brinda espléndido botín :
Sangrienta charca sus campiñas sean,
De los grajos su ejército festin.

¡ Hurra ! á caballo, hijos de la niebla !
Suelta la rienda, á combatir volad :
¿ Veis esas tierras fértiles ? las puebla
Gente opulenta, afeminada ya.
Casas, palacios, campos y jardines,
Todo es hermoso y refulgente allí :
Son sus hembras celestes serafines,
Su sol alumbra un cielo de zafir.
¡ Hurra, cosacos del desierto....

Nuestros sean su oro y sus placeres,
Gocemos de ese campo y ese sol ;
Son sus soldados menos que mujeres,
Sus reyes viles mercaderes son.
Vedlos huir para esconder su oro,
Vedlos cobardes lágrimas verter....
¡ Hurra ! volad : sus cuerpos, su tesoro
Huellen nuestros caballos con sus piés.
¡ Hurra, cosacos del desierto....

Dictara allí nuestro capricho leyes,
 Nuestras casas alcázares serán,
 Los cetros y coronas de los reyes
 Cual juguetes de niños rodarán.
 ¡Hurra! volad! á hartar nuestros deseos;
 Las mas hermosas nos darán su amor,
 Y no hallarán nuestros semblantes feos,
 Que siempre brilla hermoso el vencedor.
 ¡Hurra, cosacos del desierto....

Desgarraremos la vencida Europa
 Cual tigres que devoran su racion;
 En sangre empararemos nuestra ropa
 Cual rojo manto de imperial señor.
 Nuestros nobles caballos relinchando
 Regias habitaciones morarán;
 Cien esclavos, sus frentes inclinando,
 Al mover nuestros ojos temblarán.
 ¡Hurra, cosacos del desierto ...

Venid, volad, guerreros del desierto,
 Como nubes en negra confusion,
 Todos suelto el bridon, el ojo incierto,
 Todos atropellándoos en monton.
 Id en la espesa niebla confundidos,
 Cual tromba que arrebató el huracan,
 Cual témpanos de hielo endurecidos
 Por entre rocas despeñados van.
 ¡Hurra, cosacos del desierto....

Nuestros padres un tiempo caminaron
 Hasta llegar á una imperial ciudad;
 Un sol mas puro es fama que encontraron,
 Y palacios de oro y de cristal.
 Vadearon el Tibre sus bridones,
 Yerta á sus piés la tierra enmudeció;
 Su sueño con fantásticas canciones
 La fada de los triunfos arrulló.
 ¡Hurra, cosacos del desierto....

¡Qué! ¿No sentis la lanza estremecerse,
 Hambrienta en vuestras manos de matar?

¿No veis entre la niebla aparecerse
 Visiones mil que el parabien nos dan?
 Escudo de esas miserables naciones
 Era ese muro que abatido fué;
 La gloria de Polonia y sus blasones
 En humo y sangre convertidos ved.
 ¡Hurra, cosacos del desierto....

¿Quién en dolor trocó sus alegrías?
 ¿Quién sus hijos triunfante encadenó?
 ¿Quién puso fin á sus gloriosos dias?
 ¿Quién en su propia sangre los ahogó?
 ¡Hurra, cosacos! ¡gloria al mas valiente!
 Esos hombres de Europa nos verán:
 ¡Hurra! nuestros caballos en su frente
 Hondas sus herraduras marcarán.
 ¡Hurra, cosacos del desierto....

A cada bote de la lanza ruda,
 cada escape en la abrasada lid,
 La sangrienta racion de carne cruda
 Bajo la silla sentireis hervir.
 Y allá despues en templos suntuosos,
 Sirviéndonos de mesa algun altar,
 Nuestra sed calmarán vinos sabrosos,
 Hartará nuestra hambre blanco pan.
 ¡Hurra, cosacos del desierto....

Y nuestras madres nos verán triunfantes,
 Y á esa caduca Europa á nuestros piés,
 Y acudirán de gozo palpitantes,
 En cada hijo á contemplar un rey.
 Nuestros hijos sabrán nuestras acciones,
 Las coronas de Europa heredarán,
 Y á conquistar tambien otras regiones
 El caballo y la lanza aprestarán.
 ¡Hurra, cosacos del desierto! ¡Hurra!
 La Europa os brinda espléndido botin:
 Sangrienta charca sus campiñas sean,
 De los grajos su ejercito festin.

EL MENDIGO.

Mío es el mundo : como el aire libre,
Otros trabajan porque coma yo;
Todos se ablandan si doliente pido
Una limosna por amor de Dios.

El palacio, la cabaña
Son mi asilo.
Si del ábrigo el furor
Troncha el roble en la montaña,
O que inunda la campaña
El torrente asolador.

Y á la hoguera
Me hacen lado
Los pastores
Con amor,
Y sin pena
Y descuidado
De su cena
Cenó yo,
O en la rica
Chimenea,
Que recrea
Con su olor,
Me regalo
Codicioso
Del banquete
Suntuoso
Con las sobras
De un señor.

Y me digo : el viento brama,
Caiga furioso turbion :
Que al son que cruje de la seca leña,
Libre me duermo sin rencor ni amor.
Mío es el mundo : como el air libre...

Todos son mis bienhechores,
Y por todos
A Dios ruego con fervor;
De villanos y señores
Yo recibo los favores
Sin estima y sin amor.

Ni pregunto
Quiénes sean,
Ni me obligo
A agradecer;
Que mis rezos
Si desean,
Dar limosna
Es un deber.
Y es pecado
La riqueza :
La pobreza
Santidad ;
Dios á vecea
Es mendigo.
Y al avaro
Da castigo,
Que le niegue
Caridad.

Yo soy pobre y se lastiman
Todos al verme plañir,
Sin ver son mias sus riquezas todas,
Que mina inagotable es el pedir.
Mío es el mundo : como el aire libre...

Mal revuelto y andrajoso,
Entre harapos
Del lujo sátira soy,
Y con mi aspecto asqueroso

Me vengo del poderoso,
Y adonde va, tras él voy.

Y á la hermosa
Que respira
Cien perfumes,
Gala, amor,
La persigo
Hasta que mira.
Y me gozo
Cuando aspira
Mi punzante
Mal olor.
Y las fiestas
Y el contento
Con mi acento
Turbo yo,
Y en la bulla
Y la alegría
Interrumpen
La armonía
Mis harapos
Y mi voz :

Mostrando cuan cerca habitan
El gozo y el padecer,
Que no hay placer sin lágrimas, ni pena
Que no traspire en medio del placer.

Mío es el mundo : como el aire libre...

Y para mí no hay *mañana*,
Ni hay *ayer*;
Olvido el bien como el mal,
Nada me aflige ni afana;
Me es igual para mañana
Un palacio, un hospital.

Vivo ajeno
De memorias,
De cuidados
Libre estoy ;

Busquen otros
Oro y glorias,
Yo no pienso
Sino en hoy.
Y do quiera
Vayan leyes,
Quiten reyes,
Reyes den ;
Yo soy pobre,
Y al mendigo,
Por el miedo
Del castigo,
Todos hacen
Siempre bien.

Y un asilo donde quiera
Y un lecho en el hospital
Siempre hallaré, y un hoyo donde caiga
Mi cuerpo miserable al espirar.

Mío es el mundo : como el aire libre,
Otros trabajan porque coma yo :
Todos se ablandan si doliente pido
Una limosna por amor de Dios.

EL REO DE MUERTE.

¡Para hacer bien por el alma
Del que van á ajusticiar!!!

I.

Reclinado sobre el suelo
Con lenta amarga agonía,
Pensando en el triste día
Que pronto amanecerá ;

En silencio gime el reo
Y el fatal momento espera
En que el sol por vez postrera
En su frente lucirá.

Un altar y un crucifijo
Y la enlutada capilla,
Lánguida vela amarilla
Tiñe en su luz funeral;
Y junto al misero reo,
Medio encubierto el semblante,
Se oye al fraile agonizante
En son confuso rezar.

El rostro levanta el triste
Y alza los ojos al cielo;
Tal vez eleva en su duelo
La súplica de piedad.
¡Una lágrima! ¿es acaso
De temor ó de amargura?
¡Ay! á aumentar su tristura
Vino un recuerdo quizá!!!

Es un jóven, y la vida
Llena de sueños de oro,
Pasó ya, cuando aun el lloro
De la niñez no enjugó:
El recuerdo es de la infancia,
¡Y su madre que le llora,
Para morir así ahora
Con tanto amor le crió!!!

Y á par que sin esperanza
Ve ya la muerte en acecho,
Su corazón en su pecho
Siente con fuerza latir;
Al tiempo que mira al fraile
Que en paz ya duerme á su lado,
Y que, ya viejo postrado,
Le habrá de sobrevivir.

¿Mas qué rumor á deshora
Rompe el silencio? resuena
Una alegre cantilena
Y una guitarra á la par,
Y gritos y de botellas
Que se chocan el sonido,
Y el amoroso estallido
De los besos y el danzar.
Y tambien pronto en son triste
Lúgubre voz sonará:
*¡Para hacer bien por el alma
Del que van á ajusticiar!*

Y la voz de los borrachos,
Y sus brindis, sus quimeras,
Y el cantar de las rameras,
Y el desórden bacanal
En la lúgubre capilla
Penetran, y carcajadas,
Cual de lejos arrojadas
De la mansion infernal.
Y tambien pronto en son triste
Lúgubre voz sonará:
*¡Para hacer bien por el alma
Del que van á ajusticiar!*

¡Maldicion! al eco infausto,
El sentenciado maldijo
La madre que como á hijo
A sus pechos le crió;
Y maldijo el mundo todo,
Maldijo su suerte impía,
Maldijo el aciago día
Y la hora en que nació.

II.
Serena la luna
Alumbra en el cielo,
Domina en el suelo
Profunda quietud;

Ni voces se escuchan,
Ni ronco ladrido,
Ni tierno quejido
De amante laud.

Madrid yace envuelto en sueño,
Todo al silencio convida,
Y el hombre duerme y no cuida
Del hombre que va á espirar;
Si tal vez piensa en mañana,
Ni una vez piensa siquiera
En el mísero que espera
Para morir, despertar :
Que sin pena ni cuidado
Los hombres oyen gritar :
*¡Para hacer bien por el alma
Del que van á ajusticiar!*

¡Y el juez también en su lecho
Duerme en paz!! ¡y su dinero
El verdugo, placentero,
Entre sueños cuenta ya!!
Tan solo rompe el silencio
En la sangrienta plazuela
El hombre del mal que vela
Un cadalso á levantar.

Loca y confusa la encendida mente,
Sueños de angustia y fiebre y devaneo,
El alma envuelven del confuso reo,
Que inclina al pecho la abatida frente.

Y en sueños
Confunde
La muerte,
La vida :
Recuerda
Y olvida,
Suspira.
Respira
Con hórrido atan.

Y en un mundo de tinieblas
Vaga y siente miedo y frio,
Y en su horrible desvario
Palpa en su cuello el dogal :
Y cuanto mas forcejea,
Cuanto mas lucha y porfía,
Tanto mas en su agonía
Aprieta el nudo fatal.
Y oye ruido, voces, gentes,
Y aquella voz que dirá :
*¡Para hacer bien por el alma
Del que van á ajusticiar!*

O ya libre se contempla,
Y el aire puro respira,
Y oye de amor que suspira
La mujer que á un tiempo amó,
Bella y dulce cual solía,
Tierna flor de primavera,
El amor de la pradera
Que el abril galan mimó.

Y gozoso á verla vuela,
Y alcanzarla intenta en vano,
Que al tender la ansiosa mano
Su esperanza á realizar,
Su ilusion la desvanece
De repente el sueño impío,
Y halla un cuerpo mudo y frio
Y un cadalso en su lugar :
Y oye á su lado son triste
Lúgubre voz resonar :
*¡Para hacer bien por el alma
Del que van á ajusticiar!*

EL VERDUGO.

De los hombres lanzado al desprecio,
 De su crimen la víctima fui,
 Y se evitan de odiarse á sí mismos,
 Fulminando sus odios en mí.
 Y su rencor
 Al poner en mi mano, me hicieron
 Su vengador;
 Y se dijeron:
 « Que nuestra vergüenza comun caiga en él;
 Se marque en su frente nuestra maldición;
 Su pan amasado con sangre y con hiel,
 Su escudo con armas de eterno baldon
 Sean la herencia
 Que legue al hijo,
 El que maldijo
 La sociedad. »
 ¡Y de mí huyeron,
 De sus culpas el manto me echaron,
 Y mi llanto y mi voz escucharon
 Sin piedad!!!

Al que á muerte condena le ensalzan....
 ¿Quién al hombre del hombre hizo juez?
 ¿Que no es hombre ni siente el verdugo
 Imaginan los hombres tal vez?
 ¡Y ellos no ven
 Que yo soy de la imágen divina
 Copia tambien!
 Y cual dañina
 Fiera á que arrojan un triste animal,
 Que ya entre sus dientes se siente crujir,

Así á mí, instrumento del genio del mal,
 Me arrojan el hombre que traen á morir.

Y ellos son justos,
 Yo soy maldito;
 Yo sin delito
 Soy criminal:
 Mirad al hombre

Que me paga una muerte; el dinero
 Me echa al suelo con rostro altanero,
 ¡A mí, su igual!

El tormento que quiebra los huesos
 Y del reo el histérico ¡ay!
 Y el crujir de los nervios rompidos
 Bajo el golpe del hacha que cae,
 Son mi placer.
 Y al rumor que en las piedras rodando
 Hace, al caer,
 Del triste saltando
 La hirviente cabeza de sangre en un mar,
 Allí entre el bullicio del pueblo feroz
 Mi frente serena contemplan brillar,
 Tremenda, radiante con júbilo atroz.
 Que de los hombres
 En mí respira
 Toda la ira,
 Todo el rencor:
 Que á mí pasaron
 La crueldad de sus almas impia,
 Y al cumplir su venganza y la mía,
 Gozo en mi horror.

Ya mas alto que el grande que altivo
 Con sus plantas hollara la ley
 Al verdugo los pueblos miraron,
 Y mecido en los hombros de un rey:
 Y en él se hartó,
 Embriagado de gozo, aquel día
 Cuando espiró;
 Y su alegría
 Su esposa y sus hijos pudieron notar;
 Que en vez de la densa tiniebla de horror,

Miraron la risa su labio amargar,
Lanzando sus ojos fatal resplandor.
Que el verdugo
Con su encono
Sobre el trono
Se acentó :
Y aquel pueblo
Que tan alto le alzara bramando,
Otro rey de venganzas, temblando,
En él miró.

En mí vive la historia del mundo
Que el destino con sangre escribió,
Y en sus páginas rojas Dios mismo
Mi figura imponente grabó.
La eternidad
Ha tragado cien siglos y ciento,
Y la maldad
Su monumento
En mí todavía contempla existir ;
Y en vano es que el hombre do brota la luz
Con viento de orgullo pretenda subir :
¡ Preside el verdugo los siglos aun !
Y cada gota
Que me ensangrienta,
Del hombre ostenta
Un crimen mas.
Y yo aun existo,

Fiel recuerdo de edades pasadas,
A quien siguen cien sombras airadas
Siempre detrás.

¡ Oh ! ¿ porqué te ha engendrado el verdugo,
Tú, hijo mio, tan puro y gentil ?
En tu boca la gracia de un ángel
Presta gracia á tu risa infantil.

¡ Ay ! tu candor,
Tu inocencia, tu dulce hermosura
Me inspira horror.

¡ Oh ! ¿ tu ternura,
Mujer, á qué gastas con ese infeliz ?
¡ Oh ! muéstrate madre piadosa con él ;

Ahógale y piensa será así feliz.
¿ Qué importa que el mundo te llame cruel ?
¿ Mi vil oficio
Querrás que siga,
Que te maldiga
Tal vez querrás ?
Piensa que un dia
Al que hoy miras jugar inocente,
Maldecido cual yo y delincuente
Tambien verás ! ! ! !'

ASUNTOS HISTÓRICOS.

A LA MUERTE

TORRIJOS Y SUS COMPAÑEROS.

SONETO.

Helos allí: junto á la mar bravía
 Cadáveres están ¡ay! los que fueron
 Honra del libre, y con su muerte dieron
 Almas al cielo, á España nombrada.

Ansia de patria y libertad henchía
 Sus nobles pechos que jamás temieron,
 Y las costas de Málaga los vieron
 Cual sol de gloria en desdichado día.

Espanoles, horad; mas vuestro llanto
 Lágrimas de dolor y sangre sean,
 Sangre que ahogue á siervos y opresores,

Y los viles tiranos con espanto
 Siempre delante amenazando vea
 Alzarse sus espectros vengadores.

A LA MUERTE

DE

DON JOAQUIN DE PABLO

(CHAPALANGARRA).

Desde la elevada cumbre
 Do el gran Pirene levanta
 Término y muro soberbio
 Que cerca y defiende á España,
 Un jóven proscrito de ella
 Tristes lágrimas derrama,
 Y acaso tiende la vista
 Por ver desde allí su patria,
 Desde allí do á su despecho,
 Llorando deja las armas
 Con que del Sena al Pirene
 Se lanzó por libertarla;
 Y al ver la turba de esclavos
 Que sus hierros afianzan,
 De infame triunfo orgullosos,
 Alejarse en algazara;
 Solo entonces, contemplando
 El suelo que ellos pisan
 Y que aun torrentes de sangre
 Recien derramada bañan,
 En su rápida carrera
 Volcando cuerpos y almas;
 Se sienta en la alzada cima,
 A un lado la rota espada,
 Y al rumor de los torrentes
 Y del huracan que brama,

Negra cítara pulsando,
Endechas lúgubres canta.

Llorad, vírgenes tristes de Iberia,
Nuestros héroes en fúnebre lloro ;
Dad al viento las trenzas de oro
Y los cantos de muerte entonad :
Y vosotros ¡oh nobles guerreros !
De la patria sosten y esperanza !
Abraados en sed de venganza,
Odio eterno al tirano jurad.

CORO DE VIRGENES.

Danos, noche, tu lóbrego manto,
Nuestras frentes enlute el ciprés ;
El robusto cayó : su sepulcro
Del inicuo mancharan los piés.

Enrojece ; oh Pirene ! tus cumbres
Pura sangre del libre animoso,
Y el tropel de los siervos odioso
En su lago su sed abrevó.

Cayó en ellas la gloria de España,
Cayó en ellas De Pablo valiente,
Y la patria inclinada la frente,
Su gemido al del héroe juntó.

Sus cadenas la patria arrastrando,
Y su manto con sangre teñido,
Tardamente y con hondo gemido
Va á la tumba del fuerte varon.
Y el ajado laurel de su frente
Al sepulcro circunda llorosa,
Mientras ruje en la fúnebre losa,
Aherrojado á sus piés, el leon.

CORO DE MANCEBOS.

Traicion solo ha vencido al valiente :
Sénos astro de triunfo y de honor,
Tú, que siempre á los déspotas fuiste
Como á negras tormentas el sol.

DESPEDIDA

DEL PATRIOTA GRIEGO

DE LA

HIJA DEL APOSTATA.

Era la noche : en la mitad del cielo
Su luz rayaba la argentada luna,
Y otra luz mas amable destellaba
De sus llorosos ojos la hermosura.

Allí en la triste soledad se hallaron
Su amante y ella con mortal angustia,
Y su voz en amarga despedida
Por vez postrera la infeliz escucha.

« Determinado está ; sí, mi sentencia
Para siempre selló la suerte injusta,
Y cuando allá la eternidad sombría
Este momento en sus abismos hunda,

« ¡ Ojalá para siempre que el olvido,
Suavizando el rigor de la fortuna,
La imágen ¡ ay ! de las pasadas glorias
Bajo sus alas lóbregas encubra !

« ¿ Porqué al nacer crüeles me arrancaron
Del seno de mi madre moribunda,
Y salvo he sido de mortales riesgos
Para vivir penando en amargura ?

« ¿ Porqué yo fui por mi fatal destino
Unido á ti desde la tierna cuna ?
¿ Porqué nos hizo iguales en riqueza
Y en linaje tambien mi desventura ?

« ¿Porqué mi infancia en inocentes juegos
Brilló contigo, y con delicia mútua
Ambos tejimos el infausto lazo
Que nuestras almas misereras anuda?

« ¡Ah! para siempre adios: vano es ahora
Acariciar memorias de ventura;
Voló ya la ilusion de la esperanza,
Y es vano amar sin esperanza alguna.

« ¿Qué puede el infeliz contra el destino?
¿Qué ruegos moverán, qué desventuras
El bajo pecho de tu infame padre?
Infame, sí, que al despotismo jura

« Vil sumision, y en sórdida avaricia
Vende su patria á las riquezas turcas.
Él apellida sacrosantas leyes
El capricho de un déspota; él nos juzga

« De rebeldes do quier: su voz compraía
Culpa á su patria y al tirano adula:
El nos ordena ante el sultan odioso
Humilde miedo y obediencia muda.

« Mas no, que el alma de la Grecia existe;
Santo furor su corazon circunda,
Que ávido se hartará de sangre hirviente,
Que nuevo ardor le infundirá y bravura.

« No ya el tirano mandará en nosotros:
Tristes rüinas, áridas llanuras,
Cadáveres no mas serán su imperio:
Será solo el señor de nuestras tumbas.

« Ya osan ser libres los armados brazos
Y ya rompen la bárbara coyunda;
Y con júbilo á tí, todos ¡oh muerte!
Y á tí, divina libertad, saludan.

« Gritos de triunfo, sacudido el viento
Hará que al éter resonando suban,
O eterna muerte cubrirá á la Grecia
En noche infanda y soledad profunda.

« Ese altivo monarca, que embriagado
Yace en perfumes y lascivia impura,
Despechado sabrá que no hay cadena
Que la mano de un libre no destruya.

« Con rabia oirá de libertad el grito
Sonar tremendo en la obstinada lucha,
Y con miedo y horror su sed de sangre
Torrentes hartarán de sangre turca.

« Y tu padre tambien, si ora impudente
So el poder del islam su patria insulta,
Pronto verá cuán formidable espada
Blande en la lid la libertad sañuda.

« Marcha y dile por mí que hay mil valientes,
Y yo uno de ellos, que animosos juran
Morir cual héroes ó romper el cetro
A cuya sombra el pérfido se escuda.

« Que aunque marcados con la vil cadena,
No han sido esclavas nuestras almas nunca,
Que el heredado ardor de nuestros padres
Las hace hervir aun: que nuestra furia

« Nos labrará, lidiando, en cada golpe
Triunfo seguro ó noble sepultura.
Dile que solo en baja servidumbre
Puede vivir un alma cual la suya,

« El alma de un apóstata que indigno
Llega sus labios á la mano impura,
Que de caliente sangre retenida,
Nuevos destrozos á su patria anuncia.

« Perdóname, infeliz, si mis palabras
Rudas ofenden tu filial ternura.
Es verdad, es verdad: tu padre un tiempo
Mi amigo se llamó, y ¡ojalá nunca

« Pasado hubieran tan dichosos dias!
¡Yo no llamara injusta á la fortuna!
¡Cómo entonces mi mano enjugaria
Las lágrimas que viertes de amargura!

« Tu padre ¡oh Dios! como engañoso amigo
 Cuando la Grecia la servil coyunda
 Intrépida rompió, cuando mi pecho
 Respiraba gozoso el aura pura

« De la alma libertad, pensó el inicuo
 Seducirme tal vez con tu hermosura,
 Y en premio vil me prometió tu mano
 Si ser secuaz de su traicion inmunda,

« Y desolar mi patria le ofrecía.
 ¡Esclavo yo de la insolente turba
 De esclavos del sultan !!! Antes el cielo
 Mis yertos miembros insepultos cubra,

« Que goce yo de ignominiosa vida
 Ni en el seno feliz de tu dulzura.
 ¡Ah! para siempre á Dios: la infausta suerte
 Que el lazo rompe que las almas junta,

« Y va á arrancar tu corazón del mío,
 Tan solo ahora una esperanza endulza.
 Yo te hallaré donde perpetuas dichas
 Las almas de los ángeles disfrutan.

« ¡Ah! para siempre á Dios... tente... un momento...
 Un beso nada mas... es de amargura...
 Es el último ¡oh Dios!... mi sangre hiela...
 ¡Ah! los martirios del infierno nunca

« Igualaron mi pena y mi agonía.
 ¡Terminara la muerte aquí mi angustia,
 Y aun muriera feliz! Mis ojos quema
 Una lágrima ¡oh Dios! y tú la enjugas!

« ¡Quién resistir podrá! — Basta, la hora
 Se acerca ya que mi partida anuncia.
 ¡Ojalá para siempre que el olvido
 Suavizando el rigor de la fortuna,

« La imagen ¡ay! de las pasadas glorias
 Bajo sus alas lóbregas encubra! »

Dice, y se alejan : á esperar consuelo
 La hija del Apóstata en la tumba;
 Él batallando pereció en las lides,
 Y ella víctima fué de su amargura.

¡ GUERRA !

¿Ois? es el cañon. Mi pecho hirviendo
 El cántico de guerra entonará,
 Y al eco ronco del cañon venciendo.
 La lira del poeta sonará.

El pueblo ved que la orgullosa frente
 Levanta ya del polvo en que yacia,
 Arrogante en valor, omnipotente,
 Terror de la insolente tiranía.

Rumor de voces siento,
 Y al aire miro deslumbrar espadas,
 Y desplegar banderas;
 Y retumban al son las escarpadas
 Rocas del Pirineo;

Y retiemblan los muros
 De la opulenta Cádiz, y el deseo
 Crece en los pechos de vencer lidiando;
 Brilla en los pechos el marcial contento,
 Y donde quiera generoso acento
 Se alza de PATRIA y LIBERTAD tronando.

Al grito de la patria
 Volemos, compañeros,
 Blandamos los aceros
 Que intrépida nos da.
 A par en nuestros brazos

Ufanos la ensalcemos
 Y al mundo proclamemos :
 « España es libre ya. »
 ¡Mirad, mirad en sangre
 Y lágrimas teñidos
 Reír los foragidos,
 Gozar en su dolor!
 ¡Oh! fin tan solo ponga
 Su muerte á la contienda,
 Y cada golpe encienda
 Aun mas nuestro rencor.
 ¡Oh siempre dulce patria
 Al alma generosa!
 ¡Oh siempre portentosa
 Magia de libertad!
 Tus ínclitos pendones
 Que el español tremola,
 Un rayo tornasola
 Del iris de la paz.
 En medio del estruendo
 Del bronce pavoroso,
 Tu grito prodigioso
 Se escucha resonar.
 Tu grito que las almas
 Inunda de alegría,
 Tu nombre que á esa impía
 Caterva hace temblar.
 ¿Quién hay ¡oh compañeros!
 Que al bélico redoble
 No sienta el pecho noble
 Con júbilo latir?
 Mirad centelleantes,
 Cual nuncios ya de gloria,
 Reflejos de victoria
 Las armas despedir.

¡Al arma! ¡al arma! ¡mueran los carlistas!
 Y al mar se lancen con bramido horrendo
 De la infiel sangre caudalosos ríos,
 Y atónito contemple el Océano
 Sus olas combatidas
 Con la traidora sangre enrojecidas.

Truene el cañon : el cántico de guerra,
 Pueblos ya libres, con placer alzá :
 Ved, ya descende á la oprimida tierra,
 Los hierros á romper, la libertad (1).

—
 A LA PATRIA.
 —

ELEGÍA.

¡Cuán solitaria la nacion que un dia
 Poblara inmensa gente!
 ¡La nacion cuyo imperio se extendia
 Del ocaso al oriente!
 Lágrimas viertes, infeliz ahora,
 Soberana del mundo,
 ¡Y nadie de tu faz encantadora
 Borra el dolor profundo!
 Oscuridad y luto tenebroso
 En tí vertió la muerte,
 Y en su furor el déspota sañoso
 Se complació en tu suerte.
 No perdonó lo hermoso, patria mia;
 Cayó el jóven guerrero,
 Cayó el anciano, y la segur impia
 Manejó placentero.
 So la rabia cayó la vírgen pura
 Del déspota sombrío,
 Como eclipsa la rosa su hermosura
 En el sol del estío.
 ¡Oh vosotros, del mundo habitadores!
 Contemplad mi tormento :

(1) Estos versos se leyeron en una funcion patriótica, celebrada en el teatro de la Cruz, en 22 de octubre de 1835.

¿Igualarse podrán ¡ ah! qué dolores
Al dolor que yo siento?

Yo desterrado de la patria mia,
De una patria que adoro,
Perdida miro su primer valía,
Y sus desgracias lloro.

Hijos espúreos y el fatal tirano
Sus hijos han perdido,
Y en campo de dolor su fértil llano
Tienen ¡ ay! convertido.

Tendió sus brazos la agitada España,
Sus hijos implorando;
Sus hijos fueron, mas traidora saña
Desbarató su bando.

¿Qué se hicieron tus muros torreados?
¡Oh mi patria querida!
¿Dónde fueron tus héroes esforzados,
Tu espada no vencida?

¡Ay! de tus hijos en la humilde frente
Está el rubor grabado:
A sus ojos caído tristemente
El llanto está agolpado.

Un tiempo España fué: cien héroes fueron
En tiempos de ventura,
Y las naciones tímidas la vieron
Vistosa en hermosura.

Cual cedro que en el Líbano se ostenta,
Su frente se elevaba;
Como el trueno á la virgen amedrenta,
Su voz las aterraba.

Mas ora, como piedra en el desierto,
Yaces desamparada,
Y el justo desgraciado vaga incierto
Allá en tierra apartada.

Cubren su antigua pompa y poderío
Pobre yerba y arena,
Y el enemigo que tembló á su brío
Burla y goza en su pena.

Virgenes, destrenzad la cabeñera
Y dadla al vago viento:
Acompañad con arpa lastimera
Mi lúgubre lamento.

Desterrados ¡oh Dios! de nuestros lares,
Lloremos duelo tanto:
¿Quién calmará ¡oh España! tus pesares?
¿Quién secará tu llanto?

Londres, 1829.

SONETO.

Fresca, lozana, pura y olorosa,
Gala y adorno del pensil florido,
Gallarda puesta sobre el ramo erguido,
Fragancia esparce la naciente rosa:
Mas si el ardiente sol lumbré enojosa
Vibra del can en llamas encendido,
El dulce aroma y el color perdido,
Sus hojas lleva el aura presurosa.

Así brilló un momento mi ventura
En alas del amor, y hermosa nube
Fingí tal vez de gloria y de alegría;
Mas ¡ay! que el bien trocose en amargura,
Y deshojada por los aires sube
La dulce flor de la esperanza mia.

A UNA ESTRELLA.

¿Quién eres tú, lucero misterioso,
Tímido y triste entre luceros mil,
Que cuando miro tu esplendor dudoso,
Turbado siento el corazón latir?

¿Es acaso tu luz recuerdo triste
De otro antiguo perdido resplandor,
Cuando engañado como yo creiste
Eterna tu ventura que pasó?

Tal vez con sueños de oro la esperanza
Acarició tu pura juventud,
Y gloria y paz y amor y venturanza
Vertió en el mundo tu primera luz.

Y al primer triunfo del amor primero
Que embalsamó en aromas el Eden,
Luciste acaso, mágico lucero,
Protector del misterio y del placer.

Y era tu luz voluptuosa y tierna
La que entre flores resbalando allí,
Inspiraba en el alma un ansia eterna
De amor perpétuo y de placer sin fin.

Mas ¡ay! que luego el bien y la alegría
En llanto y desventura se trocó:
Tu esplendor empañó niebla sombría;
Solo un recuerdo al corazón quedó.

Y ahora melancólico me miras
Y tu rayo es un dardo del pesar:
Si amor aun al corazón inspiras,
Es un amor sin esperanza ya.

¡Ay lucero! yo te vi
Resplandecer en mi frente.
Cuando palpitar sentí
Mi corazón dulcemente
Con amante frenesí.

Tu faz entonces lucía
Con mas brillante fulgor,
Mientras yo me prometí
Que jamás se apagaría
Para mí tu resplandor.

¿Quién aquel brillo radiante
¡Oh lucero! te robó,
Que oscureció tu semblante,
Y á mi pecho arrebató
La dicha en aquel instante?

¿O acaso tú siempre así
Brillaste y en mi ilusión
Yo aquel esplendor te dí
Que amaba mi corazón,
Lucero, cuando te ví?

Una mujer adoré
Que imaginaria yo un cielo;
Mi gloria en ella cifré,
Y de un luminoso velo
En mi ilusión la adorné.

Y tú fuiste la aureola
Que iluminaba su frente,
Cual los aires arrebola
El fúlgido sol naciente,
Y el puro azul tornasola.

Y astro de dicha y amores,
Se deslizaba mi vida
A la luz de tus fulgores,
Por fácil senda florida,
Bajo un cielo de colores.

Tantas dulces alegrías,
Tantos mágicos ensueños
¿Dónde fueron?
Tan alegres fantasías,
Deleites tan halagüeños,
¿Qué se hicieron?

Huyeron con mi ilusión
Para nunca mas tornar,
Y pasaron,
Y solo en mi corazón
Recuerdos, llanto y pesar
¡Ay! dejaron.

¡ Ah lucero ! tú perdiste
Tambien tu puro fulgor,
Y lloraste ;
Tambien como yo sufriste,
Y el crudo arpon del dolor
¡ Ay ! probaste.

¡ Infeliz ! ¿ porqué volví
De mis sueños de ventura
Para hallar
Luto y tinieblas en tí,
Y lágrimas de amargura
Que enjugar ?

Pero tú conmigo lloras,
Que eres el ángel caído
Del dolor,
Y piedad llorando imploras,
Y recuerdas tu perdido
Resplandor.

Lucero, si mi quebranto
Oyes, y sufres cual yo,
¡ Ay ! juntemos
Nuestras quejas, nuestro llanto :
Pues nuestra gloria pasó
Juntos lloremos.

Mas hoy miro tu luz casi apagada,
Y un vago padecer mi pecho siente :
Que está mi alma de sufrir cansada,
Seca ya de las lágrimas la fuente.

¡ Quién sabe !... tú recobrarás acaso
Otra vez tu pasado resplandor,
A tí tal vez te anunciará tu ocaso
Un oriente mas puro que el del sol.

A mí tan solo penas y amargura
Me quedan en el valle de la vida ;
Como un sueño pasó mi infancia pura,
Se agosta ya mi juventud florida.

Astro sé tú de candidez y amores
Para el que luz te preste en su ilusion,
Y ornado el porvenir de blancas flores,
Sienta latir de amor su corazon.

Yo indiferente sigo mi camino
A merced de los vientos y la mar,
Y entregado en los brazos del destino,
Ni me importa salvarme ó zozobrar.



A JARIFA EN UNA ORGIA.

Trae, Jarifa, trae tu mano,
Ven y púsala en mi frente,
Que en un mar de lava hirviente
Mi cabeza siento arder.

Ven y junta con mis labios
Esos labios que me irritan,
Donde aun los besos palpitan
De tus amantes de ayer.

¿ Qué la virtud, la pureza ?
¿ Qué la verdad y el cariño ?
Mentida ilusion de niño
Que halagó mi juventud.

Dadme vino : en él se ahoguen
Mis recuerdos ; aturdida
Sin sentir huya la vida ;
Paz me traga el ataud.

El sudor mi rostro quema,
Y en ardiente sangre rojos
Brillan inciertos mis ojos,
Se me salta el corazon.

Huye, mujer; te detesto,
Siento tu mano en la mía,
Y tu mano siento fría,
Y tus besos hielos son.

¡Siempre igual! Necias mujeres,
Inventad otras caricias,
Otro mundo, otras delicias,
O maldito sea el placer.
Vuestros besos son mentira.
Mentira vuestra ternura.
Es fealdad vuestra hermosura,
Vuestro gozo es padecer.

Yo quiero amor, quiero gloria,
Quiero un deleite divino,
Como en mi mente imagino,
Como en el mundo no hay;
Y es la luz de aquel lucero
Que engañó mi fantasía,
Fuego fátuo, falso guía
Que errante y ciego me tray.

¿Porqué murió para el placer mi alma,
Y vive aun para el dolor impio?
¿Porqué si yazgo en indolente calma,
Siento, en lugar de paz, árido hastío?

¿Porqué este inquieto, abrasador deseo?
¿Porqué este sentimiento extraño y vago,
Que yo mismo conozco un devaneo,
Y busco aun su seductor halago?

¿Porqué aun fingirme amores y placeres
Que cierto estoy de que serán mentira?

¿Porqué en pos de fantásticas mujeres
Necio tal vez mi corazón delira,

Si luego, en vez de prados y de flores,
Halla desiertos áridos y abrojos,
Y en sus sandios ó lúbricos amores
Fastidio solo encontrará y enojos?

Yo me arrojé, cual rápido cometa,
En alas de mi ardiente fantasía:
Do quier mi arrebatada mente inquieta
Dichas y triunfos encontrar creía.

Yo me lancé con atrevido vuelo
Fuera del mundo en la region etérea,
Y hallé la duda, y el radiante cielo
Ví convertirse en ilusion aérea.

Luego en la tierra la virtud, la gloria,
Busqué con ansia y delirante amor,
Y hediondo polvo y deleznable escoria
Mi fatigado espíritu encontró.

Mujeres ví de virginal limpieza
Entre albas nubes de celeste lumbre;
Yo las toqué, y en humo su pureza
Trocarse ví, y en lodo y podredumbre.

Y encontré mi ilusion desvanecida
Y eterno é insaciable mi deseo:
Palpé la realidad y odié la vida;
Solo en la paz de los sepulcros creo.

Y busco aun y busco codicioso,
Y aun deleites el alma finge y quiere:
Pregunto y un acento pavoroso
« ¡Ay! me responde, desespera y muere.

« Muere, infeliz: la vida es un tormento,
Un engaño el placer; no hay en la tierra
Paz para tí, ni dicha, ni contento,
Sino eterna ambicion y eterna guerra.

« Que así castiga Dios el alma osada,
Que aspira loca, en su delirio insano,
De la verdad para el mortal velada
A descubrir el insondable arcano. »

¡Oh! cesa; no, yo no quiero
Ver mas, ni saber ya nada:
Harta mi alma y postrada,
Solo anhela descansar.
En mí muera el sentimiento,
Pues ya murió mi ventura,
Ni el placer ni la tristura
Vuelvan mi pecho á turbar.

Pasad, pasad en óptica ilusoria
Y otras jóvenes almas engañad:
Nacaradas imágenes de gloria,
Coronas de oro y de laurel, pasad.

Pasad, pasad, mujeres voluptuosas,
Con danza y algazara en confusion;
Pasad como visiones vaporosas
Sin conmover ni herir mi corazón.

Y aturdan mi revuelta fantasía
Los brindis y el estruendo del festín,
Y huya la noche y me sorprenda el día
En un letargo estúpido y sin fin.

Ven, Jarifa; tú has sufrido
Como yo; tú nunca lloras;
Mas ¡ay triste! que no ignoras
Cuan amarga es mi afliccion.
Una misma es nuestra pena,
En vano el llanto contiene....
Tú tambien, como yo, tienes
Desgarrado el corazón.

CUENTO.

EL ESTUDIANTE DE SALAMANCA.

PARTE PRIMERA.

Sus fueros sus bríos,
Sus prebáticas su voluntad.
QUOTE.—Parte primera.

Era mas de media noche,
Antiguas historias cuentan,
Cuando en sueño y en silencio
Lóbrega envuelta la tierra,
Los vivos muertos parecen,
Los muertos la tumba dejan.
Era la hora en que acaso
Temerosas voces suenan
Informes, en que se escuchan
Tácitas pisadas huecas,
Y pavorosas fantasmas
Entre las densas tinieblas

« Que así castiga Dios el alma osada,
Que aspira loca, en su delirio insano,
De la verdad para el mortal velada
A descubrir el insondable arcano. »

¡Oh! cesa; no, yo no quiero
Ver mas, ni saber ya nada:
Harta mi alma y postrada,
Solo anhela descansar.
En mí muera el sentimiento,
Pues ya murió mi ventura,
Ni el placer ni la tristura
Vuelvan mi pecho á turbar.

Pasad, pasad en óptica ilusoria
Y otras jóvenes almas engañad:
Nacaradas imágenes de gloria,
Coronas de oro y de laurel, pasad.

Pasad, pasad, mujeres voluptuosas,
Con danza y algazara en confusion;
Pasad como visiones vaporosas
Sin conmovier ni herir mi corazon.

Y aturdan mi revuelta fantasía
Los brindis y el estruendo del festin,
Y huya la noche y me sorprenda el día
En un letargo estúpido y sin fin.

Ven, Jarifa; tú has sufrido
Como yo; tú nunca lloras;
Mas ¡ay triste! que no ignoras
Cuan amarga es mi afliccion.
Una misma es nuestra pena,
En vano el llanto contiene....
Tú tambien, como yo, tienes
Desgarrado el corazon.

CUENTO.

EL ESTUDIANTE DE SALAMANCA.

PARTE PRIMERA.

Sus fueros sus bríos,
Sus preemáticas su voluntad.
QUOTE.—Parte primera.

Era mas de media noche,
Antiguas historias cuentan,
Cuando en sueño y en silencio
Lóbrega envuelta la tierra,
Los vivos muertos parecen,
Los muertos la tumba dejan.
Era la hora en que acaso
Temerosas voces suenan
Informes, en que se escuchan
Tácitas pisadas huecas,
Y pavorosas fantasmas
Entre las densas tinieblas

Vagan, y aullan los perros
 Amedrentados al verlas :
 En que tal vez la campana
 De alguna arruinada iglesia
 Da misteriosos sonidos
 De maldicion y anatema,
 Que los sábados convoca
 A las brujas á su fiesta.
 El cielo estaba sombrío,
 No vislumbraba una estrella,
 Silvaba lúgubre el viento,
 Y allá en el aire, cual negras
 Fantasmas, se dibujaban
 Las torres de las iglesias,
 Y del gótico castillo
 Las altísimas almenas,
 Donde canta ó reza acaso
 Temeroso el centinela.
 Todo en fin á media noche
 Reposaba, y tumba era
 De sus dormidos vivientes
 La antigua ciudad que riega
 El Tormes, fecundo río,
 Nombrado de los poetas,
 La famosa Salamanca,
 Insigne en armas y letras,
 Patria de ilustres varones,
 Noble archivo de las ciencias.
 Súbito rumor de espadas
 Cruje y un ¡ay! se escuchó;
 Un ay moribundo, un ay
 Que penetra el corazón,
 Que hasta los tuétanos hiela
 Y da al que lo oyó temblor.
 Un ¡ay! de alguno que al mundo
 Pronuncia el último á Dios.

El ruido
 Cesó,
 Un hombre
 Pasó
 Embozado,

Y el sombrero
 Recatado
 A los ojos
 Se caló.
 Se desliza
 Y atraviesa
 Junto al muro
 De una iglesia,
 Y en la sombra
 Se perdió.

Una calle estrecha y alta,
 La calle del Ataud,
 Cual si de negro crespon
 Lóbrego eterno capuz
 La vistiera, siempre oscura
 Y de noche sin mas luz
 Que la lámpara que alumbra
 Una imágen de Jesus,
 Atraviesa el embozado
 La espada en la mano aun,
 Que lanzó vivo reflejo
 Al pasar frente á la cruz.

Cual suele la luna tras lóbrega nube
 Con franjas de plata bordarla en redor
 Y luego si el viento la agita, la sube
 Disuelta á los aires en blanco vapor :

Así vaga sombra de luz y de nieblas,
 Mística y aérea dudosa vision,
 Ya brilla, ó la esconden las densas tinieblas
 Cual dulce esperanza, cual vana ilusion,

La calle sombría, la noche ya entrada,
 La lámpara triste ya pronta á espirar,
 Que á veces alumbra la imágen sagrada
 Y á veces se esconde la sombra á aumentar.

El vago fantasma que acaso aparece,
 Y acaso se acerca con rápido pié,

Y acaso en las sombras tal vez desaparece,
Cual ánima en pena del hombre que fué,

Al mas temerario corazon de acero
Recelo inspirara, pusiera pavor ;
Al mas maldiciente feroz bandolero
El rezo á los labios trajera el temor.

Mas no al embozado, que aun sangre su espada
Destila, el fantasma terror infundió,
Y, el arma en la mano con fuerza empuñada,
Osado á su encuentro despacio avanzó.

Segundo don Juan Tenorio,
Alma fiera é insolente,
Irreligioso y valiente,
Altanero y reñidor :
Siempre el insulto en los ojos,
En los labios la ironía,
Nada teme y todo fia
De su espada y su valor.

Corazon gastado, mofa
De la mujer que corteja,
Y, hoy despreciándola, deja
La que ayer se le rindió.
Ni el porvenir temió nunca,
Ni recuerda en lo pasado
La mujer que ha abandonado,
Ni el dinero que perdió.

Ni vió el fantasma entre sueños
Del que mató en desafío,
Ni turbó jamás su brio
Recelosa prevision.

Siempre en lances y en amores,
Siempre en báquicas orgias,
Mezcla en palabras impias
Un chiste á una maldicion.

En Salamanca famoso
Por su vida y buen talante,
Al atrevido estudiante
Le señalan entre mil ;
Fueros le da su osadía,
Le disculpa su riqueza,
Su generosa nobleza,
Su hermosura varonil.

Que su arrogancia y sus vicios,
Caballeresca apostura,
Agilidad y bravura
Ninguno alcanza á igualar :
Que hasta en sus crímenes mismos,
En su impiedad y altiveza,
Pone un sello de grandeza
Don Felix de Montemar.

Bella y mas pura que el azul del cielo
Con dulces ojos lánguidos y hermosos,
Donde acaso el amor brilló entre el velo
Del pudor que los cubre candorosos ;
Tímida estrella que refleja al suelo
Rayos de luz brillantes y dudosos,
Angel puro de amor que amor inspira,
Fué la inocente y desdichada Elvira.

Elvira, amor del estudiante un dia,
Tierna y feliz y de su amante ufana,
Cuando al placer su corazon se abria,
Como al rayo del sol rosa temprana :
Del fingido amator que la mentia,
La miel falaz que de sus labios mana
Bebe en su ardiente sed, el pecho ajeno
De que oculto en la miel hierve el veneno.

Que no descansa de su madre en brazos
Mas descuidado el candoroso infante,

Que ella en los falsos lisonjeros lazos
 Que teje astuto el seductor amante :
 Dulces caricias, lánguidos abrazos,
 Placeres ¡ay! que duran un instante
 Que habrán de ser eternos imagina
 La triste Elvira en su ilusion divina.

Que el alma virgen que halagó un encanto
 Con nacarado sueño en su pureza,
 Todo lo juzga verdadero y santo,
 Presta á todo virtud, presta belleza.
 Del cielo azul al tachonado manto,
 Del sol radiante á la inmortal riqueza,
 Al aire, al campo, á las fragantes flores,
 Ella añade esplendor, vida y colores.

Cifró en don Felix la infeliz doncella
 Toda su dicha, de su amor perdida ;
 Fueron sus ojos á los ojos de ella
 Astros de gloria, manantial de vida.
 Cuando sus labios con sus labios sella
 Cuando su voz escucha embebecida,
 Embriagada del dios que la enamora,
 Dulce le mira, extática le adora.

PARTE SEGUNDA.

..... Except the hollow sea's,
 Mourns o' er the beauty of the Cyclades.
 BYRON.— *D. Juan*, canto 4.

Está la noche serena
 De luceros coronada,
 Terso el azul de los cielos
 Como trasparente gasa.

Melancólica la luna
 Va trasmontando la espalda
 Del otero : su alba frente
 Tímida apenas levanta,

Y el horizonte ilumina,
 Pura virgen solitaria,
 Y en su blanca luz süave
 El cielo y la tierra baña.

Deslízase el arroyuelo
 Fúlgida cinta de plata
 Al resplandor de la luna,
 Entre franjas de esmeralda.

Argentadas chispas brillan
 Entre las espesas ramas,
 Y en el seno de las flores
 Tal vez aduermen las auras.

Tal vez despiertas susurran,
 Y al desplegarse sus alas,
 Mecen el blanco azahar,
 Mueven la aromosa acacia,

Y agitan ramas y flores
Y en perfumes se embalsaman :
Tal era pura esta noche
Como aquella en que sus ala

Los ángeles desplegaron
Sobre la primera llama
Que amor encendió en el mundo,
Del Eden en la morada.

¡Una mujer! ¿Es acaso
Blanca silfa solitaria,
Que entre el rayo de la luna
Tal vez misteriosa vaga?

Blanco es su vestido, ondea
Suelto el cabello á la espalda,
Hoja tras hoja las flores
Que lleva en su mano, arranca.

Es su paso incierto y tardo,
Inquietas son sus miradas,
Mágico ensueño parece
Que halaga engañosa el alma.

Ora, vedla, mira al cielo,
Ora suspira, y se pára :
Una lágrima sus ojos
Brotan acaso y abrasa

Su mejilla; es una ola
Del mar que en fiera borrasca
El viento de las pasiones
Ha alborotado en su alma.

Tal vez se sienta, tal vez
Azorada se levanta;
El jardín recorre ansiosa,
Tal vez á escuchar se pára.

Es el susurro del viento,
Es el murmullo del agua,
No es su voz, no es el sonido
Melancólico del arpa.

Son ilusiones que fueron :
Recuerdos ¡ay! que te engañan,
Sombras del bien que pasó.....
Ya te olvidó el que tú amas.

Esa noche y esa luna
Las mismas son que miraran
Indiferentes tu dicha,
Cual ora ven tu desgracia.

¡Ah! llora sí, ¡pobre Elvira!
¡Triste amante abandonada!
Esas hojas de esas flores
Que distraida tú arrancas,

¿Sabes adónde, infeliz,
El viento las arrebató?
Donde fueron tus amores,
Tu ilusión y tu esperanza.

Deshojadas y marchitas,
¡Pobres flores de tu alma!

Blanca nube de la aurora,
Teñida de ópalo y grana,
Naciente luz te colora
Refulgente precursora
De la cándida mañana.

Mas ¡ay! que se disipó
Tu pureza virginal,
Tu encanto el aire llevó
Cual la ventura ideal
Que el amor te prometió.

Hojas del árbol caídas
Juguetes del viento son :

Las ilusiones perdidas
¡Ay! son hojas desprendidas
Del árbol del corazón!

¡El corazón sin amor!
Triste páramo cubierto
Con la lava del dolor,
Oscuro inmenso desierto
Donde no nace una flor!

Distante un bosque sombrío,
El sol cayendo en la mar,
En la playa un aduar,
Y á lo lejos un navío
Viento en popa navegar;

Óptico vidrio presenta
En fantástica ilusión,
Y al ojo encantado ostenta
Gratas visiones, que aumenta
Rica la imaginación.

Tú eres, mujer, un fanal
Trasparente de hermosura:
¡Ay de tí! si por tu mal
Rompe el hombre en su locura
Tu misterioso cristal.

Mas ¡ay! dichosa tú, Elvira,
En tu misma desventura,
Que aun deleites te procura,
Cuando tu pecho suspira,
Tu misteriosa locura:

Que es la razón un tormento,
Y vale mas delirar
Sin juicio, que el sentimiento
Cuerdamente analizar,
Fijo en él el pensamiento.

Vedla, allí va que sueña en su locura
Presente el bien que para siempre huyó
Dulces palabras con amor murmura:
Piensa que escucha al pérfido que amó.

Vedla, postrada su piedad implora
Cual si presente le mirara allí:
Vedla, que sola se contempla y llora,
Miradla delirante sonreír.

Y su frente en revuelto remolino
Ha enturbiado su loco pensamiento,
Como nubló que en negro torbellino
Encubre el cielo y amontona el viento,

Y vedla cuidadosa escoger flores,
Y las lleva mezcladas en la falda,
Y, corona nupcial de sus amores,
Se entretiene en tejer una guirnalda.

Y en medio de su dulce desvarío
Triste recuerdo el alma le importuna
Y al margen va del argentado río,
Y allí las flores echa de una en una;

Y las sigue su vista en la corriente,
Una tras otras rápidas pasar,
Y confusos sus ojos y su mente
Se siente con sus lágrimas ahogar:

Y de amor canta, y en su tierna queja
Entona melancólica canción,
Canción que el alma desgarrada deja,
Lamento ¡ay! que llaga el corazón.

¿Qué me valen tu calma y tu ternura,
Tranquila noche, solitaria luna,
Si no calmais del hado la crudeza,
Ni me dais esperanza de fortuna?

¿Qué me valen la gracia y la belleza,
Y amar como jamás amó ninguna,
Si la pasión que el alma me devora,
La desconoce aquel que me enamora?

Lágrimas interrumpen su lamento,
Inclina sobre el pecho su semblante,
Y de ella en derredor susurra el viento
Sus últimas palabras, sollozante.

.....
.....
.....
.....

Murió de amor la desdichada Elvira,
Cándida rosa que agostó el dolor,
Suave aroma que el viajero aspira
Y en sus alas el aura arrebató.

Vaso de bendición, ricos colores
Reflejó en su cristal la luz del día,
Mas la tierra empañó sus resplandores,
Y el hombre lo rompió con mano impía.

Una ilusión acarició su mente :
Alma celeste para amar nacida,
Era el amor de su vivir la fuente,
Estaba junta á su ilusión su vida.

Amada del Señor, flor venturosa,
Llena de amor murió y de juventud :
Despertó alegre una alborada hermosa,
Y á la tarde durmió en el ataud.

Mas despertó también de su locura
Al término postrero de su vida,
Y al abrirse á sus piés la sepultura,
Volvió á su mente la razón perdida.

¡La razón fría! ¡la verdad amarga!
¡El bien pasado y el dolor presente!...
¡Ella feliz! ¡que de tan dura carga
Sintió el peso al morir únicamente!

Y conociendo ya su fin cercano,
Su mejilla una lágrima abrasó ;
Y así al infiel con temblorosa mano,
Moribunda su víctima escribió :

« Voy á morir : perdona si mi acento
Vuela importuno á molestar tu oído :
Él es, don Felix, el postrer lamento
De la mujer que tanto te ha querido.
La mano helada de la muerte siento...
A Dios : ni amor ni compasión te pido...
Oye y perdona si al dejar el mundo,
Arranca un ¡ ay ! su angustia al moribundo.

« ¡ Ah ! para siempre á Dios. Por tí mi vida
Dichosa un tiempo resbalar sentí,
Y de la palabra de tu boca oída,
Éxtasis celestial fué para mí.
Mi mente aun goza en la ilusión querida
Que para siempre ¡ mísera ! perdí...
¡ Ya todo huyó, desapareció contigo!
¡ Dulces horas de amor, yo las bendigo !

« Yo las bendigo, si, felices horas,
Presentes siempre en la memoria mía,
Imágenes de amor encantadoras,
Que aun vienen á halagarme en mi agonía.
Mas ¡ ay ! volad, huid, engañadoras
Sombras, por siempre ; mi postrero día
Ha llegado : perdon, perdon, ¡ Dios mío !
Si aun gozo en recordar mi desvarío.

« Y tú, don Felix, si te causa enojos
Que te recuerde yo mi desventura ;
Piensa están hartos de llorar mis ojos
Lágrimas silenciosas de amargura,

Y hoy, al tragar la tumba mis despojos,
Concede este consuelo á mi tristura :
Estos renglones compasivo mira ;
Y olvida luego para siempre á Elvira.

« Y jamás turbe mi infeliz memoria
Con amargos recuerdos tus placeres ;
Goces te dé el vivir, triunfos la gloria,
Dichas el mundo, amor otras mujeres :
Y si tal vez mi lamentable historia
A tu memoria con dolor trajeres,
Llórame, sí ; pero palpíte exento
Tu pecho de roedor remordimiento.

« A Dios por siempre, á Dios : un breve instante
Siento de vida, y en mi pecho el fuego
Aun arde de mi amor ; mi vista errante
Vaga desvanecida... ¡ calma luego,
Oh muerte, mi inquietud !... ¡ Sola... espirante !...
Amame : no, perdona : ¡ inútil ruego !
A Dios, á Dios ¡ tu corazón perdí !
— ¡ Todo acabó en el mundo para mí ! »

Así escribió su triste despedida
Momentos antes de morir, y al pecho
Se estrechó de su madre dolorida,
Que en tanto inunda en lágrimas su lecho.

Y exhaló luego su postrer aliento,
Y á su madre sus brazos se apretaron
Con nervioso y convulso movimiento,
Y sus labios un nombre murmuraron.

Y huyó su alma á la mansion dichosa
Do los ángeles moran... Tristes flores
Brotan la tierra en torno de su losa ;
El céfiro lamenta sus amores.

Sobre ella un sauce su ramaje inclina,
Sombra le presta en lánguido desmayo,
Y allá en la tarde, cuando el sol declina,
Baña su tumba en paz su último rayo...

PARTE TERCERA.

CUADRO DRAMÁTICO.

Sarg. ¿Teneis mas que parar?

Franco. Paro los ojos.

Los ojos sí, los ojos : que descreo
Del que los hizo para tal empleo.

MONETO.— *San Francisco de Sena.*

PERSONAS.

D. FELIX DE MORTEMAR.

D. DIEGO DE PASTRANA.

SEIS JUGADORES.

En derredor de una mesa
Hasta seis hombres están,
Fija la vista en los naipes,
Mientras juegan al parar;

Y en sus semblantes se pintan
El despecho y el afán :
Por perder desesperados,
Avarientos por ganar.

Reina profundo silencio,
Sin que lo rompa jamás
Otro ruido que el del oro,
O una voz para jurar.

Y hoy, al tragar la tumba mis despojos,
Concede este consuelo á mi tristura :
Estos renglones compasivo mira ;
Y olvida luego para siempre á Elvira.

« Y jamás turbe mi infeliz memoria
Con amargos recuerdos tus placeres ;
Goces te dé el vivir, triunfos la gloria,
Dichas el mundo, amor otras mujeres :
Y si tal vez mi lamentable historia
A tu memoria con dolor trajeres,
Llórame, sí ; pero palpíte exento
Tu pecho de roedor remordimiento.

« A Dios por siempre, á Dios : un breve instante
Siento de vida, y en mi pecho el fuego
Aun arde de mi amor ; mi vista errante
Vaga desvanecida... ¡ calma luego,
Oh muerte, mi inquietud !... ¡ Sola... espirante !...
Amame : no, perdona : ¡ inútil ruego !
A Dios, á Dios ¡ tu corazón perdí !
— ¡ Todo acabó en el mundo para mí ! »

Así escribió su triste despedida
Momentos antes de morir, y al pecho
Se estrechó de su madre dolorida,
Que en tanto inunda en lágrimas su lecho.

Y exhaló luego su postrer aliento,
Y á su madre sus brazos se apretaron
Con nervioso y convulso movimiento,
Y sus labios un nombre murmuraron.

Y huyó su alma á la mansion dichosa
Do los ángeles moran... Tristes flores
Brotan la tierra en torno de su losa ;
El céfiro lamenta sus amores.

Sobre ella un sauce su ramaje inclina,
Sombra le presta en lánguido desmayo,
Y allá en la tarde, cuando el sol declina,
Baña su tumba en paz su último rayo...

PARTE TERCERA.

CUADRO DRAMÁTICO.

Sarg. ¿Teneis mas que parar?

Franco. Paro los ojos.

Los ojos sí, los ojos : que descreo
Del que los hizo para tal empleo.

MONETO.— *San Francisco de Sena.*

PERSONAS.

D. FELIX DE MORTEMAR.

D. DIEGO DE PASTRANA.

SEIS JUGADORES.

En derredor de una mesa
Hasta seis hombres están,
Fija la vista en los naipes,
Mientras juegan al parar;

Y en sus semblantes se pintan
El despecho y el afán :
Por perder desesperados,
Avarientos por ganar.

Reina profundo silencio,
Sin que lo rompa jamás
Otro ruido que el del oro,
O una voz para jurar.

Pálida lámpara alumbra
Con trémula claridad
Negras de humo las paredes
De aquella estancia infernal.

Y el misterioso bramido
Se escucha del huracan,
Que azota los vidrios frágiles
Con sus alas al pasar.



ESCENA I.

JUGADOR PRIMERO.

El caballo aun no ha salido.

JUGADOR SEGUNDO.

¿Qué carta vino?

JUGADOR PRIMERO.

La sota.

JUGADOR SEGUNDO.

Pues por poco se alborota.

JUGADOR PRIMERO.

Un caudal llevo perdido :

¡ Voto á Cristo!

JUGADOR SEGUNDO.

No jureis,
Que aun no estais en la agonía.

JUGADOR PRIMERO.

No hay suerte como la mía.

JUGADOR SEGUNDO.

¿ Y como cuánto perdeis?

JUGADOR PRIMERO.

Mil escudos y el dinero
Que don Felix me entregó.

JUGADOR SEGUNDO.

¿ Dónde anda?

JUGADOR PRIMERO.

¡ Qué sé yo!

No tardará.

JUGADOR TERCERO.

Envido.

JUGADOR PRIMERO.

Quiero.

ESCENA II.

Galan de talle gentil,
La mano izquierda apoyada
En el pomo de la espada,
Y el aspecto varonil :
Alta el ala del sombrero
Porque descubra la frente,
Con airoso continente
Entró luego un caballero.

JUGADOR PRIMERO.

(Al que entra.)

Don Felix, á buena hora
Habeis llegado.

D. FELIX.

¿ Perdisteis?

JUGADOR PRIMERO.

El dinero que me disteis
Y esta bolsa pecadora.

JUGADOR SEGUNDO.

Don Felix de Montemar
Debe perder. El amor
Le negara su favor

Cuando le viera ganar.

D. FELIX (*con desden*).

Necesito ahora dinero
Y estoy hastiado de amores.

(*Al corro con altivez.*)

Dos mil ducados, señores,
Por esta cadena quiero.

(*Quítase una cadena que lleva al pecho.*)

JUGADOR TERCERO.

Alta poneis la tarifa.

D. FELIX (*con altivez*).

La pongo en lo que merece.
Si otra duda se os ofrece,
Decid.

(*Al corro.*)

Se vende y se rifa.

JUGADOR CUARTO (*aparte*).

Y hay quién sufra tal afrenta?

D. FELIX.

Entre cinco están hallados.
A cuatrocientos ducados
Os toca, según mi cuenta.
Al as de oros. Allá va.

(*Va echando cartas que toman los jugadores en silencio.*)

Uno, dos...

(*Al perdidoso.*)

Con vos no cuento.

JUGADOR PRIMERO.

Por el motivo lo siento.

JUGADOR TERCERO.

¡El as! ¡el as! aquí está.

JUGADOR PRIMERO.

Ya ganó.

D. FELIX.

Suerte teneis.

A un solo golpe de dados
Tiro los dos mil ducados.

JUGADOR TERCERO.

¿En un golpe?

JUGADOR PRIMERO (*á don Felix*).

Los perdeis

D. FELIX.

Perdida tengo yo el alma,
Y no me importa un ardite.

JUGADOR TERCERO.

Tirad.

D. FELIX.

Al primer embite.

JUGADOR TERCERO.

Tirad pronto.

D. FELIX.

Tened calma ;
Que os juego mas todavía,
Y en cien onzas hago el trato,
Y os llevais este retrato
Con marco de pedrería.

JUGADOR TERCERO.

¿En cien onzas?

D. FELIX.

¿Qué dudais?

JUGADOR PRIMERO (*tomando el retrato*).

¡Hermosa mujer!

JUGADOR CUARTO.

No es caro.

D. FELIX.

¿Quereis pararlas?

JUGADOR TERCERO.

Las paro.

Mas ganaré.

D. FELIX.

Si ganais (*se registra todo*),
No tengo otra joya aquí.

JUGADOR PRIMERO (*mirando el retrato*).

Si esta imagen respirara....

D. FELIX.

A estar aquí la jugará
A ella, al retrato y á mí.

JUGADOR TERCERO.

Vengan los dados.

D. FELIX.

Tirad.

JUGADOR SEGUNDO.

Por don Felix cien ducados.

JUGADOR CUARTO.

En contra van apostados.

JUGADOR QUINTO.

Cincuenta mas. Esperad,
No tireis.

JUGADOR SEGUNDO.

Van los cincuenta.

JUGADOR PRIMERO.

Yo, sin blanca, á Dios le ruego
Por don Felix.

JUGADOR QUINTO.

Hecho el juego.

JUGADOR TERCERO.

¿Tiro?

D. FELIX.

Tirad con sesenta
De á caballo.

(*Todos se agrupan con ansiedad al rededor de la mesa.
El tercer jugador tira los dados.*)

JUGADOR CUARTO.

¿Qué ha salido?

JUGADOR SEGUNDO.

¡Mil demonios, que á los dos
Nos lleven!

D. FELIX (*con calma al PRIMERO*)

¡Bien, vive Dios,
Vuestros ruegos me han valido
Encomendadme otra vez,
Don Juan, al diablo; no sea
Que si os oye Dios, me vea
Cautivo y esclavo en Fez.

JUGADOR TERCERO.

Don Felix, habeis perdido
Solo el marco, no el retrato,
Que entrar la dama en el trato
Vuestra intencion no habrá sido.

D. FELIX.

¿Cuánto diérais por la dama?

JUGADOR TERCERO.

Yo, la vida.

D. FELIX.

No la quiero.
Mirad si me dais dinero,
Y os la llevais.

JUGADOR TERCERO

¡Buena fama
Lograreis entre las bellas
Cuando descubran altivas
Que vos las haceis cautivas,
Para en seguida vendellas!

D. FELIX.

Eso á vos no importa nada.
¿Quereis la dama? Os la vendo.

JUGADOR TERCERO.

Yo de pinturas no entiendo.

D. FELIX (*con cólera*).

Vos habláis con demasiada
Altivez é irreverencia
De una mujer... ¡ y si no !...

JUGADOR TERCERO.

De la pintura hablé yo.

TODOS.

Vamos, paz; no haya pendencia.

D. FELIX (*sosegado*).

Sobre mi palabra os juego
Mil escudos.

JUGADOR TERCERO.

Van tirados.

D. FELIX.

A otra suerte de esos dados;
Y el diablo les prenda fuego.

ESCENA III.

Pálido el rostro, cejijunto el ceño,
Y torva la mirada, aunque afligida,
Y en ella un firme y decidido empeño
De dar la muerte ó de perder la vida,

Un hombre entró embozado hasta los ojos,
Sobre las juntas cejas el sombrero :
Vibrále al rostro el corazón enojos,
El paso firme, el ánimo altanero.

Encubierta fatídica figura. —
Sed de sangre su espíritu secó,
Emponzoñó su alma la amargura,
La venganza irritó su corazón.

Junto á don Felix llega... y desatento
No habla á ninguno, ni aun la frente inclina;
Y en pié y delante de él y el ojo atento,
Con iracundo rostro le examina.

Miró también don Felix al sombrío

Huésped que en él los ojos enclavó,
Y con sarcasmo desdeñoso y frío
Fijos en él los suyos, sonrió.

D. FELIX.

Buen hombre, ¿ de qué tapiz
Se ha escapado, — el que se tapa —
Que entre el sombrero y la capa
Se os ve apenas la nariz?

D. DIEGO.

Bien, don Felix, cuadra en vos
Esa insolencia importuna.

D. FELIX.

(*Al tercer jugador sin hacer caso de don Diego.*)
Perdisteis.

JUGADOR TERCERO.

Sí. La fortuna
Se trocó : tiro y van dos.

(*Vuelven á tirar.*)

D. FELIX.

Gané otra vez.
(*Al embozado.*) No he entendido
Qué dijísteis, ni hice aprecio
De si hablásteis blando ó recio
Cuando me habeis respondido.

D. DIEGO.

A solas hablar querria.

D. FELIX.

Podeis, si os place, empezar,
Que por vos no he de dejar
Tan honrosa compañía.
Y si Dios aquí os envía
Para hacer mi conversion,
No desprecieis la ocasion
De convertir tanta gente,
Mientras que yo humildemente
Aguardo mi absolucion.

DON JOSÉ DE ESPRONCEDA.

D. DIEGO (*desembozándose con ira*).

Don Felix, ¿no conocéis
A don Diego de Pastrana?

D. FELIX.

A vos no, mas sí á una hermana
Que imagino que teneis.

D. DIEGO.

¿Y no sabeis que murió?

D. FELIX.

Téngala Dios en su gloria.

D. DIEGO.

Pienso que sabeis su historia,
Y quien fué quien la mató.

D. FELIX (*con sarcasmo*).

¿Quizá alguna calentura!

D. DIEGO.

¡Mentís vos!

D. FELIX.

Calma, don Diego,

Que si vos os morís luego,
Es tanta mi desventura,
Que aun me lo habrán de achacar,
Y es en vano ese despecho.
Si se murió, á lo hecho, pecho,
Ya no ha de resucitar.

D. DIEGO.

Os estoy mirando y dudo
Si habré de manchar mi espada
Con esa sangre malvada,
O echaros al cuello un nudo
Con mis manos, y con mengua,
En vez de desafiaros,
El corazon arrancaros
Y patearos la lengua.
Que un alma, una vida, es
Satisfaccion muy ligera,
Y os diera mil si pudiera

Y os las quitára despues.
Jugo á mi labio han de dar
Abiertas todas tus venas,
Que toda tu sangre apenas
Basta mi sed á calmar.
¡Villano!

(*Tira de la espada: todos los jugadores se interponen.*)

TODOS.

Fuera de aquí

A armar quimera.

D. FELIX (*con calma levantándose*).

Tened,

Don Diego, la espada, y ved
Que estoy yo muy sobre mí,
Y que me contengo mucho,
No sé porqué, pues tan frio
En mi colérico brio
Vuestras injurias escucho.

D. DIEGO.

(*Con furor reconcentrado y con la espada desnuda.*)

Salid de aquí; que á fe mia,
Que estoy resuelto á mataros,
Y no alcanzara á libraros
La misma virgen Maria.
Y es tan cierta mi intencion,
Tan resuelta está mi alma,
Que hasta mi cólera calma
Mi firme resolucion.
Venid conmigo.

D. FELIX.

Allá voy;
Pero si os mato, don Diego,
Que no me venga otro luego
A pedirme cuenta. Soy
Con vos al punto. Esperad
Cuenta el dinero... uno... dos...

(*A don Diego.*)

Son mis ganancias; por vos
Pierdo aquí una cantidad

Considerable de oro
Que iba á ganar... ¿y porqué?
Diez... quince... por no sé qué
Cuento de amor... ¡un tesoro
Perdido!... voy al momento.
Es un puro disparate
Empeñarse en que yo os mate
Lo digo como lo siento.

D. DIEGO.

Remiso andais y cobarde
Y hablador en demasía.

D. FELIX.

Don Diego, mas sangre fria :
Para reñir nunca es tarde.
Y si aun fuera otro el asunto,
Yo os perdonara la prisa :
Pidiérais vos una misa
Por la difunta, y al punto...

D. DIEGO.

¡Mal caballero!...

D. FELIX.

Don Diego,
Mi delito no es gran cosa.
Era vuestra hermana hermosa
La ví, me amó, creció el fuego,
Se murió, no es culpa mia ;
Y admiro vuestro candor,
Que no se mueren de amor
Las mujeres hoy en dia.

D. DIEGO.

¿Estais pronto?

D. FELIX.

Están contados.
Vamos andando.

D. DIEGO.

¿Os reis?

(Con voz solemne.)

Pensad que á morir venís.

D. FELIX. (Sale tras de él embolsándose el dinero
con indiferencia.)

Son mil trescientos ducados.

ESCENA IV.

Los jugadores.

JUGADOR PRIMERO.

Este don Diego Pastrana
Es un hombre decidido.
Desde Flandes ha venido
Solo á vengar á su hermana.

JUGADOR SEGUNDO.

¡Pues no ha hecho mal disparate!
Me da el corazon su muerte.

JUGADOR TERCERO.

¿Quién sabe? acaso la suerte...

JUGADOR CUARTO.

Me alegraré que lo mate.

PARTE CUARTA.

Salió en fin de aquel estado, para caer en el dolor mas sombrío, en la mas desalentada desesperacion y en la mayor amargura y desconsuelo que pueden apoderarse de este pobre corazon humano, que tan positivamente choea y se quebranta con los males, como con vaguedad aspira en algunos momentos, casi siempre sin conseguirlo, á tocar los bienes ligeramente y de pasada.

(La proteccion de un sastre; novela original por D. Miguel de los Santos Alvarez.)

SPIRITUS QUIDEM PROMPTUS EST; CARO
VERO INFIRMA.

(S. Marc. Evang.)

Vedle, don Felix, es espada en mano,
Serenó el rostro, firme el corazon,
Tambien de Elvira el vengativo hermano
Sin piedad á sus piés muerto cayó.

Y con tranquila audacia se adelanta
Por la calle fatal del Ataud;
Y ni medrosa aparicion le espanta,
Ni le turba la imágen de Jesus.

La moribunda lámpara que ardia
Trémula lanza su postrer fulgor,
Y en honda oscuridad, noche sombría
La misteriosa calle encapotó.

Mueve los piés el Montemar osado
En las tinieblas con incierto giro,
Cuando ya un trecho de la calle andado,
Súbito junto á él oye un suspiro.

Resbalar por su faz sintió el aliento,
Y á su pesar sus nervios se crisparon;
Mas pasado el primero movimiento,
A su primera rigidez tornaron.

« ¿Quién va? » pregunta con la voz serena,
Que ni finge valor, ni muestra miedo,
El alma de invencible vigor llena,
Fiado en su tajante de Toledo.

Palpa en torno de sí, y el impío jura,
Y á mover vuelve la atrevida planta,
Cuando hácia él fatídica figura
Envuelta en blancas ropas se adelanta.

Flotante y vaga, las espesas nieblas
Ya disipa y se anima y va creciendo
Con apagada luz, ya en las tinieblas
Su argentino blancor va apareciendo.

Ya leve punto de luciente plata,
Astro de clara lumbre sin mancilla,
El horizonte lóbrego dilata
Y allá en la sombra en lontananza brilla.

Los ojos Montemar fijos en ella,
Con mas asombro que temor la mira,
Tal vez la juzga vagorosa estrella
Que en el espacio de los cielos gira

Tal vez engaño de sus propios ojos,
Forma falaz que en su ilusion creó,
O del vino ridículos antojos
Que al fin su juicio á alborotar subió,

Mas el vapor del néctar jerezano
Nunca su mente á trastornar bastara,
Que ya mil veces embriagarse en vano
En frenéticas orgías intentara.

« Dios presume asustarme : ¡ojalá fuera,
Dijo entre sí riendo, el diablo mismo!
Que entonces, vive Dios, quién soy supiera
El cornudo monarca del abismo. »

Al pronunciar tan insolente ultraje
La lámpara del Cristo se encendió :
Y una mujer velada en blanco traje,
Ante la imágen de rodillas vió.

« Bienvenida la luz, » dijo el impío,
« Gracias á Dios ó al diablo : » y con osada,
Firme intencion y temerario brio,
El paso vuelve á la mujer tapada.

Mientras él anda, al parecer se alejan
La luz, la imágen, la devota dama,
Mas si él se pára, de moverse dejan :
Y lágrima tras lágrima, derrama

De sus ojos inmóviles la imágen.
Mas sin que el miedo ni el dolor que inspira
Su planta audaz, ni su impiedad atajen,
Rostro á rostro á Jesus Montemar mira.

— La calle parece se mueve y camina,
Faltarle la tierra sintió bajo el pié;
Sus ojos la muerta mirada fascina
Del Cristo, que intensa clavada está en él.

Y en medio el delirio que embarga su mente,
Y achaca él al vino que al fin le embriagó,
La lámpara alcanza con mano insolente
Del ara do alumbra la imágen de Dios;

Y al rostro la acerca, que el cándido lino
Encubre, con ánimo asaz descortés;
Mas la luz apaga viento repentino,
Y la blanca dama se puso de pié.

Empero un momento creyó que veía
Un rostro que vagos recuerdos quizá
Y alegres memorias confusas traía
De tiempos mejores que pasaron ya.

Un rostro de un ángel que vió en un ensueño,
Como un sentimiento que el alma halagó,
Que anubla la frente con rígido ceño,
Sin que lo comprenda jamás la razon.

Su forma gallarda dibuja en las sombras
El blanco ropaje que ondeante se ve,
Y cual si pisara mullidas alfombras,
Deslizase leve sin ruido su pié.

Tal vimos al rayo de la luna llena
Fugitiva vela de lejos cruzar,
Que ya la hinche en popa la brisa serena,
Que ya la confunde la espuma del mar.

Tambien la esperanza blanca y vaporosa
Así ante nosotros pasa en ilusion,
Y el alma conmueve con ansia medrosa
Mientras la rechaza la adusta razon.

D. FELIX.

« ¡Qué! ¿sin respuesta me deja?
¿No admitís mi compañía?
¿Será quizá alguna vieja
Devota?..... ¡Chasco seria?

En vano, dueña, es callar,
Ni hacerme señas que no.
He resuelto que sí yo,
Y os tengo de acompañar.

Y he de saber dónde vais
Y si sois hermosa ó fea,
Quién sois y cómo os llamis.
Y aun cuando imposible sea,

Y fuérais vos Satanás
Con sus llamas y sus cuernos,
Hasta en los mismos infiernos,
Vos delante y yo detrás,

Hemos de entrar, ¡vive Dios!
Y aunque lo estorbara el cielo,
Que yo he de cumplir mi anhelo
Aun á despecho de vos :

Y perdonadme, señora,
Si hay en mi empeño osadía,
Mas fuera descortesía
Dejaros sola á esta hora :

Y me va en ello mi fama,
Que juro á Dios no quisiera
Que por temor se creyera
Que no he seguido á una dama. »

Der hondo del pecho profundo gemido
Crujido del vaso que estalla al dolor,
Que apenas medroso lastima el oido,
Pero que punzante rasga el corazon;

Gemido de amargo recuerdo pasado,
De pena presente, de incierto pesar,
Mortífero aliento, veneno exhalado
Del que encubre el alma ponzoñoso mar;

Gemido de muerte lanzó y silenciosa
La blanca figura su pié resbaló,
Cual mueve sus alas silfide amorosa
Que apenas las aguas del lago rizó.

¡Ay! el que vió acaso perdida en un día
La dicha que eterna creyó el corazon,
Y en noche de nieblas, y en honda agonía
En un mar sin playas muriendo quedó!...

Y solo y llevando consigo en su pecho,
Compañero eterno su dolor crúel,
El mágico encanto del alma deshecho,
Su pena, su amigo y su amante mas fiel;

Miró sus suspiros llevarlos el viento,
Sus lágrimas tristes perderse en el mar,
Sin nadie que acuda ni entienda su acento,
Insensible el cielo y el mundo á su mal...

Y ha visto la luna brillar en el cielo
Serena y en calma mientras él lloró,
Y ha visto los hombres pasar en el suelo
Y nadie á sus quejas los ojos volvió,

Y él mismo, la befa del mundo temblando,
Su pena en su pecho profunda escondió,
Y dentro en su alma su llanto tragando
Con falsa sonrisa su labio vistió! !...

¡Ay! quien ha contado las horas que fueron,
Horas otro tiempo que abrevió el placer,
Y hoy solo y llorando piensa como huyeron
Con ellas por siempre las dichas de ayer;

Y aquellos placeres, que el triste ha perdido,
No huyeron del mundo, que en el mundo están,
Y él vive en el mundo do siempre ha vivido,
Y aquellos placeres para él no son ya!!

¡Ay! el que descubre por fin la mentira,
¡Ay! el que la triste realidad palpó,
El que el esqueleto de este mundo mira,
Y sus falsas galas loco le arrancó...

¡Ay! aquel que vive solo en lo pasado...!
¡Ay! el que su alma nutre en su pesar,
Las horas que huyeron llamara angustiado,
Las horas que huyeron y no tornarán...

Quien haya sufrido tan bárbaro duelo,
Quien noches enteras contó sin dormir
En lecho de espinas, maldiciendo al cielo,
Horas sempiternas de ansiedad sin fin;

Quien haya sentido quererse del pecho
Saltar á pedazos roto el corazon;
Crecer su delirio, crecer su despecho;
Al cuello cien nudos echarle el dolor;

Ponzoñoso lago de punzante hielo,
Sus lágrimas tristes que cuajó el pesar,
Reventando ahogarle, sin hallar consuelo,
Ni esperanza nunca, ni tregua en su afan...;

Aquel, de la blanca fantasma el gemido,
Unica respuesta que á don Felix dió,
Hubiera, y su inmenso dolor, comprendido,
Hubiera pesado su inmenso valor.

D. FELIX.

«Si buscáis algun ingrato,
Yo me ofrezco agradecido;
Pero ó miente ese recato,
O vos sufrís el mal trato
De algun zeloso marido.

«¿Acerté? ¡Necia manía!
Es para volverme loco,
Si insistís en tal porfía;
Con los mudos, reina mía,
Yo hago mucho y hablo poco.»

Segunda vez importunada en tanto,
Una voz de sūave melodía
El estudiante oyó que parecia
Eco lejano de armonioso canto:

De amante pecho lánguido latido,
Sentimiento inefable de ternura,
Suspiro fiel de amor correspondido,
El primer sí de la mujer aun pura.

«Para mí los amores acabaron:
Todo en el mundo para mí acabó:
Los lazos que á la tierra me ligaron,
El cielo para siempre desató,»

ijo su acento misterioso y tierno,
Que de otros mundos la ilusion traia,
Eco de los que ya reposo eterno
Gozan en paz bajo la tumba fria.

Montemar, atento solo á su aventura,
Que es bella la dama y aun fácil juzgó,
Y la hora, la calle y la noche oscura
Nuevos incentivos á su pecho son.

— Hay riesgo en seguirme. — Mirad ¡qué reparo!
— Quizá luego os pesc. — Puede que por vos.
— Ofendeis al cielo. — Del diablo me amparo.
— Idos, caballero, no tenteis á Dios. —

— Siento me enamora mas vuestro despego,
Y si Dios se enoja, pardiez que hará mal:
Véame en vuestros brazos y máteme luego.
— ¡Vuestra última hora quizá esta será!...

Dejad ya, don Felix, delirios mundanos. —
— ¡Hola, me conoce! — ¡Ay! ¡temblad por vos!
¡Temblad no se truequen deleites livianos
En penas eternas! — Basta de sermon,

Que yo para oirlos la cuaresma espero;
Y hablemos de amores, que es mas dulce hablar;
Dejad ese tono solemne y severo,
Que os juro, señora, que os sienta muy mal;

La vida es la vida: cuando ella se acaba,
Acaba con ella tambien el placer.
¿De inciertos pesares porqué hacerla esclava?
Para mí no hay nunca mañana ni ayer.

Si mañana muero, que sea en mal hora
O en buena, cual dicen, ¿qué me importa á mí?
Goce yo el presente, disfrute yo ahora,
Y el diablo me lleve siquiera al morir.

— ¡Cúmplase en fin tu voluntad, Dios mio! —
La figura fatídica exclamó:
Y en tanto al pecho redoblar su brio
Siente don Felix y camina en pos.

Cruzan tristes calles,
Plazas solitarias,
Arruinados muros,
Donde sus plegarias
Y falsos conjuros,
En la misteriosa
Noche borrascosa,
Maldecida bruja
Con ronca voz canta,
Y de los sepulcros
Los muertos levanta,
Y suenan los ecos
De sus pasos huecos

En la soledad;
Mientras en silencio
Yace la ciudad,
Y en lúgubre son
Arrulla su sueño
Bramando Aquilon.

Y una calle y otra cruzan,
Y mas allá y mas allá:
Ni tiene término el viaje,
Ni nunca dejan de andar.
Y atraviesan, pasan, vuelven,
Cien calles quedando atrás,
Y pasó tras paso siguen,
Y siempre adelante van:
Y á confundirse ya empieza
Y á perderse Montemar,
Que ni sabe á do camina,
Ni acierta ya dónde está:
Y otras calles, otras plazas
Recorre y otra ciudad,
Y ve fantásticas torres
De su eterno pedestal
Arrancarse, y sus macizas
Negras masas caminar,
Apoyándose en sus ángulos
Que en la tierra, en desigual,
Perezoso tranco fijan;
Y á su monótono andar,
Las campanas sacudidas
Misteriosos dobles dan;
Mientras en danzas grotescas
Y al estruendo funeral
En derredor cien espectros
Danzan con torpe compas:
Y las veletas sus frentes
Bajan ante él al pasar,
Los espectros le saludan,
Y en cien lenguas de metal,
Oye su nombre en los ecos
De las campanas sonar.
Mas luego cesa el estrépito,

Y en silencio, en muda paz
Todo queda, y desaparece
De súbito la ciudad:
Palacios, templos, se cambian
En campos de soledad,
Y en un yermo y silencioso,
Melancólico arenal,
Sin luz, sin aire, sin cielo,
Perdido en la inmensidad.
Tal vez piensa que camina,
Sin poder parar jamás,
De extraño empuje llevado
Con precipitado afán;
Entretanto que su guía
Delante de él sin hablar,
Sigue misterioso, y sigue
Con paso rápido, y ya
Se remonta ante sus ojos
En alas del huracán,
Vision sublime, y su frente
Ve fosfórica brillar
Entre lívidos relámpagos
En la densa oscuridad,
Sierpes de luz, luminosos
Engendros del vendaval:
Y cuando duda si duerme,
Si tal vez sueña ó está
Loco, si es tanto prodigio,
Tanto delirio verdad,
Otra vez en Salamanca
Súbito vuélvese á hallar,
Distingue los edificios,
Reconoce en donde está,
Y en su delirante vértigo
Al vino vuelve á culpar,
Y jura, y siguen andando
Ella delante, él detrás.

« ¡Vive Dios! dice entre sí,
O Satanás se chancea,
O no debo estar en mí,

O el Málaga que bebí
En mi cabeza aun humea.

« Sombras, fantasmas, visiones...
Dale con tocar á muerto,
Y en revueltas confusiones,
Danzando estos torreones
Al compas de tal concierto.

« Y el juicio voy á perder
Entre tantas maravillas,
Que estas torres llegué á ver,
Como mulas de alquiler,
Andando con campanillas.

« ¿Y esta mujer quién será?
Mas si es el diablo en persona,
¿A mí qué diantre me da?
Y mas que el traje en que va
En esta ocasion, le abona.

« Noble señora, imagino
Que sois nueva en el lugar:
Andar así es desatino:
O habeis perdido el camino,
O esto es andar por andar.

« Ha dado en no responder,
Que es la mas rara locura
Que puede hallarse en mujer,
Y en que yo la he de querer
Por su paso de andadura. »

En tanto don Felix á tientas seguia,
Delante camina la blanca vision,
Triplica su espanto la noche sombría.
Sus hórridos gritos redobla Aquilon.

Rechinan girando las férreas veletas,
Crujir de cadenas se escucha sonar,
Las altas campanas, por el viento inquietas
Pausados sonidos en las torres dan.

Rüido de pasos de gente que viene
A compas marchando con sordo rumor,
Y de tiempo en tiempo su marcha detiene,
Y rezar parece en confuso son,

Llegó de don Felix luego á los oidos,
Y luego cien luces á lo lejos vió,
Y luego en hileras largas divididos,
Vió que murmurando con lúgubre voz,

Enlutados bultos andando venian;
Y luego mas cerca con asombro ve,
Que un féretro en medio y en hombros traian
Y dos cuerpos muertos tendidos en él.

Las luces, la hora, la noche, profundo,
Infernal arcano parece encubrir.
Cuando en hondo sueño yace muerto el mund
Cuando todo anuncia que habrá de morir,

Al hombre, que loco la recia tormenta
Corrió de la vida, del viento á merced,
Cuando una voz triste las horas le cuenta,
Y en lodo sus pompas convertidas ve,

Forzoso es que tenga de diamante el alma
Quien no sienta el pecho de horror palpitar,
Quien como don Felix, con serena calma
Ni en Dios ni en el diablo se ponga á pensar.

Así en tardos pasos, todos murmurando,
El lúgubre entierro ya cerca llegó,
Y la blanca dama devota rezando,
Entrambas rodillas en tierra dobló.

Calado el sombrero y en pié, indiferente
El féretro mira don Felix pasar,
Y al paso pregunta con su aire insolente
Los nombres de aquellos que al sepulcro van.

Mas ¡cuál su sorpresa, su asombro cuál fuera,
Cuando horrorizado con espanto ve
Que el uno don Diego de Pastrana era,
Y el otro ¡Dios santo! y el otro era él!...

El mismo, su imágen, su misma figura,
Su mismo semblante, que él mismo era en fin :
Y duda, y se palpa y fria pavura
Un punto en sus venas sintió discurrir.

Al fin era hombre, y un punto temblaron
Los nervios del hombre, y un punto temió ;
Mas pronto su antiguo vigor recobraron,
Pronto su fiereza volvió al corazón.

« Lo que es, dijo, por Pastrana,
Bien pensado está el entierro ;
Mas es diligencia vana
Enterrarme á mí, y mañana
Me he de quejar de este yerro.

« Diga, señor enlutado,
¿ A quién llevan á enterrar ?
— Al estudiante endiablado
Don Felix de Montemar. » —
Respondió el encapuchado.

« Mientes, truhan. — No por cierto. —
Pues decidme á mí quien soy,
Si gustais, porque no acierto
Como á un mismo tiempo estoy
Aquí vivo y allí muerto.

— « Yo no os conozco. — Pardiez,
Que si me llevo á enojar,
Tus burlas te haga llorar
De tal modo, que otra vez
Conozcas ya á Montemar.

« ¡ Villano !..... mas esto es
Ilusion de los sentidos,
El mundo que anda al revés,
Los diablos entretenidos
En hacerme dar trapiés.

« ¡ El fanfarron de don Diego!
De sus mentiras reniego,

Que cuando muerto cayó,
Al infierno se fué luego
Contando que me mató. »

Diciendo así, soltó una carcajada,
Y las espaldas con desden volvió :
Se hizo el bigote, requirió la espada,
Y á la devota dama se acercó.

« Con que, en fin, ¿ dónde vivís ?
Que se hace tarde, señora.
— Tarde, aun no ; de aquí á una hora
Lo será. — Verdad decis,
Será mas tarde que ahora.

« Esa voz con que haceis miedo
De vos me enamora mas :
Yo me he echado el alma atrás ;
Juzgad si me dará un bledo
De Dios ni de Satanás.

— « Cada paso que avanzais
Lo adelantais á la muerte,
Don Felix. ¿ Y no temblais,
Y el corazón no os advierte
Que á la muerte caminais ? »

Con eco melancólico y sombrío
Dijo así la mujer, y el sordo acento,
Sonando en torno del mancebo impío,
Rugió en la voz del proceloso viento.

Las piedras con las piedras se golpearon,
Bajo sus piés la tierra retemblo,
Las aves de la noche se juntaron,
Y sus alas crujir sobre él sintió :

Y en la sombra unos ojos fulgurantes
Vió en el aire vagar que espanto inspiran,
Siempre sobre él saltándose anhelantes :
Ojos de horror que sin cesar le miran.

Y los vió y no tembló : mano á la espada
 Puso y la sombra intrépido embistió,
 Y ni sombra encontró ni encontró nada;
 Solo fijos en él los ojos vió.

Y alzó los suyos impaciente al cielo,
 Y rechinó los dientes y maldijo,
 Y en él creciendo el infernal anhelo,
 Con voz de enojo blasfemando dijo:

« Seguid, señora, y adelante vamos;
 Tanto mejor si sois el diablo mismo,
 Y Dios y el diablo y yo nos conozcamos,
 Y acábase por fin tanto embolismo.

« Que de tanto sermon, de farsa tanta,
 Juro, pardiez, que fatigado estoy :
 Nada mi firme voluntad quebranta,
 Sabed en fin que donde vayais voy.

« Un término no mas tiene la vida :
 Término fijo ; un paradero el alma :
 Ahora adelante. » Dijo, y en seguida
 Camina en pos con decidida calma.

Y la dama á una puerta se paró,
 Y era una puerta altísima, y se abrieron
 Sus hojas en el punto en que llamó,
 Que á un misterioso impulso obedecieron :
 Y tras la dama el estudiante entró :
 Ni pajes ni doncellas acudieron :
 Y cruzan á la luz de unas bujías
 Fantásticas, desiertas galerías.

Y la vision como engañoso encanto,
 Por las losas deslizase sin ruido,
 Toda encubierta bajo el blanco manto
 Que barre el suelo en pliegues desprendido.
 Y por el largo corredor en tanto
 Sigue adelante, y síguela atrevido,
 Y su temeridad raya en locura,
 Resuelto Montemar á su aventura.

Las luces, como antorchas funerales,
 Lánguida luz y cárdena esparcian,
 Y en torno en movimientos desiguales
 Las sombras se alejaban ó venian :
 Arcos aquí ruinosos, sepulcrales,
 Urnas allí y estatuas se veian,
 Rotas columnas, patios mal seguros,
 Yerbosos, tristes, húmedos y oscuros.

Todo vago, quimérico y sombrío,
 Edificio sin base ni cimiento
 Ondula cual fantástico navío
 Que anclado mueve borrascoso viento.
 En un silencio aterrador y frío
 Yace allí todo : ni rumor, ni aliento
 Humano nunca se escuchó : callado,
 Corre allí el tiempo, en sueño sepultado.

Las muertas horas á las muertas horas
 Siguen en el reloj de aquella vida,
 Sombras de horror girando aterradoras,
 Que allá aparecen en medrosa huida ;
 Ellas solas y tristes moradoras
 De aquella negra, funeral guarida,
 Cual soñada fantástica quimera,
 Vienen á ver al que su paz altera.

Y en él enclavan los hundidos ojos
 Del fondo de la larga galería,
 Que brillan lejos cual carbones rojos,
 Y espantaran la misma valentía :
 Y muestran en su rostro sus enojos
 Al ver hollada su mansion sombría,
 Y ora en grupos delante se aparecen,
 Ora en la sombra allá se desvanecen.

Grandiosa, satánica figura,
 Alta la frente, Montemar camina,
 Espíritu sublime en su locura,
 Provocando la cólera divina :

Fábrica frágil de materia impura,
El alma que la alienta y la ilumina,
Con Dios le iguala, y con osado vuelo
Se alza á su trono y le provoca á duelo.

Segundo Lucifer que se levanta
Del rayo vengador la frente herida,
Alma rebelde que el temor no espanta,
Hollada sí, pero jamás vencida :
El hombre en fin que en su ansiedad quebranta
Su límite á la cárcel de la vida,
Y á Dios llama ante él á darle cuenta,
Y descubrir su inmensidad intenta.

Y un báquico cantar tarareando,
Cruza aquella quimérica morada,
Con atrevida indiferencia andando,
Mofa en los labios, y la vista osada :
Y el rumor que sus pasos van formando,
Y el golpe que al andar le da la espada,
Tristes ecos, siguiéndole detrás,
Repiten con monótono compás.

Y aquel extraño y único rüido
Que de aquella mansion los ecos llena,
En el suelo y los techos repetido,
En su profunda soledad resuena :
Y espira allá cual funeral gemido
Que lanza en su dolor la ánima en pena,
Que al fin del corredor largo y oscuro
Salir parece de entre el roto muro.

Y en aquel otro mundo, y otra vida,
Mundo de sombras, vida que es un sueño,
Vida, que con la muerte confundida,
Ciñe sus sienes con letal beleño;
Mundo, vaga ilusion descolorida
De nuestro mundo y vaporoso ensueño,
Son aquel ruido y su locura insana,
La sola imágen de la vida humana.

Que allá su blanca misteriosa guia
De la alma dicha la ilusion parece,
Que ora acaricia la esperanza impía,
Ora al tocarla ya se desvanece :
Blanca, flotante nube, que en la umbria
Noche, en alas del céfiro se mece,
Su airosa ropa, desplegada al viento,
Semeja en su callado movimiento :

Humo süave de quemado aroma
Que el aire en ondas á perderse asciende,
Rayo de luna que en la parda loma,
Cual un broche su cima al éter prende ;
Silfa que con el alba envuelta asoma
Y al nebuloso azul sus alas tiende,
De negras sombras y de luz teñidas,
Entre el alba y la noche confundidas.

Y ágil, veloz, aérea y vaporosa,
Que apenas toca con los piés al suelo,
Cruza aquella morada tenebrosa
La mágica vision del blanco velo :
Imágen fiel de la ilusion dichosa
Que acaso el hombre encontrará en el cielo
Pensamiento sin fórmula y sin nombre,
Que hace rezar y blasfemar al hombre.

Y al fin del largo corredor llegando,
Montemar sigue su callada guia,
Y una de mármol negro va bajando
De caracol torcida gradería,
Larga, estrecha y revuelta, y que girando
En torno de él y sin cesar veía
Suspendida en el aire y con violento,
Veloz, vertiginoso movimiento.

Y en eterna espiral y en remolino
Infinito prolóngase y se extiende,
Y el juicio pone en loco desatino
A Montemar que en tumbos mil descende,

Y envuelto en el violento torbellino
Al aire se imagina, y se desprende,
Y sin que el raudo movimiento ceda,
Mil vueltas dando, á los abismos rueda:

Y de escalon en escalon cayendo,
Blasfema y jura con lenguaje inundo,
Y su furioso vértigo creciendo,
Y despeñado rápido al profundo,
Los silbos ya del huracan oyendo,
Ya ante él pasando en confusion el mundo,
Ya oyendo gritos, voces y palmadas,
Y aplausos y brutales carcajadas;

Llantos y ayes, quejas y gemidos,
Mofas, sarcasmos, risas y denuestos,
Y en mil grupos acá y allá reunidos,
Viendo debajo de él, sobre él enhiestos,
Hombres, mujeres, todos confundidos,
Con sandía pena, con alegres gestos,
Que con asombro estúpido le miran
Y en el perpetuo remolino giran:

Siente por fin que de repente para,
Y un punto sin sentido se quedó;
Mas luego valeroso se repara,
Abrió los ojos y de pié se alzó:
Y fué el primer objeto en que pensara
La blanca dama, y alrededor miró,
Y al pié de un triste monumento hallóla
Sentada en medio de la estancia, sola.

Era un negro solemne monumento
Que en medio de la estancia se elevaba,
Y á un tiempo á Montemar; raro portento!
Una tumba y un lecho semejava:
Ya imaginó su loco pensamiento
Que abierta aquella tumba le aguardaba;
Ya imaginó tambien que el lecho era
Tálamo blando que al esposo espera.

Y pronto recobrada su osadía,
Y á terminar resuelto su aventura,
Al cielo y al infierno desafia
Con firme pecho y decision segura:
A la blanca vision su planta guia,
Y á descubrirse el rostro la conjura,
Y á sus piés Montemar tomando asiento,
Así la habló con animoso acento.

« Diablo, mujer ó vision,
Que á juzgar por el camino
Que conduce á esta mansion,
Eres puro desatino
O diabólica invencion:

« Si quier de parte de Dios,
Si quier de parte del diablo,
¿Quién nos trajo aquí á los dos?
Decidme en fin ¿quién sois vos?
Y sepa yo con quién hablo:

« Que mas que nunca palpita
Resuelto mi corazon,
Cuando en tanta confusion,
Y en tanto arcano que irrita,
Me descubre mi razon

« Que un poder aquí supremo,
Invisible se ha mezclado,
Poder que siento y no temo,
A llevar determinado
Esta aventura al extremo.»

Fúnebre
Llanto
De amor,
Oyese
En tanto
En son

Flébil, blando,
Cual quejido

Dolorido
Que del alma
Se arrancó :
Cual profundo
¡ Ay ! que exhala
Moribundo
Corazon.

Música triste,
Lánguida y vaga,
Que á par lastima
Y el alma halaga;
Dulce armonía
Que inspira al pecho
Melancolía,
Como el murmullo
De algun recuerdo
De antiguo amor,
A un tiempo arrullo
Y amarga pena
Del corazon.
Mágico embeleso,
Cántico ideal,
Que en los aires vaga
Y en sonoras ráfagas
Aumentado va :
Sublime y oscuro,
Rumor prodigioso,
Sordo acento lúgubre,
Eco sepulcral,
Músicas lejanas,
De enlutado parche
Redoble monótono,
Cercano huracan ,
Que apenas la copa
Del árbol menea
Y bramando está :
Olas alteradas
De la mar bravía,
En noche sombría
Los vientos en paz,
Y cuyo rugido

Se mezcla al gemido
Del muro que trémulo
Las siente llegar :
Pavoroso estrépito,
Infalible présago
De la tempestad.

Y en rápido *crescendo*,
Los lúgubres sonidos
Mas cerca vanse oyendo
Y en ronco rebramar ;
Cual trueno en las montañas
Que retumbando va,
Cual rujen las entrañas
De horrisono volcan.

Y algazara y gritería,
Crugir de afilados huesos,
Rechinamiento de dientes
Y retemblar los cimientos,
Y en pavoroso estallido
Las losas del pavimento
Separando sus junturas
Irse poco á poco abriendo,

Siente Montemar, y el ruido
Mas cerca crece, y á un tiempo
Escucha chocarse cráneos,
Ya descarnados y secos,
Temblar en torno la tierra,
Bramar combatidos vientos,
Rujir las airadas olas,
Estallar el ronco trueno,
Exhalar tristes quejidos
Y prorumpir en lamentos :
Toda en furiosa armonía,
Todo en frenético estruendo,
Todo en confuso trastorno,
Todo mezclado y diverso.

Y luego el estrépito crece
Confuso y mezclado en un son,

Que ronco en las bóvedas hondas
Tronando furioso zumbó ;
Y un eco que agudo parece
Del ángel del juicio la voz,
En tiple, punzante alarido
Medroso y sonoro se alzó ;
Sintió, removidas las tumbas,
Crugir á sus piés con fragor,
Chocar en las piedras los cráneos
Con rabia y ahinco feroz,
Romper intentando la losa,
Y huir de su eterna mansion,
Los muertos, de súbito oyendo
El alto mandato de Dios.

Y de pronto en horrendo estampido
Desquiciarse la estancia sintió,
Y al tremendo tartáreo rüido
Cien espectros alzarse miró :
De sus ojos los huecos fijaron
Y sus dedos enjutos en él ;
Y despues entre sí se miraron,
Y á mostrarle tornaron despues ;
Y enlazadas las manos siniestras,
Con dudoso, espantado ademan
Contemplando, y tendidas sus diestras
Con asombro al osado mortal,
Se acercaron despacio, y la seca
Calavera, mostrando temor,
Con inmóvil, irónica mueca
Inclinaron, formando enredor.

Y entonces la vision del blanco velo
Al fiero Montemar tendió una mano,
Y era su tacto de crispante hielo,
Y resistirlo audaz intentó en vano :

Galvánica, cruel, nerviosa y fria,
Histórica y horrible sensacion,
Toda la sangre coagulada envia
Agolpada y helada al corazon.....

Y á su despecho y maldiciendo al cielo,
De ella apartó su mano Montemar,
Y temerario alzándola á su velo,
Tirando de él la descubrió la faz.

*¡ Es su esposo !! los ecos retumbaron,
¡ La esposa al fin que su consorte halló !!
Los espectros con júbilo gritaron :
¡ Es el esposo de su eterno amor !!*

Y ella entonces gritó, *¡ Mi esposo !!* Y era
(*¡ Desengaño fatal ! ¡ triste verdad !*)
Una sórdida, horrible calavera,
La blanca dama del gallardo andar !...

Luego un caballero de espuela dorada,
Airoso, aunque el rostro con mortal color,
Traspasado el pecho de fiera estocada,
Aun brotando sangre de su corazon,

Se acerca y le dice, su diestra tendida,
Que impávido estrecha tambien Montemar :
— « Al fin la palabra que dísteis cumplida,
Doña Elvira, vedla, vuestra esposa es ya :

« Mi muerte os perdono. — Por cierto, don Diego,
Repuso don Felix tranquilo á su vez,
Me alegre de veros con tanto sosiego,
Que á fe no esperaba volveros á ver.

« En cuanto á ese espectro que decís mi esposa,
Raro casamiento venísme á ofrecer :
Su faz no es por cierto ni amable ni hermosa ;
Mas no se os figure que os quiera ofender

« Por mujer la tomo, porque es cosa cierta,
Y espero no salga fallido mi plan,
Que en caso tan raro y mi esposa muerta,
Tanto como viva no me cansará.

« Mas antes decidme si Dios ó el demonio
Me trajo á este sitio, que quisiera ver
Al uno ú al otro, y en mi matrimonio
Tener por padrino siquiera á Luzbel :

« Cualquiera ó entrambos con su corte toda,
Estando estos nobles espectros aquí,
No perdiera mucho viniendo á mi boda...
Hermano don Diego, ¿ no pensais así ? »

Tal dijo don Felix con fruncido ceño,
En torno arrojando con fiero ademan
Miradas audaces de altivo desdén,
Al Dios por quien jura capaz de arrostrar.

El cariado, lívido esqueleto,
Los frios, largos y asquerosos brazos,
Le enreda en tanto en apretados lazos,
Y ávido le acaricia en su ansiedad :
Y con su boca cavernosa busca
La boca á Montemar, y á su mejilla
La árida, descarnada y amarilla
Junta y refriega repugnante faz.

Y él, envuelto en sus secas coyunturas,
Aun mas sus nudos que se aprietan siente,
Baña un mar de sudor su ardida frente
Y crece en su impotencia su furor !
Pugna con ansia á desasirse en vano,
Y cuánto mas airado forcejea,
Tanto mas se le junta y le desea
El rudo espectro que le inspira horror.

Y en furioso, veloz remolino,
Y en aérea fantástica danza,
Que la mente del hombre no alcanza
En su rápido curso á seguir,
Los espectros su ronda empezaron,
Cual en círculos raudos el viento
Remolinos de polvo violento
Y hojas secas agita sin fin.

Y elevando sus áridas manos
Resonando cual lúgubre eco,
Levantóse en su cóncavo hueco
Semejante á un aullido una voz

Pavorosa, monótona, informe,
Que pronuncia sin lengua su boca,
Cual la voz que del áspera roca
En los senos el viento formó.

« Cantemos, dijeron sus gritos,
La gloria, el amor de la esposa,
Que enlaza en sus brazos dichosa,
Por siempre al esposo que amó :
Su boca á su boca se junte,
Y selle su eterna delicia,
Süave, amorosa caricia
Y lánguido beso de amor.

« Y en mútuos abrazos unidos,
Y en blando y eterno reposo,
La esposa enlazada al esposo
Por siempre descansen en paz :
Y en fúnebre luz ilumine
Sus bodas fatídica tea,
Les brinde deleites y sea
La tumba su lecho nupcial. »

Mientras, la ronda frenética
Que en raudos giro se agita,
Mas cada vez precipita
Su vértigo sin ceder ;
Mas cada vez se atropella,
Mas cada vez se arrebatada,
Y en círculos se desata
Violentos mas cada vez :

Y escapa en rueda quimérica,
Y negro punto parece
Que en torno se desvanece
A la fantástica luz,
Y sus lúgubres aullidos
Que pavorosos se estienden,
Los aires rápidos hienden
Mas prolongados aun.

Y á tan continuo vértigo,
A tan funesto encanto,
A tan horrible canto,
A tan tremenda lid;
Entre los brazos lúbricos
Que aprémianle sujeto,
Del hórrido esqueleto,
Entre caricias mil:

Jamás vencido el ánimo,
Su cuerpo ya rendido,
Sintió desfallecido
Faltarle, Montemar;
Y á par que mas su espíritu
Desmiente su miseria
La flaca, vil materia
Comienza á desmayar.

Y siente un confuso,
Loco devaneo,
Languidez, mareo
Y angustioso afan:
Y sombras y luces,
La estancia que gira,
Y espíritus mira
Que vienen y van.

Y luego á lo lejos,
Flébil en su oído,
Eco dolorido
Lánguido sonó,
Cual la melodía
Que el aura amorosa,
Y el aura armoniosa
De noche formó:

Y siente luego
Su pecho ahogado,
Y desmayado,
Turbios sus ojos,

Sus graves párpados,
Flojos caer:
La frente inclina
Sobre su pecho,
Y á su despecho,
Siente sus brazos
Lánguidos, débiles
Desfallecer.

Y vió luego
Una llama
Que se inflama
Y murió;
Y perdido,
Oyó el eco
De un gemido
Que espiró.

Tal, dulce
Suspira
La lira
Que hirió
En blando
Concento
Del viento
La voz,

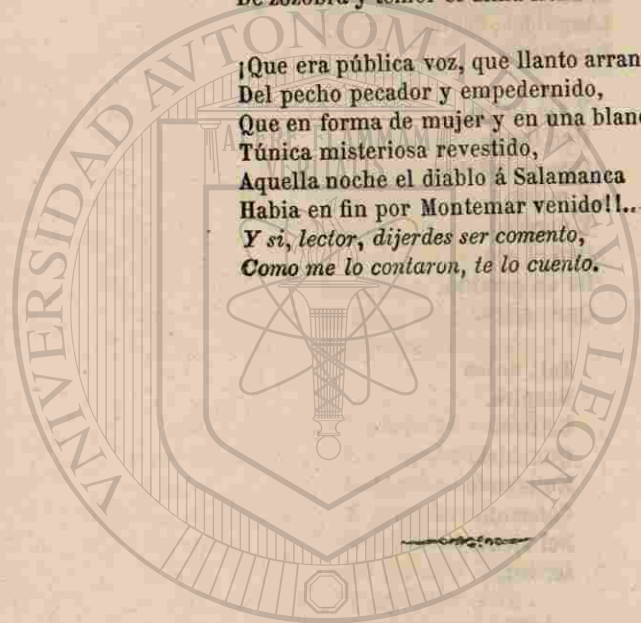
Leve,
Breve
Son.

En tanto en nubes de carmín y grana
Su luz el alba arrebolada envía,
Y alegre regocija y engalana
Las altas torres el naciente día:
Serenos el cielo, calma la mañana,
Blanda la brisa, trasparente y fría,
Vierte á la tierra el sol con su hermosura
Rayos de paz y celestial ventura.

Y huyó la noche y con la noche huían
Sus sombras y quiméricas mujeres,

Y á su silencio y calma sucedían
 El bullicio y rumor de los talleres :
 Y á su trabajo y á su afán volvían
 Los hombres y á sus frívolos placeres,
 Algunos hoy volviendo á su faena
 De zozobra y temor el alma llena :

¡Que era pública voz, que llanto arranca
 Del pecho pecador y empedernido,
 Que en forma de mujer y en una blanca
 Túnica misteriosa revestido,
 Aquella noche el diablo á Salamanca
 Había en fin por Montemar venido!!...
*Y si, lector, dijeres ser comento,
 Como me lo contaron, te lo cuento.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL DIABLO MUNDO.

PRÓLOGO.

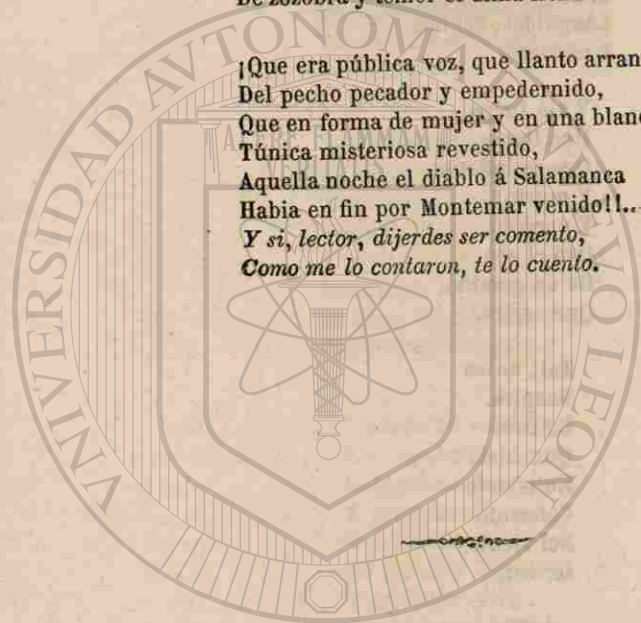
La humanidad entra en los periodos de su existencia por iguales trámites que el hombre en los de la vida; infancia, virilidad y madurez; admiración y contento en la primera edad, entusiasmo y fuerza en la segunda, reflexion y exámen en la tercera; y en tanto el poeta es en el orden moral el jefe de la humanidad de su tiempo y de aquellas generaciones que vendrán, hasta donde el dedo de la Providencia trace un círculo sobre el campo de la duda, y allí ya, para el poeta y sus coetáneos, se levanta un muro de ignorancia que es la frontera del saber posible, y donde una inteligencia nueva se prepara á empezar con nuevas gentes y con un nuevo poeta que, semejante al focus de la lente, en sí reuna todos los rayos luminosos que partan de la circunferencia.

La sociedad naciente cantó sin duda los fenómenos de la naturaleza; cantó la luz, cantó las sombras, el amor instintivo, la amistad sencilla, las flores, los torrentes y las aves. ®

De esta poesia oral, que, obrada la época de transicion, debió perderse naturalmente, nos quedan los libros de la Biblia, llenos de sencilla sublimidad; y luego despues una civilizacion mas adelantada formuló la égloga, el idilio y el himno, que no son, en nuestro sentir, otra cosa que reminiscencias cultivadas de

Y á su silencio y calma sucedían
El bullicio y rumor de los talleres :
Y á su trabajo y á su afán volvían
Los hombres y á sus frívolos placeres,
Algunos hoy volviendo á su faena
De zozobra y temor el alma llena :

¡Que era pública voz, que llanto arranca
Del pecho pecador y empedernido,
Que en forma de mujer y en una blanca
Túnica misteriosa revestido,
Aquella noche el diablo á Salamanca
Había en fin por Montemar venido!!...
*Y si, lector, dijeres ser comento,
Como me lo contaron, te lo cuento.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL DIABLO MUNDO.

PRÓLOGO.

La humanidad entra en los periodos de su existencia por iguales trámites que el hombre en los de la vida; infancia, virilidad y madurez; admiración y contento en la primera edad, entusiasmo y fuerza en la segunda, reflexion y exámen en la tercera; y en tanto el poeta es en el orden moral el jefe de la humanidad de su tiempo y de aquellas generaciones que vendrán, hasta donde el dedo de la Providencia trace un círculo sobre el campo de la duda, y allí ya, para el poeta y sus coetáneos, se levanta un muro de ignorancia que es la frontera del saber posible, y donde una inteligencia nueva se prepara á empezar con nuevas gentes y con un nuevo poeta que, semejante al focus de la lente, en sí reuna todos los rayos luminosos que partan de la circunferencia.

La sociedad naciente cantó sin duda los fenómenos de la naturaleza; cantó la luz, cantó las sombras, el amor instintivo, la amistad sencilla, las flores, los torrentes y las aves. ®

De esta poesia oral, que, obrada la época de transicion, debió perderse naturalmente, nos quedan los libros de la Biblia, llenos de sencilla sublimidad; y luego despues una civilizacion mas adelantada formuló la égloga, el idilio y el himno, que no son, en nuestro sentir, otra cosa que reminiscencias cultivadas de

aquella poesía patriarcal y campestre natural á los primeros tiempos.

Tras el período inocente pastoril, entró el mundo en la edad heroica, y Homero, trocando el caramillo por la trompa, se anunció cantando los dioses, las pasiones, el valor, las venganzas y la guerra.

La poesía épica quedó escrita, el pensamiento de aquellas generaciones formulado, Homero pasó á la posteridad junto con sus obras; el genio de Smirna fué inmediatamente admirado como un semidios, y su libro cual un espejo mágico, donde vieron reflejarse lo pasado, lo que no existía, con todas sus fases y colores.

Homero es la pirámide que arranca de los tiempos heroicos, monumento eminentísimo, desde cuya cumbre se domina toda la Grecia de Ulises, y en su centro se guardan los nombres de los héroes todos, todas las hazañas, todo el saber, las creencias, los vicios y virtudes en conjunto de una época grande.

El síntoma de desvirtuacion se apoderó de la sociedad aquella, y la Grecia conquistadora fué sojuzgada á su vez.

La civilizacion, la creencia, el entusiasmo y la fuerza pasaron á Italia; pero la era romana fué ya heterogénea hasta cierto punto, y de transicion hácia el cristianismo.

Quiso Virgilio ponerse al frente de su época; pero no consiguió ciertamente mas que colocarse á espaldas de Homero.

Roma en primer lugar sabia mas que Virgilio, y la Eneida, hecha esclava voluntaria de la Odisea, se afana en su seguimiento, sin advertirse el poeta de que canta un nuevo pueblo, una filosofía distinta, y de que el genio en su independencia prescribe una regla, donde quiera que estampa la huella.

Es la Eneida, sin embargo, un poema, artísticamente hablando, mas meditado, un libro mas correcto, y aunque siempre sobre la pauta del poeta griego, es el amor de Dido mas espiritual, un sentimiento mil veces mas justo y elevado que el amor que Homero pinta, resultado de una época mas adelantada en cultura.

Radió por fin el cristianismo revolucionando la sociedad, y de aquella lucha de ideas confusas que se controvertian entre la neblina de la ignorancia, de aquella fe ardiente y de aquel de-

sarrollo del alma, debía resultar una época aparte de los siglos anteriores, y fué la *edad media* del mundo.

Un poeta espiritualista podia ser solo la expresion fiel y el producto de una nueva era, y esta brotó á Dante con todo el saber de su tiempo, arrollando mil preocupaciones, solo con el presentimiento de su genio, que dentro del corazon lo empujaba por la extraña senda que siguió, contraviniendo la voluntad de los sabios y los nobles, para ilustrar despues á su pueblo, á los nobles y á los sabios de su tiempo, dando norma á un nuevo lenguaje, fórmula al sentimiento, y elevacion é impulso de progreso á las ideas.

Dante es pues la pirámide de la edad media, y su *Divina comedia* es un faro que domina resplandeciendo sobre las tinieblas de una época nueva, para mas allá disiparlas.... así Homero y Dante, el uno á igual altura en frente al otro, se divisan como dos *términos*, entre el vacío de los siglos que los separan.

Inmediato á Dante produjo la Inglaterra á Shakspeare, pero este autor, por la naturaleza de su talento, encerró sus obras en las estrechas dimensiones del teatro, y aunque todas ellas reunidas forman un tratado del mundo, se ve como el poeta tuvo que reposarse á semejanza de quien camina jornada por jornada, por no poder acaso cruzar de un solo vuelo por encima del campo donde la humanidad se revuelve mal contenta.

Shakspeare sin embargo, con mas genio que saber, con mayor presentimiento que cálculo, adelantó la forma del poema dramático, que se habia atrevido Dante á indicar solo muy ligeramente. Shakspeare presintió sin duda que el drama, sin las cortapisas de las bambalinas y de los bastidores, llegaria á producir el poema dramático, que la mayor ilustracion y la filosofía aceptarían como la fórmula mas adelantada en los siglos venideros.

Así es que Goethe ha cultivado este género despues en el *Fausto*, y Byron lo impulsó á la perfeccion en el *Manfredo*.

El poema mas aventajado de este siglo, que ofrecernos pueden entre su repertorio literario los franceses, es sin alguna duda el *Genio del Cristianismo*, y nosotros se lo concedemos, á la par que les negamos tenga aquel mérito tan en alto grado, como ellos pretenden. El *Genio del Cristianismo* está escrito con mas poesía teológica que sentimiento poético, y por eso no convence siempre que el autor conspira á convencer. La obra de M. de Chateaubriand no está madurada en el corazon, sino en el in-

vernáculo del entendimiento; es un libro escrito *ad hoc*, pero no inspirado, dictado sí por la conveniencia y ayudado por la erudición y por el cálculo... Creemos no obstante que, si bien no es un poema como los que hemos indicado de pasada, es por lo ménos el mejor arte poético que se ha escrito jamás. M. de Chateaubriand nos ha demostrado que la teología lleva infinitas ventajas á la mitología para tratar la poesía. Hay además bellezas de primer orden que imitar, explicadas con la práctica de ellas mismas en la obra del profundo literato francés, y nos condelemos de haber traslucido en ella una cosa que no será, pero que nos induce á creer que allí se ve al cristiano de oficio y al escritor de profesion

La sociedad se encuentra ya en su edad de madurez; nuestra época es la de *reflexion y exámen*, como las de Homero y Dante fuéronlo de *entusiasmo y fuerza*: pero, que *el corazon manda el mundo*, es una máxima irrefutable; con él han dominado los héroes, y con él los filósofos ardientes que lograron imprimir su sello en la humanidad propagaron sus respectivas doctrinas.

La cabeza por sí sola, por mas fuerza lógica que encierre, no dará mas que la disertacion escolástica, y sus productos carecerán de los divinos vuelos del entusiasmo, que tras de sí arrastra y conduce hasta la verdad que preconiza.

El corazon impresionable, unido al vigor intelectual, la union de sentimientos é ideas elevadas, la meditacion y la inspiracion, juntas con la magia de estilo y cierta revelacion que recorre lo pasado, que desvela en el porvenir, y que sondea lo presente; ingenio fértil que agrupa los contrastes, que crea la accion y la desenlaza, concluido el objeto que se propone; en una palabra, la concepcion en el desempeño de un plan tan grande é ilustrado que abarque nuestra sociedad entera, son calidades imprescindibles para el poeta que pretenda elevarse sobre tantos millones de hombres como el mundo moderno encierra.

El jóven don José de Espronceda se levanta con la osadía del genio, para escalar adonde nadie se ha atrevido á mirar de hito en hito sin confundirse.

Aspira nuestro poeta á compendiar la humanidad en un libro, y lo primero que al empezarlo ha hecho, ha sido romper todos los preceptos establecidos, excepto el de la unidad lógica,

En el prólogo del *Diablo Mundo* se ven recorridos todos los tonos de la poesía, los del sentimiento y los de la metrificación,

con un desempeño que asombra, y desde luego se anuncia un pensamiento colosal en medio de una tempestad de dudas, que el señor Espronceda, con la magia que posee, amontona sobre el lector con objeto tal vez de disiparlas mas adelante.

El poeta se coloca tambien en mitad de esa atmósfera de dudas; pero cuando él levanta la cabeza para mirarlas y suelta la voz para analizarlas, medidas tendrá de antemano sus gigantescas fuerzas.

Empieza el poeta suponiendo que, enajenado en la meditacion, durante las horas silenciosas de la noche, siente un rumor extraño, el cual llama á sus sentidos y los despierta. Aquel rumor informe, aquella música augusta, aquel estrépito solemne son todas las pasiones del mundo, son todos los intereses encontrados de la vida, las afecciones, los odios, el amor, la gloria, la riqueza, los vicios y las virtudes; son el quejido en fin del universo entero que llega en revuelto torbellino á la par con la inspiracion, y esta despliega ante la fantasia mil monstruos alegóricos trazados con inimitable facilidad y pasmosa valentía.

Las visiones pasan, el ruido va gradualmente perdiéndose en lontananza hasta que cesa donde acaba la introduccion del poema.

El primer canto es la exposicion del gran drama que se propone desenvolver el señor Espronceda.

Un hombre agobiado por la edad, amargado por la dolorosa é inútil experiencia, cierra desesperado un libro en que leia, y convencido tristemente de la esterilidad de la ciencia, se queda dormido.

Entonces se le presenta la muerte y le entona un himno que convida á la paz del sepulcro. Con placer siente el anciano aterrirse sus entumecidos miembros; y gozándose está en la enervacion de su espíritu, cuando la inmortalidad súbito se ostenta ante sus ojos, y canta otro himno, en oposicion al de la muerte, y así como la primera se le brindó, ella tambien se ofrece al moribundo.

La eleccion es inmediata; el hombre opta por la inmortalidad y rejuvenece. El cántico de esta deidad no se encamina á inmortalizar el espíritu, es la inmortalidad de la materia lo que ella da, y lo que el hombre recibe.

La imágen de la muerte tiene la novedad que presta este filósofo á cuanto sale de su pluma : está vestida de melancólica belleza ; es dulce y apacible, es la muerte que se hace desear cuando, exentos ya de preocupaciones, sentimos el corazón cansado y el alma descontenta.

La inmortalidad, como hemos dicho, se alza luego y se adelanta sobre el horizonte pálido de la muerte, para borrarlo con su magnificencia deslumbradora.

Imposible se hace que acerquemos siquiera nuestras palabras al lujo de pensamiento, de expresión y de saber que despliega Espronceda en esta descripción sublime, la más afortunada acaso de cuantas se han visto hasta hoy en lengua castellana.

La variedad de tonos que á su arbitrio emplea el poeta, tonos ya humildes, ya elevados, áridos ó festivos, placenteros, sombríos, desesperados é inocentes, son como la faz del mundo, sobre la cual está condenado á discurrir su héroe. Esa *sinuosidad del Diablo Mundo* es la superficie de la tierra : aquí un valle, mas adelante un monte, flores y espinas, aridez y verdura, chozas y palacios, pozas inmundas, arroyos serenos y ríos despeñados.

Espronceda en la poesía con tal superioridad maneja el habla castellana, que ha revolucionado la versificación. Antes la *armonía imitativa* estaba reducida á asimilar en uno ó dos versos el galopar monótono de un caballo de guerra por ejemplo, y hoy nuestro aventajado poeta expresa con los tonos en todo un poema, no solo lo que sus palabras retratan, sino hasta la fisonomía moral que caracteriza las imágenes, las situaciones y los objetos de que se ocupa... Esta es la *armonía del sentimiento*, llevada á la perfección por el sentimiento íntimo y delicado del que escribe.

Como por el rugido se conoce al león, como por el plañido se infiere del que padece cuál será el grado de su dolor, así por las entonaciones de que se vale Espronceda en el *Diablo Mundo*, inferimos las palabras y los conceptos que de estas van á resultar.

Grande, dilatado, inmenso es el campo poético que el poeta ha desplegado á su frente, para trazar carrera al héroe del poema en cuestión.

Repetimos que en nuestro juicio es el plan mayor que hasta hoy se ha concebido para un poema. Su héroe ha rejuvenecido

ya como el *doctor Fausto*, pero su mocedad no es el préstamo de un tiempo mezquino, por la hipoteca y la enajenación del alma : el protagonista del *Diablo Mundo*, sin nombre hasta ahora, ha aceptado la juventud y la inmortalidad sin condiciones.

En el drama de Goethe, *Fausto* no es más que un mancebo á medias, porque su corazón es siempre el del doctor, y esto le hace no participar nunca de los placeres en sazón, antes por lo contrario están siempre emponzoñados por el juicio.

Acaso fué este el pensamiento de Goethe, y nosotros nos guardaremos de tildarlo, porque esa continuada carcoma de *Fausto* es una sublimidad del talento que lo creó.

Mas si Espronceda se propone enseñarnos el mundo físico y moral para probarnos que la inmortalidad de la materia es el hastío y la condenación sobre la tierra, juzgamos que su héroe, al retroceder en la carrera de la vida, debe hacerlo por completo, volviéndole la virginidad al alma, la inexperiencia al juicio, y dándole unas sensaciones no gastadas.

La experiencia, la moralidad y el saber deben pertenecer al poeta, que no es personaje de acción en el drama, sino el disertador y el genio que penetra en las entrañas de su obra.

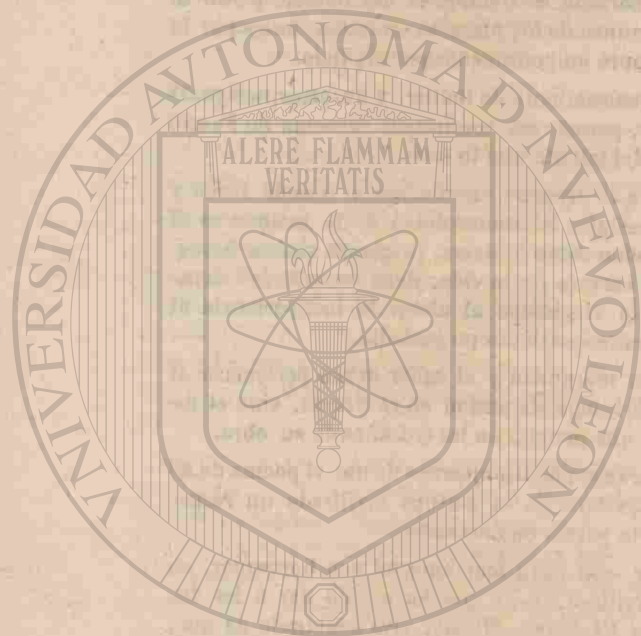
Con fundada esperanza nos lisonjamos de que el poema de *El Diablo Mundo* despertará en la Europa civilizada un respetuoso recuerdo de la patria de Cervantes.

Si el joven autor, con cuya leal amistad nos honramos, no decae en ese maravilloso vuelo que ha sabido dar á los dos primeros cantos de *El Diablo Mundo*, viva penetrado de que, si lo presente pertenece á los grandes poetas que murieron, el porvenir será para él.

La posteridad solamente hace pública justicia al talento que no domina por las armas.

ANTONIO ROS DE OLANO.





INTRODUCCION

AL POEMA TITULADO

EL DIABLO MUNDO.

A MI AMIGO

DON ANTONIO ROS DE OLANO

EL AUTOR

JOSÉ DE ESPRONCEDA.

EL DIABLO MUNDO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

CORO DE DEMONIOS.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Voguemos, voguemos.
La barca empujad,
Que rompa las nieblas,
Que rompa las nieblas,
Las aires, las llamas,
Las densas tinieblas,
Las olas del mar.



Voguemos, crucemos,
Del mundo el confin;
Que hoy su triste cárcel quiebran
Libres los diablos en fin,
Y con música y estruendo
Los condenados celebran,
Juntos cantando y bebiendo,
Un diabólico festin.

EL POETA.

¿Qué rumor
Lejos suena,
Que el silencio
En la serena
Negra noche interrumpió?

¿Es del caballo la veloz carrera,
Tendido en el escape volador,
O el áspero rugir de hambrienta fiera,
O el silbido tal vez del aquilon?

¿O el eco ronco de lejano trueno
Que en las hondas cavernas retumbó,
O el mar que amaga con su hinchado seno,
Nuevo Luzbel, al trono de su Dios?

Densa niebla
Cubre el cielo,
Y de espíritus
Se puebla

Vagarosos,
Que aquí el viento
Y allí cruzan,
Vaporosos
Y sin cuento.

Y aquí tornan,
Y allí giran,
Ya se juntan,
Se retiran,
Ya se ocultan,
Ya aparecen,
Vagan, vuelan,
Pasan, huyen,
Vuelven, crecen,
Disminuyen,
Se evaporan,
Se coloran,
Y entre sombras
Y reflejos,
Cerca y lejos
Ya se pierden,
Ya me evitan
Con temor,
Ya se agitan
Con furor,
En aérea danza fantástica
A mi alrededor.

Vago enjambre de vanos fantasmas
De formas diversas, de vario color,
En cabras y serpientes montados y en cuervos,
Y en palos de escobas, con sordo rumor:

Baladros lanzan y aullidos,
Silbos, relinchos, chirridos,
Y en desacordado estrépito,
El fantástico escuadrón
Mueve horrenda algarabía,
Con espantosa armonía
Y horripsona confusion.

Del toro ardiente al mugido
 Responde en ronco graznar
 La malhadada corneja,
 Y al agorero cantar
 De alguna hechicera vieja,
 El gato bufa y maulla,
 El lobo erizado aulla,
 Ladra furioso el mastin :
 Y ruidos, voces y acentos
 Mil se mezclan y confunden,
 Y pavor y miedo infunden
 Los bramidos de los vientos ;
 Que al mundo amagan su fin
 En guerra los elementos.

Relámpago rápido
 Del cielo las bóvedas
 Con luz rasga cárdena
 Y encima descúbrese
 Ginete fantástico,
 Quizá el genio indómito
 De la tempestad.

De cien truenos juntos retumba el fragor
 En bosques, montañas, cavernas, torrentes :
 Quizá son del miedo los genios potentes
 Que el cántico entonan de espanto y terror.

Lanzando bramidos hórridos,
 Y tronchando añosos árboles,
 Irresistible su ímpetu,
 Teñida en colores lívidos,
 Gigante forma flamígera
 Cabalga en el huracan.
 Quizá el genio de la guerra,
 Cuya frente tornasola
 Con roja vaga aureola
 El relámpago fugaz.

Aquí retiembla la tierra,
 Allí rebrama la mar,

Altísima catarata
 Zumba y despéñase allá :

Allí torrentes de lava
 Lanza mugiente volcan,
 Aquí temerosa tromba
 Se agita en la tempestad,

Y agua, fuego, peñas, árboles
 Avida sorbe al pasar.
 Allí colgada la luna,
 Con torva, cárdena faz,

Triste, fatídica, inmóvil
 En la inmensa oscuridad,
 Mas entristece que alumbra,
 Cual lámpara sepulcral.

Allí bramidos de guerra
 Se escuchan, y el golpear
 Del acero, y de las trompas
 El estrépito marcial.

Aquí relinchar caballos
 Y estruendo de pelear ;
 Allí retumban cañones,
 Lamentos suenan allá,

Y alaridos, voces, ayes
 Y súplicas y llorar ;
 Aquí desgarradas músicas
 Y cantares; acullá

Ruido de gentes que danzan
 Con bullicioso compás;
 Acá risas y murmullos,
 Riñas y gritos allá :

Allí el estruendo se escucha
 De amotinada ciudad,
 Carcajadas, orgias, brindis,
 Y maldecir y jurar.

Aquí el susurro entre flores
Del cefirillo galan,
Allí el eco interrumpido
De algun suspiro fugaz.

Ora un beso, una palabra,
De alguna trova el final;
Todo en confusa discordia
Se oye á un tiempo resonar,

Breve compendio del mundo,
La tartárea bacanal,
Y trastornan y confunden
Tanto estrépito á la par:

Y aturden, turban, marean
Tanta vision, tanto afan.

UN CORO.

Allá va la nave:
¿Quién sabe do va?
¡Ay! ¡triste el que fia
Del viento y la mar!

UNA VOZ.

¿Qué importa? el destino
Su rumbo marcó.
¿Quién nunca sus leyes
Mudar alcanzó?
Allá va la nave;
Vogad sin temor,
Ya el aura la arrulle,
Ya silbe Aquilon.

SEGUNDO CORO.

Venid, levantemos
Segunda Babel,
El velo arranquemos
Que esconde al saber.

UNA VOZ.

Verdad, te buscamos:
Osamos subir
Al último cielo
Volando tras tí.
Con noble avaricia
Y en ansia sin fin
De ver cuanto ha sido
Y está por venir.

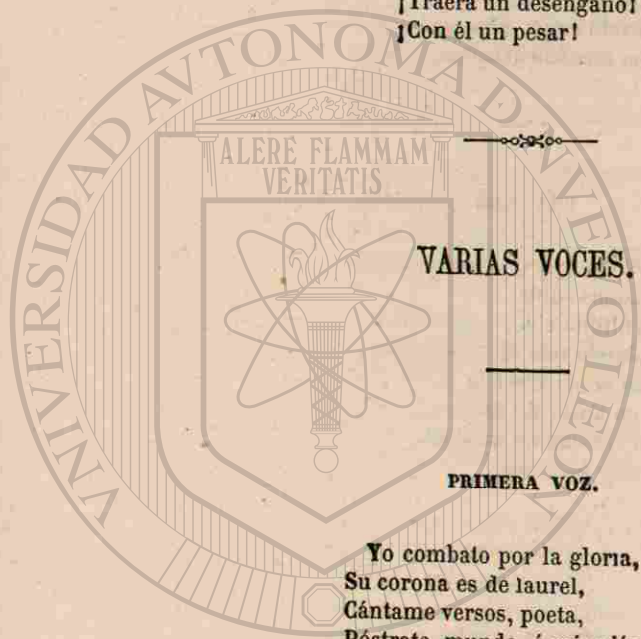
TERCER CORO.

Mentira, tú eres
Luciente cristal,
Color de oro y nácar
Que encanta el mirar.

UNA VOZ.

Feliz á quien meces,
Mentira, en tus sueños,
Tú sola halagüeños
Placeres nos das.

¡Ay! ¡nunca busquemos
La triste verdad!
La mas escondida
Tal vez, ¿qué traerá?
¡Traerá un desengaño!
¡Con él un pesar!



Yo combato por la gloria,
Su corona es de laurel,
Cántame versos, poeta,
Póstrate, mundo, á mis piés

SEGUNDA VOZ.

Yo levantaré un palacio
Que oro y perlas ornarán,
Príncipes serán mis siervos
El pueblo, Dios me creará.

TERCERA VOZ.

Venid, hermosas, á mí,
Dadme deleite y amor,
Voluptuosa pereza,
Besos de dulce sabor;
Y entre perfumes y aromas,
Bullentes vinos, y al son
Del arpa, blanda me arrulle
Y armoniosa vuestra voz.

CUARTA VOZ.

Venid, empujadme,
La cima toqué,
Subidme, que luego
La mano os daré.

QUINTA VOZ.

¡Ay! yo caí de la elevada cumbre
En honda sima que á mis piés se abrió:
¡Grande es mi pena, larga mi agonía!...
¡Una mano! ¡ayudadme! ¡compasión!

SEXTA VOZ.

Errante y amarrado á mi destino,
Vago solo y en densa oscuridad.
¡Siempre viajando estoy, y mi camino
Ni descanso ni término tendrá!

SÉPTIMA VOZ.

Sin pena vivamos
En calma feliz,
Gozar es mi estrella,
Cantar y reir.

OCTAVA VOZ.

¿Quién calmará mi dolor?
¿Quién enjugará mi llanto?
¿No habrá alivio á mi quebranto?
¿Nadie escucha mi clamor?

EL POETA.

¿Dónde estoy? Tal vez bajé
A la mansion del espanto,
Tal vez yo mismo creé
Tanta vision, sueño tanto,
Que donde estoy ya no sé.

Hórrida turba, quizá
Que en tormenta y confusion,
A anunciar al mundo va
Su ruina y desolacion,
Mensajeros de Jehová:

¿Quiénes sois, genios sombríos
Que junto á mí os agolpais?

¿Sois vanos delirios míos,
O sois verdad? ¿Qué buscais?
¿Qué quereis? ¿adónde vais?

Mas de la célica cumbre
Llaméante catarata
En ondas de viva lumbré
Súbito miro saltar.

Y ola tras ola de fuego
Vuela en el aire y se alcanza
Con estruendo y furor ciego,
Como despeñado mar.

Y al hondo abismo en seguida
Se precipita y se pierde
La catarata encendida
Que en arco rápido cae.

Océano inmenso volcado
Rojos los aires incendia,
En tumbos arrebatado
Recia tormenta lo trae.

Y en medio negra figura
Levantada en pié se mece,
De colosal estatura
Y de imponente ademan.

Sierpes con su cabellera
Que sobre su frente silban,
Su boca espantosa y fiera
Como el cráter de un volcan.

De duendes y trasgos
Muchedumbre vana
Se agita y se afana
En pos su señor.

Y allí entre las llamas
Resbalan, se lanzan,
Y juegan y danzan
Saltando en redor.

Bullicioso séquito
Que vienen y van,

SÉPTIMA VOZ.

Sin pena vivamos
En calma feliz,
Gozar es mi estrella,
Cantar y reir.

OCTAVA VOZ.

¿Quién calmará mi dolor?
¿Quién enjugará mi llanto?
¿No habrá alivio á mi quebranto?
¿Nadie escucha mi clamor?

EL POETA.

¿Dónde estoy? Tal vez bajé
A la mansion del espanto,
Tal vez yo mismo creé
Tanta vision, sueño tanto,
Que donde estoy ya no sé.

Hórrida turba, quizá
Que en tormenta y confusion,
A anunciar al mundo va
Su ruina y desolacion,
Mensajeros de Jehová:

¿Quiénes sois, genios sombríos
Que junto á mí os agolpais?

¿Sois vanos delirios míos,
O sois verdad? ¿Qué buscais?
¿Qué quereis? ¿adónde vais?

Mas de la célica cumbre
Llaméante catarata
En ondas de viva lumbré
Súbito miro saltar.

Y ola tras ola de fuego
Vuela en el aire y se alcanza
Con estruendo y furor ciego,
Como despeñado mar.

Y al hondo abismo en seguida
Se precipita y se pierde
La catarata encendida
Que en arco rápido cae.

Océano inmenso volcado
Rojos los aires incendia,
En tumbos arrebatado
Recia tormenta lo trae.

Y en medio negra figura
Levantada en pié se mece,
De colosal estatura
Y de imponente ademan.

Sierpes con su cabellera
Que sobre su frente silban,
Su boca espantosa y fiera
Como el cráter de un volcan.

De duendes y trasgos
Muchedumbre vana
Se agita y se afana
En pos su señor.

Y allí entre las llamas
Resbalan, se lanzan,
Y juegan y danzan
Saltando en redor.

Bullicioso séquito
Que vienen y van,

Visiones fosfóricas,
Ilusion quizá.

Trémulas imágenes
Sin marcada faz,
Su voz sordo estrépito
Que se oye sonar,
Cual zumbido unísono
De mosca tenaz.

Allí entre las llamas
Hirviendo en monton,
No cesa su ronco
Monótono son,
Murmurando á un tiempo mismo
Todos juntos y á una voz,
Y apareciéndose súbito
Ora fuego, ora vapor.

Tendió una mano el infernal gigante
Y la turba calló, y oyóse solo
En silencio el estrépito atronante
Del flamígero mar: luego un acento
Claro, distinto, rápido y sonoro
Por la vaga region cruzó del viento
Con rara melancólica armonía,
Que brotaba do quiera,
Y un eco en derredor lo repetía.

Voz admirable, y vaga, y misteriosa,
Viene de allá del alto firmamento,
Crece bajo la tierra temblorosa,
Vaga en las alas del callado viento.
Voz de amargo placer, voz dolorosa,
Incomprensible mágico portentoso,
Voz que recuerda al alma conmovida
El bien pasado y la ilusión perdida.

« ¡Ay! » exclamó, con lamentable queja,
Y en torno resonó triste gemido,
Como el recuerdo que en el alma deja
La voz de la mujer que hemos querido.

« ¡Ay! ¡cuán terrible condicion me aqueja
Para llorar y maldecir nacido,
Victima yo de mi fatal deseo,
Que cumplirse jamás mis ansias veo!

« ¿Quién es Dios? ¿Dónde está? Sobre la cumb'
De eterna luz que altísima se ostenta,
Tal vez en trono de celeste lumbre
Su incomprensible majestad se asienta:
De mundos mil la inmensa pesadumbre
Con su mano tal vez rige y sustenta,
Sempiterno, infinito, omnipotente,
Invisible do quier, do quier presente.

« Y allá en la gran Jerusalem divina
Tal vez escucha en holocausto santo
Del querub que á sus piés la frente inclina,
Voces que exhalan armonioso canto.
La máquina sonora y cristalina
Del mundo rueda en derredor en tanto,
Y entre aromas, y gloria, y resplandores,
Recibe humilde adoracion y amores.

« *Santo, Santo*, los ángeles le cantan,
Hosanna, Hosanna en las alturas suena,
Rayos de luz perfilan y abrillantan
Nube de incienso y transparencia llena;
Y en ella con murmullo se levantan,
Paz demandando á la mansion serena,
Las preces de los hombres en su duelo,
Y paz les vuelve y bendicion el cielo. ®

« ¿Es Dios tal vez el Dios de la venganza,
Y hierve el rayo en su irritada mano,
Y la angustia, el dolor, la muerte lanza
Al inocente que le implora en vano?
¿Es Dios el Dios que arranca la esperanza,
Frívolo, injusto y sin piedad tirano,
Del corazon del hombre, y le encadena,
Y á eterna muerte al pecador condena?

« Embebido en su inmenso poderío,
 ¿Es Dios el Dios que goza en su hermosura,
 Que arrojó el universo en el vacío,
 Leyes le dió y abandonó su hechura?
 ¿Fué vanidad del hombre y desvarío
 Soñarse imágen de su imágen pura?
 ¿Es Dios el dios que en su eternal sosiego
 Ni vió su llanto ni escuchó su ruego?

« ¿Tal vez secreto espíritu del mundo,
 El universo anima y alimenta,
 Y derramado su hálito fecundo
 Alborota la mar y el cielo argenta,
 Y á cuanto el orbe en su ámbito profundo
 Timido esconde ó vanidoso ostenta,
 Presta con su virtud desconocida
 Alma, razon, entendimiento y vida?

« ¿Y es Dios tal vez la inteligencia osada
 Del hombre siempre en ansias insaciable,
 Siempre volando y siempre aprisionada
 De vil materia en cárcel deleznable?
 ¿A esclavitud eterna condenada,
 A fiera lucha, á guerra interminable,
 Tal vez estás, divinidad sublime,
 Que otra divinidad de inercia oprime?

« ¿Y es en su vida el universo entero
 Ilimitado campo de pelea,
 Cada elemento un triste prisionero
 Que su cadena quebrantar desea,
 Y ardes en todo, espíritu altanero,
 Lumbre matriz, devoradora tea,
 Como el que oculto, misterioso aliento
 Mueve la mar con loco movimiento?

« ¿Cuándo tu guerra término tendrá,
 Y romperás tu lóbrega prision?
 ¿Su faz el universo cambiará?
 ¿Crearé otros seres de inmortal blason,

O la muerte silencio te impondrá?
 ¿Volarás fugitivo á otra region,
 O, disipando la materia impura,
 El mundo inundarás de tu hermosura?»

— « ¿Quién sabe? acaso yo soy
 El espíritu del hombre
 Cuando remonta su vuelo
 A un mundo que desconoce,
 Cuando osa apartar los rayos
 Que á Dios misterioso esconden,
 Y analizarle atrevido
 Frente á frente se propone.
 Y entretanto que impasibles
 Giran cien mundos y soles
 Bajo la ley que gobierna
 Sus movimientos acordes,
 Traspasa su estrecho límite
 La imaginacion del hombre,
 Ginete sobre las alas
 De mi espíritu veloces,
 Y otra vez va á mover guerra,
 A alzar rebeldes pendones,
 Y hasta el origen creador
 Causa por causa recorre,
 Y otra vez se hunde conmigo
 En los abismos, en donde
 En tiniebla y lobreguez
 Maldice á su Dios entonces.
 ¡Ay! su corazon se seca,
 Y huyen de él sus ilusiones,
 Delirio son engañoso
 Sus placeres, sus amores,
 Es su ciencia vanidad,
 Y mentira son sus goces:
 Solo verdad su impotencia,
 Su amargura y sus dolores!

« Tú me engendraste, mortal,
 Y hasta me distes un nombre,
 Pusiste en mí tus tormentos,
 En mi alma tus rencores,

En mi mente tu ansiedad,
 En mi pecho tus furoras,
 En mi labio tus blasfemias,
 É impotentes maldiciones,
 Me erigiste en tu verdugo,
 Me tributaste temores,
 Y entre Dios y yo partiste
 El imperio de los orbes.
 Y yo soy parte de tí,
 Soy ese espíritu insomne
 Que te excita y te levanta
 De tu nada á otras regiones,
 Con pensamientos de ángel,
 Con mezquindades de hombre.

« Tú te agitas como el mar
 Que alza sus olas enormes,
 Humanidad, en oleadas
 Por quebrantar tus prisiones.
 ¿ Y en vano será que empujes,
 Que ondas con ondas agolpes,
 Y de tu cárcel la linde
 Con vehemente furia azotes?
 ¿ Será en vano que tu mente
 A otras esferas remontes,
 Sin que los negros arcanos
 De vida y de muerte ahondes?
 ¿ Viajas tal vez hácia atrás?
 ¿ Adelante tal vez corres?
 ¿ Quizá una ley te subyuga?
 ¿ Quizá vas sin saber dónde?
 Las creencias que abandonas,
 Los templos, las religiones
 Que pasaron, y que luego
 Por mentira reconoces,
 ¿ Son quizá menos mentira
 Que las que ahora te forges?
 ¿ No serán tal vez verdades
 Los que tú juzgas errores?

« Mas tú como yo impulsada
 Por una mano de bronce,

Allá vas, y en vano, en vano
 Descanso pides á voces,
 Los siglos se precipitan,
 Se hunden cien generaciones,
 Piérdense imperios y pueblos,
 Y el olvido los esconde;
 Y tú allá vas, allá vas
 Abandonada y sin norte,
 Despeñada y de tropel
 Y en aparente desórden;
 Y ora inundas la llanura,
 Allanas luego los montes,
 No hay hondo abismo ni cielo
 Que á descubrir no te arrojes!!
 ¡ Pobre ciega! loca, errante,
 Aquí sagaz, allí torpe,
 Tú misma para tí misma
 Toda arcano y confusiones.

« Y ya por senda trazada
 Viajes sometida y dócil,
 Y sigas crédula en paz
 Las huellas de tus mayores,
 Ya nuevas galas te vistas,
 Y de las antiguas mofes,
 Y rebelde de tus hierros
 Muerdas ya los eslabones,
 Yo siempre marchó contigo
 Y ese gusano que roe
 Tu corazón, esa sombra
 Que nubla tus ilusiones,
 Soy yo, el lucero caído,
 El ángel de los dolores,
 El rey del mal, y mi infierno
 Es el corazón del hombre.
 Feliz mientras la esperanza
 ¡ Ay! tus delirios adorne,
 Infeliz cuando tu mente
 Los recuerdos emponzoñen
 Y á la mar sin rumbo fijo
 Desesperado te arrojes:
 Ni un astro te alumbrará,

Será en vano que á Dios nombres,
 Ora le reces sin fe,
 Ora su enojo provoques.
 Solo el huracan y el trueno
 Responderán á tus voces,
 Sin hallar puerto ni playa
 Por mas que anhelante vogues.
 Y al fin la materia muere;
 Pero el espíritu ¿ adónde
 Volará? ¿ Quién sabe? Acaso
 Jamás sus cadenas rompe!!! »

Dijo, y la ígnea luminosa frente
 Dejó caer desesperado y triste,
 Y corrió de sus ojos larga fuente
 De emponzoñadas lágrimas : profundo
 Silencio en torno dominó un momento :
 Luego en aéreo modulado acento
 Cien coros resonaron ,
 Y allá en el aire en confusión cantaron.

PRIMER CORO.

Genios, venid, venid
 Vuestro mal con el hombre á repartir

SEGUNDO CORO.

Ya la esperanza á los hombres
 Para siempre abandonó,
 Los recuerdos son tan solo
 Pasto de su corazón.

TERCER CORO.

Nosotros, genios del mal,
 Aunque en nosotros no cré,
 Somos su Dios, condenado
 Nuestro influjo á obedecer.

PRIMER CORO.

Genios, venid , venid
 Vuestro mal con el hombre á repartir.

UNA VOZ.

Yo turbaré sus amores,
 Disiparé su ilusión,
 Atizaré sus rencores,
 Y haré eternos sus dolores,
 Mal llagado el corazón.

SEGUNDA VOZ.

Yo confundiré á sus ojos
 La mentira y la verdad,
 Y la ciencia y los sucesos
 Su mente confundirán.

TERCERA VOZ.

Marchitaré la hermosura,
Rugaré la juventud,
El alma que nació pura
Renegará la virtud,
Maldecirá de su hechura.

CUARTA VOZ.

Yo haré dudar del cariño
Que muestra al tímido niño
El corazón maternal;
Y haré vislumbre al través
Del amor el interés
Como su vil manantial.

QUINTA VOZ.

Una barra de oro
Su Dios será,
La avaricia del hombre
La adorará:
Viles pasiones
Gobernarán tan solo
Sus corazones.

Genios, venid, venid
Nuestro mal con el hombre á repartir.

SEXTA VOZ.

Mi lanza impávida
Derribará
Ese Dios mísero
De vil metal.

Sobre sus aras
Me asentaré,
Y esclavo al hombre
Dominaré.

Genios, venid, venid
Y esos esclavos á mi carro uncid.

SÉPTIMA VOZ.

Yo romperé las cadenas,
Daré paz y libertad,
Y abriré un nuevo sendero
A la errante humanidad.

CORO.

¡Quién sabe! ¡Quién sabe!
Quizá ensueños son,
Mentidos delirios,
Dorada ilusión.

Genios, venid, venid
Nuestro mal con el hombre á repartir.

EL POETA.

Como nubes que en negra tormenta
Precipita violento huracán,
Y en confuso monton apiñadas,
De tropel y siguiéndose van,

Y visiones y horrendos fantasmas,
Mónstruos raros de formas sin fin,
Y palacios, ciudades y templos,
Nuestros ojos figuran allí;

Y entre masas espesas de polvo
Desparece la tierra tal vez,
Cual gigante cadáver que cubre
Vil mortaja de lienzo soez;

Como zumba sonante á lo lejos
El doliente rugido del mar,
Cuando rompe en las rocas sus olas,
Fatigadas de tanto luchar;

Y la brisa en la noche serena
En sus ráfagas trae la cancion,
Que al compás de los remos entona,
Mar adentro quizá un pescador:

Así, en turbio veloz remolino
El diabólico ejército huyó,
Vagarosas pasaron sus sombras,
Y el crujir de sus alas sonó.

Y en el yermo fantástico espacio,
Largo tiempo se oyó su cantar,
Y á lo lejos el flébil quejido
Poco á poco armonioso espirar.

Embargada y absorta la mente,
En incierto delirio quedó,
Y abrumada sentí que mi frente
Un torrente de lava quemó.

Y en mi loca falaz fantasía
Sus clamores y cánticos oí,
Y el tumulto y su inquieta porfía
Encerrado en mí mismo sentí.

Así al son agudo de bélica trompa,
Y al compás del golpe que marca el tambor,
Brioso en alarde, y magnífica pompa,
En orden desfila guerrero escuadron.

Y espadas, fusiles, caballos, cañones
Pasan, y los ojos en confuso ven
Brillar aun las armas, ondear los pendones,
Fantásticas plumas del viento al vaiven,

Relumbrar corazas, y el polvo y la gente,
Y se oye á lo lejos un vago rumor,
Y queda én su encanto suspensa la mente,
Y oír y ver piensa despues que pasó.

Mas ya del primer albor
La luz pura tiñe el cielo,
Y al naciente resplandor,
Naturaleza su velo
Pinta con vario color.

Y se esparce por el mundo
Un armonioso contento,
Un confuso movimiento,
Que en pensamiento profundo
Suspende el entendimiento.

¿Es verdad lo que ver creo?
¿Fué un ensueño lo que vi
En mi loco devaneo?
¿Fué verdad lo que fingí?
¿Es mentira lo que veo?

EL DIABLO MUNDO.

POEMA.

CANTO I.

Sobre una mesa de pintado pino
Melancólica luz lanza un quinqué,
Y un cuarto ni lujoso ni mezquin
A su reflejo pálido se ve:
Suenan las doce en el reloj vecino
Y el libro cierra que anhelante lé
Un hombre ya caduco, y cuenta atento
Del cansado reloj el golpe lento.

Carga despues sobre la diestra mano
La ya rugosa y abrumada frente,
Y un pensamiento fúnebre, tirano,
Fija y domina, al parecer, su mente:
Borrarlo intenta en su ansiedad en van
Vuelve á leer, y en tanto que obediente
Se somete su vista á su porfia,
Lánzase á otra region su fantasía.

« ¡ Todo es mentira y vanidad, locura! »
Con sonrisa sarcástica exclamó.
Y en la silla tomando otra postura,
De golpe el libro y con desden cerró:
Lóbrega tempestad su frente obscura
En remolinos densos anubló,
Y los áridos ojos quemó luego
Una sangrienta lágrima de fuego.

« ¡ Ay! para siempre, dijo, la ufania
Pasó ya de la hermosa juventud,
La música del alma y melodía,
Los sueños de entusiasmo y de virtud!...
Pasaron ¡ ay! las horas de alegría,
Y abre su seno hambriento el ataud,
Y único porvenir, sola esperanza,
La muerte, á pasos de gigante avanza.

« ¿ Qué es el hombre? Un misterio. ¿ Qué es la vida?
Un misterio tambien!... Corren los años
Su rápida carrera, y escondida
La vejez llega envuelta en sus engaños:
Vano es llorar la juventud perdida,
Vano buscar remedio á nuestros daños;
Un sueño es lo presente de un momento,
Muerte es el porvenir, lo que fué, un cuento!...

« Los siglos á los siglos se atropellan;
Los hombres á los hombres se suceden,
En la vejez sus cálculos se estrellan,
Su pompa y glorias á la muerte ceden:
La luz que sus espíritus destellan
Muere en la niebla que vencer no pueden,
Y es la historia del hombre y su locura
Una estrecha y hedionda sepultura!

« ¡ Oh! si el hombre tal vez lograr pudiera
Ser para siempre jóven é inmortal,
Y de la vida el sol le sonriera,
Eterno de la vida el manantial!
¡ Oh! cómo entonces venturoso fuera
Roto un cristal, alzarse otro cristal
De ilusiones sin fin, contemplaria,
Claro y eterno sol de un bello día!... »

« Necio, dirán, tu espíritu altanero
¿ Dónde te arrastra, que insensato quiere
En un mundo infeliz, perecedero,
Vivir eterno mientras todo muere? »

¿ Qué hay inmortal, ni aun firme y duradero?
 ¿ Qué hay que la edad con su rigor no altere?
 ¿ No ves que todo es humo, y polvo, y viento?
 Loco es tu afán, inútil tu lamento!... »

Todos mas de una vez hemos pensado
 Como el honrado viejo en este punto;
 Y mucho nuestros frailes han hablado,
 Y Séneca y Platon sobre el asunto;
 Yo, por no ser prolijo ni cansado
 (Que ya impaciente á mi lector barrunto),
 Diré que al cabo, de pensar rendido,
 Tendióse el viejo y se quedó dormido.

Tal vez será debilidad humana
 Irse á dormir á lo mejor del cuento,
 Y cortado dejar para mañana
 El hilo que anudaba el pensamiento:
 Dicen que el sueño, del olvido mana
 Blando licor que calma el sentimiento;
 Mas ¡ ay! que á veces fijo en una idea,
 Bárbaro en nuestro llanto se recrea!

Quedóse en su profundo sueño, y luego
 Una vision... — ¡ Vision! frunciendo el labio,
 Oigo que clamo, de despecho ciego,
 Un crítico feroz. — Perdona ¡ ó sabio!
 Sabio sublime, espérate, te ruego
 Y yo te juro por mi honor, ¡ oh Fabio!...
 Si no es Fabio tu nombre, en este instante
 A dártelo me obliga el consonante;

Juro que escribo para darte gusto
 A tí solo, y al mundo entero enojo,
 Un libro en que á Aristóteles me ajusto
 Como se ajusta la pupila al ojo:
 Mis reflexiones sobre el hombre justo
 Que sirve á su razón, nunca á su antojo,
 Publicaré despues para que el mundo
 Mejor se vuelva, ó crítico profundo!

Que yo bien sé que el mundo no adelanta
 Un paso mas en su inmortal carrera,
 Cuando algun escritor como yo canta
 Lo primero que salta en su mollera;
 Pero no es eso lo que mas me espanta,
 Ni lo que acaso espantará á cualquiera:
 Terco escribo en mi loco desvarío
 Sin ton ni son, y para gusto mio.

La zozobra del alma enamorada,
 La dulce vaguedad del sentimiento,
 La esperanza, de nubes rodeada,
 De la memoria el dolorido acento,
 Los sueños de la mente arrebatada,
 La fábrica del mundo y su portento,
 Sin regla ni compás canta mi lira:
 Solo mi ardiente corazon me inspira!

Y á la extraña vision volviendo ahora
 Que al triste viejo apareció en su sueño
 (Que algunas veces cuando el alma llora,
 La mente en consolarnos pone empeño,
 Y bienes y delirios atesora
 Que hacen mas duro, al despertar, el ceño
 De la suerte fatal que en esta vida
 Nos persigue con alma empedernida),

Es fama que soñó... y he aquí una prueba
 De que nunca el espíritu reposa,
 Y esto otra vez á digresar me lleva
 De la historia del viejo milagrosa;
 Y á nadie asombre que á afirmar me atreva
 Que siendo al alma la materia odiosa,
 Aquí para vivir en santa calma,
 O sobra la materia, ó sobra el alma.

Quiere aquella el descanso, y en el lodo
 Nos hunde perezosa y encenaga;
 Esta presume adivinarlo todo,
 Y en la region del infinito vaga:

Flojo, torpe, á traspies como un beodo
Que con sueños su mente el vino estraga,
La materia al espíritu obedece
Hasta que, yerta al fin, cede y fallece.

Llaman pensar así, filosofía,
Y al que piensa, filósofo, y ya siento
Haberme dedicado á la poesía
Con tan raro y profundo entendimiento.
Yo con erudición ¡ cuánto sabría!...
Mas vuelta á la vision y vuelta al cuento,
Aunque ahora que un sastre es *esprit fort*,
No hay ya vision que nos inspire horror.

Mas me valiera el campo lisonjero
Correr de la política, y revista
Pasar con tanto sabio y financiero,
Diplomático, ecónomo, hacendista,
Estadista, filósofo, guerrero,
Orador, erudito y periodista
Que honran el siglo : espléndidos varones,
Dicha no, pero honor de las naciones!

Y mucho mas sin duda me valiera,
Que no andar, por el mundo, componiendo
De niño, haber seguido una carrera
De mas provecho y de menor estruendo;
Que, sino sabio, periodista fuera,
Que es punto menos ; mas ¡ dolor tremendo!
Mis estudios dejé á los quince años;
Y me entregué del mundo á los engaños!

¡ O padres ! ¡ O tutores ! ¡ O maestros,
Los que educáis la juventud sencilla!
Sigán senda mejor los hijos vuestros
Donde la antorcha de las ciencias brilla :
Tenderos ricos, abogados diestros,
Del foro y de la bolsa maravilla,
Pueden ser, y sino, sean diputados
Graves, serios, rabiosos, moderados.

Y si llega á ministro el tierno infante,
Llanto de gozo ¡ ó padres! derramad
Al contemplarle demandar triunfante
A las Cortes un bill de indemnidad. —
Perdon, lector, mi pensamiento errante
Flota en medio á la turba tempestad
De locas reprehensibles digresiones. —
¡ Siempre juguete fui de mis pasiones!!!

Por la inerte materia, vaga incierta
El alma en nuestra fábrica escondida,
A otra vida durmiendo nos despierta,
Vida inmortal, á un punto reducida.
De la esperanza la sabrosa puerta
El espíritu abre, y la pérdida
Memoria renovando, allí en un punto
Cuanta fué, es, y será, presenta junto.

¿ Será que el alma su inmortal esencia
Entre sueños revela, y desatada
Del tiempo y la medida su existencia,
La eternidad formula á la espantada
Mente oscura del hombre ? ¡ O ciencia ! ¡ O ciencia
Tan grave, tan profunda y estirada!
Vergüenza ten y permanece muda.
¿ Puedes tú acaso resolver mi duda ?

Duerme entretanto el venerable anciano,
Mientras que yo discorro sin provecho :
Figuras mil en su delirio insano
Fingiendo en torno á su encantado lecho.
El sueño su invencible y grave mano
Posando silencioso sobre el pecho,
Formas de luz y de color sombrío
Arroja al huracan del desvarío.

Y como el polvo en nubes que levanta
En remolinos rápido el viento,
Formas sin forma, en confusion que espanta,
Alza el sueño en su vértigo violento :

Del vano reino el límite quebranta,
Vago escuadron de imágenes sin cuento,
Y otros mundos al viejo aparecian,
Y esto los ojos de su mente vian.

En lóbrego abismo que sombras eternas
Envuelven en densa tiniebla y horror,
Do reina un silencio que nunca se altera,
Y ahuyenta el olvido del mundo el rumor,

Con lástima y pena, mirando al anciano,
Vaporosa sombra de un lejano bien,
De vagos contornos confusa figura,
Cual bello cadáver, se alzó una mujer :

Y oyóse en seguida lánguida armonía,
Música suave, y luego una voz
Cantó, que el oído no la percibía,
Sino que tan solo la oyó el corazón.

Débil mortal, no te asuste
Mi oscuridad ni mi nombre ;
En mi seno encuentra el hombre
Un término á su pesar.
Yo compasiva le ofrezco
Lejos del mundo un asilo,
Donde á mi sombra tranquilo
Para siempre duerma en paz.

Isla yo soy de reposo
En medio el mar de la vida,
Y el marinero allí olvida
La tormenta que pasó .

Allí convidan al sueño
Aguas puras sin murmullo,
Allí se duerme al arrullo
De una brisa sin rumor.

Soy melancólico sauce
Que su ramaje doliente
Inclina sobre la frente
Que arrugara el padecer ;
Y aduerme al hombre, y sus sienes
Con fresco jugo rocía,
Mientras el ala sombría
Bate el olvido sobre él.

Soy la virgen misteriosa
De los últimos amores,
Y ofrezco un lecho de flores
Sin espinas ni dolor,
Y amante doy mi cariño
Sin vanidad ni falsía ;
No doy placer ni alegría ;
Mas es eterno mi amor.

En mí la ciencia enmudece,
En mí concluye la duda,
Y árida, clara y desnuda
Enseño yo la verdad ;
Y de la vida y la muerte
Al sabio maestro el arcano,
Cuando al fin abre mi mano
La puerta á la eternidad.

ven, y tu ardiente cabeza
Entre mis brazos reposa ;
Tu sueño, madre amorosa,
Eterno regalaré :
Ven, y yace para siempre
En blanda cama mullida,
Donde el silencio convida
Al reposo y al no ser.

Deja que inquieten al hombre,
Que loco al mundo se lanza,
Mentiras de la esperanza,
Recuerdos del bien que huyó :
Mentira son sus amores,
Mentira son sus victorias,
Y son mentira sus glorias,
Y mentira su ilusión.

Cierre mi mano piadosa
Tus ojos al blando sueño,
Y empape suave beleño
Tus lágrimas de dolor :
Yo calmaré tu quebranto
Y tus dolientes gemidos,
Apagando los latidos
De tu herido corazón.

¿Visteis la luna reflejar serena
Entre las aguas de la mar sombría,
Cuando se calma nuestra amarga pena,
Y siente el corazón melancolía?

¿Y el mar que allá á lo lejos se dilata,
Imágen de la oscura eternidad,
Y el horizonte azul bañado en plata,
Rico dosel que desvanece el mar?

¿Y del aura sutil que se desliza
Por las aguas, oísteis el murmullo,
Cuando las olas argentadas riza
Con blanda queja y con doliente arrullo?

¿Y sentísteis tal vez un tierno encanto,
Una voz que regala el corazón,
Dulce, inefable y misterioso canto
De vago afán é incomprensible amor?

Blanda así la quimérica armonía
Sonó del melancólico cantar;
Vibraciones del alma y melodía
De un corazón que fatigó el pesar.

Y la amorosa y pálida figura
Dos amarillos brazos extendió,
Y sus lánguidos ojos de dulzura
Al triste viejo con piedad volvió.

Ojos sin luz que su mirada hiela,
Íntima, intensa el corazón domina,
En densas sombras los sentidos vela,
En mudo pasmo la razón fascina.

Coagularse su sangre el viejo siente
Poco á poco en sus venas con sabroso
Desmayo, y que se trueca su impaciente
Afan en un letargo vaporoso :

Entorpece sus miembros y embriaga
Su mente aquella mágica figura,
La breve luz de su existencia apaga
Con su mirada de fatal ternura.

Sus labios besa con mortal anhelo
Cariñosa la pálida visión,
Y á las entrañas se desprende el hielo
De sus áridos labios sin color.

Sus ojos fijos en los muertos ojos
Desvanecidos de mirar sentía,
Los rayos de su luz yertos despojos
Que la mirada mágica absorvía.

Por su cuerpo un deleite serpeaba,
Sus nervios suavemente entumesciendo,
Y el espíritu dentro resbalaba,
Grato sopor y languidez sintiendo.

Ya su delgada, amarillenta mano,
Sobre su pecho á reposarla extiende,
Y exánime mirándola el anciano,
Yerto é inmóvil su destino atiende.

Así al viajero fatigado, cuando
El sueño los sentidos entorpece,
Las fuerzas poco á poco van faltando,
Y el cuerpo perezoso desfallece.

Y perdido en el áspera montaña,
Sobre la nieve desplomado cae,
Su juicio se devana y enmaraña,
Gratas visiones su desmayo trae.

Y lenta y muellemente adormecida
La máquina mortal, lánguidamente
Bostezar torpe la ondulante vida
Entre los brazos de la muerte siente.

¿Será que consumida por los años
Sienta placer la vida fatigada,
En dejar de este mundo los engaños,
El término al tocar de su jornada?

¿La trabazon de la materia inerte
Desatada, disuelto el cuerpo espira,
Y el espíritu, cerca ya la muerte,
Por la pérdida libertad suspira?

Rendido en tanto el moribundo anciano,
Con deleite la eterna paz espera;
Su mano estrecha la aterida mano
Que marca el fin de su vital carrera.

Cuando á otra parte con estruendo el suelo
Crujir y el muro de su estancia siente
Y ven sus ojos un inmenso cielo
Desarrollarse en luz de oro candente

Rico manto de lumbre y pedrería
Tachonado de soles á millares,
Olas de aljofarada argentería
Meciendo el aire en esparcidos mares.

Y un sol con otro sol que se eslabona
En torno á una deidad orlan su frente
Y los rayos de luz de su corona
En un velo la envuelven trasparente.

Majestuosa, diáfana y radiante
Su hermosura, en su lumbre se confunde,
Agitada columna coruscante,
Júbilo y vida por do quier difunde.

Eterno amor, inmarcesibles glorias,
Armas, coronas de oro y de laurel,
Triunfos, placeres, esplendor, victorias,
Ilusiones, riquezas y poder.

Eterna vida, eterno movimiento,
Los sueños de la dulce poesía,
El sonoro y quimérico concento
De la rica extasiada fantasía :

El eco blando del primer suspiro,
La dulce queja del primer amor,
La primera esperanza y el respiro,
Que pura exhala la aromosa flor :

La faz hermosa de la noche en calma
Y el son del melancólico laud,
Los devaneos plácidos del alma,
El sosiego y la paz de la virtud :

La santa dicha del hogar paterno,
Del amigo la plática sabrosa,
El blando sueño en el regazo tierno
De la feliz, enamorada esposa :

El puro beso del alegre niño
Que en torno de sus padres juguetea,
Prenda de amor, emblema del cariño
En que el alma gozosa se recrea :

La fe, la religion, bálsamo suave
Que vierte en el espíritu consuelo,
Y de las ciencias el estudio grave
Que alza la mente á la region del cielo ;

La máquina del mundo y su hermosura,
Que arrobado el espíritu contempla,
La augusta soledad que la amargura
Tal vez del alma combatida templa :

De la pasión el goce turbulento,
Siguiendo atropellado á la esperanza,
Ligeró tanto que arrebató el viento
Y despeñado á su ilusión se lanza :

El aplauso del mundo y la tormenta,
Y el afán y el horrisono vaiven,
El noble orgullo y la ambición sangrienta
De nombre avara y de esplendente prez :

Del tronante cañon el estampido,
El lujo y el furor de la batalla,
Del corazón el bélico latido,
Que hace que hierva la abrasante malla :

El oro que famélico codicia
El hombre, y en montones lo atesora ;
Alimento infernal de la avaricia,
Que hambre mas siente cuanto mas devora :

La crápula, el escándalo y mareo
De en vicios rica, estrepitosa orgía,
El pudor resistiéndose al deseo,
Y mezclándose el vino en la porfía ;

La alegre danza en movimiento blando,
Que orna voluptuosa liviandad,
Al goce, al apetito convidando
Con sus mórbidas formas la beldad :

Cuanto fingió é imaginó la mente,
Cuanto del hombre la ilusión alcanza,
Cuanto creara la ansiedad demente,
Cuanto acaricia en sueños la esperanza ;

La radiante vision maravillosa
Brinda con mano pródiga en monton,
Y en óptica ilusoria y prodigiosa
Pasar el viejo ante sus ojos vió.

Y entre aplausos, y músicas, y estruendo,
Y de ella en pos la humanidad entera,
Y en torno de ella armónica volviendo
En giro eterno la argentada esfera ;

Suenan voces y cánticos sonoros
Que el aire en ecos derramados hienden,
Y ángeles mil en matizados coros
El aire rasgan y en fulgor lo encienden.

Y una voz como ráfaga de viento,
Palpitando de vida y de armonía
Sobre el vario, magnífico concierto,
Así cantando resonar se oía.

Salve, llama creadora del mundo,
Lengua ardiente de eterno saber;
Puro germen, principio fecundo
Que encadenas la muerte á tus piés.

Tú la inerte materia espoleas,
Tú la ordenas juntarse y vivir,
Tú su lodo modelas y creas
Miles seres de formas sin fin.

Desbarata tus obras en vano
Vencedora la muerte tal vez,
De sus restos levanta tu mano
Nuevas obras triunfante otra vez.

Tú la hoguera del sol alimentas,
Tú revistes los cielos de azul,
Tú la luna en las sombras argentas,
Tú coronas la aurora de luz.

Gratos ecos al bosque sombrío,
Verde pompa á los árboles des,
Melancólica música al río,
Ronco grito á las olas del mar.

Tú el aroma en las flores exhalas,
En los valles suspiras de amor,
Tú murmuras del aura en las alas,
En el Bóreas retumba tu voz.

Tú derramas el oro en la tierra
En arroyos de hirviente metal,
Tú abrillantas la perla que encierra
En su abismo profundo la mar.

Tú las cárdenas nubes extiendes,
Negro manto que agita Aquilon,
Con tu aliento los aires enciendes,
Tus rugidos infunden pavor.

Tú eres pura simiente de vida,
Manantial sempiterno de bien,
Luz del mismo Hacedor desprendida,
Juventud y hermosura es tu ser.

Tú eres fuerza secreta que el mundo
En sus ejes impulsa á rodar,
Sentimiento armonioso y profundo
De los orbes que anima tu faz.

De tus obras los siglos que vuelan
Incansables artífices son,
Del espíritu ardiente cincelan
Y embellecen la estrecha prisión.

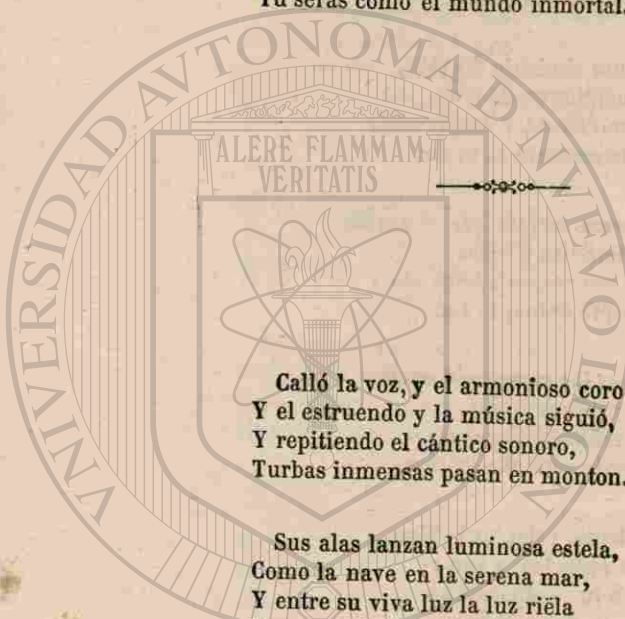
Tú en violento, veloz torbellino
Los empujas enérgica, y van :
Y adelante en tu raudo camino
A otros siglos ordenas llegar.

Y otros siglos ansiosos se lanzan,
Desparecen y llegan sin fin,
Y en su eterno trabajo se alcanzan,
Y se arrancan sin tregua el buril.

Y afanosos sus fuerzas emplean
En tu inmenso taller sin cesar,
Y en la tosca materia golpean,
Y redobla el trabajo su afán.

De la vida en el hondo océano
Flota el hombre en perpetuo vaiven,
Y derrama abundante tu mano
La creadora semilla en su ser.

Hombre débil, levanta la frente,
 Pon tu labio en su eterno raudal,
 Tú serás como el sol en Oriente,
 Tú serás como el mundo inmortal.



Calló la voz, y el armonioso coro
 Y el estruendo y la música siguió,
 Y repitiendo el cántico sonoro,
 Turbas inmensas pasan en monton.

Sus alas lanzan luminosa estela,
 Como la nave en la serena mar,
 Y entre su viva luz la luz riela
 Mas pura de la imágen inmortal.

Cruzando va cual fulgurante tromba
 Su cortejo magnífico en redor,
 Y el viento rompe cual lanzada bomba,
 Sobre otros soles desprendido sol.

Atónito la faz alza el anciano,
 Como el que vuelve en sí en el ataud,
 Con ansia, angustia y con delirio insano,
 Aire buscando y anhelando luz.

Que en el regazo del no ser dormido,
 El alto estruendo en su estupor sintió,
 El intrépido canto hirió su oído,
 Y súbito sus nervios sacudió.

Y el yerto brazo de la sombra fría
 Que vierte al corazón hielo mortal,
 Aparta con afán en su agonía,
 Volar ansiando á la gentil deidad.

Y entrambos brazos con anhelo tiende,
 Atento el canto animador escucha,
 De la visión de muerte se desprende,
 Y por moverse y levantarse lucha.

Los ojos abre al resplandor inciertos,
 La luz buscando que su luz excita,
 Sienten grato calor sus miembros muertos,
 Con nuevo ardor su corazón palpita.

La sangre hierve en las hinchadas venas,
 Siente volver los juveniles bríos,
 Y ahuyentan de su frente albas serenas
 Los pensamientos de la edad sombríos.

Y desprendidas ráfagas de lumbre
 Su cuerpo bañan y su sien circundan;
 Torrentes mil de la argentada cumbre,
 Vertiendo vida, en su esplendor le inundan.

Y bajando la diosa encantadora,
 Mecida en olas de encendido viento,
 En torno de él la tropa voladora
 Esparce juventud y movimiento.

Y su rostro se pinta de hermosura,
 Viste su corazón la fortaleza,
 Brilla en su frente juvenil tersura,
 Negros rizos coronan su cabeza;

El alma en su mirar se trasparenta,
 Mirar sereno, vivido y ardiente,
 Y su robusta máquina alimenta
 La eterna llama que en el pecho siente.

Contra su seno la deidad le abraza,
Y en su velo le envuelve y le ilumina,
Y á su ruina y su destino enlaza
El destino del mundo y su ruina.

Tú los siglos hollarás,
Sonó la voz de la altura,
Pasar los hombres verás,
Del mundo la edad futura
Como el mundo correrás.

El sol que hoy nace en Oriente,
Y que ilumina tu frente,
Pasarán edades cien,
Y cual hoy resplandeciente
La iluminará también.

El crudo invierno sombrío,
Del pintado abril las flores,
Las galas del bosque umbrío,
Los rigurosos calores
De los meses del estío

Pasarán, y contarás
Hora á hora y mes á mes,
Y un año y otro verás,
Y un siglo y otro despues,
Sin que se acabe jamás;

Y eternamente vogando,
Y navegando contino,
Sin hallar descanso, andando
Irás siempre, caminando,
Sin acabar tu camino.

Y los siglos girarán
En perpetuo movimiento,
Las naciones morirán,
Y se escuchará tu acento
En los siglos que vendrán.

Pero si acaso algun dia
Lloras tal vez tu orfandad,
Y al cielo clamas piedad,
Y en lastimosa agonía
Maldices tu eternidad,

Acuérdate que tú fuiste
El que fijó tu destino,
Que ser inmortal pediste,
Y arrojarte al torbellino
De las edades quisiste.

Y que el mundo te dará
Cuanto el mundo en si contiene,
Que tuyo el mundo será,
Y ya para tí previene
Cuanto ha tenido y tendrá.

En tanto el luciente coro
Repitió luego el cantar,
Y remontándose al cielo,
La luz plegándose va

Entre nubes de oro y nácar
Que esconden á la deidad,
Y las voces en los aires
Perdidas se escuchan ya

Allá en lejana armonía
Como un eco resonar.

« Y que el mundo te dará
Cuanto el mundo en sí contiene,
Que tuyo el mundo será,
Y ya para tí previene
Cuanto ha tenido y tendrá. »

Dicha es soñar cuando despierto sueña
El corazón del hombre su esperanza,
Su mente halaga la ilusión risueña,
Y el bien presente al venidero alcanza :
Y tras la aérea y luminosa enseña
Del entusiasmo, el ánimo se lanza
Bajo un cielo de luz y de colores,
Campos pintando de fragantes flores.

Dicha es soñar, porque la vida es sueño,
Lo que fingió tal vez la fantasía,
Cuando embriagada en lánguido beleño,
A las regiones del placer nos guía :
Dicha es soñar, y el rigoroso ceño
No ver jamás de la verdad impía :
Dicha es soñar y en el mundano ruido
Vivir soñando y existir dormido.

Y un sueño á la verdad pasa la vida,
Sueño al principio de dorada lumbre,
Senda de flores mil, fácil subida
Que á un monte lleva de lozana cumbre ;
Después vereda áspera y torcida,
Monte de insuperable pesadumbre,
Donde cansada de una en otra breña,
Llora la vida y lo pasado sueña.

Sueños son los deleites, los amores,
La juventud, la gloria y la hermosura,
Sueños las dichas son, sueños las flores,
La esperanza, el dolor, la desventura :
Triunfos, caídas, bienes y rigores
El sueño son que hasta la muerte dura,
Y en incierto y continuo movimiento
Agita al ambicioso pensamiento.

Siento no sea nuevo lo que digo,
Que el tema es viejo y la palabra rancia,
Y es trillado sendero el que ahora sigo,
Y caminar por él ya es arrogancia.
En la mente, lector, se abre un postigo,
Sale una idea y el licor escancia
Que brota el labio y que la pluma vierte,
Y en palabras y frases se convierte.

Nihil novum sub sole, dijo el sabio,
Nada hay nuevo en el mundo : harto lo siento,
Que, como dicen vulgarmente, rabio
Yo por probar un nuevo sentimiento :
Palabras nuevas pronunciar mi labio,
Renovado sentir mi pensamiento,
Ansio, y girando en dulce desvarío,
Ver nuevo siempre el mundo en torno mio.

Uniforme, monótono y cansado
Es sin duda este mundo en que vivimos ;
En Oriente de rayos coronado,
El sol que vemos hoy, ayer le vimos :
De flores vuelve á engalanarse el prado,
Vuelve el Otoño pródigo en racimos,
Y tras los hielos de Invierno frío,
Coronado de espigas el Estío.

¿ Y no habré yo de repetirme á veces,
Decir también lo que otros ya dijeron,
A mí á quien quedan ya solo las heces
Del rico manantial en que bebieron ?

¿Qué habré yo de decir que ya con creces
No hayan dicho tal vez los que murieron,
Byron y Calderon, Shakspear, Cervantes,
Y tantos otros que vivieron antes?

¿Y aun asimismo acertaré á decirlo?
¿Saldré de tanto enredo en que me he puesto?
¿Ya que en mi cuento entré podré seguirlo,
Y el término tocar que he propuesto?
Y aunque en mi empeño logre concluirlo,
¿A tí no te será nunca molesto,
¡O caro comprador! que con zozobra
Imploro en mi favor, comprar mi obra?

Nada menos te ofrezco que un poema
Con lances raros y revuelto asunto,
De nuestro mundo y sociedad emblema,
Que hemos de recorrer punto por punto :
Si logro yo desenvolver mi tema,
Fiel traslado ha de ser, cierto trasunto
De la vida del hombre y la quimera
Tras de que va la humanidad entera.

Batallas, tempestades, amoríos,
Por mar y tierra, lances, descripciones
De campos y ciudades, desafíos,
Y el desastre y furor de las pasiones,
Goces, dichas, aciertos, desvaríos,
Con algunas morales reflexiones
Acerca de la vida y de la muerte,
De mi propia cosecha, que es mi fuerte.

En varias formas, con diverso estilo,
En diferentes géneros, calzando
Ora el coturno trágico de Esquilo,
Ora la trompa épica sonando :
Ora cantando plácido y tranquilo,
Ora en trivial lenguaje, ora burlando,
Conforme esté mi humor, porque á él me ajusto,
Y allá van versos donde va mi gusto.

Verás, lector, á nuestro humilde anciano,
Que inmortal de su lecho se levanta,
Lanzarse al mundo de su dicha ufano,
Rico de la esperanza que le encanta :
Verás luego tambien... pero ¿á qué en vano
Me canso en ofrecerte empresa tanta,
Si hasta que el uno al otro nos cansemos,
Tú y yo en campaña caminando iremos?

Mas vale prometerte poco ahora,
Y algo despues cumplirte, lector mio,
No empiece yo con voz atronadora,
Y luego acabe desmayado y frio :
No una altiva columna vencedora
Que jamás rinda con su planta, impío,
El tiempo destructor, alzar intento ;
Yo con pasar mi tiempo me contento.

No es dado á todos alcanzar la gloria
De alzar un monumento suntuoso,
Que eternice á los siglos la memoria
De algun hecho pasado grandioso :
Quédele tanto al que escribió la historia
De nuestro pueblo, al escritor lujoso,
Al conde que del público tesoro
Se alzó á sí mismo un monumento de oro.

Al que supo, erigiendo un monumento
(Que tal le llama en su modestia suma) (1),
Premio dar á su gran merecimiento,
Y en pluma de oro convertir su pluma,
Al ilustre asturiano, al gran talento,
Flor de la historia y de la hacienda espuma,
Al necio audaz de corazon de cieno,
A quien llaman el CONDE DE TORENO.

(1) En una de las sesiones de esta última legislatura tuvo el egregio conde la llaneza de decir que habia erigido á la gloria de su patria un monumento en su Historia de la revolucion de 1808.

¡ Oh gloria! ¡ oh gloria! ¡ lisonjero engaño
 Que á tanta gente honrada precipitas!
 Tú al mercader pacífico, en extraño
 Guerrero truecas, y á lidiar le excitas;
 Su rostro vuelves bigotudo, uraño,
 Con entusiasmo militar le agitas,
 Y haces que sea su mirada horrenda
 Susto de su familia y de su tienda.

Tú al que otros tiempos acertaba apenas
 A escribir con fatigas una carta,
 Animas á dictar páginas llenas
 De verso y prosa en abundante sarta :
 Político profundo en sus faenas,
 Folletos traza, artículos ensarta,
 Suda y trabaja, y en manchar se emplea
 Resmas para envolver alcarabea.

Otros ¡ oh gloria! sin aliento vagan
 Solicitos huyendo acá y allá,
 Suponen clubs, y con rezelo indagan
 Cuando el gobierno á aprisionarlos va :
 A estos si los destierran, los halagan;
 Nadie en ellos pensó ni pensará,
 Y andan ocultos y mudando trajes,
 Creyéndose terribles personajes.

Estos por lo comun son buena gente,
 Son á los que llamamos *infelices*,
 Hombres todo entusiasmo y poca mente,
 Que no ven mas allá de sus narices :
 Raza que el pecho denodado siente
 Antes que ¡ oh fiero mandarín ! atices
 Uno de tus legales ramalazos,
 Que les dobla ante el rey los espinazos.

Otros te siguen, engañosa gloria,
 Que allá en sus pueblos son pozos de ciencia,
 Que creyéndose dignos de la historia,
 Varones de gobierno y experiencia

Ansiosos de alcanzar alta memoria,
 Y abusos corregir con su elocuencia,
 Diputados al fin se hacen nombrar,
 Tontos de buena fe para callar.

Estos viven despues desesperados,
 Del ministro ademas desatendidos,
 En el mundo político ignorados,
 Y del pueblo tambien desconocidos :
 Andan en la cuestion extraviados,
 Siempre sin tino, torpes los sentidos;
 Dando á saber con pruebas tan acerbas,
 Que pierden fuerzas en mudando yerbas.

A todos, gloria, tu pendon nos guia,
 Y á todos nos excita tu deseo :
 Apellidarse socio ¿ quién no ansia,
 Y en las listas estar del Ateneo ?
 ¿ Y quién, aficionado á la poesia,
 No asiste á las reuniones del Liceo,
 Do la luz brilla dividida en partes
 De tanto profesor de bellas artes?

Es cierto que allí van tambien profanos
 En busca de las lindas profesoras,
 Hombres sin duda en su pensar livianos,
 Que de todo hacen burla á todas horas,
 Sin gravedad, de entendimiento vanos,
 Gentes de natural murmuradoras,
 Que se mofaran de Villena mismo (1)
 Evocando los diablos del abismo.

Y yo ¡ pobre de mí! sigo tu lumbre,
 Tambien ¡ oh gloria! en busca de renombre,
 Trepas ansiando al templo de tu cumbre,
 Donde mi fama al universo asombre :

(1) Todo el mundo sabe que el marqués de Villena se hizo picar y encerrar en una redoma para renacer inmortal : tengo para mí que ha de ser fastidioso y dulzon al paladar el picadillo de sabio.

Quiero que de tu rayo á la vislumbre
Brille grabado en mármoles mi nombre,
Y espero que mi busto adorne un dia
Algun salon, café, ó peluquería.

O el lindo tocador de alguna hermosa
Coronaré en figura de botella,
Lleno mi hueco vientre de olorosa
Agua que pula el rostro á la doncella;
L'eau véritable de colonia y rosa
El rótulo en francés dirá á mi huella:
Que de su vida al fin tanto blason
Ha logrado alcanzar Napoleon.

En tanto ablanda, oh público severo,
Y muéstrame la cara lisonjera;
Esto le pido á Dios, y algun dinero,
Mientras sigo en el mundo mi carrera;
Y porque fatigarte mas no quiero,
Caro lector, al otro canto espera,
El cual sin falta seguirá, se entiende
Si este te gusta y la edición se vende.

FIN DEL CANTO PRIMERO.

EL DIABLO MUNDO.

POEMA.

CANTO II⁽⁴⁾.

A TERESA.

DESCANSA EN PAZ.

Bueno es el mundo ¡bueno! ¡bueno! ¡bueno.
Como de Dios al fin obra maestra,
Por todas partes de delicias lleno,
De que Dios ama al hombre hermosa nuestra;
Salga la voz alegre de mi seno
A celebrar esta vivienda nuestra,
¡Paz á los hombres! ¡gloria en las alturas
¡Cantad en vuestra jaula, criaturas!

(*Maria*, por DON MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.)

¿Porqué volveis á la memoria mia,
Tristes recuerdos del placer perdido,
A aumentar la ansiedad y la agonía
De este desierto corazon herido?

(4) Este canto es un desahogo de mi corazon; sáltelo el que no quiera leerlo sin escrúpulo, pues no está ligado de manera alguna con el poema. (N. del A.)

Quiero que de tu rayo á la vislumbre
Brille grabado en mármoles mi nombre,
Y espero que mi busto adorne un dia
Algún salon, café, ó peluquería.

O el lindo tocador de alguna hermosa
Coronaré en figura de botella,
Lleno mi hueco vientre de olorosa
Agua que pula el rostro á la doncella;
L'eau véritable de colonia y rosa
El rótulo en francés dirá á mi huella:
Que de su vida al fin tanto blason
Ha logrado alcanzar Napoleon.

En tanto ablanda, oh público severo,
Y muéstrame la cara lisonjera;
Esto le pido á Dios, y algún dinero,
Mientras sigo en el mundo mi carrera;
Y porque fatigarte mas no quiero,
Caro lector, al otro canto espera,
El cual sin falta seguirá, se entiende
Si este te gusta y la edición se vende.

FIN DEL CANTO PRIMERO.

EL DIABLO MUNDO.

POEMA.

CANTO II⁽⁴⁾.

A TERESA.

DESCANSA EN PAZ.

Bueno es el mundo ¡bueno! ¡bueno! ¡bueno.
Como de Dios al fin obra maestra,
Por todas partes de delicias lleno,
De que Dios ama al hombre hermosa nuestra;
Salga la voz alegre de mi seno
A celebrar esta vivienda nuestra,
¡Paz á los hombres! ¡gloria en las alturas
¡Cantad en vuestra jaula, criaturas!

(*Maria*, por DON MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.)

¿Porqué volveis á la memoria mia,
Tristes recuerdos del placer perdido,
A aumentar la ansiedad y la agonía
De este desierto corazón herido?

(4) Este canto es un desahogo de mi corazón; sáltelo el que no quiera leerlo sin escrúpulo, pues no está ligado de manera alguna con el poema. (N. del A.)

¡Ay! que de aquellas horas de alegría,
Le quedó al corazón solo un gemido,
Y el llanto que al dolor los ojos niegan,
Lágrimas son de hiel que el alma anegan!

¿Dónde volaron ¡ay! aquellas horas
De juventud, de amor y de ventura,
Regaladas de músicas sonoras,
Adornadas de luz y de hermosura?
Imágenes de oro bullidoras,
Sus alas de carmin y nieve pura,
Al sol de mi esperanza desplegando,
Pasaban ¡ay! á mi alrededor cantando.

Gorjeaban los dulces ruisenores,
El sol iluminaba mi alegría,
El aura susurraba entre las flores,
El bosque mansamente respondía,
Las fuentes murmuraban sus amores...
¡Ilusiones que llora el alma mía!
¡Oh! ¡cuán suave resonó en mi oído
El bullicio del mundo y su ruido!

Mi vida entonces cual guerrera nave
Que el puerto deja por la vez primera,
Y al soplo de los céfiros suave,
Orgullosa despliega su bandera,
Y al mar dejando que á sus piés alabe
Su triunfo en roncos cantos, va valera,
Una ola tras otra bramadora
Hollando y dividiendo vencedora;

¡Ay! en el mar del mundo, en ansia ardiente
De amor volaba, el sol de la mañana
Llevaba yo sobre mi tersa frente,
Y el alma pura de su dicha ufana:
Dentro de ella el amor cual rica fuente,
Que entre frescura y arboledas mana,
Brotaba entonces abundante río
De ilusiones y dulce desvarío.

Yo amaba todo: un noble sentimiento
Exaltaba mi ánimo, y sentía
En mi pecho un secreto movimiento,
De grandes hechos generoso guía:
La libertad con su inmortal aliento,
Santa diosa mi espíritu encendía,
Contino imaginando en mi fe pura
Sueños de gloria al mundo y de ventura.

El puñal de Caton, la adusta frente
Del noble Bruto, la constancia fiera,
Y el arrojo de Scévola valiente,
La doctrina de Sócrates severa,
La voz atronadora y elocuente
Del orador de Atenas, la bandera
Contra el tirano macedonio alzando,
Y al espantado pueblo arrebatando.

El valor y la fe del caballero,
Del trovador el arpa y los cantares,
Del gótico castillo el altanero
Antiguo torreón, do sus pesares
Cantó tal vez con eco lastimero,
¡Ay! arrancada de sus patrios lares,
Jóven cautiva, al rayo de la luna,
Lamentando su ausencia y su fortuna:

El dulce anhelo del amor que aguarda
Tal vez inquieto y con mortal recelo,
La forma bella que cruzó gallarda,
Allá en la noche, entre el medroso velo;
La ansiada cita que en llegar se tarda
Al impaciente y amoroso anhelo,
La mujer y la voz de su dulzura,
Que inspira al alma celestial ternura;

A un tiempo mismo en rápida tormenta,
Mi alma alborotaban de continuo,
Cual las olas que azota con violenta
Cólera, impetuoso torbellino:

Soñaba al héroe ya, la plebe atenta
 En mi voz escuchaba su destino,
 Ya al caballero, al trovador soñaba,
 Y de gloria y de amores suspiraba.

Hay una voz secreta, un dulce canto,
 Que el alma solo recogida entiende,
 Un sentimiento misterioso y santo,
 Que del barro al espíritu desprende :
 Agreste, vago y solitario encanto,
 Que en inefable amor el alma enciende,
 Volando tras la imagen peregrina
 El corazón de su ilusión divina.

Yo desterrado en extranjera playa,
 Con los ojos, extático seguía
 La nave audaz que argentada raya
 Volaba al puerto de la patria mía :
 Yo cuando en Occidente el sol desmaya,
 Solo y perdido en la arboleda umbría,
 Oír pensaba el armonioso acento
 De una mujer, al suspirar del viento.

¡Una mujer! En el templado rayo
 De la mágica luna se colora,
 Del sol poniente al lánguido desmayo,
 Lejos entre las nubes se evapora :
 Sobre las cumbres que florece el mayo,
 Brilla fugaz al despuntar la aurora,
 Cruza tal vez por entre el bosque umbrío,
 Juega en las aguas del sereno río.

¡Una mujer! Deslizase en el cielo
 Allá en la noche desprendida estrella,
 Si aroma el aire recogió en el suelo,
 Es el aroma que le presta ella.
 Blanca es la nube que en callado vuelo
 Cruza la esfera, y que su planta huella,
 Y en la tarde la mar olas la ofrece
 De plata y de zafir donde se mece.

Mujer que amor en su ilusión figura,
 Mujer que nada dice á los sentidos,
 Ensueño de suavísima ternura,
 Eco que regaló nuestros oídos :
 De amor la llama generosa y pura,
 Los goces dulces del placer cumplidos,
 Que engalana la rica fantasía,
 Goces que avaro el corazón ansía ;

¡Ay! aquella mujer, tan solo aquella
 Tanto delirio á realizar alcanza,
 Y esa mujer tan cándida y tan bella,
 Es mentida ilusión de la esperanza :
 Es el alma que vivida destella
 Su luz al mundo cuando en él se lanza,
 Y el mundo con su magia y galanura,
 Es espejo no mas de su hermosura :

Es el amor que al mismo amor adora,
 El que creó las Sílides y Ondinas,
 La sacra ninfa que bordando mora
 Debajo de las aguas cristalinas :
 Es el amor que recordando llora
 Las arboledas del Eden divinas,
 Amor de allí arrancado, allí nacido,
 Que busca en vano aquí su bien perdido.

¡Oh llama santa! ¡celestial anhelo!
 ¡Sentimiento purísimo! memoria
 Acaso triste de un perdido cielo,
 Quizá esperanza de futura gloria!
 ¡Huyes y dejas llanto y desconsuelo!
 ¡Oh mujer! que en imagen ilusoria
 Tan pura, tan feliz, tan placentera,
 Brindó el amor á mi ilusión primera..!

¡Oh Teresa! ¡Oh dolor! Lágrimas mías,
 ¡Ah! ¡dónde estais que no correis á mares!
 ¿Porqué, porqué como en mejores días
 No consolais vosotras mis pesares?

¡Oh! los que no sabeis las agonias
De un corazón, que penas á millares
¡Ay! desgarraron, y que ya no llora,
¡Piedad tened de mi tormento ahora!

¡Oh! ¡dichosos mil veces! sí, dichosos,
Los que podeis llorar y ¡ay! sin ventura
De mí, que entre suspiros angustiosos,
Ahogar me siento en infernal tortura!
Retúercese entre nudos dolorosos
Mi corazón gimiendo de amargura!....
También tu corazón hecho pavesa,
¡Ay! llegó á no llorar ¡pobre Teresa!

¿Quién pensara jamás, Teresa mía,
Que fuera eterno manantial de llanto,
Tanto inocente amor, tanta alegría,
Tantas delicias y delirio tanto?
¿Quién pensara jamás llegase un día,
En que perdido el celestial encanto,
Y caida la venda de los ojos,
Cuánto diera placer causara enojos?

Aun parece, Teresa, que te veo
Aérea como dorada mariposa,
En sueño delicioso del deseo,
Sobre tallo gentil temprana rosa,
Del amor venturoso devaneo,
Angélica, purísima y dichosa,
Y oigo tu voz dulcísima, y respiro
Tu aliento perfumado en tu suspiro.

Y aun miro aquellos ojos que robaron
A los cielos su azul, y las rosadas
Tintas sobre la nieve, que envidiaron
Las de mayo serenas alboradas;
Y aquellas horas dulces que pasaron
Tan breves ¡ay! como despues lloradas,
Horas de confianza y de delicias,
De abandono, y de amor, y de caricias.

Que así las horas rápidas pasaban,
Y pasaba á la par nuestra ventura;
Y nunca nuestras ansias las contaban,
Tú embriagada en mi amor, yo en tu hermosura:
Las horas ¡ay! huyendo nos miraban,
Llanto tal vez vertiendo de ternura,
Que nuestro amor y juventud venian,
Y temblaban las horas que vendrian.

Y llegaron en fin... ¡Oh! ¿quién impió
¡Ay! agostó la flor de tu pureza?
Tú fuiste un tiempo cristalino río,
Manantial de purísima limpieza;
Despues torrente de color sombrío,
Rompiendo entre peñascos y maleza,
Y estanque en fin de aguas corrompidas,
Entre fétido fango detenidas.

¿Cómo caiste despeñado al suelo,
Astro de la mañana luminoso?
Ángel de luz, ¿quién te arrojó del cielo
A este valle de lágrimas odioso?
Aun cercaba tu frente el blanco velo
Del serafín, y en ondas fulgoroso,
Rayos al mundo tu esplendor vertía
Y otro cielo el amor te prometía.

Mas ¡ay! que es la mujer ángel caído
O mujer nada mas y lodo inmundo,
Hermoso ser para llorar nacido,
O vivir como autómatas en el mundo:
Sí, que el demonio en el Eden perdido,
Abrasara con fuego del profundo
La primera mujer, y ¡ay! aquel fuego,
La herencia ha sido de sus hijos luego.

Brota en el cielo del amor la fuente
Que á fecundar el universo mana,
Y en la tierra su límpida corriente
Sus márgenes con flores engalana:

Mas ¡ay! huid : el corazon ardiente
Que el agua clara por beber se afana,
Lágrimas verterá de duelo eterno,
Que su raudal lo envenenó el infierno.

Huid, si no quereis que llegue un dia,
En que enredado en retorcidos lazos
El corazon, con bárbara porfia
Zucheis por arrancáoslo á pedazos :
En que al cielo en histérica agonía
Frenéticos alceis entrambos brazos,
Para en vuestra impotencia maldecirle,
Y escupiros, tal vez, al escupirle.

Los años ¡ay! de la ilusion pasaron ;
Las dulces esperanzas que trajeron,
Con sus blancos ensueños se llevaron,
Y el porvenir de oscuridad vistieron :
Las rosas del amor se marchitaron,
Las flores en abrojos convirtieron,
Y de afan tanto y tan soñada gloria,
Solo quedó una tumba, una memoria.

¡Pobre Teresa! al recordarte siento
Un pesar tan intenso...! embarga impío
Mi quebrantada voz mi sentimiento,
Y suspira tu nombre el labio mio :
Para allí su carrera el pensamiento,
Hiela mi corazon punzante frio,
Ante mis ojos la funesta losa,
Donde vil polvo tu beldad reposa.

Y tú feliz, que hallaste en la muerte
Sombra á que descansar en tu camino,
Cuando llegabas misera á perderte,
Y era llorar tu único destino :
Cuando en tu frente la implacable suerte
Grababa de los réprobos el sino...!
¡Feliz! la muerte te arrancó del suelo,
Y otra vez ángel te volviste al cielo

Roida de recuerdos de amargura,
Arido el corazon sin ilusiones,
La delicada flor de tu hermosura
Ajaron del dolor los Aquilones :
Sola, y envilecida, y sin ventura,
Tu corazon secaron las pasiones,
Tus hijos ¡ay! de tí se avergonzaran,
Y hasta el nombre de madre te negaran.

Los ojos escaldados de tu llanto,
Tu rostro cadavérico y hundido,
Unico desahogo en tu quebranto,
El histérico ¡ay! de tu gemido :
¿Quién, quién, pudiera en infortunio tanto,
Envolver tu desdicha en el olvido,
Disipar tu dolor y recogerte
En su seno de paz? Solo la muerte!

¡Y tan jóven, y ya tan desgraciada!
Espiritu indomable, alma violenta,
En tí, mezquina sociedad, lanzada
A romper tus barreras turbulenta.
Nave contra las rocas quebrantada,
Allá vaga, á merced de la tormenta,
En las olas tal vez náufraga tabla,
Que solo ya de sus grandezas habla.

Un recuerdo de amor que nunca muere
Y está en mi corazon; un lastimero
Tierno quejido que en el alma hiere,
Eco suave de su amor primero :
¡Ay! de tu luz en tanto yo viviere
Quedara un rayo en mí, blanco lucero,
Que iluminaste con tu luz querida
La dorada mañana de mi vida.

Que yo como una flor que en la mañana
Abre su caliz al naciente dia,
¡Ay! al amor abrió tu alma temprana,
Y exalté tu inocente fantasía :

Yo inocente tambien : ¡oh! ¡cuán ufana
Al porvenir mi mente sonreía,
Y en alas de mi amor con cuánto anhelo
Pensé contigo remontarme al cielo!

Y alegre, audaz, ansioso, enamorado,
En tus brazos en lánguido abandono,
De glorias y deleites rodeado,
Levantar para tí soñé yo un trono :
Y allí tú venturosa y yo á tu lado,
Vencer del mundo el implacable encono,
Y en un tiempo sin horas y medida
Ver como un sueño resbalar la vida.

¡Pobre Teresa! Cuando ya tus ojos
Aridos ni una lágrima brotaban,
Cuando ya su color tus labios rojos
En cárdenos matices cambiaban :
Cuando de tu dolor tristes despojos
La vida y su ilusion te abandonaban
Y consumia lenta calentura
Tu corazón al par de tu amargura :

Si en tu penosa y última agonía
Volviste á lo pasado el pensamiento,
Si comparaste á tu existencia un día
Tu triste soledad y tu aislamiento;
Si arrojó á tu dolor tu fantasía
Tus hijos ¡ay! en tu postrer momento,
A otra mujer tal vez acariciando.
Madre tal vez á otra mujer llamando :

Si el cuadro de tus breves glorias viste
Pasar como fantástica químera,
Y si la voz de tu conciencia oíste
Dentro de tí gritándote severa ;
Si en fin entonces tú llorar quisiste,
Y no brotó una lágrima siquiera
Tu seco corazón, y á Dios llamaste,
Y no te escuchó Dios, y blasfemaste ;

¡Oh! ¡cruel! ¡muy cruel! ¡martirio horrendo!
¡Espantosa expiacion de tu pecado!
¡Sobre un lecho de espinas maldiciendo,
Morir el corazón desesperado!
Tus mismas manos de dolor mordiendo,
Presente á tu conciencia lo pasado,
Buscando en vano con los ojos fijos
Y extendiendo tus brazos á tus hijos !!

¡Oh! ¡cruel! ¡muy cruel!... ¡Ah! yo entretanto
Dentro del pecho mi dolor oculto,
Enjugo de mis párpados el llanto
Y doy al mundo el exigido culto :
Yo escondo con vergüenza mi quebranto,
Mi propia pena con mi risa insulto,
Y me divierto en arrancar del pecho
Mi mismo corazón pedazos hecho.

Gozemos sí; la cristalina esfera
Gira bañada en luz : ¡bella es la vida!
¿Quién á parar alcanza la carrera
Del mundo hermoso que al placer convida?
Brilla radiante el sol, la primavera
Los campos pinta en la estación florida :
Truéquese en risa mi dolor profundo...
¡Que haya un cadáver mas, qué importa al mundo!

EL DIABLO MUNDO.

POEMA.

CANTO III.

« ¡Cuán fugaces los años
 ¡Ay! se deslizan, Póstumo! » gritaba
 El lírico latino que sentía
 Cómo el tiempo cruel le envejecía,
 Y el ánimo y las fuerzas le robaba.
 Y es triste á la verdad ver como huyen
 Para siempre las horas y con ellas
 Las dulces esperanzas que destruyen
 Sin escuchar jamás nuestras querellas;
 ¡Fatalidad! ¡fatalidad impía!
 Pasa la juventud, la vejez viene,
 Y nuestro pié que nunca se detiene
 Recto camina hácia la tumba fría!
 Así yo meditaba
 En tanto me afeitaba
 Esta mañana mismo, lamentando
 Como mi negra cabellera riza,
 Seca ya como cálida ceniza,
 Iba por varias partes blanqueando :
 Y un triste adios mi corazón sentido
 Daba á mi juventud, mientras la historia
 Corría mi memoria
 Del tiempo alegre por mi mal perdido,
 Y un doliente gemido

Mi dolor tributaba á mis cabellos
 Que canos se teñían,
 Pensando que ya nunca volverían
 Hermosas manos á jugar con ellos.

¡ Malditos treinta años,
 Funesta edad de amargos desengaños !

Perdonad, hombres graves, mi locura,
 Vosotros los que veis sin amargura
 Como cosa corriente,
 Que siga un año al año antecedente,
 Y nunca os rebeláis contra el destino
 ¡ Oh ! será un desatino,
 Mas yo no me resigno á hallarme viejo
 Al mirarme al espejo,
 Y la razón averiguar quisiera
 Que en este nuestro mundo misterioso
 Sin encontrar reposo
 Nos obliga á viajar de esta manera.

Y luego las mujeres, todavía
 Son mi dulce manía :
 Ellas la senda de ásperos abrojos
 De la vida suavizan y coloran,
 Y á las mujeres los llorosos ojos
 Y los cabellos blancos no enamoran !
 ¡ Griegos liceos ! ¡ Célebres hospicios !
 (Exclamaba también Lope de Vega
 Llorando la vejez de su sotana)
 Que apenas de haber sido dais indicios,
 Si moristeis del tiempo en la refriega
 Y ejemplo sois de la locura humana,
 ¡ Ah ! no es extraño que el que á treinta llega
 Llegue á encontrarse la cabeza cana !

Adios amores, juventud, placeres,
 Adios vosotras las de hermojos ojos,
 Hechiceras mujeres,
 Que en vuestros labios rojos

Brindais amor al alma enamorada;
 Dichoso el que suspira
 Y oye de vuestra boca regalada,
 Siquiera una dulcísima mentira
 En vuestro aliento mágico bañada.
 ¡Ah! para siempre adios : mi pecho llora
 Al deciros adios : ¡ilusion vana!
 Mi tierno corazon siempre os adora,
 Mas mi cabeza se me vuelve cana.

Coloraba en Oriente
 El sol resplandeciente
 Los campos de zafir con rayos de oro,
 Y su rico tesoro
 Del faldellin de plata derramaba
 La aurora y esmaltaba
 La esmeralda de prado con mil flores,
 Brotando aromas y vertiendo amores,
 Y llenaban el mundo de armonía,
 La mar serena y la arboleda umbría
 Rizando aquella sus lascivas olas,
 Y esta las verdas copas ondeando,
 Coronados de vagas aureolas
 A los rayos del sol que se va alzando.

Y era el año cuarenta en que yo escribo
 De este siglo que llaman positivo :
 Cuando el que viejo fué, por la mañana
 En vez de hallarse la cabeza cana
 Y arrugada la frente,
 Se encontró de repente
 Jóven al despertar, fuerte y brioso :
 Y el antes fatigoso
 Del triste corazon flaco latido
 En vigoroso golpe convertido,
 Y palpitantes conteniendo apenas
 La hirviente sangre las hinchadas venas
 Y sintió nueva fuerza en los nervudos
 Músculos antes de calor desnudos,
 Mientras en su agitada fantasia
 Volando con locura el pensamiento,

En vaga tropa imágenes sin cuento
 De oro y azul el porvenir traía.

El corazon henchido de esperanza,
 Sin temor de mudanza
 Mecida el alma en el placer futuro,
 El ánimo seguro
 Tras su ilusion lanzándose á la gloria,
 Y libre de recuerdos la memoria,
 Y el alma y todo nuevo,
 Todo esperanzas el feliz mancebo.

La nube mas ligera
 No empañaba la atmósfera siquiera
 De su nuevo atrevido pensamiento,
 Nuevo su sentimiento
 Y pura y nueva su esperanza era ;
 A su espalda las aguas del olvido
 Sus antiguos recuerdos se llevaron
 Y de la vida con raudal crecido
 Correr el limpio manantial dejaron.

Y era el primer latido
 Que daba el corazon, y era el primero
 Pensamiento ligero
 Que formaba la mente, y la primera
 Nacarada ilusion del alma era :
 Sus ojos á mirar no se volvian
 Los recuerdos que huian
 Y el denso de la muerte oculta,
 Porque muertos habian,
 Muerto ya hasta el recuerdo de su nombre
 Que allá tambien la eternidad sepulta,
 Y al despertar amaneció otro hombre.

¿ Quién dudará que el nombre es un tormento ?
 Todo el tiempo pasado
 Va para siempre atado
 Al nombre que conserva el pensamiento

Y trae á la memoria
 Un solo nombre, una doliente historia.
 Hilo tal vez de la madeja suelto,
 En el nombre va envuelto
 El despecho, el placer, las ilusiones
 De cien generaciones
 Que su historia acabaron
 Y cuyos nombres solo nos quedaron.
 Clavo de donde cuelgan nuestras vidas
 En mil girones pálidos rompidas,
 Que traen á la memoria
 Cual rota enseña la pasada gloria :
 Porque el nombre es el hombre
 Y es su primer fatalidad su nombre,
 Y en él se encarna á su existencia unido,
 Y en su inmortal espíritu se infunde,
 Y en su ser se confunde,
 Y arranca su memoria del olvido.
 Y viviendo de ajena y propia vida,
 Alma de los que fueron, desprendida
 Júntase el alma del que vive y lleva
 Cual parte de su vida en su memoria
 La ajena vida y la pasada historia.

Cuanto diciendo voy se me figura
 Metafísica pura,
 Puro disparatar, y ya no entiendo,
 Lector, te juro, lo que voy diciendo.
 Vuelvo á mi cuento y digo
 Que el viejo nuestro amigo
 Amaneció tan otro y tan ufano,
 Tan orondo y lozano
 Que envidia y gloria diera
 A un jerónimo antiguo si le viera.
 No hablo de los jerónimos de hoy día,
 Que flacos, macilentos,
 Tal vez recuerdan con la panza fría
 La abundancia y la paz de sus conventos.

Tercia y luciente brilla
 La morena mejilla;
 Los afilados dientes
 Unidos, transparentes,
 Entre sus labios de carmín blanquean,
 Y en negros rizos por su espalda ondean
 Los cabellos de ébano bruñido,
 En tanto que encendido
 Fuego sus negros ojos centellean;
 Y su frente diáfana ilumina
 Su raudo pensamiento
 Prestando á su semblante movimiento
 Vívido rayo de luz la divina.
 Ancha la espalda, levantado el pecho,
 De férreos nervios hecho
 El vigoroso cuerpo, y la belleza
 Junta á la fortaleza :
 Maravillosa máquina formada
 Por ingenio divino
 De siglos mil á resistir lanzada
 El choque y torbellino.

¡ Y el alma ! ¡ el corazón ! ¡ la fantasía !
 ¡ Oh ! la aurora mas pura y mas serena
 De abril florido en la estación amena
 Fuera junto á su luz noche sombría.

Nosotros ¡ ah ! los que al nacer lloramos,
 Que paso á paso á la razón seguimos !
 Que una impresión tras otra recibimos,
 Que ora á la infancia, á la niñez llegamos,
 Luego á la juventud : ¡ ah ! no alcanzamos
 A imaginar la dicha y la limpieza
 Del alma en su pureza.
 ¿ Quién no lleva escondido
 Un rayo de dolor dentro del pecho ?
 ¿ Por cuál dichoso rostro no han corrido
 Lágrimas de amargura y de despecho ?

¡Quién no lleva en su alma
¡ Ah! por muy jóven y feliz que sea,
Un penoso recuerdo, alguna idea,
Que nublando su luz turba su calma!

Tal nuestro padre Adán..... Pero dejando.

Comparaciones frias
Que el alma atormentando
Nos traen recuerdos de mejores días,
Y de aquella fatal, negra mañana
De la flaqueza ó robustez de Eva,
Cuando alargó la mano á la manzana
Y.... Pero, pluma, queda...
¿A qué vuelvo otra vez al Paraíso
Cuando la suerte quiso
Que no fuera yo Adán, sino Espronceda?
Ni el primer hombre, ni el varon segundo
Sino Dios sabe el cuantos, que no tengo
Número conocido y me entretengo
En este mundo tan alegre y vario
Como en jaula de alambres el canario
Divertido en cantar mi *Diablo Mundo*,
Grandilocuo poema y elocuente,
En vez de hablar allí con la serpiente..
Reptil sin instruccion, poco profundo,
Poco *espiritual* y al cabo un ente
De fe traidora y de melosa lengua,
El cual tal vez me hubiera pervertido
Y como á Eva para eterna mengua
Deshonrado además y seducido:
Y al fin allí no habia
Cátedras ni colegios todavía.

Y dejando tambien mis digresiones,
Mas largas cada vez, mas enojosas
Que para mí son tachas y borrones
De las mejores obras, fastidiosas

Haciéndolas, llevando al pacienczudo
Lector confuso siempre, aunque es defecto
De escritor concienzudo
Que perdona el efecto,
Con la intencion de mejorar conciencias
Con sus disertaciones y advertencias,

El hombre en fin se levantó del lecho
Mancebo ardiente y vigoroso hecho,
Fuera de sí de esfuerzo y de alegría,
Rebosándole el gozo
Al rostro y en el alma el alborozo
Al impulso secreto que sentia.

Era en el mes de abril una mañana,
Con un rayo de sol dorado el viento
Alegra el cristal de su ventana,
Y mecidas en blando movimiento
De varios tiestos las pintadas flores,
Sus corolas erguian
Y al trasparente céfiro esparcian
Juveniles aromas y colores.

Desplegaba ligera
Entre las flores y el cristal sus alas,
Ninfa de la galana primavera,
De su color vestida y ricas galas,
En círculos volando bulliciosa
Alegre mariposa,
Sus alas dando al sol rico tesoro
De nieve y de zafir con polvos de oro.
Y la aromosa flor que se mecia,
Y el aliento del aura enamorada,
Y la brillante luz que se bullia,
Y el inquieto volar de la encantada
Mariposa feliz girando en torno,
Imágenes doradas de la vida
Eran y rico adorno
Que á la ilusion del porvenir convida.
Flores, luces, aromas y colores,
Que sueña el alma enamorada cuando

Guardan su sueño á su alrededor cantando
La virtud, la esperanza y los amores.

Y un alegre rumor que el vago viento
En confundido acento
De la calle elevaba,
Bullicio de la gente que pasaba,
Cada cual acudiendo á sus quehaceres,
Acá y allá esparcidos
Su afán mezclando y diferentes ruidos
Al confuso rumor de los talleres :
Escalando á la estancia del mancebo
Con estrépito alegre y armonía,
A su encantado pensamiento nuevo
Regocijo añadia.

¡Oh mundo encubridor, mundo embusterol
¡Quién en la calle de Alcalá creyera
Tanta felicidad que se escondiera
Y en un piso tercero!
Mas todo son jardines de hermosura,
Si con su varia tinta
El alma en su ventura
Y mágica ilusion el cuadro pinta :
Y el mas bello pensil trueca y convierte
Del alma la amargura
En páramo erial de luto y muerte!

¡Bueno es el mundo! ¡bueno! ¡bueno! ¡bueno!
Ha cantado un poeta amigo mio,
Mas es fuerza mirarlo así de lleno,
El cielo, el campo, el mar, la gente, el rio,
Sin entrarse jamás en pormenores
Ni detenerse á examinar despacio,
Que espinas llevan las lozanas flores,
Y el mas blanco y diáfano topacio

Y la perla mas fina
Manchas descubrirá si se examina.

Pero ¿qué hemos de hacer, no examinar?
¿Y el mundo que ande como quiera andar?
Pasar por todo y darlo de barato
Fuera vivir cual sandio mentecato,
Elegir la virtud en un buen medio
Es un continuo tedio ;
Lanzarse á descubrir y alzarse al cielo
Cuando apenas alcanza nuestro vuelo
A elevarnos un palmo de la tierra,
Miserables enanos,
Y con voces hacer mezquina guerra
Y levantar las impotentes manos,
Es ridículo asaz y hartó indiscreto :
Vamos andando pues y haciendo ruido,
Llevando por el mundo el esqueleto
De carne y nervios y de piel vestido.
¡Y el alma que no sé yo do se esconde!
Vamos andando sin saber adonde.

Vagaba en tanto por la estancia en cueros
Sin respeto al pudor como un salvaje,
O como andaba allá por los oteros
Floridos del Eden, ó por los llanos,
Sin arcabuz ni paje
El padre universal de los humanos,
Que sin duda andaria
Solo y sin su mujer el primer dia,
O como van aun en las aldeas,
Sucias las caras feas
Y el cuerpo del color de la morcilla,
Los chicos de la Mancha y de Castilla,
Nuestro héroe gritando,
Gestos haciendo y cabriolas dando,
Hasta que al fin al ruido

Entró allí su patron medio dormido.
 Frisaba ya el patron en sus cincuenta,
 Hombre grave y sesudo,
 Tenido entre sus gentes por agudo,
 Con lonja de algodones por su cuenta :
 Elector, del sensato movimiento
 Partidario en política, y nombrado
 Regidor del heróico ayuntamiento
 Por fama de hombre honrado,
 Y odiar en sus doctrinas reformistas
 No menos al partido moderado
 Que á los cuatro anarquistas,
 Aunque estos le incomodan mucho mas :
 Por no verlos se diera á Barrabás,
 Y tiene persuadida á su mujer
 Que es gente que no tiene que perder.

Leyendo está las Ruinas de Palmira
 Detrás del mostrador á aquellas horas
 Que cuenta libres, y á educarse aspira
 En la buena moral,
 Y á la patria á ser útil en su oficio,
 Habiendo ya elegido en su buen juicio,
 En cuanto á religion, la natural :
 Y mirando con lástima á su abuelo
 Que fué al fin un esclavo,
 Y el mezquino desvelo
 De los pasados hombres y porfias,
 Rinde gracias á Dios, que el mundo al cabo
 Ha logrado alcanzar mejores dias.
 Así filosofando y discurriendo,
 Sus cuentas componiendo,
 Cuidando de la villa y su limpieza,
 Solo tal vez alguna ligereza
 Turba su paz doméstica, que ha dado
 En darle zelos su mujer furiosa,
 Y aunque sobre manera

Los zelos sin razon ella exagera,
 Suenan en el barrio como cierta cosa
 Que aunque viejo es de fuego
 Corriente en una broma y mujeriego.

En la estancia al estruendo y algazara
 Entre el discreto concejal gruñendo
 Y con muy mala cara
 De las bromas del huésped maldiciendo;
 Bromas de un hombre de su edad ajenas,
 Con un pié en el sepulcro dando voces,
 Haciendo el niño y disparando coces.....
 Mas lo que puede el regidor apenas
 (Don Liborio) llegar á comprender,
 Es cómo á tanto escándalo se atreve
 Un hombre que le debe
 Cuatro meses lo menos de alquiler.

« ¿Es posible, al entrar, dijo, don Pablo,
 (Sin reparar siquiera
 Que su huésped el mismo ya no era)
 Que os tiene así tan de mañana el diablo ?
 ¡Vive Dios, que os encuentro divertido!.....
 Parece bien que un viejo que ya tiene
 Mas años que un palmar, hecho un orate
 Arme él solo mas ruido
 Que cien chiquillos juntos..... ¡Botarate!
 Mas valiera que tantas alegrías
 Fueran pagar contado
 Mis cuatro meses y diez y ocho dias! »

Tal con rostro indigesto
 Dijo, y en ademan de hombre enojado
 Con desden la cabeza torció á un lado
 Y empujó el labio con severo gesto.

Con una interjeccion y un fiero brinco
 Digno de Auriol el saltarin payaso,
 Al grave regidor le salta al paso,
 Colgándose á su cuello con ahinco
 Y amorosa locura,
 Su improvisado huésped que se afana
 (Tal simpatiza la familia humana)
 Por conocer aquel confuso ente
 De tan rara figura
 Que aparece á sus ojos de repente :
 Y ambas manos le planta
 En los carillos y su faz levanta
 Por verle bien, y en la nariz le arroja
 Tan súbita y ruidosa carcajada,
 Fijando en él su vívida mirada,
 Que al pequeñuelo regidor enoja.

¡Cómo! á mí! ¡voto á tal! gritó en su ira
 Furioso el pobre concejal en tanto,
 Viendo aquel tagarote con espanto
 Que con salvaje júbilo le mira,
 Que le acaricia rudo,
 Hércules sin pudor, Sanson desnudo,
 Con atencion tan rara y tan prolija
 Que al contemplar sus gestos y oír su voz
 Cada vez mas se alegra y regocija
 Con delirio feroz.
 Crugiéndole de cólera los huesos
 En su impotencia don Liborio en vano
 A remediar se esfuerza los excesos
 De aquel bárbaro audaz y casquivano :
 Confuso y sin saber quién le ha traído,
 Ni por dónde ha venido,
 Ni cómo por qué arte prodigioso
 Su pacífico viejo en tan furios
 Huésped se ha convertido.

Su alegre huésped que le palpa y rie
 Como á juguete vil contempla el niño,
 Que en su brutal cariño
 Ni un punto le permite se desvie;
 Que imperturbable, en tanto que murmulla
 El patron amenazas y razones,
 Súplicas, maldiciones,
 Gritos inortográficos le aulla,
 Pálpale el rostro y pízcale el semblante.

¡ Qué hombre formal se vió
 En situacion jamás tan apurada!
 Su grave dignidad comprometida,
 Y aquí la autoridad desconocida
 Yace además y ajada
 Con que la sociedad le revistió!

Ya le levanta en alto y le examina,
 Y al verle mal formado y tan pequeño
 Le contempla risueño
 Entre cariño y burla con ternura,
 Y que un poder providencial lo envía
 (¡ Oh presuncion del hombre!) se figura
 A servirle y hacerle compañía.

En fin los gritos fueron
 Tales y tantas del patron las voces,
 Que todos los vecinos acudieron
 Al estruendo y estrépito feroces.
 Acudió como era
 De su deber al punto la primera,
 Su mujer con vestido de mañana
 Y tres moños no mas en la marmota,
 Dos de color de rosa, otro de grana,
 Que aunque el afan de ver quién alborota
 La hizo subir con el vestido abierto,

La negra espalda al aire y sin concierto,
 La marmota y los lazos con descuido
 Por el bien parecer se los ha puesto,
 Que un traje limpio y un semblante honesto
 Decoro en la mujer dan al marido.
 Acudió á la par de ella
 Un pintor jóven cuya mala estrella
 Trajo á Madrid con mas saber que Apeles,
 Mas no llegó á pintar porque el dinero
 A su llegada le ganó un fullero
 Y no compró ni lienzo ni pinceles;
 Y en la buhardilla vive,
 Lejos del ruido y pompas de este mundo,
 Junto á Dios nada menos, que el profundo
 Genio de Dios la inspiracion recibe :
 Mas tanto genio por causa tan fútil
 Estéril es, la inspiracion inútil.
 ¡Y oh prosa! ¡oh mundo vill! no inspiraciones
 Pide el pintor á Dios sino doblones.

Un cachazudo médico vecino
 Del cuarto principal, materialista,
 Sin turbarse subió, y entre otros vino
 Un romántico jóven periodista,
 Que en escribir se ocupa folletines,
 De alma gastada y botas de charol,
 Que ora canta á los muertos paladines,
 Ora escribe noticias del Mogol
 Cada línea á real, y anda buscando
 Mundo adelante nuevas sensaciones,
 Las ilusiones que perdió llorando,
 Lanzando á las mujeres maldiciones.

En tanto le ha quitado su gorreta
 Griega al patron el héroe, y decidido
 Sobre su noble frente la encasqueta
 Ancho de vanidad, de gozo henchido :
 Y en cueros con su gorro se pasea
 Por el cuarto, y gentil se pavonea,
 Que es natural al mas crudo varon
 Ser algo retrechero y coqueton,
 Echándole al patron con desparpajo,

Miradas que le miden de alto á abajo,
 Sin hacer caso de sus voces fieras
 Creyéndole en su estado natural,
 Ni atender al estrépito infernal
 De los que suben ya las escaleras.

Se abrió de golpe la entornada puerta
 Y de tropel entraron los vecinos
 Y hallaron al patron que á hablar no acierta
 Y al Hércules haciendo desatinos :
 Su esposa la primera, medio muerta
 De espanto y de dolor, gritó : ¡asesinos!
 Porque tiene el amor ojos de aumento
 Y quita la pasion conocimiento.

Fué del patron cuando llegó socorro
 Echarla lo primero de valiente,
 Y recobrar su dignidad y el gorro,
 Tomando un ademan correspondiente
 Y así mirando indiferente al corro,
 Que es máxima que tiene muy presente
 La de *nihil admirari*, y la halló un día
 En un tratado de filosofia,

Tendió la mano al loco señalando,
 Y al mismo punto su inocente esposa,
 La misma infausta direccion, temblando
 Con los ojos siguió toda azarosa!
 ¡Oh terrible visu! ¡cuadro infando!
 ¡Oh! la casta matrona ruborosa
 Vió..... ¿mas qué vió, que de matices rojos,
 Cubrió el márfil y se tapó los ojos?

Musas, decid qué vió..... La Biblia cuenta
 Que hizo á su imágen el Señor al hombre,
 Y á Adan desnudo á su mujer presenta
 Sin que ella se sonroje ni se asombre :
 Despues se le ha llamado y á mi cuenta,
 Mientras peritos prácticos no nombre
 La familia animal, está dudoso,
 Entre todos al hombre el mas hermoso.

Y muy cara se vende una pintura
De una mujer ó un hombre en siendo buena,
Y estimamos desnudo en la escultura
Un atleta en su rústica faena:
Mas eso no: la natural figura
Es menester cubrirla y darla ajena
Forma, bajo un sombrero de castor,
Con guantes, fraque y botas por pudor.

No que me queje yo de andar vestido
Y ahora mucho menos en invierno,
Y que el pudor se dé por ofendido
De ver desnudo un hombre lo discierno:
Y mucho mas si el hombre no es marido,
Ni cuñado siquiera, suegro ó yerno,
Que entonces la mujer no tiene culpa
Y el mismo parentesco la disculpa.

Mas es el caso aquí que aquella dama
Mujer del concejal..... ¡oh! sin lisonja,
¿Cómo diré la edad que le reclama
El tiempo que hace ya vive en la lonja,
Yo que me precio de galan? la fama,
Viéndola hacer escrúpulos de monja,
A los presentes reveló la cuenta
Y hubo vecino que la echó cincuenta.

¡Tanto pudor á los cincuenta años!
¡Oh incansable virtud de la matrona!
Después de tanto ataque y desengaños,
En este mundo pícaro que abona
El vicio con sus crímenes y amaños,
El tiempo que peñascos desmorona
No pudo su virtud jamás vencer:
¡Oh feliz don Liborio! ¡Oh gran mujer!

¿Y habrá de irse sin mirar siquiera
A un monstruo, á un loco? ¿y dejará en el riesgo
A su Liborio con aquella fiera
En trance que ha tomado tan mal sesgo?

No le permita Dios: Liborio muera
Y ella tambien con él. — Y aquí yo arriesgo
Por seguir en octavas este canto
Débilmente contar *dévouement* tanto!

Ella, la pobre, á su pesar forzada
A ver un hombre en cueros que no es
Su esposo, con rubor una mirada
Le echó de la cabeza hasta los piés;
Y aunque fuerte, y honesta, y recatada,
Un pensamiento la ocurrió despues;
Que la mujer al cabo menos lista
Tiene en su corazon algo de artista.

Y al contemplar las formas majestuosas,
La robustez del loco y carnes blancas,
Recordó suspirando las garrosas
Del pobre regidor groseras zancas:
Son las comparaciones siempre odiosas,
Siempre y en el archivo de Simancas,
Si no me engaño, pienso haber leído
Que en el símil perdió siempre el marido.

¡Oh cuan dañosas son las bellas artes!
Y aun mas dañosa la afición á ellas!
A sus maridos estudiar por partes
Cuántas extravió mujeres bellas!
No pensó mas moléculas Descartes,
Ni en mas rayos se parten las estrellas,
Que en partes ¡ay! una mujer destriza
A su esposo infeliz y lo analiza.

Y á par que en él aplica el analítico,
Al ajeno varón le echa el sintético,
Y al mas fuerte marido encuentra estético,
Y al mas débil galan encuentra atlético:
Juzga al primero un corazon raquíptico,
Halla en el otro un corazon poético,
La palabra de aquel ruda y narcótica
Y la del otro tímida y erótica.

Y á mí este juicio me parece exacto,
 Y parézcales mal á los maridos,
 Que ellos han hecho con el mundo un pacto
 Y sus derechos son reconocidos;
 Y si tienen mujer, justo *ipso facto*
 Es que su condicion lleven sufridos,
 Que habla con su mujer el que se casa
 Y yo con las paredes de mi casa.

El pensamiento que cruzó la mente
 De la honrada mujer del concejal,
 Fué sin pasión juzgado estrictamente
 Cuando mas un pecado venial:
 La honrada dueña que no sea siente
 (Y este es un sentimiento natural)
 Tan membrudo, tan noble y vigoroso
 Como su huésped su querido esposo.

Y otra cosa además siente también
 Que no se ha de saber por mí tampoco,
 Ya que ella la reserva y hace bien,
 Que al cabo el hombre aquel no es mas que un loco:
 Hay quien dice además que con desden
 Vió desde entonces y le tiene en poco
 (Tal impresion en ella el huésped hizo)
 A un mozo de la tienda asaz rollizo.

¡Ay infeliz de la que nace hermosa
 Mas la verdad (si la verdad se puede
 En materia decir tan espinosa)
 Es (y perdon la pido si se excede
 Mi pluma en lo demás tan respetuosa)
 (Y esto ¡oh lector! entre nosotros quede)
 Mas no le he de decir, que es un secreto
 Y siempre me hepreciado de discreto.

¿Quién es el hombre aquel? ¿quién le ha traído?
 ¿Adónde el viejo está que allí vivía?
 ¿Cómo y de dónde en cueros ha venido?
 La noche antes don Liborio había

Visto en su cuarto al viejo recogido,
 Su cuenta preparada le tenía,
 Y cuando el ruido á averiguar hoy entra
 Desnudo un loco en su lugar se encuentra.

Miran al loco todos entretanto,
 Que por tal al momento le tuvieron,
 Y tal belleza y desenfado tanto
 Confiesan entre sí que nunca vieron:
 Viéranlo con deleite si el espanto
 Que al encontrarlo súbito sintieron
 Les dejara admirarle, pero el susto
 Hasta á la dueña le acibara el gusto.

Él los mira también entre gustoso
 Y extrañado con plácido semblante,
 Con benévola risa cariñoso
 Señalando al patron que está delante.
 Y festejar queriéndole amoroso
 Fija la vista en él, y al mismo instante
 La mano alarga y el patron la evita,
 Se echa hácia atrás amedrentado y grita.

Y su desvío y desdeñoso acento
 Sin comprender tal vez y ya impaciente
 El nuevo mozo, entre jovial y atento,
 De un salto avanza á la agolpada gente;
 En pronta retirada un movimiento
 Todos hicieron, y hasta el mas valiente,
 El audaz regidor lo menos cinco
 Escalones saltó de un solo brinco.

No es retirarse huir, no, ni cordura
 Fuera trabar tan desigual combate,
 Con un loco de atlética figura
 Capaz de cometer un disparate:
 Gritando ¡atarlo! bajan con presura;
 Gran medida, mas falta quien le ate,
 Velos el loco y mas veloz que un gamo
 Prepárase á saltar de un brinco un tramo.

¡Oh confusion! que al verle de repente,
Rápido desprenderse de lo alto,
Cada cual baja atropelladamente,
Con gritos de terror, de aliento falto :
Rueda en monton la acobardada gente,
Y el regidor queriendo dar un salto,
Entre los piés del médico se enreda,
Se ase á su esposa, y con su esposa rueda.

Y el médico tambien rueda detrás,
A un tobillo cogido del patron,
Entrégase el pintor á Barrabás,
Que en un callo le han dado un pisoton,
Armase un estridor de Satanás,
El poeta ha perdido una ilusion,
Que ha visto de la dama no sé qué
Y á mas acaba de torcerse un pié.

Y acude gente, y el rumor se aumenta,
Y llénase el portal, crece el tumulto,
Su juicio cada cual por cierto cuenta,
Y se pregunta, y se responde á bulto :
Dicen que es un ladron, hay quien sustenta
Que al pueblo de Madrid se hace un insulto,
Prendiendo á un regidor, y que él resiste
A la ronda de esbirros que le embiste.

Llega la multitud formando cola
Al sitio en que se alzaba Mariblanca,
Y la nueva fatal de que tremola
Ya su pendon, y que asomó una zanca
El espantoso monstruo que atortola
Al mas audaz ministro, y lo abarranca,
El *Bú* de los gobiernos, la anarquía,
Llegó aterrando á la secretaria.

Ordenes dan que apresten los cañones,
Salgan patrullas, dóblense los puestos,
No se permitan públicas reuniones,
Pesquices ejecútense y arrestos,

Quedan prohibidas tales expresiones,
Obsérvense los trajes y los gestos
De los enmascarados anarquistas,
Y de sus nombres que se formen listas.

Que luego á son de guerra se publique
La ley marcial, y á todo ciudadano,
Cuyo carácter no le justifique,
Luego por criminal que le echen mano ;
Que á vigilar la autoridad se aplique
La mansion del congreso soberano,
Y bajo pena y pérdida de empleos,
Sobre todo, la casa de Correos.

Pásense á las provincias circulares,
Y en la Gaceta en lastimoso tono
Imprimanse discursos á millares
Contra los clubs y su rabioso encono ;
Píntense derribados los altares,
Rota la sociedad, minado el trono,
Y á los cuatro malévolos de horrendas
Miras, mandando y destrozando haciendas.

¡Oh cuadro horrible! ¡pavoroso cuadro!
Pintado tantas veces y á porfía
Al sonar el horrisono baladro
Del monstruo que han llamado la anarquía.
Aquí tu elogio para siempre encuadro,
Que á ser llegaste el pan de cada día,
Cartilla eterna, universal registro
Que aprende al gobernar todo ministro.

¡Oh cuánto susto y miedos diferentes,
Cuánto de afan durante algunos años
Con vuestras peroratas elocuentes
Habeis causado á propios y aun á extraños!
Mal anda el mundo, pero ya las gentes
Han llegado á palpar los desengaños,
Y aunque cien tronos caigan en ruina
No ~~menos~~ bien la sociedad camina.

¡Oh imbécil, necia y arraigada en vicios
 Turba de viejas que ha mandado y mandai
 Ruinas soñar os hace y precipicios
 Vuestra codicia vil que así os desmanda:
 ¿Pensais tal vez que los robustos quicios
 Del mundo saltarán si aprisa anda,
 Porque son tórpes vuestros pasos viles
 Tropel asustadizo de reptiles?

¿Qué vasto plan? ¿Qué noble pensamiento
 Vuestra mente raquítica ha engendrado?
 ¿Qué altivo y generoso sentimiento
 En ese corazón respuesta ha hallado?
 ¿Cuál de esperanza vigoroso acento
 Vuestra podrida boca ha pronunciado?
 ¿Qué noble porvenir promete al mundo
 Vuestro sistema de gobierno inmundo?

Pasad, pasad como funesta plaga,
 Gusanos que roeis nuestra semilla,
 Vuestra letal respiración apaga
 La luz del entusiasmo apenas brilla:
 Pasad, huid, que vuestro tacto estraga
 Cuanto toca y corrompe y lo amancilla;
 Solo nos podeis dar, canalla odiosa,
 Miseria y hambre y mezquindad y prosa.

Basta, silencio, hipócritas parleros,
 Turba de charlatanes eruditos,
 Tan cortos en hazañas y rastros
 Como en palabras vanas infinitos:
 Ministros de escribientes y porteros,
 De la nación eternos parasitos:
 Basta, que el corazón airado salta,
 La lengua calla y la paciencia falta.

Mientras al arma el ministerio toca
 Y se junta la tropa en los cuarteles,
 Y ve la gente con abierta boca
 Edecanes á escape en sus corceles

Cruzar las calles, y al motin provoca
 El gobierno con bandos y carteles,
 Y andan por la ciudad jefes diversos
 Cuyos nombres no caben en mis versos,

Como el jefe político y sus rondas,
 Capitan general, gobernador,
 Los que por mucho ¡oh monstruo! que te escondas
 Darán contigo en tu mansion de horror,
 Como del mar las agolpadas ondas,
 Al ímpetu del viento bramador,
 La calle entera de Alcalá ocupando
 Se va la gente en multitud juntando.

Y ya el disorde estrépito aumentaba
 Y la mentira y el afán crecía,
 Y la gente á la gente se empujaba,
 Codeaba, pisaba y resistía:
 El semblante y los ojos empinaba
 Cada cual para ver si algo veía,
 Y en larga hilera están ya detenidos
 Gentes, carros y coches confundidos.

Como bosque de palmas que al violento
 Impetu dobla la gallarda copa,
 Cuando apiñado lo recoge el viento
 Y con su manto anchísimo lo arropa,
 Así ondula con sordo movimiento
 En la ancha calle la agolpada tropa
 Y la apiñada muchedumbre ruge
 Al vaiven rudo de su propio empuje.

Y cede, y vuelve, y crece el vocerío,
 La agitación del popular tumulto,
 Y un pánico terror entre el gentío
 Con asombro comun resbala oculto;
 Y en tan revuelto y congojoso lío,
 Con ronca voz y con violento insulto,
 Contrarios intereses y pasiones
 Le abren plaza á codazos y empujones.

Y como negra nube en el verano,
Desátase en violento torbellino,
Y piedras llueve, y el dorado grano
Arroja al viento en raudó remolino :
Súbite rompe el populacho insano,
Se esparce y atropéllase sin tino,
Y huyen acá y allá, y allá y acá
Corre la gente sin saber do va.

Ya habrá el lector, si como yo del ruido
Y bulla popular y movimiento
Alguna vez aficionado ha sido,
Y con juicio observó y detenimiento,
Visto alguno tal vez tan aturdido
De la fuga en el crítico momento,
Que dos horas despues si lo ha encontrado
Del impetu primero aun no ha aflojado.

Y en bandadas derrámase y se extiende
La antes amontonada muchedumbre,
Como gorriones que el gañan sorprende
Vuelan del llano á la lejana cumbre :
Nadie á la voz del compañero atiende,
Nadie acude á la ajena pesadumbre,
Nadie presta favor y todos gritan
Y en confuso tropel se precipitan.

Y allí la voz aguardentosa truena,
Grita asustada la afligida dama,
Ladran los perros y las calles llena
La gente que en tumulto se derrama.
Suspende el artesano su faena,
Cuidoso el mercader sus gentes llama,
Puertas y tiendas ciérranse añadiendo
Nuevo rumor al general estruendo.

Y la prisa es de ver con qué asegura
Cada cual su comercio y mercancía,
Y como alguno entre el tropel procura
Mostrar serenidad y valentía,

Y en torno de él la multitud conjura,
A reunirse con calma, y sangre fria
Aconseja, mirando al rededor
Con ojos que desmienten su valor.

Y otros audaces de intencion dañina,
Gózanse en el tumulto y de repente
Donde la gente mas se arremolina
Prontos acuden á aturdir la gente :
Y huyen por aumentar la tremolina
Y confusion, y contra el mas paciente
Espectador pacífico se estrellan,
Y con fingido espanto le atropellan.

Y en tanto que unos y otros alborotan,
Perora aquel y el otro hazañas cuenta,
Páranse en corro y furibundos votan
Y un solo grito acaso el corro ahuyenta,
Y aquellos de placer las palmas frotan,
Y este el sombrero estropeado tienta,
Párase y el aliento ahogado exhala,
Y el tambor va tocando generala;

Y algunos nacionales van saliendo
El ánimo á la muerte apercebido,
El motin y su suerta maldiciendo
Con torvo ceño y gesto desabrido;
Y con voz militar, *Adios*, diciendo
A su aterrada cónyuge el marido,
Al son del parche y á la voz de alarma
Carga el fusil y bayoneta arma.

Y entretanto que vienen batallones
Y órdenes mil el ministerio expide,
Y envuelta en mil diversas confusiones
La autoridad en fin nada decide,
Y hay quien demanda á gritos los cañones,
Y quien las cargas de lanceros pide,
Y tal vez otro cavilando calla
Si escogerá la lanza ó la metralla.

Y en tanto que en Madrid, cual se derraman
 Por las faldas del rojo mongibelo
 De lava mil torrentes, que recaman
 Con ígneas cintas el tremante suelo,
 Turbas de gente alborotadas braman
 Y se derraman con insano anhelo,
 En turbiones las calles inundando
 Los unos á los otros espantando :

Súbito con asombro ve la gente
 Que aun al portal del regidor espera,
 Salir desnudo á un hombre de repente
 Con veloz violentísima carrera;
 Y otro tras él con cólera impotente,
 Chico y gordo y vestido á la ligera,
 Afligido, empolvado y sin aliento,
 Todos los pelos de la calva al viento;

Y á una mujer tambien desaliñada,
 Y seis ó siete mas llenos de espanto,
 Todos tras él gritando con turbada
 Voz, *que tengan al loco*, y entretanto
 Por la calle la faz alborozada,
 El loco va con regocijo tanto,
 Que causa gusto el verle tan esbelto
 Andando á brincos tan airoso y suelto.

Pero la gente viendo la figura
 Desnuda de aquel hombre que corria
 Rápido como el viento y la premura
 De la turba que ansiosa le seguia,
 Y las voces oyendo y la locura
 Temiendo del que loco parecia,
 Sin otra reflexion viento tomaron,
 Y hasta tomar distancia no pararon.

Mas luego que la calma sobrevino
 Y los mas animosos acudieron,
 Y que era huir un necio desatino
 Los menos advertidos conocieron,

Y á todos de saber el caso vino
 Curiosidad, hácia el patron corrieron,
 Que eran el nuevo jóven y el patron
 De tanto laberinto la ocasion.

Y en corro el caso del patron indagan,
 Y discutan tal vez puntos sutiles,
 Y los magines desvariando vagan
 Perdidos de la historia en los perfiles;
 Y oyen discursos sin que satisfagan
 Los discursos las mentes varoniles
 Que ansian profundizar, y nadie entiende
 El caso que el patron contar pretende.

« Es pues el caso, el regidor decia,
 Que este viejo es un loco huésped mio,
 Trocado en jóven de la noche al dia.
 — Mirad que estais diciendo un desvarío.
 — Yo cuento la verdad. — ¡Necia porfia!
 Está loco. — Señores, no me rio.
 Yo no discorro nunca á troche y moche,
 Era un viejo á las doce de la noche.

— Vamos, el regidor perdió un sentido.
 — Si eso no puede ser. — ¡No hay quién me asista!
 Gritaba la mujer, es un perdido,
 Un servil, un ladron, un anarquista.
 Ha querido matar á mi marido.
 — Y á vos os viola si no andais tan lista,
 La repuso un chuzon cara de pillo
 Que alegraba con chistes el corrillo.

« Yo dije que era viejo, ahora no digo
 Que no sea jóven. — Id y el diablo os lleve.
 — Y ahora se me va... — Sois un bodigo.
 — Con mas de cuatro meses que me debe.
 — Vos os contradecís. — Me contradigo
 Y no me contradigo. — Que lo pruebe,
 Gritaba el chusco de la faz burlona;
 Idos, buen hombre, á reposar la mona. »

Desnudo en tanto el nuevo mozo vuela,
 Párase, corre, alborozado grita,
 Mira alegre en redor, nada rezela,
 Cuanto le cerca su entusiasmo excita:
 Palpar, gritar, examinar anhela
 Cuanto mira y en torno de él se agita
 Como al amor del maternal cariño
 Mira la luz embelesado el niño.

VE Pobre inocente alma que entretiene
 El mundo, y le divierte cual gracioso
 Juguete, y á mirarle se detiene
 Con pueril regocijo candoroso!
 La luz, las gentes en conjunto viene,
 Todo á herirla, cual juego luminoso
 De prodigioso mágico que alzara
 Ideal otro mundo con su vara.

Y la ciudad, y el sol, y sus colores,
 La gente, y el tumulto, y los sonidos
 En grata confusion de resplandores,
 Y de armonías llega á sus sentidos,
 Cual las que esmaltan diferentes flores,
 Los verdes prados por abril floridos
 Confunden con sonoro movimiento
 Ruido y colores, si las mece el viento.

Y les presta su alma su hermosura,
 Y el corazon su amor y lozania,
 Su mente les regala su frescura,
 Y su rico color su fantasía:
 Les da su novedad luz y tersura,
 Regocijo les presta su alegría,
 Que el alma gozo al contemplarse siente
 Del mundo en el espejo trasparente.

Y en el continuo cambio y movimiento,
 Y algazara, y bullicio alegre y vario,
 Movido por recóndito portento
 Ve el mundo cual magnífico escenario:

Lámpara el sol meciéndose en el viento,
 Y obras de artificioso estatuario
 Las figuras que en rápido tumulto
 Cruzan, y anima algun resorte oculto.

Y con su propio gusto satisfecho,
 Que en si propia su alma se alimenta,
 Latir sintiendo alborozado el pecho,
 Nada se explica, ni explicarse intenta:
 Corre al placer de su ilusion derecho,
 De su mismo placer sin darse cuenta,
 Que del placer que se gozó sin tasa,
 Nadie se ha dado cuenta hasta que pasa.

Pobre, inocente alma que no sabe
 Que solo al niño su inocencia abona,
 Y que en el mundo compasion no cabe
 Que en la inocencia mofador se encona.
 Alma llena de fe, cándida ave
 Que dulces trinos en el bosque entona,
 Que sencilla de rama en rama vuela,
 Sin que su gracia al cazador conduela.

Alma que en la aficcion y la agonía
 Del alboroto popular y estruendo,
 Grata danza de amor y de alegría
 Con indecible júbilo está viendo;
 Cánticos la espantosa gritería
 Piensa tal vez, en su ilusion creyendo
 Animadas escenas placenteras
 El susto de la gente y las carreras.

Y á tomar parte en el comun contento
 Lánzase y rompe y en mitad se arroja
 Del bullicio mas rápido que el viento,
 Y entorno de él la gente se amanoja:
 Ni cura del ajeno sentimiento,
 Ni de verse desnudo se sonroja,
 Y ora forman en torno de él corrillos,
 Ora le sigue multitud de pillos.

Fué aquel día el asombro de la villa
 Y escándalo de todo hombre sesudo,
 Yendo tras él de gente una trahilla
 Que aterra á veces su ademan forzudo :
 Allí corren los chicos, aquí chilla
 Una mujer al verle andar desnudo,
 Y algunas que los ojos se taparon
 Por pronto que acudieron le miraron.

Y andando así la gente ya le acosa,
 Y alguno allí de condicion liviana
 Quiere que pruebe la intencion graciosa
 Y el trato afable de la especie humana :
 Y arrojándole piedras con donosa
 Burla por gusto é intencion villana,
 Le hizo el dolor sentir para que sepa
 Que no hay placer donde el dolor no quepa.

Que entró en el mundo nuestro mozo apenas
 Y su dicha y el mundo bendecía,
 É inocentes miradas y serenas
 Vertiendo en torno afable sonreía :
 Cuando la bruta gente á manos llenas
 Lanzaba en él cuanto dolor podía,
 Que en traspasar disfrutaban los humanos
 Su dolor en el alma á sus hermanos.

Sintió el dolor y el rostro placentero
 Súbito coloró de azul la ira,
 Y ya el semblante demudado y fiero
 Con ojos torvos á la gente mira :
 Huye el cobarde vulgo á lo primero,
 Piedras despues sin compasion le tira,
 Gritan : *al loco*, y con temor villano
 Iluyen y le señalan con la mano.

¿Quién de nosotros la ilusion primera
 Recuerda acaso en su niñez perdida?
 ¿Cuál fué el primer dolor, la mano fiera
 Que abrió en el alma la primer herida?

¡Ay! desde entonces sin dejar siquiera
 Un solo día, siempre combatida
 El alma de encontrados sentimientos,
 Ha llegado á avezarse á sus tormentos.

Mas ¡ay! que aquel dolor fué tan agudo,
 Que el alma atravesó sin duda alguna,
 Fué de todos los golpes el mas rudo
 Que injusta nos descarga la fortuna :
 Cuando inocente el corazon desnudo,
 En el primer columpio de la cuna,
 Se abre al amor en su ilusion divina,
 Y en él se clava inesperada espina.

¡Y despues! ¡y despues!... Así el mancebo,
 Hombre en el cuerpo, y en el alma niño,
 Todo á sus ojos reluciente y nuevo,
 Todo adornado con gentil aliño :
 Del falso mundo al engañoso cebo
 Corre y brinda bondad, brinda cariño,
 Y el mundo que al placer falaz provoca,
 Dolor da en cambio al alma que lo toca.

Mas deje, el mundo por su amor se encarga
 Como un chorizo de curarla al humo,
 Y de hiel rica quinta esencia amarga
 Sacar para bañarla con su zumo :
 Luego la ensancha mas, luego la alarga,
 La esquina, en fin, con artificio sumo,
 Hasta que endurecida y hecha callo,
 Suave al tacto le parece un rallo.

Grave dolor el del mancebo ha sido,
 Grave dolor, porque de aquella gente
 La injusticia y crueldad ha comprendido
 Con que paga su amor tan inocente :
 No en el cuerpo, en el alma le han herido,
 Que es niña el alma, y varonil la mente,
 Y de juicio y razon Dios le ha dotado
 Para que juzgue el mal que le ha tocado

Sintió primero cólera, y pasando
 El físico dolor al pensamiento,
 Volvió los ojos tristes implorando
 Piedad con amoroso sentimiento,
 Madre tal vez en su dolor buscando,
 Que temple con caricias su tormento,
*Mas los hombres no sirven para madres
 Y aun apenas, si valen para padres.*

Quando llegó un piquete, y bien le avino,
 Que la gente ahuyentó con su llegada,
 Y el mozo agradecido á su destino
 Miraba con placer la gente armada :
 Pregúntanle despues de donde vino,
 Cómo va en cueros, dónde es su morada,
 Y él que no sabe hablar nada responde,
 Los mira, y sigue sin saber adonde.

¿Y adónde va? á la cárcel prisionero,
 Que andar desnudo es ser ya delincuente :
 El entretanto observa placentero
 Los colores que viste aquella gente :
 Y de una bayoneta lo primero,
 Al mirarla tan tersa y reluciente,
 Tocó la punta en su delirio insano,
 Y en su inocente afan se hirió una mano.

Y este fué entonces el dolor segundo,
 Y dejaremos ya de llevar cuenta,
 Que para algo Dios nos echa al mundo,
 Y la letra con sangre entra y se asienta :
 Y así la razon gana, así el profundo
 Juicio con la experiencia se alimenta,
 Y porque aprenda, el mundo así recibe
 Al que no sabe cómo en él se vive.

FIN DEL CANTO TERCERO.

EL DIABLO MUNDO.

POEMA.

CANTO IV.

Rizados copos de nevada espuma
 Forma el arroyo que jugando salta,
 Ricos paisés de vistosa pluma
 En campos de aire el pajarillo esmalta :
 Alzase lejos nebulosa bruma,
 De sombras rica, si de luces falta,
 Y el verde prado y el lejano monte
 Muro y término son del horizonte.

Allá en la enhiesta vaporosa cumbre
 Su manto en Oriente el alba tiende,
 Y blanca, y pura, y regalada lumbre
 De su frente de nácares desprende :
 Cándida silfa á su fugaz vislumbre
 El aire en torno sonrosado enciende,
 Y en su fuente la ondina voluptuosa
 Se mece al son del agua armoniosa.

Y tras la densa y fúnebre cortina
 Del hondo mar sobre la rubia espalda,
 Ráfagas dando de su luz divina
 Mécese el sol en lechos de esmeralda :

Sintió primero cólera, y pasando
 El físico dolor al pensamiento,
 Volvió los ojos tristes implorando
 Piedad con amoroso sentimiento,
 Madre tal vez en su dolor buscando,
 Que temple con caricias su tormento,
*Mas los hombres no sirven para madres
 Y aun apenas, si valen para padres.*

Quando llegó un piquete, y bien le avino,
 Que la gente ahuyentó con su llegada,
 Y el mozo agradecido á su destino
 Miraba con placer la gente armada :
 Pregúntanle despues de donde vino,
 Cómo va en cueros, dónde es su morada,
 Y él que no sabe hablar nada responde,
 Los mira, y sigue sin saber adonde.

¿Y adónde va? á la cárcel prisionero,
 Que andar desnudo es ser ya delincuente :
 El entretanto observa placentero
 Los colores que viste aquella gente :
 Y de una bayoneta lo primero,
 Al mirarla tan tersa y reluciente,
 Tocó la punta en su delirio insano,
 Y en su inocente afan se hirió una mano.

Y este fué entonces el dolor segundo,
 Y dejaremos ya de llevar cuenta,
 Que para algo Dios nos echa al mundo,
 Y la letra con sangre entra y se asienta :
 Y así la razon gana, así el profundo
 Juicio con la experiencia se alimenta,
 Y porque aprenda, el mundo así recibe
 Al que no sabe cómo en él se vive.

FIN DEL CANTO TERCERO.

EL DIABLO MUNDO.

POEMA.

CANTO IV.

Rizados copos de nevada espuma
 Forma el arroyo que jugando salta,
 Ricos paisés de vistosa pluma
 En campos de aire el pajarillo esmalta :
 Alzase lejos nebulosa bruma,
 De sombras rica, si de luces falta,
 Y el verde prado y el lejano monte
 Muro y término son del horizonte.

Allá en la enhiesta vaporosa cumbre
 Su manto en Oriente el alba tiende,
 Y blanca, y pura, y regalada lumbre
 De su frente de nácares desprende :
 Cándida silfa á su fugaz vislumbre
 El aire en torno sonrosado enciende,
 Y en su fuente la ondina voluptuosa
 Se mece al son del agua armoniosa.

Y tras la densa y fúnebre cortina
 Del hondo mar sobre la rubia espalda,
 Ráfagas dando de su luz divina
 Mécese el sol en lechos de esmeralda :

La niebla á trozos quiebra y la ilumina
Del torso azul por la tendida falda,
Y de naranja, y oro, y fuego pinta
Sobre plato y zafir mágica cinta.

Y en monte, y valle, y en la selva amena
Y en la de flores mil fértil llanura,
Y en el seno del agua que serena
Se desliza entre franjas de verdura,
El ruido alegre y bullicioso suena
De seres mil que cantan su ventura,
Prestando su algazara y movimiento
Voz á las flores, y palabra al viento.

Las rosas sobre el tallo se levantan
Coronadas de gotas de rocío,
Las avecillas revolando cantan
Al blando son del murmurar del río :
Chispas de luz los aires abrillantan,
Salpicando de oro el bosque umbrío :
Y si el aura á la flor murmura amores,
La flor le brinda aromas y colores.

Y resonando..... et cétera; que creo
Basta para contar que ha amanecido,
Y tanta frase inútil y rodeo,
A mi corto entender no es mas que ruido :
Pero tambien á mí me entra deseo
De echarla de poeta y el oído,
Palabra tras palabra colocada,
Con versos regalar sin decir nada.

Quiero decir, lector, que amanecia,
Y ni el prado ni el bosque vienen bien,
Que este segundo Adán no verá el día
Nacer en los pensiles del Eden,
Sino en la cárcel lóbrega y sombría,
Que su pecado cometi6 tambien,
Viniendo al mundo por extraño hechizo,
Y es justo que tal pague quién tal hizo.

Corrió entre tanto por Madrid la fama
De aquella aparicion del hombre nuevo,
De como viejo se acostó en su cama,
Y al despertar se levantó mancebo.
Nueva de que era causa se derrama
Del gran tumulto que contado llevo
Cuando atento el patron, subiendo al ruido,
Halló en otro á su huésped convertido.

Hay en el mundo gentes para todo,
Muchos que ni aun se ocupan de sí mismos,
Otros, que las desgracias de un rey godo
Leen en la historia, y sufren parasismos :
Quien por saber la cosa, y de qué modo
Pasó, y contarla luego, á los abismos
Es capaz de bajar, quien nunca sabe
Sino es de aquello en que interés le cabe.

Quien por saber lo que á ninguno importa
Anda desempolvando manuscritos,
Para luego dejar la gente absorta
Con citas y con textos eruditos :
Otro almacena provision no corta
De hechos recientes, cuentos infinitos
Y mentiras apaña, y cuanto pasa,
Se entretiene en contar de casa en casa.

Este raro suceso que yo cuento
Aquí en la capital ha sucedido,
Y es tanta la jarana y movimiento
En que su vecindario anda metido,
Que muchos no tendrán conocimiento
De un caso no hace mucho acontecido,
Y á otros tal vez tan verdadera historia
Se habrá borrado ya de la memoria.

Mas yo como escritor muy concienzudo,
Incapaz de forjar una mentira,
Confesaré al lector que mucho dudo
De la verdad del caso que le admira :

Contaré el cuento con mi estilo rudo
Al bronco son de mi cansada lira,
Y el hecho á otros afirmar les dejo,
De haberse el mozo convertido en viejo.

Como me lo contaron te lo cuento,
Y yo de la verdad solo respondo
De qué el mozo salvaje del portento
Anda alegre por ahí mondo y lirondo :
Raro misterio que en conciencia siento
No poder descifrar por mas que ahondo,
Mas que mucho si necio me confundo
Sin saber para qué vine yo al mundo.

Que no es menor misterio este incesante
Flujo y reflujo de hombres , que aparecen
Con su cuerpo y su espíritu flotante,
Que se animan y nacen , hablan , crecen ,
Se agitan con anhelo delirante,
Para siempre despues desaparecen ,
Ignorando de donde procedieron ,
Y adonde luego para siempre fueron.

Baste saber que nuestro héroe existe
Sin entrarse á indagar arcano tanto,
Que tiene para estar alegre ó triste
Risa en los labios y en sus ojos llanto :
Que come, bebe, duerme, calza y viste,
Ya mas civil en este cuarto canto,
Y que Adan en la cárcel le pusieron
Cuando desnudo como Adan le vieron.

Baste saber que el Diario, en su importante
Seccion que casos de la corte cuenta,
En estilo variado y elegante
Que el interés del sucedido aumenta ,
Refiere este suceso interesante
Al número dos mil seiscientos treinta,
Y como sigue causa , el parte dado,
No me acuerdo qué juez de qué juzgado.

Y todos los de todos los colores
Periódicos (¡ amable cofradía !)
Que se apellidan ya conservadores ,
Ya progresistas , y que en lucha impía ,
Cebo de los políticos rencores ,
Mondan y pulen la cuestion del dia ,
De ilustracion vertiendo ricas fuentes
En caudales fructíferos torrentes.

Ahondando la cuestion de estrago tanto,
Buscando el móvil de motin tan fiero ,
Hallaron unos y otros con espanto,
Que era un pagado y vil aventurero,
No disfrazado bajo el noble manto
De la santa virtud, sino altanero,
Agente digno de la trama impía ,
Saliendo en carnes á la luz del dia.

Y acusó cada cual á su contrario
De haber pagado y encerrado al loco ,
Y del absurdo cuento estrafalarío
Que honra por cierto su invencion muy poco .
Cual al gobierno acusa atrabiliario,
Cual supone en los clubs que se halla el foco,
Sin que ninguno ser quiera en su ira
Autor de tan *ridícula mentira*.

Y con lógica sana y juicio recto
Probaron , como cuatro y tres son siete,
Que no cabe en el mas rudo intelecto
Que se convierta un viejo en mozalbete :
Y alguno á los milagros poco afecto ,
Con odio á todo clerical bonete ,
Probó que nada, en un sabio discurso,
Basta del mundo á trastornar el curso.

Y yo quedé de entónces convencido
Casi de que era mentiroso el cuento,
Aunque siempre mis dudas he tenido,
Que es muy dado á dudar mi entendimiento :

Y cuanto llevo hasta ahora referido
Ni lo afirmo, oh lector, ni lo desmiento,
Que por mi honor te juro no quisiera
Que nadie mentiroso me creyera.

Y casi casi arrepentido estoy
De haber tomado tan dudoso asunto,
Y de á pública luz sacarlo hoy
Que la incredulidad llega á tal punto;
Mas ya adelante con mi cuento voy
Al son de mi enredado contrapunto,
Que es mi historia tan cierta y verdadera
Como lo fué jamás otra cualquiera.

Es el caso que Adán preso y desnudo
Hacé ya un año que en la corte vive,
Do con áspero trato y ceño rudo
Aspera y ruda educacion recibe:
Es cada cual allí doctor sesudo
Que practicando de su ciencia vive,
Tomos que enseñan mas filosofia
Que cien años de estudio en solo un día.

Sociedad de filósofos aquella,
Andar allí desnudo á nadie espanta,
Antes mas bien pondrán pleito y querella
Al que lleve chaqueta, capa ó manta;
Y así á nadie extrañó cuando su estrella
Trajo allí al jóven que mi lira canta,
Y un año desde entónces ha corrido
Y el mancebo se está como ha venido.

En cuanto á traje y nada mas se entiende,
Que la sana razon su juicio aploma,
Sus sentidos aviva y los enciende
Y su rústico ardor desbrava y doma.
La gracia y ademan del jaque aprende,
Las mas punzantes voces del idioma,
Y á sufrir y á callar y á caso hecho
Guardarse la intencion dentro del pecho.

Y como el juicio su talento rija,
Comprende de derechos y deberes
El intrincado código que fija
Los goces de aquel mundo y padeceres:
Y el noble ardor que el corazon le aguija
En ansia de dominio y de placeres,
Y su hercúlea simpática figura
Del ajeno respeto le asegura.

Ni chiste ni pillada se le escapa,
Ni gracia alguna sin respuesta queda,
Ni las cartas mejor ninguno tapa
Cuando entre amigos el cané se enreda:
Revuelta al brazo con desden la capa,
Con él, navaja en mano no hay quien pueda,
Que en la cárcel ahora ya no hay pilló
Que maneje mejor que él un cuchillo.

Ni lo hay mas suelto y ágil, ni quien sea
Mas diestro á la pelota y á la barra,
Ni mas vivo y sereno en la pelea,
Ni de apostura tal ni tan bizarra,
Y á tanto va su gracia que puntea
De modo que hace hablar una guitarra,
Y para acompañar se pinta solo
Su acento varonil cantando un polo.

Y áspero á par que jugueton y atento
Sin que de su derecho un punto ceda,
Hombre de pelo en pecho y mucho aliento
Con los *ternes* y *jaques* entra en rueda:
Y creciendo en arrojo y valimiento,
En juez se erije y los insultos veda
Del fuerte al débil, y animoso arguye
Y á su modo justicia distribuye.

Tal vez habrá quien diga escrupuloso
Que es pcco tiempo para tanto un año,
Y poco fuera, cierto, si dichoso
Vivido hubiera en lisonjero engaño;

Mas allí donde el látigo furioso
La suerte vibra con semblante uraño,
Donde ninguno de ninguno cuida,
Pronto se aprende á conocer la vida.

Allí do hierve en ciego remolino
La sociedad, y títulos ni honores
Son del respeto formulado sino,
Ni sirven al que entra sus mayores;
Tienen todos que abrirse su camino,
Breve mundo de mas grandes dolores,
Do lucha el triste en su afligido centro
Contra la sociedad de fuera y dentro.

Siempre en eterna tempestad, impura
Mar donde el mundo su sobrante arroja,
Lucha náufrago el hombre á la ventura
Sin puerto amigo que en su mal le acoja:
Pechos que endureció la desventura
Y que el castigo de piedad despoja,
Cada cual de su propio pesar lleno,
Nadie se duele del dolor ajeno.

Y ¿en qué parte del mundo, entre qué gente
No alcanza estimacion, manda y domina
Un jóven de alma enérgica y valiente,
Clara razon y fuerza diamantina?
Apura el jarro del licor hirviente,
Cuando el mas esforzado desatina
Y trastornado y balbuciente bebe,
Y aun él cien jarros á apurar se atreve.

Y es su malicia la malicia aquella
Viva y gentil del despejado niño,
Luz y candor su corazon destella
En medio de su alegre desaliño,
Sunoble frente y su figura bella,
Su audacia inspira al corazon cariño,
Que aquella fiera gente en su rudeza
Admiran el valor y la grandeza.

Y aunque es su lengua rústica y profana
Y es su ademan de jaque y pendenciero,
Pura se guarda aun su alma temprana
Como la luz del matinal lucero;
Bate gentil, cual mariposa ufana,
El corazon sus alas placentero,
Que abrillantan aun los polvos de oro
De inocencia y virtud breve tesoro.

Ni leyes sabe, ni conoce el mundo,
Solo á su instinto generoso atiende,
Y un abismo de crímenes inmundos
Cruza y el crimen por virtud aprende:
Y aquel pecho que es noble sin segundo
Y que el valor y el entusiasmo enciende,
Aplica al crimen la virtud que alienta
Y puro es si criminal se ostenta.

Como niño que cándido se esfuerza,
Y hacerse el hombre en su candor presume,
Y la echa de ánimo y de fuerza,
Miente blasfemias, fuma aunque no fume,
No hay nadie sobre él que imperio ejerza
Y habla de mozas, tal, grato perfume
Vertiendo en torno de inocencia pura,
Al mas bandido remedar procura.

Y como en mente y en valor les gana
Y aventaja en nobleza y bizarría,
Tanto les vence cuanto mas se afana
En mostrarles mayor su gallardía;
Y aquellas almas viejas su alma ufana
Con noble anhelo superar ansía,
Sin cuidarse en los lances que le empeñan
De si es vicio ó virtud lo que le enseñan.

Y por amor á adornos y colores
Y entender que lo exige su decoro,
Bordado un marsellés con mil primores
Cuelga de su hombro izquierdo con desdoro:

Charro un pañuelo de estampadas flores
 Ciñe á su cuello una sortija de oro,
 Calzon corto, la faja á la cintura,
 Botin abierto y gran botonadura.

Que aprendiendo á jugar ganó dinero,
 Y allí á la reja la Salada viene,
 Moza que vive de su propio fuero
 Y en cuidar á los presos se entretiene :
 Él parece tal vez la hizo salero,
 Y ella que es libre y que á ninguno tiene
 Cuenta que dar, dineros y comida
 Le trae de amores por su Adan perdida.

Y ya le ha aconsejado en su provecho
 La pobre moza de su amor prendada;
 Que aunque de rumbo y garbo y franco pecho
 Y en su modo y palabras desgarrada,
 Y aunque le mira en cueros, que es bien hecho,
 Con dulce encanto y alma enamorada,
 Le aconsejó vestirse por decencia,
 Y él se dejó vestir sin resistencia.

Vagando va confuso el pensamiento
 En torno á la mujer del mozo ardiente
 Sin poderse explicar el sentimiento
 Que por sus nervios esparcido siente;
 Mas su vista le da dulce contento,
 Respira en ella un codicioso ambiente,
 Que mágico embelesa sus sentidos
 Tras la ilusion de su placer perdidos.

Y su voz aunque áspera que suena
 Grata á su oido, el corazon le adula,
 Y de ansiedad confusa su alma llena,
 Ni su ilusion ni su placer fórmula :
 Lejano son de amante cantilena,
 Que entre la brisa perfumada ondula,
 Al aire de su dulce devaneo
 Perdido vaga su genial deseo.

Y cuando ella con amor le mira,
 En la ansiedad vehemente que le aqueja
 Y en el ardor violento que le inspira,
 Quiere romper la maldecida reja :
 Y la sacude con violenta ira
 Porque acercarse á ella no le deja,
 Trémulos de furor sus miembros laten
 Y sus arterias dolorosas baten.

Látigo y grillos y penoso encierro,
 Pronta á saltar sobre él la muchedumbre,
 Tratado allí como indomable perro,
 Le impusieron forzada mansedumbre :
 Cual vigoroso potro tasca el hierro,
 Bota y arranca de las piedras lumbre,
 El mozo así sujeto á su despecho
 Siente un dolor que le desgarrá el pecho.

Fiero leon que á la leona siente
 En la cercana jaula de amor llena,
 Que con lascivo ardor ruje demente,
 De cólera erizando la melena,
 Y la garra clavando en la inclemente
 Reja, en torno los ámbitos atruena,
 Y el duro hierro sacudido cruje
 De tanto esfuerzo á tan tremendo empuje,

Que al placer le convida su hermosura,
 Mas á sus ojos mágica que el cielo
 Con su sereno azul bañado en pura
 Luz que colora el trasparente velo :
 Placer que inspira al corazon bravuro
 Fuerza á sus nervios y valiente anhelo,
 Su máquina impulsada y sacudida
 Al ignorado goce á que convida.

Que los ardientes ojos de la bella,
 Y el que mayo pintó de rosa y nieve
 Semblante alegre que salud destella,
 Redondas formas y cintura leve,

Y gallardo ademan, ligera huella,
Pié recogido en el zapato breve,
Y blanca media que al tobillo pinta
De negro á trechos la revuelta cinta;

Y el hueco traje que flotante vaga
En rica de lujuria y vaporosa
Atmósfera de amor que el alma halaga
Y excita los sentidos codiciosa,
Y que enseñar al movimiento amaga
Cuanto finge tal vez la mente ansiosa,
Que allá penetra en la belleza interna
Tras la pulida descubierta pierna:

Sácanle al rostro en torbellinos rojos
El fuego del volcan que el pecho asila,
Lanzando llamas sus avaros ojos,
Encendida la lúbrica pupila:
¡Misero del que entonces sus enojos
¡Ay! provocara; la ira que destila
Su impotencia en su alma, rebosando
Sobre él cayera su dolor vengando!

Visteis al toro que zeloso brama,
La cola ondeando sacudida al viento,
Que el polvo en torno levantando inflama,
Envuelto en nube de vahoso aliento,
Y ora á su amada palpitante llama,
Ora busca en su cólera violento,
Con erizado cerró y frente torva,
Quien el deseo de su amor estorba:

Así el mancebo en derredor revuelve
La vista en ansia de feroz pelea,
De nuevo á sacudir la reja vuelve,
Que trémula á su empuje titubea;
Calmarse, en fin, á su pesar resuelve,
Siente que en vano lucha y forcejea,
Y ella le habla, y él triste la mira,
Y sin saber que responder suspira.

Que él no sabe con ella hablar de amores,
Sino sentir en su locura ciego,
Suspiros son la voz de sus dolores,
Y son sus ansias en sus ojos fuego:
Ella entretanto calma sus furoros,
Que él siempre cede á su amoroso ruego,
Y en sus salvajes ojos se desliza
Dulce rayo de amor que los suaviza.

Porque es á un tiempo la manola airosa,
Gachona y blanda como altiva y fiera,
Y sabe con su Adán ser amorosa,
Y esquivada con los otros y altanera:
Paloma fiel, cordera cariñosa,
Aunque de rompe y rasga, y de quimera,
Y mal hablada, y de apostura maja,
Y que lleva en la liga la navaja.

Y está de su pasión tan satisfecha,
Tan ancha está de su gallardo amante,
Que hasta la tierra le parece estrecha
Y no hay dicha á su dicha semejante:
Cuando á la espalda la mantilla echa,
Y las calles se lleva por delante,
Pensando en el gachon que su alma adora,
En su propia hermosura se enamora.

Corazon toda ella, y alma, y vida,
Y gracia, y juventud, desprecio siente
Hacia la sociedad, libre y erguida,
Hollándola con planta independiente:
Dejando á su pasión franca salida,
Un *pues mejor* rasgado é insolente,
Con cara osada por respuesta arroja,
Si alguno reprendiéndola la enoja.

Pobre mujer para sufrir criada,
Vil la marcó la sociedad impía,
Viviendo en medio de ella condenada
A perpetua batalla y rebeldía:

Hija del crimen, sola, abandonada
A su propia experiencia y su energía,
Sin mas lazo en el mundo ni consejo
Que un padre preso, criminal y viejo.

Era el tío Lucas, padre de la bella,
Hombre de áspero trato y de torcida
Condición dura y de perversa estrella,
Sin cesar por su boca maldecida;
Pocas palabras, de indolente huella,
Mal encarado y de intención dormida,
Chico y ancho de espaldas, cargado,
Largo de brazos y patiestevado.

De chata y abultada catadura,
De entrecana y revuelta espesa ceja,
Ojos saltones y mirada dura,
Blanca patilla á trechos y bermeja,
La frente estrecha y de color oscura,
Rojo el pelo, como áspera guedeja
Inaccesible al peine, aborrascado
En vedijas la cubre enmarañado.

No hay cárcel ni presidio en las Españas
Que no conserve de él alta memoria,
Ciudad que no atestigüe de sus mañas,
Ni camino sin muestras de su gloria;
Y consignada está de sus hazañas
En procesos sin fin, su ínclita historia,
Aunque oscura y truncada, que á la pluma
Fió muy poco su modestia suma.

Lleva á rastra los pies andando, y mueve
Pesada y vacilante la cabeza,
Su pensamiento é intención aleve
Mostrando en su abandono y su pereza:
Mosquito insigne por azumbres bebe
Sin vacilar un punto su firmeza,
Siempre fumando el labio ya tostado
Con el tabaco negro y requemado.

Raya en sesenta años y cincuenta
Hace ya que empezó sus correrías;
Quienes fueron sus padres no se cuenta
Ni donde ha visto sus primeros días:
Siempre sagaz, diversa historia inventa
De sus viajes, familia y fechorías,
Cambia su nombre y patria, dando largas
Así á las horas de su vida amargas.

Este honrado varón, cuando desnudo
Adán entró en la cárcel, y la gente
Le examinaba con anhelo rudo,
Explicó el caso con sesuda mente:
« ¿No habeis, les dijo, visto nunca un mudo?
¿Qué diablos os *chungais* de un inocente? »
Y apartó á todos, con afecto raro
Dando á su mudo protección y amparo.

Y como luego el inocente diera
Pruebas de su vigor y valentía,
Y abriera á uno en desigual quimera
Contra las piedras la cabeza un día,
Tanto amor le cojió que la severa
Faz desplegando que jamás reía,
Hablaba siempre dél guiñando el ojo
Con cierta sonrisita de reojo.

« El chaval, el chaval, » decia entre sí,
« Meterle mano que mejor gazapo
No ha regalado el líbano al buchí (1);
Vamos con él á quien es el mas guapo. »
Y cuando vió que el mozo hecho un zahorí
Camina viento en popa á todo trapo,
Y aprende á hablar y en ardimiento crece
Y hacerse un hombre de provecho ofrece,

Fundó esperanzas el astuto viejo
Y comenzó á formarle á su manera,
Y le oye el jóven con sagaz despejo
Y con mas atención que conviniera:

(.) El escribano al verdugo en la jerga de la cárcel.

A él y á nadie mas pide consejo,
Sometida al talento su alma fiera,
Que en las cosas del mundo el viejo es ducho
Y el candoroso Adan le tiene en mucho.

Su observación profunda y su experiencia
Ha reducido á máximas la vida,
Es cada frase suya una sentencia,
Cada palabra una ilusion perdida:
Torpe y lento en hablar, vierte su ciencia
En truncados periodos sin medida,
Mas en su gesto su intencion marcada
Que en el valor de la palabra hablada.

Como entreabierta garza alza la mano,
Siempre de quite al frente el movimiento,
Y habla gruñendo como perro alano
Con ojos de través y sordo acento:
Sobre la frente el pelo rojicano,
La barba sobre el pecho, al mozo atento
Que su doctrina codicioso espera,
Una noche le habló de esta manera:

Hijo mio, pocos años
Me quedan ya que matar,
Porque á mí me han de acabar
La *viuda* (1) ó mis desengaños.

A tí mañana, á mí hoy:
Yo soy punta y tú eres mango,
Este mundo es un fandango,
Tú vienes y yo me voy.

Mira, de nadie te fies,
Hijo Adan, vive en acecho,
Lo que guardes en tu pecho
Ni aun á tí mismo confies.

(1) *Viuda*, la horca.

La gente... no hay un amigo:
Al que cae la caridad...
De una mala voluntad
Tienes un falso testigo.

Si mojas (1) á alguno, cuida
De endiñarle al corazon...
No se olvida una intencion
Y un beneficio se olvida.

Eres mozo, al mundo sales,
De los montes se hacen llanos:
Buena suerte y muchas manos,
Y callar y vengan males.

A malos trances mas brios:
Como la mar es en suma
El mundo, pero en su espuma
Se sustentan los navíos.

Las mujeres... la mejor
Es una *lunia* (2): en el suelo
El diablo no tiene anzuelo
Mas seguro ni peor.

Ellas te chupan el jugo,
Y te espantan los parnés (3);
Cuando carne comer crees
Estás comiendo besugo.

El hombre aquí ha de enredar
Sin que le enrede el enredo;
Tú no te chupes el dedo,
Que no hay que pestañear.

Mala siembra, mala siega:
Nada me va, nada sé,
Quien mas mira menos ve,
Y di la verdad, Juan Niega.

(1) Mojar, dar puñaladas.

(2) *Lunia*, mujer de mala vida, ramera.

(3) El dinero.

Esto es negro para tí,
 Pero ya lo entenderás,
 Y acaso te acordarás,
 Cuando lo entiendas, de mí.

Poco en verdad el candoroso mozo
 De tan profundas máximas comprende,
 Con tal misterio y maleante embozo
 Hablándole de un mundo que no entiende :
 Y al través de su rústico rebozo,
 Si el sentido tal vez sagaz trasciende
 De alguna frase, en su confuso empeño
 Cuanto adivina le parece un sueño.

Un mundo que una luz pura ilumina,
 Que viste y cubre un tan hermoso cielo,
 ¿ Mansion habrá de ser donde camina
 El hombre siempre con mortal rezelo ?
 ¿ Y será la mujer, creacion divina,
 Vida del alma y generoso anhelo,
 Brillante de placer y de hermosura,
 Enemiga también, también impura.... ?

¿ Será del hombre el hombre el enemigo,
 Y en medio de los hombres solitario,
 Él su sola esperanza y solo amigo
 Verá en su hermano su mayor contrario ?
 Grillos, cadenas, hambre y desabrigo
 Siempre serán el lúgubre sudario
 Que vista al entregarle á su abandono
 El hombre al hombre en su implacable encono ?

¿ Será tal vez que en bandos dividida,
 Lucha furiosa en ostinada guerra,
 La raza de los hombres fratricida
 Alternando el reposo de la tierra ?
 ¿ Qué brazo audaz que justo se apellida
 Contra su voluntad allí le encierra ?
 ¿ Quién llama criminal á aquella gente
 A quien oye decir que es inocente ?

Y él, que recuerda como en sueño apenas
 De su vida el primer dulce momento,
 ¿ Porqué á vivir en ásperas cadenas
 Vino y cruel con bárbaro tormento
 El hombre de dolor las manos llenas,
 En su inocencia lo arrojó violento,
 Castigando con grillos y prisiones
 El natural vigor de sus pasiones ?

Estas y otras reflexiones rudas
 Hierven en su ofuscada fantasía,
 Como aparece entre las sombras mudas
 Incierto rayo de la luz del día :
 Turbio su juicio, amontonando dudas,
 Sin fórmula vagando en la sombría
 Nube de que su mente está cubierta,
 Ni acierta á hablar, ni á preguntar acierta.

Tosió entre tanto su Mentor que arranca
 Del pulmon á pedazos su catarro,
 Y remoja la voz que se le atranca
 Sorbiéndose de vino medio jarro ;
 De un negro torcidon como una tranca
 Pica, lia y enciende su cigarro,
 Chupa y empuja con la uña el fuego
 Y en su discurso así prosiguió luego.

¿ Tú qué has hecho ? no has salido
 Chibato (1) del cascaron :
 Sin razon ó con-razon
 A la sombra te han traído.

Es sino de criaturas :
 No te gruñirá el barí (2) ;
 A mí me tienen aquí
 Un chota (3) y mis desventuras.

(1) Joven, nuevo.

(2) Juez. No te gruñira el barí, el juez poco te ha da hacer.

(3) Delator.

Se berreó (1) el maldecido,
Y dos señores muy llanos
Vinieron con cuatro alanos
A sorprenderme en mi nido.

Yo como soy muy cortés
Excusé su compañía,
Hasta que vi no podía
Ni por manos ni por piés.

No se llevaron mal chasco :
Seis pobretes... la del humo....
Que por ahí andan presumo ;
Yo aquí á la sombra me rasco.

Por ellos me di á partido ;
Dando largas ello irá,
Que no los traigan acá
Y nada se habrá perdido.

Tú, pobrecillo, reserva
Lo que ahora vas á saber,
Que en el mundo hay que aprender
A sentir crecer la yerba.

El que lo gana lo jama (2),
A buscársela, hijo mio,
A hacer tú mismo tu avío,
Que el que no llora no mama.

Y tú, para tí has de hacer,
Yo te pondré en buen camino :
Hijo, si tienes buen sino
Pan te queda que roer.

Los seis pobretes..... mas plata
Valen que ha dado el Perú :
Son muy gentes : verás tú
Seis meloncitos de cata.

(1) Hablar mas de lo que conviene.

(2) Comer.

Muy hombres, muy campechanos,
No porque yo los alabe,
Pero es cosa que se sabe,
Como las suyas no hay manos.

Saladilla te dirá
Lo que has de hacer : malos mengues (1)
Te lleven á tí y sus dengues,
Que tan derretida está.

Los seis pobretes reciben
Tambien de este pobre viejo
De cuando en cuando un consejo,
Y, Adan, como pueden viven

Yo bien te quisiera dar
Rentas y capellanía,
Pero el que no tiene usía
Se lo tiene que ganar.

El refran dice, hijo Adan,
Que Dios es omnipotente,
Y el dinero es su teniente,
Y que sin el din no hay dan.

Con que salud, y andar vivo,
Que por tu bien tengo empeño,
Y á Dios, que ya viene el sueño,
Cada mochuelo á su olivo.

Quedóse Adan mientras espera e día
Rumiando las palabras del bandido,
Pasar el mundo en confusion veía
Con loca fiebre y delirante ruido :
Luego en grata embriaguez su fantasia,
Embargándole el sueño su sentido
La imágen en vision encantadora
Le trajo amor de la mujer que adora.

(1) Diablos.

Grata vision que venturosa calma
 Su loco enajenado pensamiento,
 Que trae regalo y esperanza al alma,
 Ignorado deleite y sentimiento.
 En mitad del desierto umbrosa palma
 Que templá su calor calenturiento,
 Y á cuyo pié el viajero se reposa
 En paz de amor y languidez sabrosa.

Vision en cuyos brazos descansando
 Su oscura cárcel y ansiedad olvida,
 En jardines de rosas respirando
 El encantado aroma de la vida:
 El alma allí con movimiento blando
 En el columpio mágico mecida
 De su propia ilusion, cuenta un tesoro
 De esperanzas sin fin, de ensueños de oro.

Alma jóven y pura que suspende
 En la region del aire un devaneo,
 Y que en su propia luz, la luz enciende
 Y da forma y vision á su deseo:
 La atmósfera tal vez ruda le ofende
 Del ignorado mundo y su mareo,
 Mas si siente sus puntas dolorida
 Su propia juventud cura su herida.

Que hay en el alma, cuando nueva agita
 Sus áureas alas, una fuente pura,
 Que alegre riega la ilusion marchita
 Y renueva su fuerza y su hermosura:
 Bebiendo de ella el corazon palpita
 Hasta que al fin secándose la apura,
 Y en vez de la ilusion se alza la pena
 Que el manantial purísimo envenena.

Así en propia alma su consuelo
 Halla el mancebo, y de la pura fuente
 Con las aguas de vida su desvelo
 Templá, y el sueño perezoso siente:

Y luego en alas de su propio anhelo
 De la amada mujer, cruza en su mente
 La blanca imágen que por mas delicia
 Amorosa le besa y le acaricia.

Brilló entre tanto, si decirse puede
 Que brilla en una cárcel nunca el dia
 Donde á su luz la sombra nunca cede
 Ni un rayo el sol al corazon envia:
 Donde la tregua que al dolor concede
 Un breve sueño con crueldad impia
 Rompe la aurora, y vuelve á su faena
 El cautivo amarrado á su cadena.

Donde las horas hilan su tejido
 Sin enredar tal vez una esperanza,
 Y el tiempo al parecer pasa dormido
 Sin señales de alivio ni mudanza:
 Donde tal vez el término cumplido
 Que la ilusion del desdichado alcanza,
 Es en su ruda, inexorable suerte
 En un suplicio una penosa muerte.

Donde... pero tambien el hombre olvida
 Allí su pena en su locura insana,
 Rie, y canta, y devánase su vida
 Que entre el ayer se enreda y el mañana:
 La llaga del dolor adormecida
 Templá un olvido, una esperanza vana,
 Que es el presente lago alborotado,
 Do el porvenir se enturbia y lo pasado.

La causa en tanto en un rincon dormia,
 Sin cuidarse de Adán el escribano,
 Y un año largo de prision corria,
 Y nadie de él se acuerda: y un verano,
 Y otro pasara, y ciento, y pasaria
 Un siglo entero, y mil, y todo en vano,
 Situacion en las cárceles no extraña,
 Gracias al modo de enjuiciar de España.

Cuando la hermosa que al mancebo adora,
 Quién sabe cómo, acaso malamente,
 Logró de la pereza vencedora
 Del juez que diese á Adan por inocente.
 Vista la causa en fin, llegó la hora
 De darle libertad, y delincuente
 No pudiéndole hallar, le sentenciaron
 Las costas á pagar que otros causaron.

Las costas, pues, con otras bagatelas
 Pagó de sus ahorros la Salada,
 Cálzase el escribano las espuelas,
 La causa aviva, y la dejó zanjada:
 ¡Oh, cuánto, amor, el corazon desvelas
 De una hermosa mujer enamorada!
 ¡Cómo veló á la cárcel aquel día
 Rebosando la nueva en su alegría!

Párase ante la cárcel, precipita
 Acá y allá agitada sus paseos,
 Frenético su espíritu se agita,
 Sueña su alma amantes devaneos;
 Un siglo en su ansiedad loca, infinita,
 Cuentan cada minuto sus deseos,
 Allí esperando á que el escriba venga
 Y oír gritar « Adan con lo que tenga (1). »

Llegó por fin el anhelado instante,
 Corrió á la reja la feliz manola;
 Toda turbada látele el semblante,
 Que amor con mil colores arrebola;
 Y trémula la mano, y anhelante
 Con un ansia no mas y una idea sola,
 Entre la berja entrándola la agita
 Y con el gesto y con la voz le grita.

Y como tigre que acechando hambriento
 Tal vez descubre presa en la llanura,
 Y en arco el cuerpo arrójase violento,
 Salta, y entre sus garras la asegura,

(1) Grito con que en la cárcel llaman al preso que ponen en libertad. El mismo grito sirve para llamarlo y ponerlo en capilla.

No con ansia menor al dulce acento
 Que entrando hasta en sus tuétanos murmura,
 El mozo corre adonde ve á su bella
 Que al través de la reja se atropella.

¡Oh del primer amor dulces escenas
 Que presencia risueño un escribano,
 Palomas inocentes de amor llenas
 Que se huelgan delante del milano!
 Romped, en fin, romped esas cadenas
 Con que el destino os separó tirano,
 Y otras os teja de aromosas flores
 El buen Dios protector de los amores.

Abrazó Adan al redomado viejo,
 Honrado padre de su amada prenda,
 El cual frunciendo el rígido entrecejo
 Le apartó donde nadie los entienda;
 Y á solas repitiéndole el consejo
 De la noche anterior, le recomienda
 Prudencia y tino y ánimo en la vida
 Y le abraza otra vez por despedida.

¡Cuánto júbilo al alma y alborozo,
 Cuánto loco placer, cuánta alegría,
 Sintió alterado el indomable mozo
 Libre al mirarse y á la luz del día!
 Las arterias palpitante de gozo,
 Baña la luz su audaz fisonomía,
 Y de contento el corazon deshecho
 Suená á sus golpes conmovido el pecho

Y ella veloz con su ademan de maja,
 Su planta firme y su gentil soltura,
 La calle al lado de su amante baja
 Llamando la atención su donosura;
 Y ambos en medio á la comun baraja
 De gentes que atraviesan con presura,
 Y que á su garbo y gentileza atienden,
 Ojos á un tiempo y corazon suspenden.

Y él al mirarse al lado de su bella
 Y al tocarla tal vez su tacto es fuego :
 Fuego que lanza vívida centella
 Que el alma y corazon penetra luego ;
 Páranle á un tiempo su ignorancia y ella
 Que contiene su ardor con blando ruego,
 Y acaso su ardimiento tambien doma
 Cuando recuerda la pasada broma.

Que ha comprendido Adan que aquella gente
 Que él con rezelos y cuidadoso mira,
 Es acaso la misma que inclemente
 Piedras y lodo al inocente tira :
 Y cual furioso loco va impaciente
 Junto al loquero que temor le inspira,
 Así la rienda puesta á sus arrojios,
 Gira enredor sus rezelosos ojos.

Un pobre cuarto bajo en una casa
 Pobre, la moza en Avapiés habita,
 De baja planta y de fachada escasa.
 Limpia por dentro y de esmerada cuita :
 La llave con incierta mano pára,
 Y el mancebo feliz se precipita
 Tras ella en la mansion que amor ahora
 Con tintas mil de su ilusion colora.

Tintas que bañan en su lumbre pura
 La pobre estancia con celeste encanto,
 Vertiendo en torno aromas de dulzura
 Que amor derrama de su aéreo manto :
 Morada acaso triste, acaso impura,
 Mas de la dicha ahora templo santo,
 Convertido en Eden de ricas flores
 Al soplo germinal de los amores.

Que solo allí con la mujer que adora,
 Cuya hermosura la mansion encanta,
 Bastan apenas al mancebo ahora
 Los ojos á admirar belleza tanta :

Y el fuego que frenético atesora
 El corazon y su vigor levanta,
 Y su inquietud redobla, fulminante
 En ráfagas de luz brota al semblante.

Y entre sus manos trémula su mano,
 Sus labios devorándose encendidos,
 Al rudo impulso y al furor tirano
 De sus tirantes nervios sacudidos,
 Él, ignorante en su delirio insano,
 Respondiendo latidos á latidos,
 Al corazon la aprieta, el juicio pierde,
 La besa hambriento y con placer la muerde.

Y una nube quimérica ya vela
 Sus sentidos, y vaga y vaporosa,
 Placer, deleites y delirios zela,
 Y confunde su dicha vagarosa ;
 Y la hermosura disipada vuela
 De la mujer que espárcese amorosa,
 Y donde quiera, él gusta, toca y mira,
 Dicha, hermosura é ilusion respira.

Aire que con riquísimos olores
 Baña su negra cabellera riza,
 Luz vagarosa y blanda que de amores
 En los húmedos ojos se desliza,
 Voluptuosa niebla de colores
 Que un deliquio dulcísimo matiza,
 Los cerca enderredor embebecidos
 En su lánguida magia los sentidos.

Amor encuentra en su sabrosa boca,
 Y en sus ojos de amor amor respira,
 Afán de amores en su frente loca
 Latir contempla si á su hermosa mira ;
 Furor ardiente que el amor provoca
 Él en su aliento abrasador aspira,
 Y ella á su furia y su pasion demente
 Doblar su amor al estrecharle siente.

Y amor en voluptad se desvanece
Y va á perderse en el remoto cielo,
Que hasta allí disipándose parece
Que elevan sus espíritus su vuelo;
Y el aura del deleite que las mece
Y confunde sus almas, en un velo
Cubriéndolas de gloria y de ventura,
Allá las alza en sueños de dulzura.

Sueños que en torno en formas nacaradas
Vagos acá y allá revolotean,
Y en las venas latiendo arrebatadas
Entre la sangre trémulos serpean;
En los rígidos nervios desplegadas
Sus alas placidísimas ondean,
Sobre la frente bulle su armonía
Y ofuscan con su luz la fantasía.

Genios de amor, deidades de hermosura,
Don de la juventud, nuevas creaciones,
Que en el primer placer el alma pura
Llueve desde su cielo de ilusiones;
Inmenso amor, riquísima ventura
Que ignoran los mortales corazones
Que el yaronil vigor aun no han sentido
Y está el candor de su niñez perdido.

¡Oh! á su inocencia, á su infantil pureza
La fuerza juvenil junta el mancebo,
Nueva á sus ojos es tanta belleza,
Nuevas sus ansias y su goce nuevo;
Antes que la ilusion en su cabeza
Seque el deseo con picante cebo,
Dicha, ilusion, amores y delicias
Se atropellan en él con sus caricias.

Y allí en tropel, cual vierte su rocío
En las mañanas del abril la aurora
Sobre las verdes ramas del sombrío
Y en las pintadas flores que enamora,

Al alma y cuerpo con amante brio
La turba de placeres voladora,
Que en torno en algazara se levantan,
En círculos de júbilo la encantan.

Olas que van y vienen en su mente
Son sus alborotados pensamientos,
Confusos todos en tumulto ardiente
Brotando el corazon sus sentimientos;
Y al armonioso estrépito latente
Absortos los sentidos, los violentos
Impulsos del amor muestran pasmados
En éxtasis de gozo arrebatados.

¡Oh! ¡cómo vibra y en acorde canto
El alma de ella al alma de su amante!
¡Oh! ¡cómo tanto amor, delirio tanto
Se retrata en su cético semblante!
¡Oh! ¡cuál le presta su ignorado encanto
Su espíritu á su espíritu flotante,
Como el arco del músico se agita
Cuando violenta inspiracion le excita!

Que como cuando arrebatado azota
Al muelle mar el huracan violento,
Las apiñadas olas que alborota
A merced van del combatido viento,
Así en la llama eléctrica que brota
El alma en cada nuevo sentimiento,
Envuelta el alma ajena y sacudida
Vaga á merced de la pasion perdida.

Y ahora que así las almas considero
Prestándose placer, gloria y ternura,
Pararme un punto y lastimarme quiero
De mi propio disgusto y desventura;
Que ya gastado de mi ardor primero
El tesoro riquísimo seapura,
Y en mi amargo dolor continuo lloro
Perdido malamente aquel tesoro.

Aunque por otra parte me consuela
 No tener ya que ir como iba un día
 A escape con el alma y dando espuela
 Al alma que en mi curso antecogía;
 Ni soñada esperanza me desvela,
 Ni doy crédito ya á mi fantasía,
 Y si de amor no late el pecho mio
 También en cambio á mi placer me hastío.

¡Oh! ¡bendita mil veces la experiencia
 Y benditos también los desengaños!
 Piérdese en ilusión, gánase en ciencia,
 Gastas la juventud, maduras años.
 Tanta profundidad, tanta sentencia,
 Tantos remedios contra tantos daños,
 ¿A qué los debes, mundo, en tanta copia
 Sino á la edad y á la experiencia propia?

¿Y habrá tal vez alguno que sostenga
 Que no vale la ciencia para nada?
 ¿Y habrá menguado que á probar nos venga
 Que está la dicha en la ilusión cifrada?
 ¿Pues hay cosa que mas nos entretenga
 Que medir de los astros la jornada,
 Y saber que la luna es cuerpo oscuro,
 Y aire ese cielo al parecer tan puro?

Viva la ciencia, viva, y si en el mundo
 Perdiste ya del alma la energía,
 Y en ella guardas con dolor profundo
 Algun recuerdo de un dichoso día,
 Con viva aplicación, meditabundo
 Engólfate en los libros á porfía,
 Que aunque ellos nunca calmarán tu pena,
 Al menos te dirán qué es luna llena.

Y entretanto vosotros los que ahora
 Pinté embriagados de placer y amores,
 Gozad en tanto vuestras almas dora
 La primera ilusión con sus colores:

Gozad, que os brinda la primera aurora
 Con el jardín de sus primeras flores,
 Coged de amor las rosas y azucenas
 De granos de oro y de perfumes llenas.

Y sed vosotros isla de verdura
 Donde repose yo, cansado y yerto
 Del sol que ennegreció mi frente pura
 Y del árido viento del desierto:
 Idea de suavísima dulzura
 Vosotros sed do el pasamiento incierto
 Fije su vuelo, y vuestro aroma blando
 Venga á mi corazón su afán templando.

FIN DEL CANTO CUARTO.

EL DIABLO MUNDO.

POEMA.

CANTO V.

CUADRO I.

INTERIOR DE UNA TABERNA EN EL AVAPIÉS.

En un rincón junto á una mesa Adán con la Salada; ella contemplándole con rezelosa curiosidad, él distraído: grupo de majos á un lado: grupo de manolos y manolas que danzan. Un hombre con traje mitad seglar, mitad eclesiástico, flaco, ruin de estatura, chato, lampiño y el pellejo arrugado, pelo pobre y rojizo, chisgaravis repugnante, toca la guitarra. Su edad cuarenta años (1).

UN MANOLO.

Buen ánimo, padre cura,
Vamos, otra seguidilla.

PRIMERA MANOLA.

¡Qué sería está Saladilla!

SEGUNDA MANOLA.

Chica por poco se apura.

(1) Si modelo y dechado de todas las virtudes son el mayor número de nuestros sacerdotes, en todos tiempos, y especialmente en los malaventurados que corren, ha habido y se encuentran algunos miserables, hez y escoria de tan respetable clase. El lector se acordará tan bien como nosotros de haber hallado en su vida alguno que, haciendo gala de su desvergüenza, se parecía quizá al mezquino ente que aquí tratamos de describir.

PRIMERA MANOLA (al cura).

Diga usted, cara de fuelle,
¿No canta usted?

EL CURA.

(Con ademan salado que le sienta muy mal.)

¡Salerosa!

PRIMERA MANOLA.

¡Viva la gracia!

SEGUNDA MANOLA.

Mohosa,
Mala mano te desuelle.

EL CURA (apurando el vaso).

¡Sangre de Cristo! al avío.

SEGUNDA MANOLA.

Vamos pues, toque usted aprisa.

EL CURA.

Consumé: siga la misa,
Y ayúdame, hijo mío.

(A un mozalbete que alternará con él cantando.)

(Mientras rasga la guitarra, desaparece la fisonomía del cura escuerzo entre millares de innobles gestos.)

No hay religion mas santa (Canta.)

Que la de Cristo,
Que señala á los moros
Como enemigos.

Guerra á los cueros,
Porque matando moros
Se gana el cielo. (Danzan.)

SALADA.

¿Estás triste, dueño mío?
¿No respondes?

ADAN (distruido).

No sé, siento
Una ansiedad, un tormento.

SALADA.

Me matas con tu desvío :
Mira, Adan, me miro en tí
Como en Dios : ¿ qué mal te oprime ?
Por Dios, Adan, por Dios dime
Que también me amas así.

ADAN *(con frialdad)*.

Sí, te amo.

SALADA *(con ternura)*.

¿ No es verdad ?
Yo con locura : ¿ suspiras ?
¿ No respondes ? ¿ no me miras ?

(Adan recorre con los dedos la mesa, y los ojos bajos profundamente pensativo; ella con zozobra le mira fijamente y los ojos húmedos de lágrimas. Sigue la danza.)

PRIMERA MANOLA *(con desgarró)*.

¡ Jalea de navidad !
¿ Quién me la compra ?

SEGUNDA MANOLA.

(Señalando á Adan y á la Salada.)

¡ Qué par !

¡ La romántica ! ya llora :
Traigan agua á la señora,
Porque se va á desmayar.

EL CURA *(canta)*.

La mujer y las flores
Son parecidas,
Mucha gala á los ojos
Y al tacto espinas :

Y yo que tengo
El corazón herido
Nunca escarmiento.

(Corro de guapos.)

PRIMER GUAPO.

¿ Con qué es aquel ?
(Señalando á Adan con el gesto.)

SEGUNDO GUAPO.

Aquel es.

TERCER GUAPO.

Un trago, que pase el miedo.

SEGUNDO GUAPO.

Señor Matorrales, quedo,
Que es muy hombre.

TERCER GUAPO.

¿ Por los piés ?

SEGUNDO GUAPO.

Y por las manos.

PRIMER GUAPO.

Amigo,
Dice el refran que su silla
Pierde el que se va á Sevilla.

SEGUNDO GUAPO.

Y es natural.

TERCER GUAPO.

Pues yo digo
Que la cortaré la cara.

(Manolos bailando.)

PRIMER MANOLO.

Coja usted tierra, salero.

SEGUNDA MANOLA.

Estoy por decir no quiero.

EL CURA *(mirando de reojo á los majos)*.

Buena danza se prepara.

(Canta.)

Tienes una boquitris
Tan chiquitirris,
Yo me la comeriba
Con tomatirris.

EL CHICO *(canta)*.

Y en tus ojillos,
¡ Ay ! se me baila el alma

Que me derrito.

PRIMER GUAPO.

¿No te ha conocido?

TERCER GUAPO.

No :

Está ella muy distraída.

SEGUNDO GUAPO.

Quien bien quiso tarde olvida.

TERCER GUAPO.

Pues ella pronto olvidó.

TABERNERO.

Una azumbre se me debe.

TERCER GUAPO.

Eche usted otra, que quiere
Que el mozo aquel tan salero
Y aquella niña lo pruebe.

ADAN (á la Salada).

¡Me ahogo! siento un deseo,
Salada, no sé de qué :
Un afán.....

SALADA.

Yo sí lo sé;

No me quieres : bien lo veo.

ADAN.

Vistes aquel pez dorado
Que en tu casa en un fanal,
Breve lago de cristal,
Da vueltas aprisionado,
Y en la ventana al sol mira
Tejiendo en torno colores,
Y en las macetas las flores
Donde la brisa suspira :
Y ya escucha su rumor
Que le encanta, y le suspende
Ya la llama que se enciende,
Ya la beldad de la flor;

Y en su cárcel cristalina
Nada con mas ligereza
Por gozar de la belleza
Que los ojos le fascina :
Pues así yo, dueño mio,
La tierra, la luz, el cielo,
Disfrutar con loco anhelo,
Y sin saber cómo, ansío.

SALADA.

Mira, si tú, vida mia,
Me amaras como yo á tí,
Todo eso hallaras en mí
Y tu ansiedad calmaria.
Yo que tu amor solo anhelo,
Para templar mis enojos
Busco mi luz en tus ojos,
Hallo en tu frente mi cielo :
Y estando á tu lado, Adan,
Ni ese sol ni el cielo veo :
Que eres todo mi deseo
Y eres tú todo mi afán.
Decir ternuras ignoro,
Ruda y salvaje nací,
No sé qué pasa por mí
Ni tampoco porqué lloro :
Fuego en mi amargo dolor,
Fuego de Dios en mi estrella,
Que no me formó mas bella
Para aumentarte tu amor.
Mal haya, mal haya amen
Cuando te vi, ¿y quién te viera
Que al mirarte no aprendiera
Al momento á querer bien ?

ADAN.

Ves tú cuando tornasola
Los cielos la luz del día,
Y huye la noche sombría,
Y en tintas mil arrebola
La aurora el blanco celaje.
Y canta á la alborada
Las aves en la enramada.

Luciendo el vario plumaje :
 Mas placer, mas luz, mas vida,
 Mas amor vierte á torrentes
 Ese estrépito de gentes
 Que en multitud confundida
 Ayer vi cuando á tu lado,
 Con tanto afán, tanto gozo,
 Tanta gala y alborozo,
 Bajaban tantos al Prado.
 Adornos tan relucientes,
 Ricos trajes y colores,
 Coches, caballos, primores,
 Y gustos tan diferentes ;
 Y el lujo y la gentileza
 De aquellos tan altaneros
 Que llamas tú caballeros
 Y damas de la nobleza ;
 ¿ Cómo pueden no admirar
 Al que siquiera los mire ?
 ¿ Quién habrá que no suspire
 Por su grandeza igualar ?

SALADA.

¿ Quién mejor que tú entre ellos ?
 Por el mejor de mas brio
 No trocara yo, Adán mio,
 Un rizo de tus cabellos.

ADAN.

O estoy loco, vive Dios,
 O no me entiendes, Salada.

TERCER GUAPO.

(Se acerca al primero con el jarro de vino.)

Ve y dales la cambiada
 Y brinda tú por los dos.

(Quedan en observacion en el rincon opuesto los dos guapos.)

PRIMER GUAPO (á Adán y la Salada).

Dios bendiga lo que cria
 Bueno y lo estoy yo mirando.

LA SALADA (con desgarro).

Vaya un don Necio.

PRIMER GUAPO.

Estimando.

Mi alma, mas cortesía.

Mocito, un sorbo siquiera. (*A Adán.*)

*dan sin mirarle continúa distraído.)

SIGUE EL PRIMER GUAPO.

¿ Y usted, niña ?

SALADA.

Me hace mal

La espuma.

PRIMER GUAPO.

¡ Viva la sal !

(*Acercándose al oído de ella.*)

Está el gaché de quimera ?

SALADA.

¿ Sabe usted los mandamientos ?

Pues el quinto no moler.

PRIMER GUAPO.

Se me olvidan sin querer

A veces.

GUAPO TERCERO.

(*Al segundo en acecho desde el rincon opuesto.*)

Bebo los vientos

De pura cólera.

SEGUNDO GUAPO.

El majo

De monos sin duda está.

PRIMERA MANOLA. (*Corro de baile.*)

¡ Un soponcio, que me da !

PRIMER MANOLO.

¡ Viva ese desparpajo !

EL CURA. (*Canta.*)

Nunca mató á los hombres

La pena negra.

Desventuras y males
Y penas vengan :

¡ Ay ! las mujeres
A los hombres mejores
Les dan la muerte!

PRIMER GUAPO.

Mocito, ¿ usted ha perdido (*A Adan.*)
El habla?

SALADA.

Vaya un moscon.

ADAN.

No gasto conversacion.

PRIMER GUAPO.

¿ Se da usted por ofendido?
Pues lo siento.

ADAN (*con calma*).

Se acabó.

SALADA.

¿ Lo quiere usted claro?

PRIMER GUAPO.

Sí.

SALADA.

Que está usted de mas aquí.

PRIMER GUAPO.

(Se rasca con sorna y meneos truanescos.)

No entiendo indirectas yo.

TERCER GUAPO (*al segundo*).

El demonio me retienta,
Compañero. (*Continuan en acecho.*)

SEGUNDO GUAPO.

Crie usted pecho.

PRIMER GUAPO.

¡ Tengo una sangre!

SEGUNDO GUAPO.

El despecho.

PRIMER GUAPO.

Y la indina que lo aumenta.

(Corro de baile.)

PRIMERA MANOLA.

Pae cura, usted se enronquece.

SEGUNDA MANOLA.

Nija, dale un caramelo.

EL CURA.

De verte á tí me amartelo,
Pichona.

SEGUNDA MANOLA.

Me lo parece.

EL CURA. (*Canta.*)

Arrecógete y brinca,
Menéate y salta,
Porque tanto meneo
Me lleva el alma.

EL CHICO. (*Canta.*)

¡ Jesus, qué liga!
Y es lo bueno que nunca
Miente la pinta.

SALADA.

¿ Con qué no?

PRIMER GUAPO.

Pues por supuesto.

(Adan se levanta y lo coge con fuerza del brazo.)

ADAN.

Buen amigo, basta ya.

*(Le separa sujetándole sin trabajo y vuelve á sentarse.)*PRIMER GUAPO. (*Echa mano á la navaja.*)

Un demonio bastará,
Que el brazo me ha descompuesto

TERCER GUAPO.

(Al segundo, echándose ya en medio.)

Compañero, me perdí.

SEGUNDO GUAPO (*siguiéndole*).

Ya se armó.

TERCER GUAPO.

*(Desembozándose y presentándose á la Salada.)*Mala carcoma,
Di, ¿ me conoces ? pues toma.*(Le tira una navajada á la cara que no le da.)*

SALADA.

Esas se dan siempre así.

(Le entra el cuchillo junto al corazón.)

TERCER GUAPO.

¡ La unción ! ¡ favor ! me han herido !

TABERNERO.

¡ En mi casa !

EL CURA.

Las lió.

*(Tira la guitarra y sale á escape.)**(Huyen todos precipitadamente, coge á Adán la Salada del brazo, y salen juntos por la puerta de la trastienda.)*

ADÁN.

¿ Qué has hecho tú ?

SALADA.

¿ Qué sé yo ?

Corre pronto.

TABERNERO.

Me han perdido.

(Gente, justicia que acude, etc.)

FIN DEL CUADRO.

Tú el espíritu, amor, tú eres la vida
De la mujer que en tu ilusión se ceba,
Y halla en tí solo su ansiedad cumplida
La que tu dardo penetrante prueba :
El viento en remolinos sacudida
Acá y allá inconstante el alma lleva
Del hombre, y pasajero devaneo
Eres no mas de su primer deseo.

Inmenso mar que brinda al navegante
Con mansas olas y sereno viento
Y una playa riquísima y distante
Que ilumina á su gusto el pensamiento,
Y una luz que se pierde rutilante
Y brilla con inquieto movimiento,
Glorias, tesoros, la esperanza ofrece
A su ambición que en su delirio crece.

¡ Cuánto en la juventud la vida es bella !
Con músicas regala nuestro oído,
Los ojos guía reluciente estrella,
Brinda la flor aromas al sentido :
Lánzase el hombre con ardor tras ella,
Como al dejar el águila su nido,
Buscando al sol, y con seguro vuelo
Volando á hallarle en el remoto cielo.

¿ Quién parará su rápida carrera ?
¿ Quién pondrá coto á su afanar ardiente ?
Corre campo á buscar como la fiera
Que se lanza en el circo de repente :
Arrebata tal vez en su primera
Locura al que se opuso, indiferente
Lo abandona despues. ¡ Ay ! ¡ desdichada
La mujer que se oponga á su pasada !

Flor que arrebatada de su tallo el viento,
 La roba enamorado y se la lleva,
 Bésala y acaríciala violento
 Con nuevo ardor y con locura nueva:
 Bebe su aroma de su olor sediento,
 Y las ojas la arranca; en ella ceba
 Su amoroso furor, y al fin la arroja
 Cuando marchita y sin olor le enoja.

Y sigue, y allá va, y allá se lanza,
 Y allá acomete, la región buscando,
 Que la imaginación apenas alcanza
 A pintarse, su vuelo remontando:
 Y él allá va, y ardiente se abalanza,
 Cayendo y despeñado, y tropezando,
 A merced de su propia fantasía,
 Tras la engañosa estrella que le guía.

CUADRO II.

ESCENA PRIMERA.

HABITACION DE LA SALADA.

ADAN Y LA SALADA.

SALADA (*acariciándole*).

Gachon mio, di, ¿no das
 Un beso á tu pobre amante?

ADAN.

¿Porqué has herido á aquel hombre?

SALADA.

¿Porqué? porque yo á mi padre
 Le he oido decir que aquel gana
 El pleito que pega antes.

ADAN.

No sé porqué no me gusta
 Ver esas manos con sangre:
 ¡Son tan lindas! llevar flores
 Mejor que un puñal les cae.

SALADA.

Bien puede ser, y si quisieres,

Flor que arrebatada de su tallo el viento,
 La roba enamorado y se la lleva,
 Bésala y acaríciala violento
 Con nuevo ardor y con locura nueva:
 Bebe su aroma de su olor sediento,
 Y las ojas la arranca; en ella ceba
 Su amoroso furor, y al fin la arroja
 Cuando marchita y sin olor le enoja.

Y sigue, y allá va, y allá se lanza,
 Y allá acomete, la región buscando,
 Que la imaginación apenas alcanza
 A pintarse, su vuelo remontando:
 Y él allá va, y ardiente se abalanza,
 Cayendo y despeñado, y tropezando,
 A merced de su propia fantasía,
 Tras la engañosa estrella que le guía.

CUADRO II.

ESCENA PRIMERA.

HABITACION DE LA SALADA.

ADAN Y LA SALADA.

SALADA (*acariciándole*).

Gachon mio, di, ¿no das
 Un beso á tu pobre amante?

ADAN.

¿Porqué has herido á aquel hombre?

SALADA.

¿Porqué? porque yo á mi padre
 Le he oido decir que aquel gana
 El pleito que pega antes.

ADAN.

No sé porqué no me gusta
 Ver esas manos con sangre:
 ¡Son tan lindas! llevar flores
 Mejor que un puñal les cae.

SALADA.

Bien puede ser, y si quisieres,

Tan solo por agradarte,
Nunca cogeré un cuchillo,
Y aun dejaré que me maten.

(Con gachonería.)

ADAN.

¡Qué hermosa es! (La da un beso.)

(La Salada juega con sus rizos.)

SALADA.

¡Cómo en ondas

Los negros rizos le caen!
Quisiera tener millones
De almas para adorarte,
Y en cada cabello tuyo
Enredar una. ¡No sabes
Cómo te amo, Adan mío!
Y en esos ojos que arden,
Quisiera ser mariposa
Para en su luz abrasarme:
Échate, Adan, en mi falda,
Así. ¿Estás bien? ¡Cuál te late
El corazón! ¿no es verdad
Que es solo mío? ¡Ah! dame
Otro beso, mas ¿qué tienes?
¿No me escuchas?

ADAN (entre sí).

¿Porqué nacen

Pobres como yo los unos,
Y nacen los otros grandes?

SALADA.

¿Que murmuras?

ADAN.

Tú que has visto

Esos ricos tan galanes,
Que en poderosos caballos,
Con jaeces tan brillantes
Galopan, ó reclinados
En magníficos carruajes,
Parece que se desdennan

En su soberbia insultante
De mirar á los que cruzan
A pié como yo las calles;
Tú, en fin, que el mundo, aunque en vano
Quisiste ayer explicarme;
Mundo que en mil confusiones
Mas me enreda á cada instante,
Dime, ¿esas damas tan bellas
Con esos garbos y trajes,
Viven así? dime, ¿hablan
Como nosotros? ¿qué hacen?

SALADA (con gesto desabrido).

Dueño mio, somos hijas
Toditas de un mismo padre,
Y la mejor es tan buena
Como yo, y ¡gracias!.....

ADAN.

Me hablaste

De eso de un padre comun
Tambien ayer.

SALADA.

Son de carne

Y hueso como tú y yo.

ADAN.

Es inútil que me canse:
Ni yo te acierto á entender,
Ni tú aciertas á explicarte.
Pero dime, ¿cuáles son
Sus diversiones, sus bailes,
Su vida, sus alegrías,
Sus casas? ¿cómo se hace
Para juntarse con ellos,
Con ellos vivir, hablarles,
Y en lujo, poder y galas
A su grandeza igualarse?

SALADA.

¿Te acuerdas, Adan, del pez
Dorado, que entre cristales

Gira admirando del sol
 Los rayos en que se parte,
 Y oyendo el rumor del aura
 Entre las flores suave,
 Embebecido en su música
 Ansia quebrantar su cárcel
 Por gozar de la armonía
 De luces, flores y aires?
 Pues, pobre pez si cumpliera
 Su voluntad, que al hallarse
 En otro ajeno elemento
 Del elemento en que nace,
 Céfiros, luces y flores
 Le dieran muerte al instante.
 Sueños son esos, Adan,
 Los que tu mente distraen,
 Aire que anhelas coger,
 Porque los sueños son aire:
 Entre esas gentes altivas
 Quien mas de nosotros vale
 No alcanza sino desprecios
 En premio de su donaire.
 Nuestros enemigos son,
 Y el modo de ser iguales,
 Es en la misma moneda
 En que nos pagan, pagarles.
 Y piensa... pero no quiero
 Pensar en ello, ni caben
 Pensamientos de otro amor
 En tu corazon de ángel:
 Pero... si acaso esas damas...

(Con ira zelosa.)

Las de las blondas y encajes...
 Tal vez... si tú en tu delirio
 De mí olvidado... no sabes,
 Adan, de lo que es capaz
 Una mujer por vengarse;
 Pero no, no: no es verdad:
 Tu amor es mio: Adan, dame
 Mil besos, uno tan solo
 Que mis inquietudes calme.

ADAN.

Puede ser: pero ¿porqué
 Riquezas que son palpables,
 Galas que miran mis ojos,
 No han de estar nunca á mi alcance?
 Tanta ansiedad me fatiga,
 Mil pensamientos combaten
 Dentro de mí, pasan, huyen...
 Un beso, mi bien.

(Le besa la Salada con amor.)

Regale

Tu boca mi corazon:
 Y entre tus brazos descansen
 De tanto afan. *(Se duerme.)*

*(La Salada le contempla dormido con ternura íntima, y le hace
 aire con un abanico, mientras le guarda el sueño. Besa de
 cuando en cuando la frente hermosa y serena de Adan, y le
 separa los rizos que el aire suele traer á vagar sobre ella.)*

SALADA.

Se ha dormido.

¡Qué hermoso es! ¡qué suaves
 Sobre sus cerrados ojos
 Las negras pestañas caen!
 ¡Cómo respira! No hay flores
 Que tan rico olor exhalen
 Como para mí su boca:
 ¡Cómo en su frente se esparce
 Tanta belleza, reunida
 A tan varonil y grave
 Majestad! ¡Qué diferente
 De los otros hombres! ¡Nadie
 Mas feliz que yo!.... ¡amor mio!
 ¡Ah! ¡Déjame que te ame
 Toda mi vida, y me muera,
 Mi bien, así, contemplándote!
 Pero ¿porqué esta zozobra
 Con que el corazon me late?
 ¿Porqué de súbito siento
 Ira y locura, y matarle,

A veces cuando le miro,
 Quisiera, y luego matarme
 A mí también? ¿Porque sea
 Mío solo? ¿Quién robarme
 Mi dicha y su amor intenta?
 Él es mío, no ama á nadie,
 Ni puede amar sino á mí:
 A mí sola, á mí; ¿y quién sabe
 Si siempre así me amará?
 ¡Oh! ¡El corazón se me parte
 De solo dudarlo! entonces...
 ¡Triste la que me arrebató
 Su corazón! ¡Oh! ¡morir
 Solo me queda en tal trance!
 ¡Matarle y morir, y luego
 Idolatrar su cadáver!
 ¿Y qué mujer de mis brazos
 Será capaz de robarte,
 Adán mío? *(Con ternura.)*
 ¡Cómo suda!

(Le enjuga la frente con un pañuelo blanco.)

¡Oh! sean mis manos cárcel
 De ese corazón que es mío;
 Que no me lo robe nadie.

(Le pone ambas manos sobre el pecho, como para aprisionarle el corazón.)

¡Oh! deshojad sobre su frente flores
 Del noble mozo en su primer mañana,
 Guardad su sueño, amores,
 Mimad conmigo su beldad temprana,
 Dejadme en mi alegría
 Cuidar yo sola de la flor que es mía.

ADAN. *(Despierta.)*

¡Qué calor! ¿dónde estoy?

SALADA.

Aquí, bien mío,
 ¿No me ves? á mi lado.

ADAN.

¡Oh! sí, soñaba:

Pero un sueño tan dulce, un desvarío
 Tan alegre que el alma me robaba.

SALADA.

(Reconviniéndole dulcemente.)

No hay sueño alguno por feliz que sea,
 Que yo no cambie por mirar tus ojos,
 Y tú el sueño al dejar que te recrea,
 Viéndome al despertar sientes enojos.

ADAN.

Era un sueño... sabrás, hermosa mía,
 Que era una tarde en el florido abril,
 Cuando viste del campo la alegría
 Hojas al bosque, flores al jardín:

Vagaba solo yo por la ribera
 Del Manzanares: lo que fué de tí
 No sé, Salada mía, ni siquiera
 Cómo yo solo me encontraba allí.

Cuando de pronto á la azulada cumbre
 De un monte lejos me sentí volar,
 Y un hilo suelto al aire en viva lumbre
 Vi ante mis ojos fúlgido ondear.

Yo asido al hilo trepo á la montaña.

¡Oh! ¡cuánto entonces á mis plantas ví!
 ¡Cuántos acentos y algazara extraña
 Alzarse alegre de repente oí!

Haciendo generosa gentileza,
 Cien caballeros rápidos pasar,
 Ágiles ví, domando la fiereza
 De sus caballos que al galope van.

Y entre la luz de remolinos de oro
 Que deslumbran los ojos como el sol,
 Mujeres, de beldad rico tesoro,
 Brindando glorias, y vertiendo amor:

Y danzas, juegos, y algazara y vida,
Magnífico tropel y movimiento,
Riqueza abandonada y esparcida
Cuanta puede crear el pensamiento.

Y yo tambien con ellos me juntaba,
Y con oro y con trajes de colores
Ya cual aquella gente me adornaba,
Y era tambien señor entre señores.

Y tambien mis caballos á mi brio...

SALADA.

Y ni un recuerdo para mí entretanto,
Ni un recuerdo guardabas, Adan mio,
A esta pobre mujer que te ama tanto!

ADAN.

Y en un caballo con la crin tendida,
La cola suelta vagarosa al viento,
Y la abierta nariz de fuego henchida,
En alas iba yo de mi contento.

Y zanjas, montes, valles y espesuras,
Y ramblas, y torrentes traspasaba,
Y otros montes despues, y otras llanuras,
Y nunca fin á mi carrera hallaba.

Y siguiendo á mi loca fantasía,
Ginete alborozado en mi bridon,
Latiendo de entusiasmo y de alegría,
Mi anhelo redoblaba su furor:

Mi frente sudorosa palpitando,
Azotaba mi rostro el huracan,
Mis ojos fuego en su inquietud lanzando,
Campo adelante devorando van.

¡Oh! ¡qué placer! En medio al torbellino,
Oír el trueno y rebramar el viento,
Siguiendo en polvoroso remolino
El ímpetu veloz del pensamiento:

Y en incesante vértigo y locura,
Desvanecida en confusion la mente,
Cuánto el deseo y la ilusion figura
Arrojarse á alcanzarlo de repente!

¡Oh! yo entendia voces y cantares,
Y vi mujeres ante mí volar,
Y atrás quedaban gentes á millares,
Y encontraba otras gentes mas allá.

¡Oh! si me amas, si tu amor es cierto,
Llévame al punto donde yo soñé:
¡Un caballo! ¡un caballo! ¡campo abierto!
Y déjame frenético correr.

Viento que en torno de mi frente brame,
Rayos que sienta sobre mí tronar,
Triunfos, y glorias, y riquezas dame
Que derramen mis manos sin cesar.

SALADA.

¡Oh! ¡Adan! ¡Adan! ¡Tu corazon no es mio!
¡Oh! Tu ambicioso corazon delira,
¡Ay! que me lo robó tu desvario,
Y por solo mi amor ya no suspira!

Pobre mujer, ¿qué puedo yo ofrecerte,
Ni qué te puedo en mi desdicha dar?
Ten compasion de mí, dame la muerte,
¡Oh! no me dejes sin tu amor llorar.

¡Ah! dime ¿dónde, dónde yo podria
Hallar esas venturas para tí?
¿Dónde? mas ¡ah! que la desdicha mia
En mi impotencia me arrojó á morir!

Jamás, jamás, Adan, nunca hasta ahora
Mi bajeza en el mundo he conocido,
Mi corazon que desgarrado llora
Tan amargo dolor nunca ha sentido!

¡Oh! ¿qué me da mi condicion villana?
Despreciable mujer, juguete vil,
Arrojada en el mundo una mañana
Cuando la luz entre miserias vi.

Quando entre bosques que el viajante ignora
Mi madre moribunda me parió,
Nacida al mundo en maldecida hora,
Fruto podrido, hija de un ladron!

¿Sabes, Adan, lo que le guarda el mundo
A la que nace como yo nací?
En una cárcel un rincon inmundo,
Y un hospital quizá donde morir:

Una belleza, infame mercancía,
Que una pobre mujer por oro trueca,
Y gozando en su propia villanía
Un corazon que el infortunio seca.

Y en pecado y vergüenza concebida,
Y en la frente el escándalo, marchar
A abrirse campo en su azarosa vida
Con lucha eterna é incesante afan.

¡Miserable de mí! ¡yo habia vivido
Contenta con mi orgullo en mi bajeza!
Tú no lo sabes, pero tú has herido
Un alma, en fin, que á comprenderse empieza:

Tú, Adan mio, sin querer has hecho
Pedazos mi amargado corazon,
Perdida ya la que guardó mi pecho
Ilusion dulce de un dichoso amor.

¡Oh! ven acá, te estreche entre mis brazos;
Déjame en mi dolor llorar así:
¡Fueran, Adan, eternos estos lazos,
Y yo llorara en mi afliccion feliz!

¡Déjame que te bese con locura,
Déjame que te apriete al corazon!
No sé qué voz secreta en mi amargura,
Adan, me dice que á perderte voy.

¡Perderte! ¡y para siempre! ¿y yo que nada
Quiero ya, sino á tí, voy á perderte?
Déjame así morir, así abrazada,
¡Muriendo yo bendeciré mi muerte!

Mira, Adan mio, alma de mi vida,
Yo no soy mas que una infeliz mujer,
Pobre en el mundo, una mujer perdida,
Con solo desventuras que ofrecer.

No tengo nada; ¡pero te amo tanto!
¡Tengo un tesoro para tí de amor!
¡Oh! no me dejes, muévate mi llanto,
Muévate mi afligido corazon.

¡Oh! ¡no me dejes! y pues ansías oro
Y dichas que no alcanzo á darte yo,
El mundo te prodigue su tesoro,
Y yo, tu esclava, te daré mi amor.

Yo sufriré en silencio tus desvíos,
Yo, tu criada, partiré tu pan,
Y una mirada de esos ojos míos
Hará mi dicha, premiará mi afan.
¡Ay! ¡no me dejes nunca!

ADAN.

¿Yo dejarte?
¿Y para qué, y porqué? ¡tú mi querida!
¿Ni cómo, aunque quisiera abandonarte
Juntos tú y yo lanzados en la vida?

Tu desdicha en tus quejas adivino:
¿Y habrá de ser eterno tu dolor?

¡Qué poderosa mano á ese destino
Para siempre, Salada, te amarró!

¡Oh! en esas tierras donde yo soñaba,
Allí, do todo es glorias y placer,
Allí, do nunca de gozar se acaba,
Ven, mi Salada, ven y te amaré.

Un caballo, un camino, y á ese cielo
Yo escalaré, yo siento dentro en mi
Fuerza bastante en mi ambicioso anhelo
Para cambiar, ¡quién sabe! el porvenir.

SALADA.

(Dejándose arrebatado del entusiasmo de Adan.)

¡Juntos! ¡juntos los dos! ¡Oh! sí, marchemos,
Romparamos del destino las cadenas :
El mundo no es Madrid, juntos volemos
A otras gentes hallar y otras escenas :

¿Qué, adonde quiera llevaré en mi frente
Grabado el sello de vergüenza? No :
Que en otras tierras, y entre nueva gente
Ennoblecida brillará en tu amor.

Huyamos, sí, de la laguna impura
Donde entre ceno sin tu amor viví,
Huyamos á esas tierras de ventura
Que á entrambos nos ofrece el porvenir.

¡Gracias! ¡gracias! amor, bendito seas,
Que mi bajeza me revelas tú :
Huyamos luego, Adan, donde deseas,
A otro país que alumbrará otra luz!!

ESCENA II.

Dichos y el CURA.

(Poco despues hasta seis hombres de malas cataduras y modales rústicos.)

EL CURA (frotándose las manos).

¡Albricias! ¡no hemos salido
De mala! por la tetilla
Derecha le entró, y si acierta
A entrarle mas una línea
Pax Christi.

ADAN (aparte á la Salada).

No sé porqué
Me irrita solo la vista
De ese sapo.

SALADA.

Adan, huyamos.

¡Y yo contenta vivía! (Aparte.)

EL CURA (con tono truanesco).

Vive Dios, señor Adan,
Que tiene usted una niña
Que da la vida á un cristiano,
Lo mismo que se la quita :
Tan buena para un barrido
Como un fregado : ¡que vivan
Esos ojuelos que matan,
Princesa, y esas manitas!

ADAN (con impaciencia).

¡Ea! basta ¿qué quereis?

¡Qué poderosa mano á ese destino
Para siempre, Salada, te amarró!

¡Oh! en esas tierras donde yo soñaba,
Allí, do todo es glorias y placer,
Allí, do nunca de gozar se acaba,
Ven, mi Salada, ven y te amaré.

Un caballo, un camino, y á ese cielo
Yo escalaré, yo siento dentro en mi
Fuerza bastante en mi ambicioso anhelo
Para cambiar, ¡quién sabe! el porvenir.

SALADA.

(Dejándose arrebatado del entusiasmo de Adan.)

¡Juntos! ¡juntos los dos! ¡Oh! sí, marchemos,
Rompamos del destino las cadenas :
El mundo no es Madrid, juntos volemos
A otras gentes hallar y otras escenas :

¿Qué, adonde quiera llevaré en mi frente
Grabado el sello de vergüenza? No :
Que en otras tierras, y entre nueva gente
Ennoblecida brillará en tu amor.

Huyamos, sí, de la laguna impura
Donde entre ceno sin tu amor viví,
Huyamos á esas tierras de ventura
Que á entrambos nos ofrece el porvenir.

¡Gracias! ¡gracias! amor, bendito seas,
Que mi bajeza me revelas tú :
Huyamos luego, Adan, donde deseas,
A otro país que alumbrará otra luz!!

ESCENA II.

Dichos y el CURA.

(Poco despues hasta seis hombres de malas cataduras y modales rústicos.)

EL CURA (*frotándose las manos*).

¡Albricias! ¡no hemos salido
De mala! por la tetilla
Derecha le entró, y si acierta
A entrarle mas una línea
Pax Christi.

ADAN (*aparte á la Salada*).

No sé porqué
Me irrita solo la vista
De ese sapo.

SALADA.

Adan, huyamos.

¡Y yo contenta vivía! (*Aparte.*)

EL CURA (*con tono truanesco*).

Vive Dios, señor Adan,
Que tiene usted una niña
Que da la vida á un cristiano,
Lo mismo que se la quita :
Tan buena para un barrido
Como un fregado : ¡que vivan
Esos ojuelos que matan,
Princesa, y esas manitas!

ADAN (*con impaciencia*).

¡Ea! basta ¿qué quereis?

EL CURA.

Si incomoda mi visita
 Me iré : mas ya me hago cargo,
 La gente se divertía
 Como Dios manda : ¡ solitos !
 ¡ El demonio me maldiga !
 Mas siento yo interrumpir.....
 Pero..... vamos..... yo creía
 Que para todo había tiempo.....
 Luego como corre prisa
 Nuestro negocio , y los otros
 Van á acudir á la cita.....
 Y segun me han dicho, usted
 Es tambien de la partida.....
 Yo, por eso..... La señora
 Que me conoce hace días
 Sabe muy bien que no soy
 Yo mosca nunca : en mi vida
 La he estorbado para nada.....
 Cada cual allá se avía,
 Y á vivir. ¿ Qué, no es verdad,
 Señora Salada ?

SALADA (aparte).

Grima

Me da de oírle.

EL CURA.

Lo otro
 No es cosa que á usted le aflija :
 Él ya habrá muerto á estas horas,
 Y la señora justicia,
 Como no sabe quién fué
 Quien le apagó, ni en su vida
 Sabrá tampoco á quién tiene
 Que acudir, queda *per istam* :
 Aquí no hay nada que hacer
 Sino apandarse unos días,
 Y aguardar que Dios mejora
 Sus horas. Tiberio viva,

EL DIABLO MUNDO.

Y el pan á dos cuartos. ¡ Prenda !

(Acercándose al oído con instancia y picardiguela.)

Vamos, una preguntilla :
 ¿ Qué le ha dado usted al mocito
 Que está que parece quina ?

SALADA *(con desabrimiento)*.

Oiga usted, padre curiana,
 A un ladito, que me tizna.

(Entran los seis.)

PRIMERO.

La paz de Dios, caballeros.

(Van entrando, unos se sientan, otros se quedan de pié, algunos sacan tabaco.)

EL CURA.

Ya está la gente reunida.

(Da un silbido, y se asoma á una reja adonde acude un chico con quien habla.)

Pupas, ya sabes la seña,
 Corre á tu puesto y avisa.

SEGUNDO.

¿ Con qué es la cosa esta noche ?

TERCERO.

(Al primero, señalando á Adán.)

¿ Es este el mocito, Chispas,
 Que recomendó su padre ?

PRIMERO.

Pues, el mesmo.

CUARTO.

Saladilla
 El diablo le ha vuelto el juicio.

TERCERO.

Padre cura, ¿qué noticias
Tiene?

EL CURA.

Muchas y muy buenas.

PRIMERO.

Pues desembuche.

QUINTO (señalando á Adan.)

La pinta
Es de un elefante en leche.
Mocito ¿hay ánimo?

ADAN.

Y diga,
¿Para qué me ha de faltar?

SEXTO.

Como es la primer cabrita
Que desuella....

ADAN.

La primera
Vez que he pensado en mi vida,
Pensé alcanzar con la mano
Donde alcanzaba la vista.

PRIMERO.

Bien dicho.

(El padre cura entretanto ha estado hablando á los otros.)

CUARTO.

¿Y en eso está?

EL CURA.

Luego que quedó Chiripas
En abrir por la cochera
Y darnos entrada arriba,

Dije para mi capote,
Recemos la letanía,
Y entonemos un *Te Deum*,
Porque la ocasion la pintan
Calva; y para sosegar
Mi conciencia dije á un quidan
Que en la taberna de enfrente
Estaba, que hiciese esquina
Sin quitar ojo á la casa,
Y pagara por Chiripas
Cuanto bebiese, que yo
Esta noche volveria
Con mi guitarra y mi acólito
A echar cuatro seguidillas
Y alegrar el barrio.

TERCERO.

Y oiga
¿Entra en el ajo Chiripas?

EL CURA.

Él, como es natural
No quiere que nunca digan
Que fué capaz de vender
Ni hacer una alevosía
A la que le da su pan:
Eso no, bueno es Chiripas...
No digo yo á su ama, á nadie
Hará una mala partida.

PRIMERO.

Y hace bien.

EL CURA.

Pero es distinto
Que en estando ya dormida
La gente, que entreis vosotros
Y le atéis, y luego os sirva,
Llevándoos sin hacer ruido,
Ni ver á nadie, á la misma
Alcoba donde su ama
Que no espera la visita

Dormirá : y así ha quedado
 En que la cosa se haria,
 Para no tener que ver
 Despues él con la justicia,
 Cumplir como buen criado
 Y hombre de bien. Yo en la esquina
 Mientras, haré la deshecha
 Y allí con mi guitarrilla,

(Hace gestos de jaleador.)

Y cuatro coplas, y alza
 Que te se ve hasta la liga,
 Y toma y vuelve por otra,
 Tendré la gente reunida
 De la calle : por si acaso
 Cacarea la gallina
 Que no se oiga y que en paz
 Vosotros hagais la limpia.

TERCERO.

¿Y habrá fango?

EL CURA.

Hasta los codos :

Es la condesa de Alcira
 Viuda con muchos millones
 Y alhajas y piedras finas,
 Y mas condados y rentas
 Y tierras que el mapa pinta.

PRIMERO.

Moneda acuñada, padre,
 Y déjese de baratijas.

SEGUNDO *(refregándose las manos).*

¿Y es buena moza?

TERCERO.

Me gusta
 La pregunta; que sea rica
 Y haya donde entrar la mano,
 Y mas que tenga comida
 La cara de lamparones.

ADAN *(con interés).*

¿Y es de esas damas que habitan
 Palacios?

EL CURA.

Uno tan grande
 Que entrando no se atina
 A salir : pero no hay miedo,
 Que para eso está Chiripas,
 El lacayo incorruptible
 Y fiel, que hallara salida
 Al laberinto de Creta.

*(Se va haciendo de noche. La Salada entra con un velon
 encendido.)*

ADAN.

¿Tendrá coches?

EL CURA.

Y berlinas,
 Y cabriolés, y oro y plata
 Mas que producen las Indias.

PRIMERO.

¡El chibato! de oirlo solo
 Los ojos se le encandilan.

LA SALADA *(aparte).*

(Con los ojos llenos de lágrimas.)

¡Pobre de mí!

PRIMERO.

Chica, ¿lloras?

SEGUNDO.

¿Porqué llora usted, mi vida?

ADAN *(sin reparar en ella).*

Vamos pronto, vean mis ojos
 Cuanto vió mi fantasía :
 Toquen mis manos en fin
 Los sueños de mi codicia

TERCERO.

Buen pollo; que á este le pongan
Donde haya.

PRIMERO.

Bien se explica.

SEGUNDO (á la Salada).

¿Por qué llora usted?

PRIMERO.

Cosas de mujeres.

QUINTO.

Niña,

Le duele á usted algo.

SALADA.

El alma

Y el corazón; Adan, mira,

(Se adelanta con energía á Adan.)

¿Ves estas lágrimas? son
Las primeras que en mi vida
Me ha hecho derramar un hombre;
No hagas tú que mi desdicha
Se trueque en rabia, y se cambie,
Adan, mi ternura en ira :
No quiero, no, tú no irás
Porque yo no quiero.

EL CURA.

¡Chispas!

¡Qué mala yerba ha pisado
La mocita!

SALADA.

Tú imaginas

Que esa mujer es hermosa.
¿Pensabas que yo querría,
Que lo imagino también,
Dejarte ir? ¡Ah! ¿tú olvidas

Que yo te amo y te finges
Ilusiones y alegrías
En otra parte, sin mí,
Con otra mujer? ¿La hija
Del ladrón cambiar presumes
Con desprecio por la altiva
Condesa, por la señora
Que arrastra coche? deliras.
Sí, tú te has dicho á tí mismo :
Es una mujer perdida;
La que ha nacido en el fango
Que lllore en el fango y viva.
Tú has olvidado mi amor,
Mi delirio, mis caricias.....
¡Ingrato! que sin tu amor,

(Con ternura y saltándose las lágrimas.)

Sin tí detesto la vida,
Que no tengo mas que á tí,
Que te amo : ¡oh! de rodillas
Yo te lo ruego, Adan mio,
No vayas, te lo suplica
Tu pobre Salada, no.....
Perdona, Adan, alma mia,
No vayas, no, el corazón
Me da que alguna desdicha
Nos va á suceder..... no vayas.
¿No harás lo que yo te pida?

ADAN.

¿No ir? Salada, ¿no ir yo
Cuando fortuna me brinda,
Y en realidades mis sueños,
En verdad mi fantasía
Trueca? ¿quién? ¿yo, yo no ir?
¿Yo no ir.....? tú desvarias.

PRIMERO.

Pero ven acá, ¿tú quieres
Que tu galán sea un gallina?

SALADA.

¿Tú á qué has de ir? ¡Si supieras,

Adan mio, cuán indigna
Hazaña van á emprender
Estos hombres! ¡Ah! tú huirias
De ellos. Tu corazon
Noble, di ¿no te avisa
De la bajeza del hecho?

EL CURA.

Vaya una rara salida :
El demonio predicándonos
Un sermón de moralista.

ADAN.

Mira, Salada, no sé
Si la acción que se medita
Es buena ó mala, ni entiendo
Qué es mal ni bien todavía :
Yo allá voy : cualquiera sea
El hecho, dicha ó desdicha
Nos traiga, yo he de seguir
La inspiración que me anima.
¿Acaso he nacido yo
Para vivir en continua
Agitación? ¿No podré
Seguir á mi fantasía
Jamás? No, Salada mía :
Glorias y triunfos me pinta
Mi deseo : la fortuna
A mi anhelo campo brinda
Donde cumplirlo : yo quiero
Ver, palpar cuanto imagina
Mi mente : de una ojeada
Ver todo el mundo que gira
A mi alrededor : allí luego
Tú vendrás : donde yo elija
Un sitio para los dos.
¡Oh! Si me amaras, tú misma
Me llevarias. — ¿Y quién
Habrà jamàs que me impida
Volar donde yo desee?
¡Fuera injusto! y romperian
Mis manos, sí, las cadenas
Que aprisionaran mis iras.

PRIMERO.

Bien dicho.

SALADA (*con mimo*).

Dime, Adan mio,
¿Me amas? ¿Porqué te irritas?
¡Oh! no te enojés conmigo!
Dame un beso, una caricia :
Ya que te empeñas en ir.....
Otro beso. ¿No podrias
Ir otra vez, dueño mio,
Dejarlo para otro día?
Las horas se me hacen siglos
Sin tí, todo me fastidia.
¡Yo que pensaba este noche
Pasarla en tu compañía
Tan feliz, y acariciarte
Tanto! no hay mayor desdicha,
Tú ya lo sabes, Adan,
Que una esperanza fallida.
Si te vas ¿qué haré? llorar.
Otro beso : no hay delicia
Igual : los dos aquí solos
Entre amores y caricias
Corriendo las horas : yo
Te contaré mis fatigas,
Mi amor cuando estabas preso.
¡A tí no te cansa oirlas!
¿No es verdad, mi bien? ¡Ah! dame
Otro beso.....

ADAN (*conmovido*).

¡Vida mia!
No llores, no, yo te amo.....
Yo haré lo que tú me pidas.

TERCERO.

Eso es, ya está hecho un mandria.

SEGUNDO.

¡Y lo que sabe la indina!.....

EL CURA.

Señores, aquí se quede

El que quiera, que maldita
La falta que nadie hace.
Nuestra condesa de Alcira

(Con intencion á Adan.)

Nos aguarda con sus coches,
Su palacio y joyerías :
Nosotros vamos allá.
Con que, amigo, hasta la vista.

(Dándole á Adan en el hombro.)

SALADA.

¡Maldita sea tu lengua
Que me arrebató mi dicha!

ADAN.

¡Oh, es verdad! y yo olvidaba.....

SALADA *(arrojándose en sus brazos).*

¡Adan mío!

ADAN *(con aspereza).*

Mujer, quita.

(Se arranca de ella, la Salada cae desplomada de dolor en una silla. Salen los bandidos, y Adan el primero.)

FIN DEL CUADRO.

EL DIABLO MUNDO.

POEMA.

CANTO VI.

Era noche de danza y de verbena
Cuando alegre las calles el gentío
Y en grupos mil estrepitosos suena
Música alegre y sordo vocerío.

Sonó pausada en el reló la una,
La paz reinaba en el sereno azul;
Bañaba en tanto la dormida luna
Las altas casas con su blanca luz.

Y en un palacio, alcázar opulento
De soberbia fachada, en un balcón
Penetraba su rayo macilento
Entreabierto el cristal por el calor.

Lámparas de oro, espejos venecianos,
Aureos sofás de blanco terciopelo,
Sillas de nácar y márfil indianos,
Los pabellones del color del cielo,

Caprichos raros de la industria humana,
Relieves y elegantes doraduras,
Jarrones de alabastro y porcelana,
Magníficas estatuas y pinturas;

El que quiera, que maldita
La falta que nadie hace.
Nuestra condesa de Alcira

(Con intencion á Adan.)

Nos aguarda con sus coches,
Su palacio y joyerías :
Nosotros vamos allá.
Con que, amigo, hasta la vista.

(Dándole á Adan en el hombro.)

SALADA.

¡Maldita sea tu lengua
Que me arrebató mi dicha!

ADAN.

¡Oh, es verdad! y yo olvidaba.....

SALADA *(arrojándose en sus brazos).*

¡Adan mío!

ADAN *(con aspereza).*

Mujer, quita.

(Se arranca de ella, la Salada cae desplomada de dolor en una silla. Salen los bandidos, y Adan el primero.)

FIN DEL CUADRO.

EL DIABLO MUNDO.

POEMA.

CANTO VI.

Era noche de danza y de verbena
Cuando alegre las calles el gentío
Y en grupos mil estrepitosos suena
Música alegre y sordo vocerío.

Sonó pausada en el reló la una,
La paz reinaba en el sereno azul;
Bañaba en tanto la dormida luna
Las altas casas con su blanca luz.

Y en un palacio, alcázar opulento
De soberbia fachada, en un balcón
Penetraba su rayo macilento
Entreabierto el cristal por el calor.

Lámparas de oro, espejos venecianos,
Aureos sofás de blanco terciopelo,
Sillas de nácar y márfil indianos,
Los pabellones del color del cielo,

Caprichos raros de la industria humana,
Relieves y elegantes doraduras,
Jarrones de alabastro y porcelana,
Magníficas estatuas y pinturas;

Ornan confusas la soberbia estancia
Que allá se pierde en mágica cruja,
Salones tras salones y á distancia
Se abre de mármol ancha gradería,

Y allá á un jardín, mansion encantadora
De las hadas, conduce, y mil olores
Esparce en los salones voladora
La brisa que los roba de las flores.

¿Quién la deidad al ídolo dichoso
De aquel templo magnífico será?
¡Templo soberbio, alcázar grandioso
Que con oro amasó la vanidad!

Bella como la luz de la serena
Tarde que á la ilusión de amor convida;
El alma acaso de amarguras llena,
Hermosa en el verano de la vida,

Una mujer dormida sobre un lecho
Riquísimo allí está, los brazos fuera;
Palpítale desnudo el blanco pecho,
Vaga suelta su negra cabellera;

La almohada á un lado, la cabeza hermosa
En un escorzo lánguido caída,
Turbios ensueños á su frente ansiosa
Vuelan tal vez desde su alma herida.

Una velada lámpara destella
Su tibia luz en rayos adormidos,
En desórden brillando en torno de ella
Mil lujosos adornos esparcidos.

Aquí un vestido de francesa blonda,
La piocha allí de espléndidos brillantes,
La diadema de piedras de Golconda,
Sobre el sofá los aromados guantes

De flores ya marchita la guirlanda,
Allí sortijas de oro y pedrería,
Arrojada en la alfombra rica banda
Bordada de vistosa argentería.....

Bandas, sortijas, trajes, guantes, flores,
No os quejeis si os arroja con desden:
¡El placer, la esperanza y los amores
Ella arrojó del corazón también!

¡Ay! que los años de la edad primera
Pasaron luego y la ilusión voló,
Y al partirse dejó la primavera
Al sol de julio que agostó la flor.

Y al alma solo le quedó un deseo
Y un sueño le quedó á su fantasía,
Loco afán y engañoso devaneo
Que en vano en este mundo hallar porfía:

Y el corazón que palpitaba ufano
Henchido de esperanza y de ventura,
Donde placer halló, lo busca en vano
Perdida para siempre su frescura:

Y en vano en lechos de plumon mullidos,
En rica estancia de dorado techo,
Se reclinan sus miembros adormidos
Mientras despierto la palpita el pecho:

Y en él inquieto el corazón se agita,
Y un tropel de deseos y memorias
Su mente á trastornar se precipita
Volando ansiosa tras mentidas glorias:

Y en vano busca con avaro empeño
Paz para el corazón en sus rigores;
Sus ojos cerrará piadoso el sueño,
Pero no el corazón á sus dolores.

Despierta cuenta con mortal hastío
Las horas en su espléndida mansion,
Lánzase al mundo y con afán sombrío
Huye otra vez de su enojoso ardor :

Todo le cansa, en su delirio inventa
Cuánto el capricho forja á su placer;
Y ya cumplido, su fastidio aumenta
Y arroja hoy lo que anhelaba ayer.

¡Oh! que no hay artífice en el mundo
Que sepa fabricar un corazón,
Ni sabio hay, ni químico profundo
Que encuentre medicina á su dolor!

Los trajes, bandas y aromosas flores,
Aquellos oros por allí esparcidos,
Extranjeros riquísimos primores
A que eligiese á su placer traídos,

Viólos apenas y arrojólos luego
Acá y allá lanzados con desden;
Que harta su alma y el sentido ciego
Todo le cansa cuanto en torno ve :

Y duerme ahora y su entreabierta boca
Donde entre rosas se entrevé el marfil
Respira del afán que la sofoca
Fuego que el corazón lanza al latir ;

Sus labios mueve y en su hermosa frente
Rasgos inquietos crúzanse en monton;
Cual detrás de la nube trasparente
Sus rayos lanza moribundo el sol;

Y acaso entre una lánguida sonrisa
Resbalar una lágrima se ve,
Cual suele al movimiento de la brisa
Diáfana gota por la flor correr.

¿Porqué esa angustia y respirar violento?
¿Porqué soñando con dolor suspira?
Tan hermosa y con tanto sentimiento
¡Ay! ¿porqué al corazón lástima inspira?

Un hombre en tanto de feroz semblante,
De repugnante y rústico ademan,
Y en la diestra un puñal con vigilante
Faz cuidadosa y temeroso andar,

Súbito entró en la estancia y silencioso
A la dormida dama se acercó,
Contemplóla un momento rezeloso
Y por sus pasos á salir volvió.

« Duerme como un lirón, » dijo en voz baja
A otros que afuera y en aguardo están,
Y añadió mientras cierra su navaja : —
« Manos pues á la obra y despachar. »

Y con destreza y silencioso tino
Abren y descerrajan á porfía
Alegre el corazón del buen destino
Que sus intentos favorece y guía :

Y aquí amontonan, y acullá recogen,
Rompen allí y arrojan con desden,
Y aquí los unos con cuidado escogen,
Despedazan los otros cuanto ven ;

Y con ansia brutal oro buscando
Con insaciables ojos la codicia,
Riquezas y tesoros anhelando,
Riquezas y tesoros desperdicia. ®

Estremécese el alma al menor ruido
De temeroso sobresalto llena,
Páranse un punto, aplican el oído,
Y vuelven otra vez á su faena.

Y en medio á su azaroso y mudo empeño
Rompe el silencio súbito rumor,
Y vuelven todos con airado ceño
Los ojos con afán donde sonó;

Y lleno de infantil sandia alegría
Miran á Adán que escucha embelesado
La estrepitosa súbita armonía
Que oculta en un reló de pronto hallado.

De gozo el alma y de esperanzas llena
Y ávido de sorpresa el corazón,
Indiferente actor de aquella escena
Registra todo con pueril candor:

Y aquí contempla y palpa los colores
Del rico pabellón de oro bordado,
Allí admira los nítidos primores
Del limpio nácar y el márfil labrado:

Mas allá en la pared le maravilla
Aparecida mágica figura,
En cuyos ojos animados brilla
Cándida luz de celestial dulzura:

Formas aéreas que copió en el cielo
La mente de Murillo y Rafael,
Virgen divina, celestial consuelo
Que trasladó á la tierra su pincel.

Y un caballero vió que le miraba,
Que vivo allí lo trasladó Van Dyck,
Que altivo y con desden le contemplaba
De noble aspecto y ademán gentil;

Y el tierno amor que el rostro de hermosa
De la Virgen purísima le inspira,
Trocó luego el orgullo la bravura
Del caballero aquel que adusto mira.

Intrépidos en él clavó sus ojos
Brillantes de belleza y juventud,
Y provocar queriendo sus enojos
Llegóse á él y le acercó la luz.

Tocóle en fin é imaginóse luego
Que sombra nada mas la imagen era;
Y al irse despechado y con despego
Lanzó al retrato una mirada fiera.

Y volviendo la espalda vió arrogante
Un mancebo galán que hácia él venía,
De negros ojos y gentil semblante
Que al suyo reparó se parecía;

Y sonrióse, y vió con gusto extraño
Su figura airoísima allí dentro,
Que tan terso cristal de aquel tamaño
Nunca hasta entonces la copió en su centro.

Y alegre el corazón miróse al punto
De sí agrado y reparó en su traje,
Y volviendo al retrato cejijunto
Luego lo comparó con su ropaje;

Y parecióle que mejor cayera
Aquel vestido en él que el que tenía,
Y mejor que su daga considera
Aquella larga espada que ceñía.

Y una ninfa después blanca y desnuda
Al aire ve que suelta se desprende,
Gentil guirnalda que su salto ayuda
En sus manos purísimas suspende;

Suavísima figura y hechicera
En escogido mármol de Carrara,
Que al aire desprendida va ligera,
El juicio pasma y los sentidos pára.

Todo lo mira Adan, todo lo toca,
 Todo lo corre con prolijo afan,
 Y allá en los sueños de su mente loca
 Ser gran señor imaginando está,

Y carrozas, y triunfos, y contentos,
 Raudos caballos de indomables brios,
 Y raros y magníficos portentos
 Brindan á su ansiedad sus desvarios.

Y esto deja entre tanto, aquello toma,
 Destapa un pomo de dorada china,
 Viértese encima su fragante aroma,
 Allá á otro objeto su atencion inclina,

Toca y enciende un rico pebetero,
 Bãñase en ámbar súbito la estancia;
 Y en un sillón sentándose frontero
 Gózase en su dulcísima fragancia.

Mas allá relumbrante joyería
 Sobre una mesa derramada está,
 Y se prende una flor de pedrería:
 Luego al espejo á contemplarse va:

Niño inocente que encantado vaga
 En medio al crimen que acompaña ciego,
 Que cuanto en torno ve todo le halaga
 Y á todo codicioso acude luego:

Que de la cárcel á los dulces lazos
 Pasó encantado en su primer amor,
 Y la bella Salada entre sus brazos
 Enamorada de él le aprisionó:

Que luego el mundo apareció á sus ojos
 Adornado de gala y de alegría,
 Y su vista creó nuevos antojos,
 Nuevos ensueños que gozar ansia:

Y libre allí cual caprichoso niño,
 Que alegre corre y libre se figura
 Si burló acaso el maternal cariño
 Y por campo y ciudad va á la ventura;

Así la dulce libertad sentida,
 Adan huyó de su infeliz manola;
 Y allí en su gozo embebecido olvida
 La que le llora enamorada y sola:

Y así mirando y revolviendo todo
 Párase ante un magnífico reloj
 Y de gozarlo imaginando modo
 Toca, y la oculta música sonó.

Al impensado estrépito los ojos
 Volvieron todos, y mirando á Adan
 Saltaron á sus rostros los enojos
 Y aun alguno echó mano á su puñal:

— « Clávale ahí: maldita sea la hora
 Que ese menguado con nosotros vino. »
 — « Por poco señor Curro se acalora, » —
 Repuso Adan mirando al asesino.

Y con sereno rostro y con desdêño
 Señalando al puñal se sonrió,
 Dobló el bandido á su sonrisa el ceño
 Y colérico á herirle se arrojó.

Trabárase la lid si un alarido,
 Un agudo chillido penetrante
 Parando el movimiento al foragido,

— « Alto, dijo, volviéndose, hablar quedo,
 Voy á tapar la boca á esa mujer:
 Nadie se mueva, no hay que tener miedo;
 Hacer el hato vivo y recoger. »

¡ Favor, favor ! con afanoso acento
Una mujer en su desórden bella,
Súbite en el salon falta de aliento,
Y que en sus propios pasos se atropella.

Presentase, y mirando á los bandidos
Siente la voz helársele y suspira
Y piedad implorando entre gemidos
Los bellos ojos temerosos gira.

Ojos que vierten lágrimas, que vuelan
Su clara luz realizando su ternura,
Mientras suspiros de sus labios vuelan
Con fatiga que aumenta su hermosura,

Y mientras caen los agitados rizos
Que la sofocan á su ansiosa faz,
Aumenta en su congoja sus hechizos
La blanca mano que á apartarlos va :

Y su voz que se ahoga entre suspiros
Simpática enternece el corazon,
Ecos suaves, regalados tiros
Que al corazon de Adan lanza el amor :

Sintió piedad mirándola afligida,
Que era su hermoso rostro como el cielo
Cuando si llueve en la estacion florida
Colora el sol el trasparente velo.

¿ Qué ciegos ojos la beldad no encanta ?
¿ Qué duro corazon no vuelven blando
Los ojos lastimeros que levanta
Al cielo la mujer que está llorando ?

Los ladrones allí y en torno de ella,
Los estúpidos rostros agitados,
Y ella postrada y en extremo bella
Los ojos y los brazos levantados.

— « ¡ Silencio, juro á Dios ! — Con mano ruda
Dijo asiéndola un brazo el capataz,
Atale ese pañuelo, atrás lo anuda,
Y que hable para sí si quiere hablar. »

Dijole á otro que á la dama hermosa
Un pañuelo doblando se acercó,
Mientras el capataz con su callosa
Mano la boca á la infeliz tapó.

Miraba Adan, miraba á la hermosura
De la gentil y dolorida dama ;
Miraba luego á la cuadrilla impura
Que su belleza con su aliento infama .

Y cuando al bruto bandolero mira
Poner su mano rústica en su boca,
Arrebatado en generosa ira
Que á fiera lid su corazon provoca,

Tira de su cuchillo y se adelanta
Saltando en medio al círculo, y cogió
Del cuello al capataz con fuerza tanta
Que en el suelo de espaldas le arrojó,

Y en la diestra el puñal la izquierda tiende
Describiendo una línea circular,
Y la turba que al verle se sorprende
Dos ó tres pasos échase hácia atrás.

¡ Oh ! ¡ Cuán hermoso en su gallardo empeño
Palpitante la faz, vivos los ojos,
Vuelve el bizarro mozo y cuál su ceño
Añade gentileza á sus enojos !

Aquellos rizos que en sus hombros flotan
Tirada atrás la juvenil cabeza,
Las venas que en su frente se alborotan,
Su ademan de bravura y ligereza ,

Y aquella dama que postrada llora,
Yerta á sus piés y la razon perdida,
Y que azorada y temerosa ahora
Yace temblando á su rodilla asida;

Y en torno de él las levantadas diestras
De sus contrarios del cuchillo armadas,
Con ademanes y feroces muestras
Su muerte á un tiempo amenazando airadas;

En medio aquel desórden y el despojo,
Cuán grande en ardimiento y gallardía
Muestran al mozo que en su noble arrojo
Un genio fabuloso parecia.

Alzase en tanto la navaja en mano,
Los labios comprimidos de la ira
Como pisada víbora el villano
Que cayó al suelo y que rencor respira:

Y él y los otros al mancebo saltan,
Salta el mancebo que los ve llegar,
Y antes que á él lleguen los que así le asaltan
Logra la espalda en la pared guardar.

Quieto allí contra el ángulo resiste
Ojo avizor el impetu primero,
Y á veces salta y en la turba embiste
Con presto brinco y con puñal certero.

Y en silencio que solo algun rugido
Sordo rompe ó mascada maldicion,
Sigue la lucha, y al mancebo ardido
La vil canalla acosa en derredor.

Como trailla de feroces perros
Sobre el cerdoso jabalí que espera,
Con diente avaro y encrespados cerros
Se arrojan á cebar su saña fiera

Y aquí y allá con ávida porfia
Le acosan, y el colérico animal
En cada horrible dentellada envía
Las muerte al enemigo mas audaz.

Así, pero no así, sino mas fieros,
Con mayor furia y sin igual rencor
Acometen á Adan los bandoleros,
Crece la lucha y crece su furor;

Y cual ligero corzo que parece
Saltando zanjas que en el aire va,
Salta si un golpe á su intencion se ofrece,
Y vuelve á la pared cuanto lo da:

Y entre ellos luchando, en medio de ellos
Revuélvese y barájase y desliza
Su cuerpo, y fatigados los resuellos
Pueden apenas sostener la liza,

Y aquí derriba al uno, al otro hiere,
Y como *terne* diestro se repara
Y á todos á uso de la cárcel quiere
Marcarles las heridas en la cara;

Y unos turbados de manejo tanto
Y otros caídos de vencida van,
Cuando los gritos á aumentar su espanto
Llegan de gentes que se acercan ya.

La justicia, dijeron, y el violento
Choque suspenden, corren al balcon
Y Adan corre tambien: y huye al momento,
Que la palabra de *justicia* oyó.

¡Fatal palabra! La primera ha sido
Que oyó en su vida pronunciar tal vez,
Hospedado en la cárcel la ha aprendido
Y ni en sus sueños la olvidó despues.

Oyó justicia y olvidó á la hermosa
 Dama que generoso defendió,
 Riquezas, lujo, estancia suntuosa,
 Y allá á la calle del balcon saltó.

Y sin pensar, sin calcular la altura
 Unos tras otros á la calle van:
 Ninguno allí del compañero cura,
 Sálvase como puede cada cual;

Pero hubo alguno que en tamaño aprieto
 Mas práctico y sereno, haciendo un lio
 De cuanto recoger pudo en secreto
 Sin curar las palabras tuyo y mio,

Saltó á la calle con sagaz donaire
 Apretada su prenda al corazón;
 Y desprendido se soltaba al aire
 Cuando la gente en el salon entró.

○ Cuenta la historia que el audaz mancebo,
 Como en Madrid tan nuevo,
 Corrió dos ó tres calles sin destino
 Y huyendo acá y allá y á la ventura
 Solo se halló y en una calle oscura
 Al saltar del balcon perdido el tino.
 Y luego se asegura,
 Y mira en derredor si alguien le sigue,
 Y tranquilo prosigue,
 Mas sin saber adónde su camino
 Iba despacio andando.

Súbita hirió su oído
 La bulla y bailoteo
 De una cercana casa, y al ruído
 Dirigió nuestro héroe su paseo.

Rumor de gente y música se oía
 Y voces en confusa algarabía,
 Y al estrépito alegre se juntaba
 Choque gentil de vasos y botellas,
 Y al son de la guitarra acompañaba
 Alguno que cantaba
 Y con lascivos movimientos ellas.

Dió la vuelta á la esquina
 Y en la casa del baile y la jarana
 Vió con sorpresa que á calmar no atina
 De par en par abierta una ventana,
 Y en una estancia solitaria y triste
 Entre dos hachas de amarilla cera
 Un fúnebre ataud, y en él tendida
 Una jóven sin vida
 Que aun en la muerte interesante era.
 Sobre su rostro del dolor la huella
 Honda grabado habia
 Doliente el alma al arrancarse de ella
 En su congoja y última agonía.
 Y allí cual rosa que pisó el villano
 Y de barro manchó su planta impura
 Marcada está la mano
 Que la robó su aroma y su frescura.

Una mujer la vela,
 Vieja la pobre, y llora dolorida
 Junto al cadáver y volverle anhela
 Con besos á la vida:
 Y ora llorando olvida
 Hasta el estruendo y fiesta bulliciosa
 Que á alterar de la estancia dolorosa
 La lúgubre paz viene,
 Y en darla dulces nombres cariñosa
 Y en besar á la muerta se entretiene;
 Y á veces abren súbito la puerta
 Que adentro lleva adonde suena danza,
 Y sin respeto y de tropel se lanza
 Un escuadron de mozos que la muerta
 Con impureza loca contemplando
 Búrlanse de la vieja, profanando

Con torpes agudezas la sombría
Miseria imágen de la muerte fría.

Y ella es de ver la vieja codiciosa
En medio de su amarga
Y sincera aflicción cual la rugosa
Mano al dinero alarga,
Y á los mozos impíos
Les llama entre sollozos *hijos míos*,
Y de llorar ya rojos
Enjuga en tanto sus hinchados ojos.
Y entre suspiros mil echa su cuenta,
Y luego se lamenta
De nuevo, y á su mísero quebranto
Volviendo la infeliz, vuelve á su llanto.

Y en tanto alegre suena
En la cercana sala el vocerío,
La danza, el canto y bacanal faena,
Regocijo, guitarra y desvarío.
Miraba Adán escena tan extraña
Con piadoso interés desde la reja,
Y á la cuitada vieja,
Que en agradar sus huéspedes se amaña,
A par que en llanto de amargura baña
El cadáver aquel que parecía
Que con toda su alma lo quería.
Y el baile y la alegría
De la cercana estancia le admiraba,
Y el bullicioso y placentero ruido
Que confuso llegaba
A mezclarse á deshora su gemido.

Y de saber y averiguar curioso
El caso doloroso
Que unos celebran tanto,
Y aquella mujer llora
Con tan amargo llanto,
Llamó luego á la puerta, y desfadada
Una moza le abrió toda escotada
El traje descompuesto
Con desgarrado modo y deshonesto.

Y entró en un cuarto donde vió una mesa
Entre la niebla espesa
De humo de los cigarros medio envueltos,
Seis hombres asentados
Con otras tantas mozas acoplados,
En liviana postura,
Que beben y alborotan á porfía,
Y aquel el vaso apura,
Y el otro canta y en inmunda orgía,
Con loco desatino
Al aire arrojan vasos y botellas
Ellos gritando, y en desórden ellas,
Y con semblantes que acalora el vinc.
Y aquel perdido el tino
Tiéndese allí en el suelo,
Y este bailando con la moza á vuelo
A las vueltas que traen
Tropezando en su cuerpo de repente
Ella y él juntamente,
Sobre él riendo á carcajadas caen.
Bebe tranquilo aquel, disputan otros,
Brincan aquellos como ardientes potros
Que roto el freno por los campos botan,
Y mientras todos juntos alborotan,
Alguno con el juicio ya perdido
Murmura en un rincón medio dormido.

Solicita una moza al forastero,
Llegóse y preguntóle qué quería,
Llamándole, buen mozo, lo primero.
« Quisiera yo, alma-mía,
Adán le respondió, si se me deja,
Ver á esa pobre vieja
Que está en ese aposento
Velando á la difunta. » — « ¡Ay, es su hija!
A las seis se murió: buen sentimiento
Nos ha dado la pobre: era una rosa:
¡Todas nosotras la queríamos tanto!
Dios la tenga consigo: tan hermosa
Y ahora muerta, vea usted, ¡pobre Lucía!
Razon tiene en llorar doña María.
Entre usted por aquí. » — Y abrió una puerta

Y hallóse Adan con la afligida madre,
 Y el cadáver miró, y á hablar no acierta.
 Reina siempre en redor del cuerpo muerto
 Una tan honda soledad y olvido,
 Tan inmensa orfandad, allí tendido
 Desamparado ya del trato humano,
 Sin voluntad, sin voz, sin movimiento,
 Que en vano el pensamiento
 Presume ahondar tan misterioso arcano,
 Y recogido su ambicioso giro
 Plégase al corazón que ahoga un suspiro.

Miraba Adan, miraba los despojos
 De aquella un tiempo que animó la vida,
 Sobre el cadáver los inmóviles ojos
 Y el alma con angustia y dolorida:
 Y turbia y embebida
 La mente contemplándola allí atento,
 Embargó sus sentidos
 Un mudo inexplicable sentimiento
 En el vacío del no ser perdidos.

Y olvidó donde estaba
 Parado y aturdido el pensamiento,
 Y miraba y callaba
 Sin hacer ademán ni movimiento
 Mas que de cuando en cuando suspiraba.

Rompió el silencio la angustiada vieja
 Con lastimada voz y entre quebrantos,
 Que encuentra eco á su doliente queja
 Y halla un consuelo entre pesares tantos
 Viendo el mancebo aquel desconocido
 Lloroso como ella y dolorido.

— « Véala usted, señor, cuando cumplía
 Apenas quince años!.... hija mía! »

— « Buena mujer, repuso con ternura
 Volviendo Adan en sí de su letargo,
 ¿Cómo en tanta tristura,

En tanto duelo y sentimiento amargo,
 Permitís ese estrépito á deshora
 Y danza y bulla tanta
 Mientras dolor tan íntimo quebranta
 Vuestro llagado corazón que llora? »

— « ¡Ay, respondió la vieja desolada,
 Vivo de eso, señor; no tienen nada
 Que hacer esos señores
 Conmigo y mis dolores!
 Vivan ellos allá con sus placeres,
 Y mientras besan el ardiente seno
 De esas locas mujeres,
 Yo con el corazón de angustias lleno
 Beso aquí solitaria en mi agonía
 La boca de mi hija muda y fría.
 ¡Hija mía, hija mía!
 ¡Ah, para el mundo demasiado buena!
 Dios te llevó consigo:
 Mas es dura mi pena,
 Y cruel, aunque justo mi castigo. »

Dijo, y rompió con tan amargo llanto
 Que la voz le robó su sentimiento.
 Y en su mortal quebranto,
 Convertido en sollozo su lamento,
 El llanto que hilo á hilo le caía,
 Por sus mejillas pálidas corría.

— « Yo, buena madre, ignoro,
 Nuevo en el mundo aun, lo que es la muerte,
 Adan le respondió; pero ¿quién pudo
 Arrebatar sañudo
 La que fué vuestro encanto de esa suerte?
 ¿Será imposible ya darla la vida?
 La antorcha ahora encendida
 Si la apaga mi soplo de repente
 Juntándola otra luz, resplandeciente
 Torna al punto á alumbrar: ¿y aquella llama
 Que en la existencia de esa niña ardía
 No hay otra luz que renovarla pueda?
 ¿Acaso inmóvil para siempre y fría

Con el aliento de la muerte queda?
 Vos sois pobre tal vez..... ¡ah! con dinero
 Quizá se compre; débil y afligida,
 Los muchos años vuestro ardor primero
 Gastaron ya, y el elixir de vida
 Se halla lejos de aquí..... decidme donde,
 Decidme do se esconde,
 Y yo allá volaré, sí, yo un tesoro
 Robaré al mundo y compraré la vida,
 Y la apagada luz, luego encendida,
 Vereis brillar, y enjugaré ese lloro,
 Volviendo al mundo la que os fué querida.

¿Dónde, decidme, encontraré yo fuego
 Que haga á esos ojos recobrar su ardor,
 Dónde las aguas cuyo fértil riego
 Levante fresca la marchita flor?»

Dijo así Adan con entusiasmo tanto,
 Con tan profunda fe, con tanto zelo,
 Que la vieja, á pesar de su quebranto,
 Alzó á él los ojos con curioso anhelo.

— « ¡Pobre mozo, delira!

Si comprar esa vida se pudiera,
 Esta vieja infeliz que yerta miras,
 Por un hora siquiera,
 Por un solo momento

De ver abrir los ojos celestiales
 Y otra vez escuchar el dulce acento
 De la hija querida de su alma,

¿Qué puedes figurarte que no haría?
 ¿Qué crimen, qué castigo

Por recobrarla yo no arrostraría,
 Y otra vez verla palpitar conmigo?»

¿Sabes tú que una hija es un pedazo
 De las entrañas mismas de su madre?»

Por un beso no mas, por un abrazo,
 Y morirme despues, el mundo entero

Pidiendo una limosna correría,

Y con los piés desnudos y mi llanto,
 Piedras enterneciera en mi quebranto

Y al mundo mi dolor lastimaría.

¡Oh! que del alma mía
 Pobre Lucía que arrancó la muerte,
 Y el corazon contigo de mi pecho
 Arrancó de esa suerte,
 A tantos males y aficciones hecho!
 ¡Hora fatal, maldita
 Por siempre la hora aquella
 Que el hombre aquel te contempló tan bella!!
 ¡El Señor me la dió y él me la quita!
 ¡Cómo ha de ser!!...» — Y el corazon partido,
 Secos los ojos exhaló un gemido.

En remolinos mil su pensamiento
 Vagando Adan por su cabeza siente,
 Que no acierta á explicarse el sentimiento
 Que á par que el corazon turba su mente.
 — ¡El Señor me la dió y él me la quita!
 Repite luego en su delirio insano,
 Y penetrar tan insondable arcano
 Su mente embarga y su ansiedad irrita

El Dios ese que habita,
 Omnipotente en la region del cielo,
 ¿Quién es que inunda á veces de alegría,
 Y otras veces cruel con mano impía
 Llena de angustia y de dolor el suelo?
 Nombrar le oye do quiera,

Y á todas horas el mortal le invoca,
 Ora con ruego ó queja lastimera,
 Ora tambien con maldiciente boca.
 Tal devanaba Adan su pensamiento
 Que en vano ansioso comprender desea,
 Y en medio al rudo afan que le marea

Los hombros encogió: dudas sin cuento
 De su ignorancia y su candor nacidas,
 No del alma lloradas y sentidas,
 Sueños de su confuso entendimiento,
 Su mente asaltan, y por vez primera
 Adan súbito siente

Volar queriendo, sin saber adónde,
 Del corazon ardiente

La perpetua ansiedad que en él se esconde.

— « ¿Cómo en vuestro dolor, dijo inocente,
 Madre infeliz, la cana cabellera
 Tendida al aire, los quemados ojos
 Con muestra lastimera,
 Y bañados de lágrimas, de hinojos
 No os postrais ante Dios? ¡Ah! si él os viera
 Desdichada á sus piés cual yo á los míos
 Y los ojos de lágrimas dos ríos,
 Y ese del corazón hondo lamento
 De amarga y melancólica querrela
 Oyera, y el profundo sentimiento
 Que en esa seca faz marcó su huella,
 Y en vuestro corazón fijó su asiento,
 Contemplara cual yo: ¿porqué á la rosa
 Que súbito secó ráfaga impura
 No renovara su color hermosa,
 Y volviera su aroma y su frescura?
 Desdichada mujer, ¡oh! ven conmigo,
 Juntos lloremos á sus piés tus penas,
 Él nos dará su bondadoso abrigo;
 A la fuente volemos
 Eterno manantial de eterna vida
 Y la rica simiente allí escondida
 Juntos recogeremos.
 Seca, buena mujer, tu inútil llanto,
 Vuélvate la esperanza tu energía,
 Y el cuadro de tu misero quebranto,
 Soledad y agonía,
 Muestra á ese Dios, y con humilde ruego
 Que no será, confía,
 Sordo á tus quejas, ni á tu llanto ciego. »

La vieja en tanto levantó los ojos
 Al techo, y murmuró luego entre dientes
 Quizá sordas palabras maldicientes,
 O quizá una oración; el mas sufrido
 Suele echar en olvido
 A veces la paciencia, y darse al diablo,
 Y usar por desahogo
 Refunfuñando como perro dogo
 De algun blasfemador rudo vocablo:
 Mas todo se compone

Con un Dios me perdone,
 Que así mil veces yo salí del paso
 Si falto de paciencia juré acaso,
 Y cierto, vive Dios, si no jurara
 Que el diablo me llevara,
 Que cuando ahoga el pecho un sentimiento
 Y el ánimo se achica, porque crezca
 Y el corazón se ensanche y se engrandezca
 No hay suspiro mejor que un juramento.
 Y aun es mejor remedio
 Para aliviar el tedio
 Mezclarlo con humildes oraciones
 Como al son blando de acordada lira
 La voz de melancólicas canciones
 Confundida suspira;
 Y así también se dobla la esperanza,
 Que adonde falta Dios, el diablo alcanza.
 Yo á cada cual en su costumbre dejo,
 Que á nadie doy consejo,
 Y así como el placer y la tristeza
 Mezclados vagan por el ancho mundo
 Y en su cauce profundo
 A un tiempo arrastran flores y maleza,
 Así suelen también mezclarse á veces
 Maldiciones y preces,
 Y yo tan solo lo que observo cuento,
 Y á fe no es culpa mía
 Que la gente sea impía
 Y mezcle á una oración un juramento.
 Testigo aquella vieja
 De la antigua conseja
 Que á San Miguel dos velas la ponía,
 Y dos al diablo que á sus piés estaba,
 Por si el uno fallaba
 Que remediase el otro su agonía.

Mas juro, vive Dios, que estoy cansado
 Ya de seguir á un pensamiento atado
 Y referir mi historia de seguida,
 Sin darme á mis queridas digresiones,
 Y sabias reflexiones
 Verter de cuando en cuando, y estoy harto

De tanta gravedad, lisura y tino
 Con que mi historia ensarto.
 ¡Oh, cómo cansa el orden! no hay locura
 Igual á la del lógico severo;
 Y aquí renegar quiero
 De la literatura
 Y de aquellos que buscan proporciones
 En la humana figura
 Y miden á compás sus perfecciones.

¡La música no oís y la armonía
 Del mundo, donde al apacible ruido
 Del viento entre los árboles y flores,
 Se oye la voz del agua y melodía,
 Y del grillo y las ranas el chirrido
 Y al dulce rui señor cantando amores:
 Y las de mil colores,
 Nubes blancas, y azules, y de oro,
 Que el cielo á trechos pintan;
 La blanca luna, el estrellado coro
 No veis, y negras sombras á lo lejos,
 Y entre luz y tinieblas confundidos
 El horizonte terminar perdidos
 Negros velos y espléndidos reflejos?
 Y la noche y la aurora..... —
 Pues entonces..... Mas basta, que yo ahora
 Del rezo ó juramento
 Que allá entre dientes pronunció la vieja,
 Así como el que deja
 Senda escabrosa que acabó su aliento,
 Al llegar á este punto me prevalgo
 Y de este canto y de su historia salgo.

APÉNDICE⁽¹⁾.

EL ANGEL Y EL POETA,

FRAGMENTO INÉDITO DEL DIABLO MUNDO.

ANGEL.

¿Osas trepar, poeta, á la montaña
 De oro del zenit?

POETA.

Quien quiera seas,
 Angel sublime del emíreo cielo,
 Radiante aparición, ó del profundo
 Príncipe condenado á eterno duelo
 Y á llanto eterno; dame que del mundo
 Rompa mi alma la prision sombría,
 Mis piés desprende de su lodo inmundo
 Y en alas de Aquilon álzame y guía!

ANGEL.

¡O hijo de Cain! sobre tu frente
 Tu orgullo irreverente

(1) Las seis composiciones que leerán nuestros lectores á continuacion, son muy poco conocidas, y es la primera vez que se hallan juntas con las demás obras poéticas de don José Espronceda.

(N. del Colector.)

De tanta gravedad, lisura y tino
 Con que mi historia ensarto.
 ¡Oh, cómo cansa el orden! no hay locura
 Igual á la del lógico severo;
 Y aquí renegar quiero
 De la literatura
 Y de aquellos que buscan proporciones
 En la humana figura
 Y miden á compás sus perfecciones.

¡La música no oís y la armonía
 Del mundo, donde al apacible ruido
 Del viento entre los árboles y flores,
 Se oye la voz del agua y melodía,
 Y del grillo y las ranas el chirrido
 Y al dulce rui señor cantando amores:
 Y las de mil colores,
 Nubes blancas, y azules, y de oro,
 Que el cielo á trechos pintan;
 La blanca luna, el estrellado coro
 No veis, y negras sombras á lo lejos,
 Y entre luz y tinieblas confundidos
 El horizonte terminar perdidos
 Negros velos y espléndidos reflejos?
 Y la noche y la aurora..... —
 Pues entonces..... Mas basta, que yo ahora
 Del rezo ó juramento
 Que allá entre dientes pronunció la vieja,
 Así como el que deja
 Senda escabrosa que acabó su aliento,
 Al llegar á este punto me prevalgo
 Y de este canto y de su historia salgo.

APÉNDICE⁽¹⁾.

EL ANGEL Y EL POETA,

FRAGMENTO INÉDITO DEL DIABLO MUNDO.

ANGEL.

¿Osas trepar, poeta, á la montaña
 De oro del zenit?

POETA.

Quien quiera seas,
 Angel sublime del emíreo cielo,
 Radiante aparición, ó del profundo
 Príncipe condenado á eterno duelo
 Y á llanto eterno; dame que del mundo
 Rompa mi alma la prision sombría,
 Mis piés desprende de su lodo inmundado
 Y en alas de Aquilon álzame y guía!

ANGEL.

¡O hijo de Cain! sobre tu frente
 Tu orgullo irreverente

(1) Las seis composiciones que leerán nuestros lectores á continuación, son muy poco conocidas, y es la primera vez que se hallan juntas con las demás obras poéticas de don José Espronceda.

(N. del Colector.)

Grabado está, y tu loco desatino :
 De tus negros informes pensamientos,
 Las nubes que en oscuro remolino
 Sobre ella apiñan encontrados vientos,
 Y el raudo sulco de amarilla lumbre,
 Que en pálida vislumbre,
 Ráfaga incierta de la luz divina,
 Sus sombras ilumina,
 Muéstrame en ti al poeta,
 El alma en guerra con su cuerpo inquieta !
 Muéstrame en ti la descendencia al fin
 Rebelde y generosa de Caín !

Tú mas alto, poeta que los reyes,
 Tú cuyas santas leyes
 Son las de tu conciencia y sentimiento ;
 Que á penetrar el pensamiento arcano
 Osas alzar tu noble pensamiento,
 Del mismo Dios, en tu delirio insano !
 Y sientes en tu espíritu la grave,
 Maravillosa música suave,
 Y del mundo sonoro la armonía !
 Que ineficiente y fría
 Sientes vil la palabra á su deseo,
 Y en vértigo perpetuo y devaneo,
 Y en insomnio te agitas
 Y en paz de tu ansiedad te precipitas !
 Que ora tras la esperanza,
 Que acaso finges, tu ilusión se lanza,
 Ora piedad imploras
 Y con la hiel de los recuerdos lloras,
 Ora desesperando desafías
 Rebelde á Dios, y en su rencor porfías !!
 Alzate en fin y rompe tu cadena,
 Y el alma noble y de despecho llena
 A las regiones célicas levanta,
 Y rueden en monton bajo tu planta
 Los cetros, las tiaras, las coronas,
 La hermosura y el oro, el barro inmundo,
 Cuanto es escoria y resplandor del mundo,
 Y en tu mente magnífica eslabonas !

POETA.

Si, levántame, si; sobre las alas
 Cabalgue yo del Huracan sombrío,
 Cruce mi mente las etéreas salas,
 Llene mi alma el seno del vacío !
 Sobre mi frente el rayo se desprenda,
 Mi frente en Dios, mi planta en el profundo,
 Y al contemplar al Hacedor del mundo
 Mi espíritu en su espíritu se encienda !

¡ O ángel ! yo he vivido
 En la inmensa baraja confundido
 De los hombres ; y títulos y honores
 Mi orgullo desdenó, sobre mi frente
 Reflejaba tal vez ricos colores,
 La luz de la esplendente poesía,
 Y esta marca divina que llevaba
 De los hombres tal vez me distinguía
 Y sobre ellos tal vez me levantaba !

Un vago indefinible sentimiento,
 Como el sutil aliento
 Del aura leve del abril florido,
 En mi espíritu insomne se agitaba,
 Y en doliente gemido,
 Solo del triste corazón sentido,
 Pasando por mi alma suspiraba !
 Ni palabra, ni grito, ni lamento,
 Hallé á expresar bastante
 Esta secreta voz del pensamiento,
 Este vertiginoso é incesante
 Movimiento del ánima y trastorno !
 Yo apostrofaba al mundo en su carrera,
 Giraba el mundo indiferente en torno,
 Y vano y débil mi lamento era !
 ¡ Oh ! mi triste lamento
 Era un leve sonido en la armonía
 Del eterno tormento
 Del mundo y su agonía !

Cada grano de arena, cada planta,
 El vil insecto, la indomable fiera
 Que con rugidos el desierto espanta,
 El águila altanera,
 Que el sol á mirar sube
 Sobre el vellon de la remota nube,
 Oí lanzaban la doliente queja
 De su eterno dolor y su amargura!
 Marañada madeja
 Este mundo de duelo y desventura!...
 Las aguas de las fuentes suspiraban,
 Las capas de los árboles gemían,
 Las olas de la mar se querellaban,
 Los aquilones de dolor rugían!...

A LA TRASLACION DE LAS CENIZAS DE NAPOLEON.

Miseria y avidez, dinero y prosa,
 En vil mercado convertido el mundo,
 Los arranques del alma generosa
 Poniendo á precio inmundo;
 Cuando tu suerte y esplendor preside
 Un mercader que con su vara mide
 El genio y la virtud, misera Europa,
 Y entre lienzo vulgar que bordó de oro,
 Muerto tu antiguo lustre y tu decoro,
 Como á un cadáver férido se arropa;

Quando á los ojos blanqueada tumba,
 Centro es tu corazon de podredumbre,
 Cuando la voz en tí ya no retumba,
 Vieja Europa, del héroe ni el profeta,
 Ni en tí refleja su encantada lumbre,
 El audaz entusiasmo del poeta;
 Yerta su alma y sordos sus oídos,
 Con prosáico afanar en tu miseria,
 Arrastrando en el lodo tu materia,
 Solo abierto al lucro tus sentidos:
 ¿Quién te despertará? ¿Qué nuevo acento,
 Cual la trompeta del extremo día,
 Dará á tu inerte cuerpo movimiento,
 Y entusiasmo á tu alma y lozanía?

¡Ah! solitario entre cenizas frías,
 Mudas ruinas, aras profanadas,
 Y antiguos derruidos monumentos,
 Me sentaré, segundo Jeremías,
 Mis mejillas con lágrimas bañadas,
 Y romperé en estériles lamentos!!

No, que la inútil soledad dejando,
La ciudad populosa
Con férrea voz recorreré cantando
Y agitará la gente temerosa,
Como el bramido de huracan los mares,
El son de mis fatídicos cantares,

No, yo alzaré la voz de los profetas,
Tras mi la alborotada muchedumbre,
Sonarán en mi acento las trompetas
Que derriben la inmensa pesadumbre
De regio torreón que al vicio esconde,
Y el mundo me oirá donde
El precio vil de infame mercancía,
Del agiotista en la podrida boca,
Avaricioso oía :
¿Qué importa si provoca
Mi voz la befa de las almas viles?
¿Morir qué importa en tan gloriosa lucha?
¿Qué importa, envidia, que tu diente afiles?
Yo cantaré, la humanidad me escucha.

Yo volaré donde la tumba oculta
La antigua gloria y esplendor del mundo,
Yo con mi mano arrancaré la losa,
Removeré la tierra que sepulta,
Semilla de virtud, polvo fecundo,
La ceniza de un héroe generosa ;
Y en medio del mundo, en la anchurosa plaza
De la gran capital, ante los ojos
De su dormida degradada raza
Arrojando sus pálidos despojos ;
« ¡Oh! avergonzados! » gritaré á la gente,
« ¡Oh! de os hombres despreciable escoria,
Venid, doblad la envilecida frente,
Un cadáver no mas es vuestra gloria! »

.....
.....
.....

DOS DE MAYO.

¡Oh! ¡Es el pueblo! ¡Es el pueblo! Cual las olas
Del hondo mar alborotado brama,
Las esplendentes glorias españolas,
Su antigua prez, su independencia clama.

Hombres, mujeres vuelan al combate,
El volcan de sus iras estalló :
Sin armas van, pero en sus pechos late
Un corazón colérico español.

Los que al rápido Volga ensangrentaron
Los que humillaron á sus piés naciones
Y sobre las pirámides passaron
Al galope veloz de sus bridones :

La frente coronada de laureles,
Con el botín de la vencida Europa,
Con sangre hasta la cincha los corceles,
En cien campañas veterana tropa :

A eterna lucha, á sin igual batalla
Madrid provoca en su encendida ira;
Su pueblo inerte allí entre la metralla
Y entre los sables reluchando gira.

Graba en su frente luminosa huella
La lumbre que destella el corazón;
Y á parar con sus pechos se atropella
El rayo del mortífero cañon.

¡ Oh de sangre y valor glorioso dial
Mis padres cuando niño me contaron
Sus hechos ¡ ay! y en la memoria mia
Santo recuerdo de virtud quedaron!!

Sobre coronas, tronos y tiaras,
Su orgullo solo y su capricho ley;
Hordas de sangre y de conquista avaras,
Cada soldado un absoluto rey;

Fijo en España el ojo centelleante,
El Pirene á salvar pronto el bridon
Al Rey de reyes, al audaz gigante
Ciegos ensalzan, siguen en monton.

Buscar tras la extranjera bayoneta
Seguro á vuestras vidas y muralla
Y siervos viles á la plebe inquieta
Con baja lengua apellidar *canalla*.

¡ *Canalla!* si, vosotros los traidores,
Los que negais al entusiasmo ardiente
Su gloria, y nunca visteis los fulgores
Con que ilumina la inspirada frente!

¡ *Canalla!* si, los que en la lid, alarde
Hicieron de su infame villanía,
Disfrazando su espíritu cobarde
Con la sana razon segura y fria!

¡ Oh! La *canalla*, la *canalla*, en tanto
Arrojó el grito de venganza y guerra,
Y arrebatada en su entusiasmo santo
Quebrantó las cadenas de la tierra.

Del cetro de sus reyes los pedazos
Del suelo ensangrentados recogia,
Y un nuevo trono en sus robustos brazos
Levantando á su príncipe ofrecia.

Brilla el puñal en la irritada mano,
Huye el cobarde y el traidor se esconde,

Truena el cañon, y el grito castellano
De *Independencia* y *Libertad* responde.

Id, saludad los héroes de Gerona,
Alzad con ellos el radiante vuelo,
Y á los de Zaragoza alta corona
Ceñid, que aumente el esplendor del cielo.

Mas ¡ ay! ¿Porqué cuando los ojos brotan
Lágrimas de entusiasmo y alegría,
Y el alma atropellados alborotan
Tantos recuerdos de honra y valentia;

Negra nube en el alma se levanta
Que turba y oscurece los sentidos,
Fiero dolor el corazon quebranta
Y se ahoga la voz entre gemidos?

¡ Oh! ¡ Levantad la frente carcomida,
Mártires de la gloria,
Que aun arde en ella con eterna vida
La luz de la victoria!

¡ Oh! ¡ Levantadla del eterno sueño,
Y con los huecos de los ojos fijos,
Contemplad una vez con torvo ceño
La vergüenza y baldon de vuestros hijos!

Quizá en vosotros donde el fuego arde,
Del castellano honor aun sôbre vida,
Para alentar el corazon cobarde
Y abrasar esta tierra envilecida.

¡ Ay! ¿Cuál fué el galardón de vuestros zelos,
De tanta sangre y bárbaro quebranto,
De tan heroica lucha y tanto anhelo,
Tanta virtud y sacrificio tanto?

El trono que erigió vuestra bravura
Sobre huesos de héroes levantado,
Un rey ingrato de memoria impura
Con eterno baldon dejó manchado.

¡Ay! Para hollar la libertad sagrada
El príncipe, borron de nuestra historia,
Llamó en su auxilio la francesa espada
Que segase el laurel de vuestra gloria.

Y vuestros hijos de la muerte huyeron
Y esa sagrada tumba abandonaron,
Hollarla, ¡oh Dios! á los franceses vieron,
Y hollarla á los franceses les dejaron.

Como la mar tempestuosa ruge
La loso al choque de los cráneos duros,
Trone se alzó con indignado empuje
Del galo audaz bajo los piés impuros.

Hoy esa raza degradada, espúria,
Pobre nacion, que esclavizarte anhela,
Busca tambien por renovar tu injuria
De extranjeros monarcas la tutela.

Y aun hoy hélos allí que su semblante
Con hipócrita máscara cubrieron,
Y á Luis Felipe en muestra suplicante
Ambos brazos imbéciles tendieron.

Tumba vosotros sois de nuestra gloria,
De la antigua hidalguía,
Del castellano honor, que la memoria
Solo nos queda hoy día.

Verted, juntando las dolientes manos,
Lágrimas ¡ay! que escalden la mejilla;
Mares de eterno llanto, castellanos,
No bastan á borrar vuestra mancilla.

Llorad como mujeres, vuestra lengua
No osa lanzar el grito de venganza;
Apáticos vivís en tanta mengua
Y os cansa el brazo el peso de la lanza.

¡Oh! En el dolor eterno que me inspira
El pueblo en torno avergonzado calle,
Y estellando las cuerdas de mi lira,
Roto tambien mi corazon estalle.

FRAGMENTO.

Y á la luz del crepúsculo sereno.
Solos vagar por la desierta playa.
Cuando allá mar adentro en su faena
Cantos de amor el marinero ensaya,
Y besa blandamente el mar la arena,
La luna en calma al horizonte raya,
Y la brisa que lívida suspira
Dulces aromas y frescor respira.

Y húmedos ver sus ojos de ternura
Que abren al alma enamorado un cielo,
Estáticos de amor y de dulzura.
Con blando, y doloroso anhelo:
Magia el amor prestando á su hermosura,
Y el pensamiento deteniendo el vuelo
Alli donde encontró la fantasía
Ciertas las dichas que soñó algun día.

Y respirar su perfumado aliento,
Y al tacto palpitar de sus vestidos,
Penetrar su amoroso pensamiento
Y contar de su pecho los latidos,
Exhalar de molicie y sentimiento
Tiernos suspiros, lánguidos gemidos,
Mientras al beso y al placer provoca
Con dulce anhelo la entreabierta boca.

A MATILDE.

Londres, 1832

Aromosa, blanca viola
Pura y sola en el pensil,
Embalsama regalada
La alborada del abril.

Junto al margen florecido
De escondido manantial,
Solo avisa de su estancia
Su fragancia virginal.

Allí el aura sosegada
Con callada timidez,
Hierre apenas cariñosa
Su donosa candidez.

Silencioso el arroyuelo
Con recelo pasa al pie,
Y ni dice su ternura,
Ni murmura su desden.

Y su imágen mira en ella
La doncella con rubor;
Que es la viola pudorosa
Flor hermosa del candor.

Tal, Matilde, brilla pura
Tu hermosura celestial,
Y es mas cándida tu risa
Que la brisa matinal.

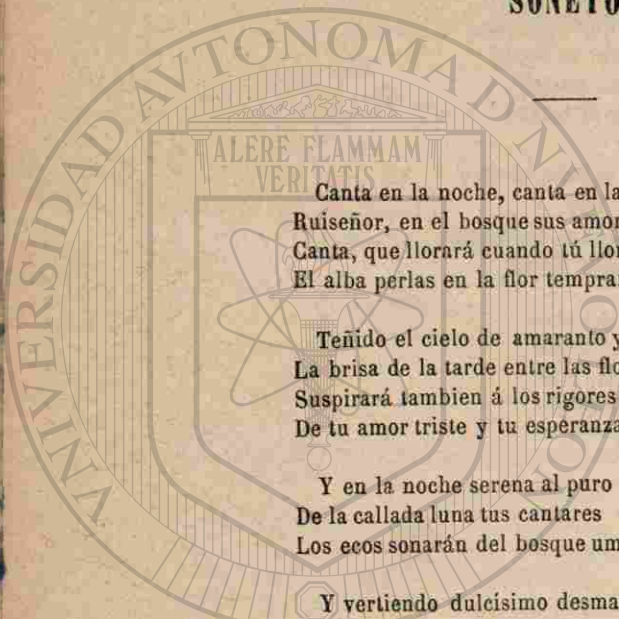
Nunca turben esos ojos
Los enojos del amor,
Siempre añada tu alegría
Lozania á tu esplendor.

Y el que brilla refulgente
Clavo oriente de tu edad,
Nube impura no mancille:
Siempre brille tu beldad.

Mas si gala al valle umbrio
El rocío suele dar,
Porque aumente así tu encanto
Vierte el llanto de piedad.

Y venida tú del cielo
Por consuelo al infeliz,
Brillarás modesta y sola
Cual la viola del abril.

SONETO.



Canta en la noche, canta en la mañana,
Ruiseñor, en el bosque sus amores,
Canta, que llorará cuando tú llores
El alba perlas en la flor temprana.

Teñido el cielo de amaranto y grana,
La brisa de la tarde entre las flores
Suspirará también á los rigores
De tu amor triste y tu esperanza vana.

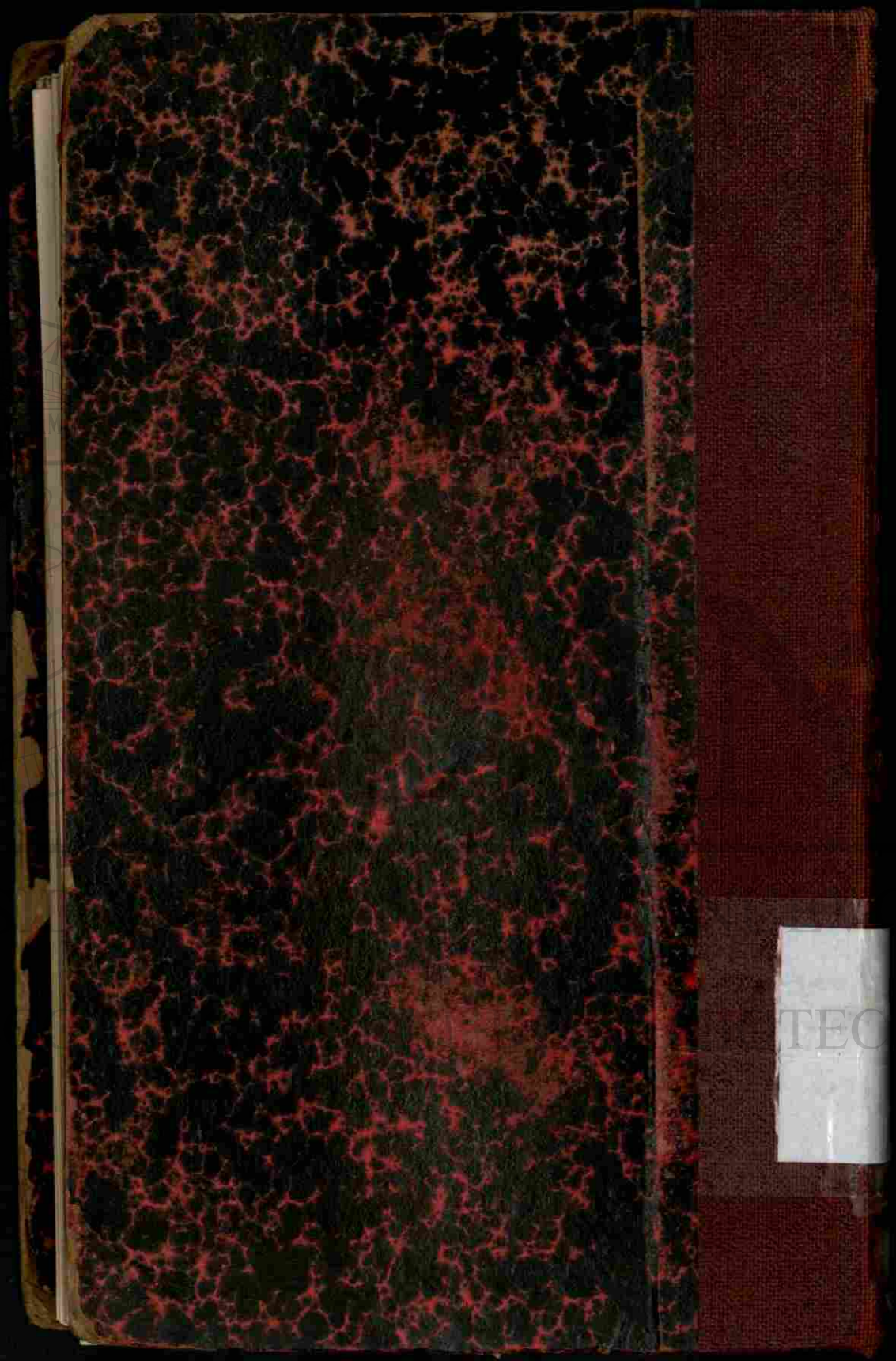
Y en la noche serena al puro rayo
De la callada luna tus cantares
Los ecos sonarán del bosque umbrío :

Y vertiendo dulcísimo desmayo.
Cual bálsamo suave en mis pesares,
Endulzará tu acento el llanto mío.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FIN.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



TEC